)✠(

POEMA HISTORIAL

DE LA PRODIGIOSA VIDA DEL GRAN PATRIARCHA

S^TO.^ DOMINGO DE GUZMAN.

OBRA POSTHUMA.

QUE DEXò ESCRITA, Y ENTONò EN vida, ajustando las cadencias del Diapente Harmonioso, à el Sagrado Fuego de la Devocion, y la Obediencia, para morir Cisne, y renacer Phenix,

LA REV. M. SOROR MARIA ISABEL de San Antonino, Monja Professa en el Religiosissimo Convento de Sta. Maria de Gracia de la Ciudad d Sevilla.

SACALO A LUZ UN DEVOTO DEL Glorioso Santo, y lo Dedica

A MARIA SSma.

CON EL TITULO DE GRACIA.

Con Licencia: En Granada en la Imprenta Real.

VN HERMANO DE LA POETISA, que en otro tiempo saludò, tal vez, las Musas, Inflamado de la leccion del Poema Historico, vuelve oy, sino à libar las flores, à pascer la Ruda del Parnaso, y nauscar las siguientes

OCTAVAS.

LA que en mis venas late sangre tuya,
Al fraternal amor, que el pecho inflama,
Alienta el Numen, à que restituya
De ya muertas cenizas, viva llama:
Y à que à cortar las hojas, oy se incluya,
De verde Oliva, ò de la esquiva rama,
Que à tus sienes Laurel, ò à tu pie Alfombra
Sean, quando tu ingenio à el mundo assombra.

No ya revelde à inspiracion de Clio,
Que desayrò tal vez grosero el numen,
Resisto el Enthusiasmos; pues confio,
Quando no aumente aplausos al Volumen
De tu fama, mi errante desvario,
Hacer arder inciensos, que perfumen
A el nombre tuyo, porque fuera insulto,
No hazer Choro en las glorias de tu Culto.

Si elegancias rethoricas de Tulio,
En su *Arte Magna* descifrò Kirkerio,
Y à seis nueves reduxo el Grande Lulio,
Por dificil profundo ministerio
De Ruedas, Tablas, Numeros, è Idulio: (*)
Mayor es de tu ingenio el magisterio,

(*) Voz q̃ significa particion proporcional del verb. *Iduo.* Dividir.

Pues

Pues luce natural en tu eloquencia
Ciceroniana, y Demostina Ciencia.

Invencion, artificio, y locuciones
Demuestran tu Rethorica nativa:
En sentencias, palabras, y oraciones
Brilla el Tropo, y figura respectiva
De Antithesis, Prolepsis, Iscolones,
Emphasis, y Ethopeya persuasiva:
Dando espiritu, y alma tu Oratoria
A el rudo cuerpo de la basta Historia.

Como, ò quando pudiste aprender tanto,
En el modo, en el arte, y la substancia,
Para arreglar al Rithmo, y dulce Canto
Del Historial estilo la observancia,
Enlazando en la Vida del Gran Santo
De Historia, y Poesia la distancia?
Pues vestidas de Tropos, y Figuras,
Dices desnudas las verdades puras.

Digalo, del Poema en lo cadente,
La *Hypotipòsis*, historiando hazañas:
La *Epiphomena*, en aclamar prudente:
El *Hiperbole*, en voces nada estrañas:
La *Ethopeya*, en pintar la accion presente;
Y el *Apostrophe*, en fin, con que te bañas
De devocion, y con afectos fuertes
Convertida à Domingo, nos conviertes.

Digalo, el gran caudal de tus noticias:
Digalo, en manejarlas, tu destreza
Para pintar de la Virtud delicias,
Para afear del Vicio la torpeza,
Para dar à el concepto, que acaricias
De deleytable, y vtil la belleza:

Haziendo tal mocion, que no distingo,
Si eres tu la que habla, ò si es Domingo.

Esta eficàz persuacion valiente,
Con blando estilo, y expressión galante,
No la consigue el Arte solamente,
Nativa luz la alcanza, que operante
En materias, que observa diligente,
Dà forma al embrion de especie errante,
En que ceba el discurso; y de este modo,
Hecho, tu raro ingenio, lo halla todo.

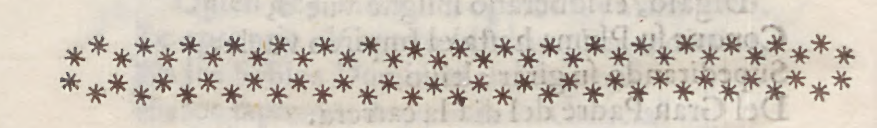


DE DON JUAN PEDRO MARUJAN y Ceron, en aplauso de la Poetisa.

QUien assalta la Cumbre vipartida?
Quien del Pierio la mansion altera?
Quien subleva la Corte del Parnaso,
Donde la Magestad de Apolo Reyna?
Quien compele à las Musas, y las Gracias,
A denegarle à Febo la obediencia,
Y à jurar à otro Imperio vassallage,
Poniendo en otra frente su Diadema?
Quien de Cintio, en oprobio, y ajamiento,
Le apropria el Cetro à su triumphante diestra,
En los Sabios Dominios del Ingenio,
En los sapientes Reynos de la Ciencia?
Quien, en fin, del Monarcha de las Luces
Predomina el lucir, con luz suprema,
Y ultraja el explendor, con explendores
De mas brillante Real Naturaleza?
Mas quien puede dudar, quien oy asciende
Del Pindo al Solio, y en su Trono impera;
Quando en la excelsa Corte Literaria,
Dice la aclamacion: Viva Isabela.
Isabela Lerin de Bracamonte,
Cuyos tymbres heroycos, se veneran
Del Templo de la Fama en los Altares,
Antiquadas Reliquias de su Esphera.
La que menospreciando los blasones,
Que tanto el Mundo vanamente aprecia,
Muestra (teniendo en sì Nobleza tanta)
Que aun es mas su Virtud, que su Nobleza.
La que el Nacar Dominico athesora
Preciosissima, pura, hermosa Perla;
Que en menos puro Nacar, no se archivan

Perlas, que ſon theſoros de Pureza.
La que de dos Familias tan glorioſas,
Como ſu Religion, y ſu Aſcendencia,
Nuevo blaſon de ſus antiguas glorias,
Naciò à ſer de las dos gloria moderna.
La Poetica Flor, de aquel Gran Tronco,
Tan productor de Ingenios, y agudezas;
Pues el Solar Iluſtre de ſu Caſa,
Es noble mina de ingenioſas venas.
La que excediendo de Carmenta, y Sapho
Eſtudioſos afanes, y tarèas,
En gloria de ſu Patria, y de ſu Sexo,
Es mejor Sapho, ſuperior Carmenta.
Digalo, el ſoberano inſigne vuelo,
Conque ſu Pluma haſta el Impireo vuela;
Supeditando ſu girar altivo,
Del Gran Padre del dia la carrera.
Digalo, de ſu Santo Patriarca
La prodigioſa Vida, en metro expueſta,
Siendo nuevo prodigio de ſu vida,
Su portentoſo modo de exponerla.
Digalo, aquel enlaze de milagros,
En que el Arte milagros encadena;
Pues ſi milagros ſon los referidos,
Son milagros tambien las referencias.
Digalo, aquella vnion de obſtentaciones
De ſu ſabiduria, y ſu modeſtia;
Pues baxo el velo de vn modeſto eſtilo,
Brillan, ſu erudiccion, y ſu eloquencia.
Digalo, la eleccion de aquellas voces,
Tan de ſu Sexo, y Profeſsion no agenas,
Que vnen lo natural, y lo cadente,
Huyendo de lo eſtraño la cadencia.
Digalo, la altitud de ſus conceptos,
Como la excelſitud de ſus ideas,
El primor, la cultura, y elegancia,

Que difunde en ſu Celebre Poema.
Viva Iſabela, Fenix Hiſpalenſe,
Y en honor de la Betica Ribera
Del Tajo, el Dauro, el Hebro, Duero, y Turia,
Los Ciſnes le tributen ſus ofrendas.
Indigna de ſus Aras es la mia,
Pero ſu indignidad no la exonera
De ſer fino holocauſto (aunque indecente)
Del Sacrificio que à ſu Culto anhela.





APRO-

APROBACION DEL Sr. DOCT. D. Domingo Antonio de Ribero y Angùlo, Colegial, y Rector que fue del Mayor de Sta. Maria de Jesus, Universidad de Sevilla, Juez Canciller de ella, Cathedratico en propriedad de Philosophia, Canonigo Lectoral de la Sta. Iglesia Metropolitana, y Apostolica de Granada, Cathedratico de Escriptura en su Imperial Universidad, Juez, y Examinador Synodal de su Arzobispado, &c.

ENTRE LAS DELICADAS LEYES DE la vrbanidad, y las escrupulosas obligaciones de Censor, pudiera hallarse embarazado mi juicio, en ocasion, en que de orden del Sr. Don Antonio de Espinosa, del Consejo de S. M. su Fiscal de la Real Chancilleria de esta Ciudad, y Juez de Imprentas, y Librerias del Reyno, se me remite este hermoso Romance Hendecasylabo, en que cantò con elegante numen, con suave armonia la portentosa Vida del Gran Patriarcha Sr. Sto. Domingo de Guzmàn la, en el Siglo, muy Ilustre Señora Doña Isabèl de Lerin y Bracamonte, y en el Claustro, exemplar Religiosa Sor Maria Isabèl de San Antonino, Monja Professa en el observantissimo Convento de Religiosas Dominicas de Passion de Sevilla.

Dificil seria, hallar seguro rumbo entre estos dos tan peligrosos escollos, en que pudiera peligrar ya por apassionada, ya por descortès la Censura: Pero felizmente, la obra por sì misma, sin

que influyan para el dictamen los particulares respetos, que mi atencion professa à esta Señora, embotando los filos de la mas severa Critica, merece de justicia aquella calificacion, que pudiera darle la vrbanidad mas delicada, y mas fina; siendo aun mayor, que el reparo, que pudiera oponer à la Censura la cortesania, el que presenta à la cortesania la dificultad de alcanzar à su debida alabanza.

Aquellas expressiones laudatorias, que en las Censuras comunes se califican por los Criticos, como vnas ponderaciones hiperbolicas, serian en este caso elogios muy ceñidos, debiendo formarse la censura de los mayores esfuerzos de vna cortesana eloquencia. *Vereor*, decia para mi assunto Sidonio: *Vereor quidem, ne infra veritatem subsistam.* Temo à la verdad, no el excesso en la ponderacion, sino la cortedad en el applauso. *Hoc vereor*, decia con superior motivo San Bernardo, *& hæc causa cunctationis meæ.* Esto temo, y esta ha sido la causa de mi detencion.

S.Bern. Ep. 353.

Son bien notorios los altos generosos motivos de estimacion, y respeto, que me mueven, me estimulan, me elevan à aplaudir el merito desta Obra, en que, sobre las distinguidas prendas de su Autora, sobre el feliz heroyco desempeño de su ayrosa pluma, admira mi veneracion amante gloriosamẽte exaltado en la celebracion mas digna el grande Augusto nombre de Sto. Domingo. *Vtinam dignum aliquid elaborare possim.* Prosigue S. Bernardo. Ojala pudiera llenar mi estudio, y mi trabajo la grandeza, la magestad de empeño tan sublime.

Ya se vè, que celebrar esta Obra en la parte de Poetica, no es de mi estudio, es ageno de mi professìon,

Nec labra prolui fonte Caballino, Hor.
Nec inbicipiti somniasse Parnasso.
Me memini.

Pero no me escusa de alabarla el ignorar el arte; siendo el primor del Arte satisfacer aun à los que no la entienden, llegando à aprobar el gusto aquella perfeccion, que no alcanza à examinar, ni à reconocer la inteligencia. Y quien no ha de sentir, aun quando no lo entienda, la naturalidad, el ayre, la dulzura, la harmonia, la suavidad, la magestad del metro? Quien no percibe hermosa la frase, alto el estilo, noble el pensamiento, profunda la sentencia, dulce la harmonia, suave la cadencia, garboso, elevado, Sophocleo el Coturno? Obra, no de las Musas, sino de las Gracias, y no de las Gracias; aunque se destilasse de las tres fabulosas vna quinta essencia; sino de la verdadera, la Divina Gracia, tan propicia siempre en los devotos empeños de vna Religiosa obediencia, donde con mas razon se puede repetir.

Est Deus in nobis, sunt & commercia cœli Ovid.
Spiritus hic sacræ semina mentis habet.

Obra, en que se vèn, y se beben, no los turbios raudales de Aganippe, sino aquellos cristalinos ardores de la Fuente de los Jardines, del Pozo de aguas vivas, de aquel caudaloso Rio, que alegra con sus hermosas corrientes la Ciudad de Dios. *De ipso Sacro Dominici pectoris fonte potavit*: Pudiera decirse aqui, con la proporcion debida de vna copia, aunque tan excelente, al Original Divino, dando à las voces à la alusion alguna propriedad. Obra finalmente, en que de voces puras, sin contrahecha elegancia, sin colocacion inversa, sin frases afectadas, sin otras, que se juzgan virtudes, siendo vicios de la locucion, forma con propiedad en materno Idioma la elevacion de vna perfecta

Ecc. in Off. S. Joan. Ev.

harmonia, que con actividad eloquente, con atraccion, tanto mas fuerte, quanto mas suave, se lleva la atencion, el corazon, el espiritu entre proporciones dulces.

Grande arbitrio de la piedad! Hermosa inventiva de la devocion! Introducir exemplos tan gloriosos, tan elevados, tan eficaces, en el modo mas proporcionado al gusto de los hombres tan estragado, tan postrado, tan facil al hastio en las materias de espiritu; y hacer à fuerza de la suavidad del oydo familiar, y gustoso lo sagrado. *Semper quidem*, decia S. Bernardo, *operæ prætium fuit illustres Sanctorum describere vitas, ut sint in speculum, & exemplum, & quoddam veluti condimentum vitæ hominum.*

In Præf. vitæ S. Malac.

En todos tiempos, como dixo Plinio, *magna pars studiorum amænitates quærit*, la mayor parte de los hombres busca la amenidad, el deleyte en los estudios. Enfermos los entendimientos, los animos de los hombres, gustan solamente de vn estudio suave, y delicioso. *Mentes ægras*, decia Seneca, *studia læta permulcent.* Disfrazada, y sazonada con la suavidad del numen la fuerza del exemplo, se logra con superior artificio la importancia de la imitacion. Por esso en los Psalmos, decia San Ambrosio, se admiran à competencia la doctrina, y la gracia. *Certat doctrina cum gratia.* Para que al passo que el canto proporciona con la suavidad, la satisfaccion del gusto, logre la instruccion con la doctrina el exemplo. *Cantatur ad delectationem, discitur ad eruditionem.*

In Præfat. hist. nat.

L. 7. de Ira.

In Præfat. Psalm.

Esta fue sin duda la maravillosa traza de la Providencia Divina en la disposicion de todo el Vniverso, para llevarnos por la contemplacion de lo visible, al conocimiento, y amor de su soberano ser. Aun las obras mudas, de que se compone

pone esta gran Maquina, tienen en la proporcion, y correspondencia de sus naturales perfecciones, voces sonoras, y harmoniosos ecos, con que vuelven, y nos llevan consigo (si no nos hacemos aspides cerrando los oydos) à su Soberano Autor. Y esta es aquella vniversal harmoniosa Melodrama, que de las voces de todas las criaturas formò David, y à que combidaban enmedio de las llamas aquellos Santos Niños. *Benedicite omnia opera Domini Domino. Vocem super aquas*, decia San Basilio, *super ignem, super nemora, super Cœlos, quia vniversa creatura suum deprædicat creatorem.* Ps. 28. Dan. c. 30. S. Bas. hex. lib. 1.

Por esso dixo el Grande Augustino, que el mundo no era otra cosa, que vn Poema elegante, y harmonioso (heroyco, ya se vè) que aplaude, y celebra la Divina Grandeza. *Vni-Versus* con toda propiedad: Verso, dedicado, y consagrado à aquel Gran Dios, que por essencia es vno. Los Cielos, estando à la quenta de los antiguos Astronomos, en su numero onze forman con aquel concento, que nunca duerme, como se dice en Job, vn verso hendecasylabo. La Region sublunar, en la opinion de Aristoteles, que hizo quaternion el de los Elementos, es vn Anapesto. La creacion del Mundo en seis dias se llama en el Griego Hexameron, y Hexametro tambien pudiera llamarse con toda propiedad. Del hombre, mundo abreviado, donde la vulgata dixo, *ipsius factura sumus*, leyò el Griego, *ipsius Poema sumus*. Es el hombre vna Composicion elegante, vn Epico sublime, vn Poema heroyco del Supremo Numen. Job c. 38. Ad Eph. 2. c. 6.

Pero donde esta dulce, sonora, concertada armonìa, con que à todas partes resuenan en todo el Vniverso las alabanzas Divinas, se percibe mas elevada, mas delicada, mas fina, es en las almas de los justos. La suave armonìa, la dulce consonancia, que

que en el coro interior del alma forman las virtudes (*suavissimum quendam concentum, complexumque virtutum*, decia S.Bernardo) hacen de cada Justo vn sonoro templado, y acordado instrumento, excediendo à aquella melodia, que mal entendida fue sueño de Pitagoras, y bien distinguida es verdad canonizada en Job, en David, y à cada passo en las Divinas Letras. Las vidas de los Santos son, como vnos instrumentos, que mucho mejor, que la Musica de Xenophanto al famoso Conquistador Alexandro, commueven, estimulan, y levantan los animos a la conquista de las eternas mansiones. Los Santos son aquellos Cytaredos, que cytarizando en sus acordes Cytaras, dàn à Dios con el exercicio de todas las virtudes eternas alabanzas. Y en este sentido explica S. Geronimo aquella expression hermosa del Real Profeta David: *Benedic anima mea Domino, & omnia, quæ intra me sunt, nomini sancto ejus.* Con alusion à aquella de Isaias: *Venter meus quasi cytara sonabit.* Los pechos, los corazones, las almas de los Justos, dice el Abad Ruperto, son como vnas Cytaras, en que al compàs de la fè, resuena acorde la Musica del Cielo, extendidas, tirantes en sus ajustadas obras, las diez cuerdas de los Mandamientos. *Cytharæ sunt corda fidelium, in quibus per fidem musica cælestis inhabitat, vbi chordæ sunt extentæ præceptorum.* Y esto fue lo que dixo el Real Profeta: *Confitemini Domino in Cythara, in Psalterio decem cordarum psallite ilic. Decem quippe*, prosigue el mismo Abad, *legis præcepta sunt: hæc observare est cantare; primum in Cythara, deinde in Psalterio clarius sonare, id est primum in timore, deinde in perfecta charitate.*

Lib. 1. de Consid. c. 5.

Ap. Sen. l. 1. de Ira.

Hyer. in c. 16. Isai.

Psl. 102.

Isai. c. 16.

Rup. in c. 14. Apoc.

Y que armonia: que suavidad: que acorde, que sonora, que dulce melodia, la que resuena en

la

la admirable Vida del Glorioso Padre, y Patriarca Sr. Sto. Domingo? Cythara en la Fè, Psalterio en la observancia, Organo en la predicacion, en quien se oye con embeleso, con pasmo, con assombro en grado tan sublime, por tan elevado tono, por tan alto termino celebrada, y ensalzada la Divina Gloria! Què Cytara tan acorde! Què Psalterio tan ajustado! Què Organo tan lleno, tan sonoro, admiracion à los hombres, y à los Angeles, delicias del mismo Dios! *Organum Divinum*, diria aqui el Nazianzeno, *instrumentum ratione præditum, quod ab Spiritu Sancto concinnatur, atque pulsatur.* Emplearon felizmente sus plumas, haciendo resonar, para el comun exemplo, para la admiracion, para la Divina Gloria este harmonioso multiplicado instrumento, muchos de los grandes hijos de Santo Domingo: El B. Jordan, Humberto, Apoldia, Flaminio, el Belvacense, S. Antonino, Surio, Voragine, Leandro, Alberto, Bzovio, el Rasfy, Lemos, y Aguirre; y vltimamente en nuestro Siglo el Venerable Possadas, honor inmortal de esta Provincia de Andalucia de Santo Domingo: *Ceciner unt viri*, pudiera decir con Job, *opus Dei.* Cantaron estos excelentes Varones aquella maravillosa Obra (*Opera*, por su harmoniosa composicion, y dulzura) de la Gracia, y del poder Divino; siendo este, en acomodacion no impropia, aquel suave concento, que nunca duerme, velando siempre en tan feliz exercicio, de los Cielos. *Concentum Cæli quis dormire faciet. Concentus Cæli*, dixo (como si escuchasse) el celebre Laureto, *est concors prædicantium sermo.*

Orat. 5.

Job c. 36.

Job c. 38.
Laur. v. Canticum.

Pero entre tantas plumas, entre tantas harmoniosas voces, *suspendimus organa nostra*; no avia vna, que pulsando delicadamente las cuerdas de tan heroycas virtudes, con suaves cadencias,

con dulces harmonias, con numero, y medida, en metro finalmente, y metro tan sublime, tan heroyco, tan propio del assunto, ajustando su voz al instrumento, hiciesse resonar, hiciesse sentir practicamente la dulce consonancia de aquella prodigiosa vida: Entre tantos, tan Santos, tan Sabios Escritores *extollens vocem quædam mulier*, levantando la voz la Autora de este libro, hallò modo de adelantar en el modo tan gloriosas, tan justas alabanzas.

Lucæ c.

Aunque Moyses escribiò con ilustrada pluma las grandezas de Dios en la continua direccion, y proteccion de su Pueblo; no por esso dexò de entonar en canticos festivos, y en versos harmoniosos tan altas maravillas; y aun es mas del caso, que apenas èl mismo, con todos los Israelitas, avia concluìdo aquel famoso cantico, con que celebraron el milagroso transito del Mar Bermejo: Maria hermana de Moyses, y Aaron entonò tambien, al compas de vn acorde sonoro Tympano, las mismas alabanzas: *Sumpsit ergo Maria soror Aaron tympanum in manu sua, & præcinebat dicens. Cantemus Domino, &c.* Con emulacion gloriosa de los hombres, que en aquel escogido Pueblo (figura en aquel caso del esclarecido Orden de Predicadores, como el cãtico, ya del SSmo. Rosario, ya de los gloriosos Triunfos del Poder Divino, por medio de Sto. Domingo, contra los Hereges, contra los vicios, y contra todas las potestades del Abysmo) tomò en la mano, como harmonioso instrumento (circunstancia, que no se previene, sin duda misteriosamente, en el cantico, que entonaron los hombres) la vida prodigiosa de su excelso Padre, y ajustando su voz al instrumento *præcinebat dicens: Cantemus Domino*; haciendo vèr, que tiene aquel Sagrado Orden, para celebrar las glorias de vn Pa-

Exod. c.

Padre tan Illuſtre, y en ellas la Divina Gloria: *Cantores, & cantatrices*, mejor que Salomon: Pudiendo à viſta de los reſplandores, con que en ſus hijos, y hijas ha iluſtrado la Igleſia deſde ſus altos principios, ajuſtarſele, como medido, aquel inſigne elogio, que de la Auguſta Familia de la Emperatriz Serena cantò con elegancia Claudiano. Ecc. c.2.

Nec laude virorum
Cenſeri contenta fuit, niſi matribus æque
Vinceret, & gemino certatim ſplendida ſexu
Flaccillam, Mariam *que daret*.

In laud. Serenæ.

Eſto hace ver, aun à la primera inſpeccion de ſu feliz empreſſa, eſta Señora, en quien ſobre la ſemejanza del nombre, del fin, y el deſempeño, concurren otras circunſtancias, que hicieron tan celebre à aquella Profetiſſa.

El oficio era de Religioſa dedicada con otras muchas en aquel armonioſo Coro à las Divinas alabanzas. Lo dà à entender el Texto. *Egreſſæque ſunt omnes mulieres poſt eam in tympanis, & chori*. Avia ſido caſada, dice el Sabio Jeſuita Serario, fundado en el teſtimonio de Joſepho: era hermana de vn Juez como Moyſes, y de vn Sacerdote, como Aaron, y es digno de reparo, que el texto ſolo dice, que era hermana de Aaron, *Maria ſoror Aaron*. Pudiera decirſe, que omitiò Moyſes en el Texto tan noble circunſtancia, porque eſtaba de màs eſta expreſsion, quando era èl miſmo el que daba al publico aquel hermoſo Cantico. *Maria ſoror Aaron*.

Exod. c. Serar. ap. Tir. in hunc loc.

Pero quien ignora en el Orbe literario el famoſo nombre de otro hermano ſuyo, y mi Inſigne Colegial el Sr. D. Gaſpar de Lerin y Bracamonte, que deſpues de aver obtenido el primer lugar en

la Consulta de la Doctoral de esta mi Santa Iglesia Metropolitana en el año passado de 706. ganò la de Coria, y de Ciudad Rodrigo, y fue despues Maestre Escuela, y Canonigo de Murcia, Provisor de aquella Diocesi, y Inquisidor de aquel Santo Tribunal? Su vniversal asombrosa noticia, è instruccion en casi todas las ciencias, su singular talento, y doctrina en la Jurisprudencia, su extension, y puntualidad en la Historia Sagrada, y Profana, su expedicion, su Magisterio, su incomparable memoria, y sobre todo su conducta ajustada exemplarissima, dechado el mas hermoso para nuestro estado, aun desde los principios de su carrera, le grangearon entre los Montanos, los Matamoros, los Lugos, los Pinedas, los Alcazares, los Padillas, los Antonios, y tantos! tantos! el distinguido renombre de El celebre Sevillano, y le erigieron finalmente para consuelo en su perdida en el hermoso templo de la fama vna Estatua permanente, à quien tributan cultos de admiracion, y veneracion los Sabios; siendo el mayor testimonio de su virtud, y literatura, el grande notorio aprecio, que hizo de su persona, y doctrina en los gloriosos empeños de su infatigable celo mi gran Colegial el Eminentissimo Señor Belluga, honor inmortal de la Sagrada Purpura. *Possem adjicere maiora*, dirè con Simmacho, *sed tuæ aures, licet fratrum testimonijs gaudeāt, communionem tamen gloriosi testimonij per verecundiam non ferunt.* Dirè solamente, diciendo aun lo mismo, que queria callar, que es hermana, sino de Moyses, y Aaron, de vn Sabio Juez, y vn Sabio Sacerdote: de dos Sabios Sevillanos, como aquellos, que celebraba otro Sevillano: Silio.

Symmach.

Ge-

Genuit, quos vbere ripa
Palladio Bætes ornatus tempora ramo. Sil. Italicus.

O como aquellos, que viò Eneas allà en los Campos Eliseos, aviendo nacido ambos en aquel Pais; cuyas delicias dieron ocasion à aquella hermosa fabula. Rod. Caro. Antig. de Sev.

Illi autem paribus, quos fulgere cernis in armis. Virgil. 6. Æneid.

Y porque no harè vna memoria breve, à pesar de mi dolor, del hijo vnico, que en el estado del matrimonio tuvo esta Señora? Don Juaquin de Florencia y Lerin, en quien vna christiana muerte, para anticiparle mas feliz destino, agostò para el Mundo las verdes esperanzas, que ofrecian su ingenio raro, su aficion, como heredada a todo genero de buenas letras, su aplicacion continua, y otras distinguidas prendas; aviendo sido en la breve carrera de su vida, Colegial de mi Colegio Mayor, Doctor, y Cathedratico de Visperas de Canones de aquella Insignissima Vniversidad. Seame licito repetir, para satisfaccion de nuestra dulce amistad, aquella dolorosa expression. *Doleo super te, frater mi :: Sicut Mater vnicum amat filium suum, ita ego te diligebam.* 2. Reg. c. 1.

Aqui diria Horacio.

Fortes creantur fortibus, Hor.
Nec imbellem feroces
Progenerant Aquilæ columbam.

Aqui diria Casiodoro. *Non est admirationi vna arbor, vbi in eandem altitudinem tota silva surrexit.* Casiod.

Aqui diria alguno, quedò excedida la celebre Cornelia, Madre de los Graccos.

Y yo què he de decir? Dire para no errar, lo que en ocasion semejante decia el Nacianceno. *Tota super fœminam, & exemplum virtutis est, & instrumentum, per quàm, & sexus respirat ad gloriam, & genus avitam retinet dignitatem.*

Orat. 5.

Copiando asi con tanta propriedad la Autora de este Libro à aquella Profetissa en su nombre, y en sus circunstancias, en su numen, y en su empressa, en su fin, en su glorioso assunto, pudieramos decir aun à vista de tantos tan sabios Escritores, que *in hac vice victoria non reputabitur eis, sed in manu Mulieris*: que estaba reservado à los esmeros de su Religiosa devocion, y obediencia este modo, el mas proprio, de celebrar por tan sublime rumbo las glorias de Sto. Domingo. *Sumpsit ergo Maria Soror Aaron, &c.*

Iudic. c.

Y quien podrà debidamente expressar; *quemadmodum timpanistria nostra cantaverit*? Yo solo admiro lo que mas me admira, y lo que sobre la novedad, la dulzura, la proporcion, la hermosura, la hace digna del bronce, y de la fama. Què devocion tan ardiente respira en sus acentos! Què afectos tan piadosos subliman sus cadencias! Què reflexiones! Que moralidades! Con que artificio tan noble, y tan sin artificio, enlaza, y entretege en la Historia piadosas digressiones, en que rompe, ò prorrumpe el corazon: *Eructavit cor meum*: corriẽdo al mismo tiempo la lengua como pluma con velocidad el campo de la Historia! *Lingua mea calamus scribæ velociter scribentis.* Asi queria los Libros, y mucho mas las vidas de los Santos, el Grande S. Bernardo. *Hauriendus est sæpe de lectionis serie affectus, formanda oratio, quæ lectionem interrumpat, & non tam impediat interrumpendo, quam puriorem continuò animum ad intelligentiam lectionis restituat.*

Ps. 44.

Lib. de Orãdo Deo in medio, & prop. fin.

Acos-

Acoſtumbrado ſu eſpiritu, à direccion de ſu Sagrado Inſtituto, à aquellos movimientos, que los Myſticos llaman Anagogicos: Oraciones breviſsimas, *& raptim jaculatas*, el Grande Auguſtino: *devota ſuſpiria*, el Abad Elredo: *pingues Hoſtias, pura libamina, holocauſta medullata*, el Abad Iſaac, citado de Caſsiano, ſupo hacer de la oracion eſtudio, y del eſtudio oracion, corriendo los afectos del corazon, al paſſo que las noticias, del numen à la pluma. *Fingebat actibus ſuis paginam*; como Ennodio decia de San Epiphanio. Daba delineadas las virtudes, que religioſamente exercitaba, en las miſmas planas, que doctamente eſcribia. *Non doctas Fabulas ſecuta, ſed in oſtenſione ſpiritus, & virtutis*, invocando mejor Apollo en ſu Glorioſo Patriarca, conſagra la Poeſia al mas noble deſtino.

C.Bona in horol.aſcetic.Ep.121. ad Prob. Elr. Ser. de duob.Diſc. Ap. Caſ. col.9.c.ult.

Ennod. in vit.S.Epi.

2.Petr. c.1.

Y què dirè de la humildad, que enſeña, abatiendoſe humildemente, aunque tan elevadas, en todas ſus cadencias? Què de la devocion que infunde, del amor que enciende, de la confianza que inſpira en ſu alto patrocinio? Ajuſtada, afinada, firme, y ſin faltar a la letra, ſin perder el compas, ſin errar vn punto, en nada deſdice, en nada diſuena de vn inſtrumento tan acorde, tan ſonoro, tan ajuſtado, como la vida admirable del Glorioſo Padre Señor Santo Domingo. Como ſe avia de oponer, ni en vn apice, à la Fè Catholica, cuya gran Luz tan claramente pone à nueſtra viſta, ni à las buenas coſtumbres; cuyo Exemplar ſublime, tan ſuave à la imitacion, quanto para ſu debida celebracion impoſsible, nos preſenta?

Imprimaſe, pues, ſirviendole en el molde en lugar de letras las Muſas, y las Gracias, para que

lo-

logrando todos con la ſatisfaccion del buen guſto la importancia del exemplo, y de la devocion, à la acorde conſonancia de tan dulce cantico, reſuene en nueſtros corazones la interior harmonia de tan heroicas virtudes, y para que todos vean, y admiren, que Dios en todos tiempos *infirma mundi eligit, ut fortia quæque confundat.*

Aſsi lo ſiento: Granada Febrero 15. de 1756.

Doct. D. Domingo Antonio de Ribero y Angulo.

LICENCIA DEL JUEZ REAL.

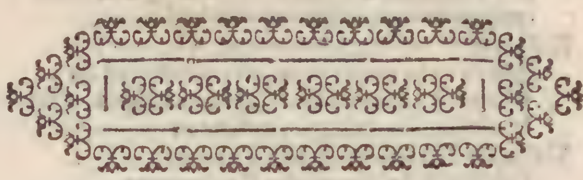
BERNARDO DIEZ CASTELLANOS, Escrivano del Rey nuestro Señor, publico en todos sus Reynos, y Señorios, del Numero perpetuo de esta Ciudad, y su Termino, y mayor de la Comissìon de Imprentas, y Librerias de este Reyno: Certifico, que ante mi se proveyò el Auto del tenor siguiente.

AUTO. EN la Ciudad de Granada en siete dias del mes de Julio de mil setecientos cincuenta y seis años, su Señoria el Señor Don Antonio de Espinosa, del Consejo de S.Mag. su Fiscal en la Real Chancilleria de esta Corte, y Juez Superintendente de Imprentas, y Librerias de este Reyno: Aviendo visto la pretension deducida ante el Señor Don Christoval de Zehegin, del Consejo de S. Mag. antecessor à su Señoria en dicha Comission, por el año proximo passado de setecientos cincuenta y cinco, en assumpto à que se concediesse licencia para la Impression de vn Romance Hendecasilavo, vida del Glorioso Padre Santo Domingo de Guzmàn, compuesto por la M. R. M. Sor Maria Isabèl de San Antonino, Religiosa en el observantissimo Convento de Religiosas Dominicas de Passion de la Ciudad de Sevilla, el que por dicho Señor se remitiò à la Censura del Señor Doct. Don Domingo Antonio de Ribero y Angulo, Canonigo Lectoral de esta Santa Iglesia Metropolitana de esta dicha Ciudad, por quien se ha expuesto no contener cosa alguna en contra de las Divinas, y Humanas Leyes; en cuya atencion su Señoria dixo: Concedia, y concediò dicha Licencia, y mandò, que qualquiera Impresor de esta dicha Ciudad, execute la dicha

cha Imprefion , con tal , de que fe ponga copia de efta Licencia, y fecha fe trayga el Original, con dos Exemplares por dicho Imprefor para fu cotejo , y poner entre los demàs pertenecientes de efta Comifion ; y por efte fu Auto afsi lo proveyò, y firmò. Efpinofa. Bernardo Diez Caftellanos.

Es Copia del Original, que pafsò ante mi, y queda entre los Papeles de la Efcrivania de mi cargo, à que me remito, y para que confte doy el prefente en Granada en ocho dias del mes de Julio de mil fetecientos cincuenta y feis años.

Bernardo Diez Caftellanos.



NO invoco, no del Pindo fabuloſo,
las que la ceguedad creyò Deidades,
que el objeto, que excita mis afectos,
no admite tan indignas falſedades.
O tu Sagrada Eſtrella, que elevada
entre Supremas Luces, ſobreſales,
influyeme, pues ves que la obediencia,
me engolfa en eſſe pielago inſondable.
De tu precioſa vida los progreſſos,
que ſon mas admirables, que imitables,
narrar intento en metricas cadencias,
que ſaben probocar curioſidades.
Nadie extrañe, que vn numen tan Pigmeo
ſe empeñe en vn aſſumpto tan Gigante,
que ſabiendo, que es ciega la obediencia,
ſus arrojos no deben extrañarle.
El precepto inviolable, que me obliga,
de tanto laberinto ha de ſacarme
que ſi aſida à ſus ordenes camino,
no ay peligro que pueda contraſtarme.
Y tu benigno Padre, pues no iguoras
de mi amor los afectos filiales,
en empeño tan arduo no me niegues
tu aſsiſtencia, que à nadie la negaſte.
Y pues ves, que en tu obſequio ſacrifico
obediente mis cortas facultades,
illuſtrame, que ya en tu nombre empiezo,
fiada en que tu luz ha de guiarme.
Quando el Mundo entre ſombras ſumergido
yacia en vn eſtado lamentable,
lleno de errores, y de inſultos lleno,
gimiendo con el peſo intolerable:
Oyò piadoſo el Cielo ſu lamento,
y como nunca à el afligido falte;

aun antes que el remedio le franquee,
quiso con varios signos consolarle.
Refierelo el veridico Flaminio,
que la vida escriviò de este Gran Padre,
afirmando, que allá en Constantinopla
se vieron dos Imagnes notables:
De Santa Sofia el venerado Templo
descubriò de pincel dos Personages,
puestos sus nombres sobre sus cabezas,
porque nadie quien fuessen ignorasse.
El Doctor de las gentes era el vno,
y à su lado Domingo, que explicarle
á el Mundo quiso el Cielo, que estos vasos
fueron electos para remediarle.
A sus pies dos letreros manifiestan,
diciendo, que por Pablo no es dudable
subir à Christo, pero el de Domingo
publica, que por èl serà mas facil.
Imagenes tambien huvo en Venecia,
como refiere el Italiano Nanni,
de Francisco, y Doming o, que en el Templo
de Marcos veneraron siglos antes.
Geroglificos tales mostrò el Cielo,
para que reconoscan los mortales,
que aùn à el mal, que permite su justicia,
previenen los remedios sus piedades.
Llegò el tiempo feliz, en que dispuso
la Providencia, que la luz rayasse
de este Lucero, cuyos fuertes rayos
las Hereticas sombras auyentassen.
Su venturosa Madre, conociendo
su ocupacion, por causas naturales,
sintiendo el fruto, que en su centro anima,
quiso ofrecerlo à Dios en sus Altares,
De Domingo de Silos en la Casa
sus oraciones repitiò constante
nueve dias, que de su Patrocinio
confiò, que el Señor las aceptasse.
Quando al septimo dia el mismo Santo
se le mostrò, para vaticinarle,
que la luz, que en su claustro se ocultaba,
del Mundo illustraria las edades.

Con

Con otro anuncio el Cielo la assegura
en sueños, que no es nuevo, que declare
sus secretos el Cielo, quando el sueño
embarga los sentidos animales.
El maternal alvergue viò ocupado
de vn Can, que con ladridos incessantes
à el Mundo assombra, y en su boca lleva
vna hacha, que ardiendo no se acabe.
Quien dudarà, que este gracioso Niño
fue embiado del Cielo, à que pegasse
fuego en la tierra, y con su celo ardiente
consumiesse groseras humedades?
O Niño mysterioso, à quien el Cielo
publica con symbolicas señales!
Si eres tan grande, aun antes de nacido,
adonde llegaràs en siendo grande?
No dirè, que el mayor de los nacidos
fuiste, que fuera arrojo muy culpable;
que esta excelencia es propia del Bautista,
que afirmò aquel, que no puede engañarse.
Mas si dirè, que el mismo Señor quiso
tanto à su Precursor asimilarte,
que dispuso, que sus prerrogativas
en tu admirable vida se estampassen.
Digalo el ver, que fue Santificado,
estando en las entrañas de su Madre:
como San Antonino lo publica, *Valderram.*
y otros Autores q̃ pondrè en el margen. *Theatr. de*
Favorecido de naturaleza *las Religio.*
fue Juan, que no era justo, que faltasse *Pepin.*
à prevenir la Casa, en que la gracia *Vtino.*
venia tan de asiento à aposentarse. *Beyerlinch.*
Diòle Progenitores tan ilustres,
que fueron de las Tribus principales
de David, y Leví, en que recaian
el Sacerdocio, y los honores reales.
De Domingo tambien la clara Estirpe
tan ilustre, y notoria fue, que nadie
puede dudar su illustre descendencia,
sino es vn embidioso, è ignorante.
Naciò el Bautista, y fue tan venturoso,
que no pudo à el nacer salir de Madre,

porque Maria, aun ántes que naciesse,
le previno en sus brazos mejor carcel.
No careciò de este favor Domingo,
que à el dexar el alvergue inescusable,
se encontrò con los brazos de Maria,
que tal reclinatorio quiso darle.

B. Alano, oracion 20.

Llegò el Natal feliz desde ab eterno
decretado, en que al Mundo se mostrasse
este fuerte Adalid, à cuya vista
temblaron las Cabernas infernales.
Al Bautista le puso nombre el Cielo,
que sus prerrogativas explicasse:
y à mi Padre, Maria, y Christo dieron
nombre, que sus grandezas denotasse.
Santificada fue la tierra, donde
naciò Domingo, porque no era dable,
que à tierra que pissò Christo, y Maria,
virtud tan essencial se le negasse.
No es mucho, que la Casa del Bautista,
que en su centro alvergò huespedes tales,
fuesse Santificada toda, y fuesse
llena de bendiciones celestiales.
Mas si es mucho, que el sitio, en que Domingo
naciò, le fuesse à Dios tan agradable,
que los Reyes del Cielo descendiessen
à bendecirle, y à privilegiarle.
Assi se vè, que esta bendita Tierra
conserva en sì virtud tan admirable,
que es medicina para los dolientes,
que la introducen para alimentarse.
Si en la Circuncission de Juan prodigios
hizo el Cielo, que vn Mudo publicasse:
Tambien en el Bautismo de Domingo
se explicò el Cielo con prodigios grandes.
Viòse en la frente del recien-nacido
vna estrella, que clara, y rutilante
pronosticaba, que esta luz hermosa
venia à deshazer obscuridades.
Ya, Iglesia Santa, tienes en tu Gremio
vn Sol, que manifieste tus verdades,
y con los rayos de su celo ardiente
de tanta ceguedad te desagravie.

O Santo Padre mio, quien pudiera
ya que en mi corazon tal eco hazes,
trasladar á la pluma los afectos,
en que mi amante pecho ſe deshaze!
Prodigio de la Gracia te contemplo,
Eneas de la Igleſia Militante;
que fiando ſu maquina à tus hombros,
en ellos encontrò ſeguridades.
Cifra perfecta fuiſte del Bautiſta,
que parece, que en ti quiſo copiarle
el Señor, porque el Mundo no ſe olvide
de la gracia, que en Juan diò à ſu linage.
Mas que dirè, mirandote en la cuna,
cercandote de abejas vn enjambre,
que buſcando las flores de tus labios,
ſus dulzuras pretenden vſurparles?
Que no ſolo à el Bautiſta te aſemejas,
pues de Ambroſio los ſignos te apropiaſte.
porque de quantos Santos viò la Igleſia,
los mayores prodigios imitaſte.
Pero ſi el Cielo te embiò à la Igleſia,
para que ſus ruynas reparaſſes;
què grandeza podia aver en ella,
que à ſu Reparador ſe le negaſſe?
Y no fue tu menor prerrogativa,
que el Señor con Franciſco te hermanaſſe,
aquel abyſmo de humildad profunda,
que los Yermos traſpuſo en las Ciudades.
O Santos Padres, como ſe conoce,
que os eſcogiò el Señor entre millares,
vſando con voſotros maravillas,
para que el Orbe todo os reſpetaſſe!
De Domingo refieren las Hiſtorias,
que ſugeto entre fajas, quiſo entrarle
en el Templo ſu Ama, que ſin duda
fue mocion eſpecial, que le llevaſſe.
Atentos à la Miſſa eſtaban todos,
y bolviendoſe à el Pueblo el Celebrante,
les dixo: Veis aqui el Reparador
de la Igleſia, que es eſte bello Infante.
Tambien el Sacerdote Zacharias
de Juan pronoſticò, que era voz, que antes

que el Verbo, preparando los caminos
venia, porque todos le buscassen.
Voz fue Domingo, que enviò á la tierra
Dios, para que su nombre promulgasse,
clamando en el desierto de este Mundo,
porque todos admitan sus verdades.
Y no solo fue voz clamante siempre,
sino es que pretendiendo eternizarse,
vinculò sus clamores en sus hijos,
que duran à pesar de las edades.
Tambien fue penitente desde Niño,
huyendo el alimento, que su Madre
le franqueaba, que para Domingo
fue el ayuno el manjar mas agradable.
Su tiernecito cuerpo le entregaba
à el duro suelo, con cuydados tales,
que para que ninguno lo impidiesse,
esperaba à que nadie lo mirasse.
Quien, viendo parbulez tan oficiosa,
no se confunde à el ver sus frialdades,
reconociendo, que sus robustezes
solo à el ocio rindieron vassallage?
Creciò el Niño, y sus Padres cuydadosos
Todas las Oraciones principales
le enseñaron; porque el descuydo en esto
ès delante de Dios delito grave.
Y como esta semilla en buena tierra
cayò, arrojò raices à el instante,
que en tierra, que cultiva la obediencia,
siempre fueron los frutos abundantes.
Què seria mirar aquella Infancia
delante de su Dueño, tributarle
con fervorosos actos sus afectos,
deseando servirle, y obsequiarle?
Quando iba à el Templo, viendo à sus Ministros
en el Rezo Divino exercitarse
coro hazia con ellos, infundiendo
respecto, y atencion en los seglares.
Ya empiezas, ò Domingo! la tarea,
para que el Cielo quiso destinarte,
y aun antes que tu voz oyera el Mundo,
con tus hechos quisiste predicarle.

De

De ſus pueriles juegos los empleos
fueron preſagios, mas que veleydades
de la niñez, pues ellos demoſtraban
de ſu eſpiritu heroyco los realzes.
Todo era imitar los Sacerdotes,
formando Templos, y erigiendo Altares,
y con tal devocion, que muchas vezes
conſiguiò, que ſus ojos los regaſſen.
O! y como reprehenden tus juguetes
las tibiezas de las ancianidades;
que ellas en niñerias ſe detienen,
y tu jugando condenarlas ſabes.
Sus Padres, que Chriſtianos, y prudentes
miraban ſus acciones vigilantes,
no quiſieron privarle del ſocorro,
que à la naturaleza ofrece el arte.
A vn Tio ſuyo, de ſu Madre hermano,
que era Arcipreſte en tierra algo diſtante,
de letras, y virtud, tan conocido
por ellas, como lo era por ſu ſangre,
Le embiaron à el Niño, que á ſu ſombra
quiſieron, que ſus letras cultivaſſen
aquella nueva planta, porque en ella
los ſazonados frutos ſe lograſſen.
Era el Tio exemplar de Sacerdotes,
y huyendo los bullicios populares,
vivia retirado del comercio;
porque con ſu inquietud no le turbaſſe.
Su continuo aſsiſtir era en el Templo,
logrando aquellas dulces ſoledades,
à que combida el celeſtial Eſpoſo,
llenando à el alma de felicidades.
Ayo tal la Divina Providencia
le previno à Domingo, à que eſtudiaſſe
en aquellos primeros rudimentos,
las excelencias de aquel Arte amandi.
Con tal Eſcuela, y con ſu bello genio
ſe aumentaba en Domingo por inſtantes
la luz, porque labrandolo el Eſtudio,
ſus brillos deſcubria aquel Diamante.
Su Tio, à quien el Cielo dirigia,
viendo aquella niñez adelantarſe

tanto, reconociò, que aquellos fondos
eran graciosos, mas que naturales.
Llegò Domingo à completar tres lustros,
y el Tio temeroso de atrasarle,
tratò de remitirle à donde huviesse
estudios de mayores Facultades.
A sus Padres noticia sus intentos,
haciendo informe de las singulares,
prendas,que en su Sobrino florecian,
y que no era razon se malograssen.
Sus Padres, deseosos de que el hijo
en letras, y virtud se adelantasse,
convinieron en que se remitiesse
donde Estudios mayores se cursassen.
Era entonces Palencia el centro adonde
florecian las Letras en su auge,
hasta que en tiempo del tercer Fernando
hizo que en otro sitio se plantassen.
Y por ser Salamanca tierra fertil,
de temple muy benigno,y saludable,
se discurriò ser mas proporcionada
para concursos de Vniversidades.
Mas no logrò la gloria de que en ella
este raro portento se educasse,
que esta dicha fue solo de Palencia,
y esto solo le basta para honrarse.
Aqui empezò Domingo sus tarèas,
y su ingenio empezò à manifestarse,
mostrando,que su clara inteligencia
no podia encontrar dificultades.
La Logica estudiò, y las ilaciones,
que sacaba, eran todas tan constantes,
que parecia ser revelaciones
las que eran sutilezas naturales.
Argumentaba, mas con tal modestia,
que no pudiendo convencerle nadie,
soltaba el argumento muchas veces,
porque el contrario no se sonrojasse.
En suma, en breve tiempo consumado
Philosofo saliò, siendo en su Classe
el assumpto de las aclamaciones,
y el exemplo de todos sus iguales.

No pudieron con èl celebraciones
 conseguir, que elaciones le tocassen;
 porque aquel corazon à Dios asido,
 nunca estuvo propenso à vanidades.
Su trato era con todos apacible,
 con vna caridad tan agradable,
 que llevandole todos los afectos,
 refrenaba imprudentes liviandades.
Del comercio femineo se escusaba
 con tal esmero, que no quiso darles
 à sus ojos, y oydos, ni aun licencia
 alguna vez, que oyessen, ni mirassen.
O Santo Joben, como se conoce,
 que tu prudencia sabe peltrecharse,
 porque no encuentre brecha el enemigo,
 por donde su malicia pueda entrarse.
Y para asegurarse de su astucia
 à el ayuno buscò, que sugetasse
 de la naturaleza los halagos,
 que della siempre este traydor se vale.
Añadio à los ayunos las vigilias,
 buscando siempre en que mortificarse,
 de suerte, que el mayor recreo suyo
 el exercicio fue de obras penales.
De esta suerte cursaba los Estudios,
 haziendo sus primores vn enlaze
 de letras, y virtud, que no se puede
 discernir, en que fue mas admirable.
A este tiempo enviò Dios à Palencia
 el azote fatal de crueles hambres,
 cuyo golpe à los misseros assombra,
 pero en los pobres es donde recae.
En las Calles, y Plazas no se oìan
 mas que desgracias, desconsuelos, ayes,
 muertes, dexando todo el Territorio
 minado de fatigas, y pesares.
En este caso el corazon piadoso
 de Domingo, bien dexa registrarse
 qual estaria, viendo en cada pobre
 de su amado Jesus la viva imagen.
Todo quanto tenia diò à los pobres,
 y viendo, que no avia mas, que darles,

ſus alhajas, y Libros puſo en venta,
ſin que ni aun vn quaderno reſervaſſe.
O que letras tan bien diſtribuidas!
bien ſe vè, que es la Eſcuela que curſaſte
la de Jeſus, y ya no necesitas
de mas Libros, que oyrle, è imitarle.
Bien lo moſtraſte, quando viendo el llanto
de vna pobre muger, que inconſolable
lloraba el cautiverio de vn hermano,
que padecia en Agarena Carcel.
Fue tanto el ſentimiento de tu pecho,
que con fuertes inſtancias le rogaſte
que te vendieſſe à ti, y con lo que dieſſen
por ti, conſeguiria ſu reſcate.
O Padre mio! Ya de San Paulino
bien pueden las Hiſtorias olvidarſe,
que no es mucho ſe vea en vn Obiſpo,
lo que executa vn Joben Eſtudiante.
Aviendo concluìdo los Eſtudios,
y ſiendo ya preciſſo Graduarſe,
recibiò el Grado de Maeſtro, haziendo
feliz aquella Eſcuela Venerable.
Todo el Clauſtro quedò lleno de gozo
con el nuevo Doctor, cuyos alcances
excedian los terminos de humano,
porque ſu inteligencia era de Angel.
Con ſingular reſpeto le miraban,
ſin que huvieſſe conſulta, en que no entraſſe;
ſu determinacion ſeguian todos,
ſubordinados ſiempre à ſu dictamen.
O gran Doctor! y como ſe conoce,
que Dios te Graduò, para enviarte
à el Mundo, porque luego que naciſte,
el empezò à atenderte, y tu à enſeñarle.
A atenderte empezò, que los prodigios
ſiempre las atenciones las atraen;
y aunque no los penetren por obſcuros,
los reverencian por impenetrables.
Maeſtro Soberano, en eſſa Eſcuela
mi corazon deſſea aficionarſe,
recibeme, pues eres tan benigno,
compadecido de mis necedades.

Bien

Bien sè, que mi rudeza es invencible,
pero tus luces son tan eficaces,
que no avrà obscuridad, que no destruyan,
ni imposibles, que no los desvaraten.
Compadecete, dulce Padre mio,
de este fomes, que siempre està pujante,
pues ves, que el batallon de mis passiones
no puede mi miseria sugetarle.
Como pobre mendiga, oy a tus plantas
hago presentes mis enfermedades,
que no es possible, que si tu las miras,
dexes de socorrerme, y ampararme.
No pausaba el aplauso de Domingo,
que como èl estudiaba en humillarse,
mientras mas se escondia de las honras,
mas porfiaban ellas en buscarle.
Su fama se estendiò por todo el Orbe,
publicando el thesoro imponderable,
que encerraba Palencia en su recinto,
digno de apetecerse, y de apreciarse.
Llegò la voz à el Territorio de Osma,
adonde residia el Venerable
Don Diego de Azevès, Obispo suyo,
Pastor muy cuydadoso, y vigilante.
El zelo, que alvergaba en sus entrañas,
no le dexaba vn punto sossegarse,
con el desvelo de que sus obejas
en los pastos vedados no tocassen.
Y sabiendo, que son los Sacerdotes
espejo, en que se miran los Seglares,
dispuso hazer vna reforma en ellos,
para que todo el Pueblo la observasse.
Los Canonigos todos de su Iglesia,
que eran de su Prelado muy amantes,
deseosos de darle gusto en todo,
se rindieron á el punto à su dictamen.
Sus rentas dexan à el arbitrio de vno,
que cuydadoso las administrasse,
y abrazando la Regla de Augustino,
se confirman Canonigos Reglares.
El Obispo gozoso, y deseoso
de que esta nueva planta se aumentasse,

deseaba sugetos, que en su gremio,
en letras, y virtud la adelantassen.
A este tiempo la fama de Domingo
tanto se divulgò por todas partes,
que contaban sus hechos, y sus dichos
por cosas inauditas, y especiales.
Llegò à saber este celoso Obispo
el conjunto de prendas singulares,
que à este nuevo Doctor hermoseaban,
y ansiò por conocerle, y comerciarle.
Y creyendo, que puesta en su reforma
esta nueva columna, era bastante,
para que con la fuerza de su exemplo
aquel nuevo Edificio sustentasse.
Determinò sacarle de Palencia,
que con su autoridad le fue muy facil,
y transplantarle en sitio, donde todos
sus Clerigos le viessen, y tratassen.
Llegò Domingo á Osma, y el Obispo
con su Cabildo le saliò à el instante
à recibir, manifestando el gozo
en todas sus acciones los semblantes.
Y como temerosos, de que aquella
prenda de entre las manos les faltasse,
sin dilatarlo mas, le diò el Obispo
el Avito con jubilo inefable.
Con el nuevo Canonigo, que era
(mas que Novicio que entra à habituarse)
Maestro de virtud, que con su exemplo
daba lecciones à sus Congregantes:
Llevabase de todos los afectos,
pues las virtudes siempre son imanes,
que se atraen à si los corazones
sin resistencia de las voluntades.
Hizoso aquella Sociedad dichosa,
con el nuevo Individuo respetable,
viendo en sus canas jubeniles brios,
y madureces en sus mozedades.
Era Domingo en la oracion continuo,
era en la penitencia inimitable,
en la obediencia pronto, y oficioso,
en la pureza parecia vn Angel.

En

En el silencio fue tan prodigioso,
que era precisso, para que èl hablasse,
que mediasse el respeto, ò que à su celo
la charidad fraterna le exitasse.
Su profunda humildad no le dexaba
conocer de sus prendas los quilates,
y como èl se juzgaba el mas indigno,
en los ojos de Dios era muy grande.
Portabase con todos sus hermanos
tan benigno, tan dulce, y tan afable,
que los hizo morar todos en vno,
sin que en su trato se diferenciassen.
En reciproca vnion vivian todos,
llenos de gozo, y de tranquilidades,
logrando en sociedad tan apacible,
que vn solo corazon los animasse.
Assi puso Domingo aquella nueva
planta, sin que en hablarles se ocupasse,
que las voces sin obras no aprovechan,
y las obras sin voces son bastantes.
Cumplidos ya los veinte y cinco años
de su dichosa edad, tan abundantes
de ciencia, y de virtudes, su Prelado
tratò con eficacia de ordenarle.
Hallabase Domingo temeroso,
que como no advertia en sì bondades,
mirando la grandeza del Estado,
no se hallaba capàz de soportarle.
Pero rendido siempre à la obediencia,
no supo à sus preceptos escusarse,
y assi determinò seguir el rumbo,
que su Pastor illustre le mandasse.
Procurò prepararse cuydadoso,
para ir à recibir aquel Caracter,
que diviniza à el hombre, y le coloca
en vna esfera superior à el Angel.
O Dignidad Sacerdotal! y como
nuestra ignorancia no sabe apreciarte,
porque si ella supiera conocerte,
no hallara sitio à donde colocarte.
De Ordenes à Ordenes andaba
nuestro Doctor buscando en que emplearse,

sin que su devocion hallasse modo,
que à su gusto pudiera exercitarle.
Ayunos, disciplinas, y cilicios,
y otras cosas, que son mas repugnantes
à la naturaleza, à sus deseos
todas le parecian parvedades.
En la oracion gastaba dia, y noche
con afectos tan tiernos, y eficaces,
que se abrasaba en ansias amorosas,
deseando que todos se abrasassen.
Assi se preparaba, y disponia
su corazon discreto este Ordenante,
para lograr aquel nupcial vestido,
que es para este combite inescusable.
Llegò el dia dichoso, en que Domingo
lleno de confusion entrò à Ordenarse,
y hallòse con Maria, que del Cielo
baxò, para assistirle, y exforzarle.
Con tal favor, ò como quedaria
aquel pecho bañado en suavidades!
Inquieto el corazon con tanto gozo,
por no hallar modo de remunerarle.
Ay dulce Madre, si con tal fineza
tales extremos con Domingo haces;
precisso es, que Domingo agradecido
se desvele en servirte, y agradarte.
Bien sabes tu, que su correspondencia
ha de ser tal, que aun à los Cielos pasme,
y como eres en todo tan vizarra,
à pagar su fineza empiezas antes.
En fin llegò la hora, en que Domingo
sin cessar de abatirse, y humillarse,
se puso en el Altar, donde esperaba
Maria, que venia à apadrinarle.
Pero assi que en sus manos viò la Hostia,
y llegò el caso de transubstanciarse,
el etna, que en su pecho se ocultaba
empezò ardiente à respirar volcanes.
Aqui fue adonde el corazon ansioso
sin poder contenerse, ò sugetarse,
liquidado en la llama de su afecto,
queria por los ojos exalarse.

Y á no estàr en presencia de Maria,
no tuviera valor para escusarse,
pero ella le contuvo poderosa,
fortificandole para otros lances.
Concluìda la Missa, no podia
Domingo de las Aras apartarse,
que como en ellas consiguiò tal dicha,
en ellas deseaba eternizarse.
Assi como San Pedro, aviendo visto
las glorias del Tabòr, quiso quedarse
en èl, y le ofrecia â su Maestro
Tabernaculo, en que se aposentasse.
Mas no huvo menester reprehensiones
Domingo, que mudassen su dictamen,
que como era su amor tan oficioso,
no sossegaba sin exercitarse.
Y mirando del Siglo las miserias.
y el mal, que amenazaba à los mortales,
dexaba de Maria las dulzuras,
y buscaba de Marta los afanes.
Y mirandole ya constituìdo
en vna Dignidad tan formidable,
tratò de responder à el beneficio,
queriendo mas, y mas perfeccionarse.
Inventò nuevas mortificaciones,
buscando modos de martirizarse,
tales, que à no creerse inspiraciones,
se tuvieran por nimias crueldades.
La mortificacion de los sentidos
fue en todo caso tan exorvitante,
que solo le servian de instrumento,
para darle tormento, y quebrantarle.
Su discreto retiro era continuo,
pero de modo, que no se encontrassen
faltas en el comercio Religioso,
ni de Funcion precissa le escusasse.
En todo se portò con tal prudencia,
que siendo sus virtudes exemplares,
las practicò de modo, que de todos
hizo que fuesse la virtud amable.
Miraba aquella Illustre Compañia,
con vna estimacion inexplicable,

las virtudes heroycas de Domingo,
y muchos se alentaron à imitarle.
Y reparando en que el Arcedianato
de aquella Iglesia estaba de vacante,
quisieron conferirselo à Domingo,
creyendo era el mas digno de ocuparle.
Resistiò como humilde, mas no pudo
escusar obtenerle, y aceptarle,
que á la voz de vn precepto nunca supo
Domingo resistirse, ni negarse.
Con este nuevo cargo, nuevamente
procurò de virtudes adornarse:
que cargos de la Iglesia es bien se advierta,
que recibirlos es solo cargarse.
Tomò las Colaciones de Casiano,
y en ellas estudiaba vigilante
las virtudes heroycas, que exercian
aquellos Hermitaños Venerables.
Con este estudio solo de virtudes
se llenò tanto, que sus Familiares
creyeron, que tenian la Thebayda
cifrada en aquel solo Congregante.
En el Arcedianato se portaba
con vn modo apacible, y respetable;
porque era su mandar obedeciendo,
pero su obedecer era mandarles.
Era su trato con los Prebendados
tan benigno, tan manso, y tan suave,
que no huvo corazon, que resistiesse
à aquella mansedumbre dominante.
Humilde siempre con los inferiores
fue su trato tan llano, y amigable,
que à el mas agreste, y menos advertido,
le mudaba en atento, y comerciable.
Con vn agrado serio, y respetoso,
comerciaba tambien con los Seglares,
huyendo de sus juntas venenosas,
y acercandose en sus necessidades.
Con este lleno de virtud discreta
se hizo tan dueño de las voluntades,
que era de Osma el Oraculo Domingo,
resonando su fama en todas partes.

No

No avia pleyto, que èl no compusiesse,
enemistad, que no reconciliasse,
necessidades, que èl no socorriesse,
ni impossibles, que no facilitasse.
Seis años fueron los que estuvo en Osma,
que para sus vezinos fue vn instante;
porque todos hallaban en Domingo
refugio, Protector, Maestro, y Padre.
Viendo el prudente Obispo los talentos,
que en Domingo dexaban registrarse,
determinò, que fuessen sus ovejas
las primeras, en quien los emplease.
Y viendo, que cumplia treinta años,
no quiso, que encerrados se quedassen,
por parecerle ya tiempo oportuno
de que luciessen, y de que lucrassen.
Y assi determinò con su prudencia,
que en todo su Obispado resonasse
aquel Clarin, que el Cielo enviò à el Mundo,
para que los vivientes se alentassen.
Diòle cuenta à Domingo de su intento,
y èl obediente, sin que repugnasse
admitiò el cargo, aunque le parecia,
que no era idoneo para honor tan grande.
Ya llegò el tiempo, dulce Padre mio,
en que empieze tu zelo à exercitarse,
y como allà el Bautista en el desierto,
por todo el Orbe tus acentos clamen.
O como te contemplo en esse emplèo
lleno tu corazon de incendios tales,
que de tu charidad la ardiente llama
fue milagro, que no te devorasse.
Ya empiezas, ò Lucero luminoso,
à esparcir essos rayos penetrantes:
quien podrá resistirse à tantas luces,
ò quien de tal poder sabrá escusarse?
Amado Padre, acercate à mi pecho,
y desvarata el yelo incontrastable,
que de este corazon apoderado
no puede mi miseria separarle.
Duelete del tormento en que me miras,
pues no ignoras los daños que me haze,

no me mires à mi, que ſoy indigna,
mira à el que derramò por mi ſu ſangre,
Por èl ſolo te pido, que me atiendas,
para èl ſolo deſeo remediarme,
por èl ſolo me aflige mi dureza,
y para èl, y por èl quiero abraſarme.
Ea Padre amoroſo, no me niegues
tu patrocinio, pues mis males ſabes,
aplicame vn deſtello de tus rayos,
que eſte nocivo yelo deſvarate.
Y pues tu mereciſte de Maria
favores tan continuos, y eſpeciales,
conſiga yo por ti, que eſta Señora
ſe empeñe en protegerme, y en librarme.
Siguiendo humilde en todo la obediencia,
ſe retirò Domingo à prepararſe,
para ſalir vizarro à la Campaña
à lidiar con el Mundo, y ſus ſequaces.
Y ya determinada la ſalida,
toda la prevencion para el viage
fue vn Breviario, preciſſo para el Rezo,
y vn Baculo groſero, à que arrimarſe.
Y para no perderſe en los caminos,
fue meneſter buſcar quien lo guiaſſe,
y proveyòle el Cielo de vn Bernardo
que con fidelidad le acompañaſſe.
Era Bernardo vn mozo virtuoſo,
adornado de bellas propiedades,
y aſsi el Señor ſe lo aſignò à Domingo,
para que mas, y mas ſe mejoraſſe.
En fin ſalieron de Oſma, y el repueſto,
que diſpuſieron para alimentarſe,
fue entregarſe con fè à la providencia,
que nunca dexa perecer à nadie.
Ivan por los caminos vno, y otro
con la mente en el Cielo, ſin pararſe
à mirar à la tierra, porque en ella
ſolo hallaban deſdichas, y maldades.
Y quando alguna vez los detenia
la compaſion de ſus neceſsidades,
era para bolver con mas inſtancia
à el Cielo à pretender que ſe apiadaſſe.

En

En llegando à los Pueblos, no buſcaba
Domingo mas alvergue, ni hoſpedage,
que la Igleſia, que en ella ſiempre hallaba
ſu eſpiritu el mejor corroborante.
Para ſu breve ſueño hallaba cama
en las loſas, y pies de los Altares,
y aunque ſu cuerpo à el ſueño ſe rindiera,
ſu corazon eſtaba vigilante.
Su feliz Compañero, de ſus hechos,
y dichos procuraba aprovecharſe,
que con buenos los buenos ſon mejores,
haziendo ſu impreſsion los exemplares.
Gaſtaba en la oracion toda la noche,
y del dia tambien la mayor parte,
clamandole à el Señor, que diſpuſieſſe
la tierra, porque el grano radicaſſe.
Eſtaba todo aquel piadoſo pecho
tan lleno de fervores exitantes,
que no encontraba alivio en ſus fatigas,
ſino era trabajar, y fatigarſe;
El deſeado fin de ſus tareas
era lograr vn lucro exorvitante;
y mientras no cumplia ſus deſeos,
todo era conſumirſe, y abraſarſe.
Todos los dias celebraba Miſſa,
diſponiendoſe muchas horas antes,
y aunque mas ſe eſmeraba en diſponerſe,
ſiempre le parecia eſtàr inhabil,
Y mirando, que vn Dios Omnipotente
dexaba de los hombres manejarſe,
ſe entraba en el abyſmo de ſu nada,
de donde no era facil apartarle.
Pero aquel, que levanta los humildes,
enamorado de ſus humildades,
le encumbraba en esfera tan ſublime,
que nadie le podia dar alcance.
Aqui eran los coloquios amoroſos,
el derretirſe, y el aniquilarſe,
haſta llegar ſu eſpiritu vizarro
à competir Seraphicos volcanes.
Aſsi muchos le vieron muchas veces
bañado en tantas luces celeſtiales,

que no podia la miseria humana
en tales ocasiones, ni aun mirarle.
Assi salia este abrasado Etna
de las Aras, ardiendo en llamas tales,
que el que se le acercaba, no podia
resistir à sus rayos penetrantes.
Llegate à mi, querido Padre mio,
no te detengan mis indignidades,
obliguete tu charidad invicta,
y pegame essas llamas operantes.
Empezò à resonar la voz sonora
del Precursor segundo, que tonante
penetrò las Cabernas del Abysmo,
horrorizando sus concavidades.
Esparciendo sus ecos por el Orbe,
corriò veloz por todos los Lugares
de Osma, y de Palencia, dando frutos
colmados en aquellas heredades.
Tal era la dulzura de sus voces,
y el atractivo tal de su semblante,
que salia la gente de los Pueblos
siguiendole con ansias implacables.
Assi corria con su Compañero,
E iva fructificando en todas partes,
sin que la mas inculta reveldia
pudiera resistirse à sus verdades.
Llegaron à Santiago de Galicia
assistidos de gente innumerable,
que à el imán de sus voces atraìdos,
no tenian valor para apartarse.
Y corriendo las Costas de Galicia,
junto à el Padron vinieron á encontrarse
con Corsarios crueles, que à la presa
se arrojaron furiosos como Canes.
A la Nao los llevan, donde avia
vna chusma de gentes incapaces,
vnos eran Christianos, otros Moros,
toda gente perdida, è intratable.
Ponenlos en prisiones, y gozosos
á el banco los conducen à el instante,
para que con los otros Galeotes
à las voces del Comitre trabajen.

Cie-

Cielos, como ſufris eſta injuſticia!
O Mundo en todo injuſto, è ignorante!
Aſsi tratas â aquel, que à las fatigas
ſe entrega ſolamente por librarte?
Aſsi trataſte à aquel, que humilde, y pobre
vino à favorecerte, y remediarte;
y no es mucho, que à el que es retrato ſuyo
como à èl le recibas, y le trates.
O Patriarcha Santo! que gozoſo
te conſidero en tus adverſidades,
con el theſoro abierto de la injuria,
ſin que tu corazon pueda ſaciarſe.
En eſte mar de oprobios, y deſprecios,
cercado de priſiones, y de afanes,
el conſuelo, que de ellos recebia,
le azivataban los agenos males.
Miraba à aquella gente tan perdida
engolfada en ſus vicios, ſin pararſe
à meditar el propio daño ſuyo,
ni las injurias, que à el Señor ſe le hazen.
Eſte era vn incentivo poderoſo
para aquel corazon, que ſiempre amante
de ſu Dios, y ſus proximos, ſentia
de aquel la injuria, de eſtos el deſaſtre.
Y aſsi no pudo contener la llama
de aquel incendio, ſin que ſe aſomaſſe
â los labios, por ver ſi conſeguia,
que aquellos corazones ſe ablandaſſen.
Empezò à predicarles fervoroſo,
mas no pudo lograr, que le eſcuchaſſen,
que eſtaban con ſu mal tan bien hallados,
que no querian ya que les faltaſſe.
Todos enfurecidos aumentaron
las injurias, ſin que los refrenaſſe,
ni la paciencia con que los ſufria,
ni el apacible modo de enſeñarles.
Pero Maria, que mirò à Domingo,
viendole padecer tantos vltrages,
quiſo tomar por ſuya aquella cauſa,
ſaliendo à la defenſa como Madre.
Y aſsi mandò à las aguas, y à los vientos,
que contra aquellos Barbaros ſe armaſſen

de furias, y rigores, combatiendo
con crueldad la miserable Nave.
Empezò la tormenta tan furiosa,
que todos empezaron à turbarse,
y aunque desvalijaron el Navio,
de sus culpas no saben descargarse.
Y como era la causa sus delitos,
y estos se fomentaban por instantes,
por instantes tambien con nuevos sustos
las aguas vengadoras los combaten.
Se arrojaron sus olas con tal furia,
que à el Piloto sacaron de la Nave,
llevandoselo, à donde sin remedio
sepultado en sus concavos quedasse.
Quedò sin orden toda aquella chusma,
sin saber defenderse, ni librarse,
y como moradores del Infierno,
nunca se hartaban de desesperarse.
Viendo Domingo tanta reveldia,
y que era el riesgo cada vez mas grave,
tomando vn Crucifixo fervoroso,
empezò con exfuerzo à predicarles.
Amonestabales, que se valiessen
de Maria Santissima, pues nadie,
que se valiò del Patrocinio suyo,
dexò de conseguir seguridades.
Pero ellos mas reveldes, y obstinados,
tomando vn leño, con furor notable,
maltratan à Domingo rigorosos,
blasfemando de Dios, y de su Madre.
Què efecto causaria en aquel pecho
oyr contra su Dios tantos vltrages,
y ver, que á las piedades de Maria
responde el hombre con injurias tales?
El que supiere amar à Dios, contemple
si ay pena, que à esta pena se le iguale,
que el tormento, que causa este martyrio
no lo puede saber el que no sabe.
En fin, viendo Domingo, que el azote,
que sobre sì tenian, no bastasse
à sugetar aquella rebeldia,
invocò de Maria las piedades.

Lle-

Llegò el dia feliz, en que la Iglesia
celebra aquel Mysterio inexcrutable,
en que Dios se hizo hombre, vniendo à el hombre
consigo en aquel lazo inseparable.
Valiendose del dia, y del Mysterio
bolviò Domingo à instar, con filiales
ansias á la querida Madre suya,
que no tardò en oyrle, y remediarle.
Apareciòle aquella hermosa Estrella
del Mar, que con cariños singulares
le dixo: hijo Domingo, aqui me tienes,
que vengo à responderte, y consolarte.
Si quieres remediar el infortunio,
que amenaza à essos pobres miserables,
predicales, que rezen mi Rosario,
que esse solo es el medio de librarse:
Diles, que funden vna Cofradia,
siendo mi Hijo, y Yo los Titulares,
y rezen mi Rosario cada dia
con el orden, que Yo vengo à enseñarte.
Si assi lo prometieren, seràn salvos,
pero si no quisieren sugetarse,
seràn despojos del Leon furioso,
que cruel solicita devorarles.
Y luego que los veas reducidos,
la señal de la Cruz forma en el ayre,
cessará la tormenta, y con bonanza
à el Puerto llegaràn, donde descansen.
Assi sucediò todo, que Maria
como Reyna del Mar, hizo pararse
à las aguas, mandandole à los vientos,
que depongan las furias, y se amansen.
Arrepentidos todos, y obligados,
llorando tiernos sus atrocidades,
á los pies de Domingo se arrojaron,
pidiendo humildes, que los perdonasse.
Ofrecieron fundar la Cofradia
del Rosario sagrado, y de rezarle
todos los dias, influyendo à otros,
porque esta devocion se eternizasse.
Con esto merecieron que Maria
à la Nave bolviesse, y se dexasse

vèr de todos, llenandolos de gozos,
y aſſegurandoles favores grandes.
Eſta fue la ocaſion, en que à Domingo
le mandò la Gran Reyna, que anunciaſſe
ſu Roſario, y que como Apoſtol ſuyo
ſus grandes excelencias predicaſſe.
Soſſegadas las aguas, y los vientos,
ſiguieron alentados ſu viage,
y llegando à las Playas de Bretaña,
alli encontraron Puerto en que albergarſe.
Alli encontraron quanto en ſu fatiga
arrojaron à el Mar, ſin que faltaſſe
coſa alguna, que aviendolo ofrecido
Maria, fuerza fue que lo encontraſſen.
Y queriendo moſtrarſe agradecidos,
determinan en fin encaminarſe
à la Igleſia, y en Proceſsion vnidos
ir rezando el Roſario, y publicarle.
Eſta fue la primera vez, que el Mundo
oyò tan dulce muſica en ſus calles,
que à el Cielo le robò las atenciones,
auyentando las Tropas Infernales.
Eſta victoria conſiguiò Domingo
por Maria, que ſiempre favorable
atendia à los ruegos de Domingo,
moſtrandoſe con èl qual fina Madre.
Pero aſsi que ceſſaron las borraſcas,
no le quiſo dexar, que deſcanſaſſe,
que à los que eſta Señora favorece,
no quiere verlos ſin exercitarſe.
Acabò ſu Miſsion, y bolviò à Oſma
Domingo, adonde hallò las novedades
de aver el Rey diſpueſto, que ſu Obiſpo
paſſaſſe à Francia à vnos negocios graves.
Diſcurriendo el Obiſpo quien podia
llevar conſigo, que le acompañaſſe,
ſe le ofreciò, que yendo con Domingo,
llevaba quien en todo le ayudaſſe.
Comunicòle à el punto el penſamiento,
y èl, que nunca ſabia repugnarle,
ſe ofreciò luego, porque à ſu Prelado
no ſupo reſiſtirſe, ni negarſe.

O como ſon de Dios las providencias,
y los juicios à el hombre impenetrables!
Y quando èl à otros fines ſe encamina
le previene el Señor los que èl no ſabe.
El Obiſpo gozoſo de que el Cielo
le huvieſſe concedido tan amable
Compañero, en quien èl avia ſiempre
reconocido prendas eſtimables:
No quiſo detenerſe, porque ſiendo
el encargo del Rey, fuera delayre
de ſu lealtad, ſi ſin mayor motivo
ſe detuvieſſe, y no le executaſſe.
Y aſsi determinaron ſu ſalida,
poniendoſe en camino quanto antes
pudieron, y ſiguieron ſu derrota
à la Francia con vn feliz viage.
Llegaron à Toloſa, que era adonde
el Señor los llevaba, à que empezaſſen
à lidiar con las fieras Heregias,
que introduxeron los Hereges de Alvì.
Apoſentaronſe en vna Poſada,
adonde eſtaba el Hueſped miſerable
herido del Heretico contagio,
lleno de errores, y de ceguedades.
A las primeras voces ſus errores
ſalieron à los labios, que ocultarſe
no ſaben, porque ſiempre la ignorancia
ſus mentiras las juzga por verdades.
Eſcuchole Domingo, y laſtimado
de que à la Fè Sagrada maltrataſſe
ſu ciego error, y ſin mirar ſu daño,
corrieſſe ſu locura à deſpeñarſe:
Su charidad no pudo contenerſe,
ni eſperar à otro dia, ſin moſtrarle
el engaño fatal, en que vivia,
ſiguiendo vna carrera tan infame.
Y aſsi le contradixo valeroſo,
y aunque èl furioſo quiſo rechazarle,
no encontrò voces con que defenderſe,
que tienen mucha fuerza las verdades.
Rindiòle en fin, haziendo que vencido
de la Fè las doctrinas abrazaſſe,

y à el punto deponiendo ſus errores,
à el Catholico Gremio ſe entregaſſe.
Ya Autor de la Heregia, es bien que temas
à eſta Luz, que ha venido á aniquilarte,
pues ves, que en la primera conferencia
tu quedaſte vencido, y èl triunfante.
O Reparador Santo de la Igleſia!
y que bien vſas de tus facultades,
pues no pudiſte, aun yendo de camino,
permitir, que el contrario la injuriaſſe.
Al punto con la eſpada de tus luces
ſaliſte à la defenſa, y deſtrozaſte,
con los filos ſutiles de tu ciencia,
las ſombras de ſus necias falſedades.
Salieron de eſte triumpho, agradecidos
à el Señor eſtos Santos Caminantes,
reconociendo, que ſin ſu aſsiſtencia
vencer ſu rebeldia no era facil.
Y ſiguiendo animoſos ſu deſtino,
determinaron el bolver quanto antes
à Toloſa, á lidiar con el contrario,
que alli reconocieron tan pujante.
Llegaron à la Francia, y cuydadoſo
el Obiſpo, tratò de preſentarſe
ante el Rey, á evacuar las dependencias,
à que ſu Soberano quiſo inviarle.
Supoſo Doña Blanca, que era Infanta
de Caſtilla, y casò con el Infante
heredero de aquella Monarchia,
con quien ſe deſposò dos años antes.
Y como ya la fama de Domingo
tan eſtendida eſtaba en todas partes,
lo quiſo vèr, que ſiendo de ſu Reyno,
era preciſſo, que lo deſeaſſe.
Domingo avia de ir à ver la Infanta
con el Obiſpo, porque el Rey ſu Padre
le encargò de ſu parte, que la vieſſe,
y à eſte precepto no era bien faltarle.
Paſsò con el Obiſpo à viſitarla,
y hallò á la Infanta llena de peſares,
por no aver conſeguido tener hijos,
que eſta falta en los Reynos es gravamen.

Con-

Consolola Domingo, y persuadiòla
à queà la Virgen Madre reclamasse,
rezando su Rosario cada dia,
y haziendo, que en su Reyno le rezassen.
Aceptò Doña Blanca, y prontamente
dispuso, que en su Reyno se fundasse
Cofradia, siendo ella la primera,
que en ella se escriviò como Cofrade.
Esta fue la segunda Cofradia
del Rosario, que fue tan agradable
á el Cielo, que por ella diò à la Francia
vn San Luis, que tanto la elevasse.
Logrò la Infanta el fruto deseado,
y Francia la fortuna de ser Madre
de vn Heroe tan insigne, cuya fama
apuesta con el tiempo eternidades.
O flores del Rosario, quantos frutos
aveis dado à la Iglesia Militante!
Escala, que elevando à tus devotos,
les previenes asiento en la Triunfante.
Estaba Doña Blanca muy gozosa,
porque llegò à sentir las novedades,
con que se explica la naturaleza,
quando sus obras llegan à lograrse.
Con la noticia toda Francia estaba
ideando festejos, que explicassen
los jubilos de todos sus Vasallos,
que querian mostrar sus lealtades.
Solo Domingo estaba displicente
acordandose de las soledades,
porque de Dios el delicado acento
no puede entre bullicios escucharse.
A su Prelado le pidiò licencia,
pidiendo le permita retirarse
à las Casas de Bruno, que en su estancia
retirado, queria reforzarse.
Tambien pidiò licencia à Doña Blanca,
y aunque ella sintiò mucho, que faltasse
de su presencia, viendo sus deseos
juzgò, que no era bien, que lo estorvasse.
Obtenida licencia, prontamente
caminò à la Cartuja á recrearse,

en aquella floresta de virtudes,
discurriendo aprender, y mejorarse.
Siempre los Santos juzgan baxamente
de sì, y aunque en Domingo fueron tales
sus virtudes, y tal su inteligencia,
siempre se discurria principante.
En fin, llegò à el Convento, y fue de todos
recibido con muestras de alegrarse,
y con benevolencia le assistieron,
y dieron sitio, en que se aposentasse.
Hallabase tan bien en su retiro,
observando la regla de estos Padres,
que llegò à discurrir, si acaso era
voluntad del Señor, que alli quedasse.
Bacilando con estos pensamientos,
le suplicò à Maria se dignasse
de darle à conocer, què sacrificio
le seria à el Señor mas aceptable.
La Gran Reyna, que siempre pronta, y fina
atendia à Domingo, sin tardarse
baxò del Cielo à darle la respuesta,
llenandole de dulces suavidades.
Dixole, que el Señor no le queria
para sì solo, sino que empleasse
los talentos, que avia recibido,
y lograria vn lucro exorvitante:
Y que estando la Iglesia combatida,
no seria piedad, que la dexasse
sin destruir los Dogmas atrevidos,
que sus luces querian ofuscarle.
Que con zeloso ardor juntasse gente,
porque el Señor queria, que fundasse
Religion, que en los Siglos venideros
defendiesse la Iglesia, y la celasse:
Y que Predicadores fuessen todos,
que este titulo avia de honorarles,
cuydando del Rebaño de la Iglesia,
porque en su puridad se conservasse:
Que por el Orbe todo cuydadosos
de la Fè las verdades pregonassen,
esparciendo las Rosas del Rosario,
con que remediarian muchos males:

Y que cuydasse, que sus hijos todos
esta suave devocion plantassen,
porque eran del Señor los escogidos,
para que en todo el Mundo la anunciassen.
Con esto se bolviò à el Cielo Maria,
y la dichosa Celda, à donde tales
favores recibiò Domingo, siempre
ha quedado en el Mundo venerable.
Instruìdo Domingo de Maria,
no quiso detenerse, que à el instante
se despidiò de aquel amable sitio
con grandes sentimientos de los Padres.
Partiò à Paris, buscando à su Prelado,
que le esperaba con deseo grande
de verle ya, porque sus corazones
vniò la charidad con fuerte enlaze.
Hallò, que concluida la Embaxada,
avia remitido, sin tardarle
à España la resulta, y que queria
passar à Roma con intentos graves.
Partiòse en fin, llevandose à Domingo
consigo, para que le acompañasse,
y à Bernardo, aquel Santo Compañero,
que à Domingo seguia en sus viages.
Assi que en Roma entraron, procuraron
con brevedad passar à presentarse
ante el Summo Pontifice, y pedirle,
que tan grave dolencia remediasse.
Llegaron à sus pies, y afectuosos
vno, y otro, empezaron à informarle
del contagio cruel, que padecia
la Iglesia de Alvigenses impiedades.
Sintiò el Papa la injuria de su Esposa,
y de sus hijos la enfermedades,
que los aniquilaban, que vno, y otro
lo sintiò como Esposo, y como Padre.
Pidiò el Obispo, que le concediesse
su licencia, para que renunciasse
la Mitra, porque libre de cuydados,
en defender la Iglesia se empleasse.
Pero no quiso el Papa concederla,
porque determinò, que se quedasse

puel-

puesta en el Candelero de la Iglesia,
luz, que tanto explendor sabia dar le.
Mandòle, que à su Iglesia se bolviesse,
pero porque sus ansias le aplacassen,
le concediò por tiempo limitado,
que en empressa tan santa se ocupasse.
Y conociendo el celo de Domingo,
le señalò, para que le ayudasse,
y el titulo les diò de Misioneros,
concediendoles grandes facultades.
Le besaron el pie con rendimiento,
y con su bendicion, à prepararse
para el camino fueron, que sus ansias
no sufrian mas tiempo dilatarse.
Razon serà, que aqui se dè noticia
de las locuras, que esta gente infame
seguia, que ofendiendose à sì mismos,
se iban acreditando irracionales.
Valianse, con pacto, del Demonio,
para que sus embustes fomentasse,
y fingiendose Santos, ostentaban
milagros, con que todos se engañassen.
El error de Pitagoras seguian,
creyendo, que las Almas racionales,
en saliendo de vn cuerpo iban à otro,
vniendose con èl, para informarle.
No querian creer, que avia Cielo,
adonde las virtudes se premiassen,
ni Infierno, adonde todos los delitos
tendrán su pena con perpetua carcel.
Tampoco el Purgatorio confessaban,
adonde passan à purificarse
las Almas, que las penas de esta vida
mortal, las daba Dios para purgarse.
Y como no creian los castigos,
no avia cosa, que los refrenasse,
corriendo à rienda suelta su apetito
por las sendas del vicio, sin saciarse.
En fin, tan enemigos de la Iglesia
eran estos injustos ignorantes,
que no ay en ella Sacramento alguno,
que su ferocidad no lastimasse.

Sen-

Sentia la Fè Santa ſus oprobios,
y lloraba la Igleſia ſus vltrages,
y la injuſta Heregia con ſus Dogmas
con el Mundo queria levantarſe.
Eſpera, cruel fiera, que ya el Cielo
tu atrevimiento quiere caſtigarte,
y contra tus rebeldes Batallones
prepara valeroſos Capitanes.
Salieron los dos Santos Miſsioneros
de Roma para Francia, è inceſſantes
iban clamando à Dios, que diſpuſieſſe,
que la fiera Heregia ſe extirpaſſe.
Y tendiendo la viſta, deſcubrieron,
que tenia en aquellas Heredades
el Ciſter vna Caſa, que ſus Monges
ſon moradores de las ſoledades.
A ella ſe encaminaron, que devotos
no quiſieron paſſar mas adelante,
ſin viſitar ſus Monges, y pedirles,
que con ſus ruegos à el Señor aplaquen.
Ellos con vn agrado Religioſo
les franquean guſtoſos hoſpedage,
è informados del rumbo que ſeguian,
quiſieran todos ir à acompañarles.
Y como era el Obiſpo virtuoſo,
tanto ſe enamorò de ſus modales,
que ſe viſtiò aquel Avito groſero,
con que le diò à ſu Mitra mas realces.
Pidiò tambien ſu Regla, porque quiſo,
que ſus Canonigos la practicaſſen,
y algunos de ſus Monges à el Prelado
pidiò le permitieſſe ſe llevaſſe.
Tres dias eſtuvieron hoſpedados
en aquel Santuario, con notable
gozo, pero la fè que los llamaba,
no quiſo permitir que ſe tardaſſen.
Diſpidieronſe de los Santos Monges,
y el buen Obiſpo conſiguiò llevarſe
conſigo algunos, para que en ſu Igleſia
ſu Regla, y Eſtatutos enſeñaſſen.
Saliò en fin eſta Santa Compañia
de aquel Convento, ſin que imaginaſſen

en otra cosa, que pedirle à el Cielo,
rogassen à el Señor, los auxiliasse.
Mi Santo Padre, sin cessar pedia
su favor á Maria, que negarle
no sabe, à quien con fè viva la implora,
porque siempre està pronta para darle.
Esta Santa Quadrilla caminaba
con ansia de llegar donde encontrassen
materia, en que pegar aquella llama,
dandole combustible, en que cebarle.
Llegando à Mompeller, Ciudad de Francia,
encontraron en ella doce Abades
del Cister, que el Pontifice enviaba,
à que los socorriessen, y ayudassen.
Fue grande el gozo de sus corazones,
y mas quando se vieron tan iguales
en los deseos, que por la Fè Santa
solo anhelaban à sacrificarse.
Viendose juntos estos Adalides,
discurrieron, seria bien nombrassen
vn Capitan, que en esta Santa empressa
à todos dirigiesse, y governasse.
Y conociendo el celo de Domingo,
se convinieron todos en votarle,
que como era de Dios el escogido,
à todos los moviò à que cooperassen.
Formada aquella Santa Compañia,
quisieron empezar à exercitarse,
discurriendo, què modo se tendria
en la Mision, que fruto se sacasse.
Dudaban, si seria bien hacerla
con tal autoridad, que les causasse
respeto, porque el Mundo siempre vano
solo respeta el fausto, y el ropage.
Rechazò la propuesta el Santo Obispo
y con la autoridad de mi Gran Padre
determinaron, que se dispusiesse
con Christiana humildad, y pobre trage.
Assi salieron todos à Campaña,
à donde los contrarios arrogantes
les hazen frente, discurriendo ciegos
vencerlos con sus necios disparates.

El

El Demonio temia los asaltos,
con que la fè venia à desarmarle,
y viendo los reflexos de Domingo,
ni acertaba a esconderse, ni à quedarse.
Dieron principio en fin à la batalla,
exforzandose de vna, y otra parte,
con las verdades de la fè los nuestros,
y los contrarios con protervia grande.
Duraron muchos dias las disputas.
sin que el mas leve fruto se lograsse,
porque el Demonio estaba encastillado,
haciendo aquellos pechos pedernales.
Hasta que vn dia aviendo disputado
Domingo largamente, quiso darles
por escrito quanto èl avia dicho,
para que mas de espacio lo mirassen.
Tomaron los escritos, y al siguiente
dia se convocaron à juntarse
todos en vna Casa, y á la noche
se pusieron à verlos, y à burlarse.
Sentaronse à la lumbre, y discurrieron
entregarle el papel, y si quedasse
ilesso, aviendo estado entre las llamas,
confessarian ser todas verdades.
No discurrieron ellos tal milagro,
que si huvieran llegado à imaginarle,
no huvieran hecho tales experiencias,
que estaban cada vez mas contumaces.
Y viendo, que por tres, ò quatro veces,
que al fuego le arrojaron, sin quemarse
saliò, quedaron como avergonzados,
pero sin deponer sus necedades.
Todos juntos hicieron juramento,
de que aquel caso no se revelasse,
y quedandose oculto entre ellos solos,
fuesse el silencio, quien le sepultasse.
Pero dispuso Dios, que vn Cavallero,
que seguia sus Dogmas, y en el lance
se hallò, viendo vn prodigio tan estraño,
por toda la Ciudad lo publicasse.
Que saliendo de alli desengañado,
à otro dia passò à catequizarse,

publicando el prodigio referido,
para que todos le desengañassen.
Mas los ciegos Hereges, de las luces
huìan assombrados, como Aves
nocturnas, que ofendidas de sus rayos,
solo les sirven para deslumbrarse.
Mi Santo Padre andaba en este tiempo
agenciando con Dios, que se mirasse
la causa de la Fè, y que le bolviessen
sus honores, sin que los maltratassen.
No dudaba Domingo, que saldria
la sentencia en favor, pero el tardarse
conocia, que solo era castigo
de aquella rebeldia inexorable.
Y assi clamaba en oracion continua,
rodando por su rostro venerable
las lagrimas, sin que sus bellos ojos
pudieran contenerse, ni enjugarse.
Pero los ignorantes Alvigenses
todo era discurrir como vengarse,
y como no tenian fundamentos,
no podian hallar en que fixarse.
Pero la ceguedad de su locura
les hizo, que fixassen por las calles,
y Plazas, Conclusiones de sus Dogmas,
queriendo defender barbaridades.
Pero apenas llegò su atrevimiento
à los oydos de mi Santo Padre,
quando tomò la pluma, y con los Ritos
de nuestra Fè los hizo que temblassen.
Diòles à ellos traslado de lo escrito,
para que sin rumor lo repassassen,
à ver si con los rayos de sus luces
podia deshacer sus ceguedades.
Pero obstinados, y furiosos todos
responder procuraron, mas fue en valde,
que no pudieron darle à sus mentiras
salida alguna para refugiarse.
Y viendo, que las luces de Domingo
los confundian con sus claridades,
buscaron en las sombras del engaño
nuevas astucias, para conservarse.

Di-

Dixeron, que pues ya tantas diſputas
avian precedido, ſe paſſaſſe
á vna experiencia, porque el Cielo avia
de ſer quien la verdad manifeſtaſſe.
Y pues que de vna, y otra parte avian
eſcrito dos tratados, ſe entregaſſen
al fuego en vna Hoguera, que en la Plaza
ſe hacia, à donde todos lo miraſſen.
Y que el Señor entonces moſtraria,
haciendo, que las llamas reſpetaſſen
la que eligieſſe, qual era à ſus ojos
la Ley mas Santa, digna, y agradable.
Previnieron algunos Hechiceros,
para que con ſus pactos no dexaſſen
à las llamas, que hicieſſen ſus efectos,
para que ſus eſcritos no quemaſſen.
Algunos dicen eſto, pero otros
dicen, que ſu intencion fue, que quedaſſen
vnos, y otros eſcritos conſumidos,
con la fuerza del fuego devorante.
Domingo, que eſcuchò ſu atrevimiento,
ſe ſaliò de aquel ſitio ſin hablarles,
y à la Igleſia ſe fue à pedirle al Cielo,
que ſu necia oſadia perdonaſſe.
O Ciegos, bien moſtrais vueſtra eſtulticia,
pues aſsi à los Judios imitaſteis,
pidiendole al Señor vueſtra locura,
que Teſtimonio dè de ſus verdades.
De eſta Oracion ſaliò mi Padre amado
con tal esfuerzo, que ſin dilatarſe
admitiò el deſafio, que ſin duda
le adminiſtrò el Señor ſeguridades.
Llegò el citado dia, y à la Plaza
ſe fue Domingo, ſin que ſe olvidaſſe
de llevarſe conſigo los eſcritos,
para que ſus victorias pregonaſſen.
Hallò, que eſtaba ya la Hoguera ardiendo,
y que ya los Hereges tan audaces,
como ciegos le eſtaban eſperando,
para que los papeles ſe arrojaſſen.
Entregaronle à el fuego los eſcritos,
y èl reverente, no quiſo tocarle

à el de Domingo, pero à el insolente
devorò su furor, aun sin llegarle.
No se diò por vencida la protervia,
antes viendo, que estaban sin quemarse
los caracteres, que formò Domingo,
por tres veces bolvieron à arrojarles.
Pero para mostrarles su locura,
permitiò Dios, que sin tocarlos nadie,
los papeles volassen, y subiessen,
y en vn leño elevado se plantassen.
Viendo esta maravilla algunos de ellos,
se convirtieron, pero contumaces
se quedaron los mas, que su malicia
queria en sus errores conservarse.
Quanto seria el gozo de Domingo,
y el furor del Infierno en este lance,
contemplelo el devoto, que vno, y otro
no ay razones, que puedan explicarle.
Quedaron los Catholicos gozosos,
viendo quedar la Santa Fè triunfante,
la virtud de Domingo conocida,
y los Hereges llenos de corage.
Viendo el Señor, que aquella vil semilla
tan arraygada estaba, y que incansable
Domingo trabajaba en arrancarla,
quando ella porfiaba en arraygarse.
Y à los otros Obreros, que cansados
trataban de dexarla, y retirarse,
quiso dexarle solo en esta empressa,
para que su valor se señalasse.
Y assi dispuso, que el Obispo de Osma
de sus pobres Ovejas se apiadasse,
teniendo en sus oydos los validos,
con que era fuerza, que ellas se quexassen.
De tanta obligacion al cumplimiento
quiso acudir, mas no sin quebrantarse
de dexar à Domingo en tanto empeño,
que quisiera con èl finalizarle.
En este tiempo Dios le diò permisso
al Demonio, para que castigasse
á aquel Pueblo atrevido, è infidente
con el azote de vna fiera hambre.

Fue

Fue tal, que sin remedio perecian
al duro golpe de necessidades,
y en lugar de pedirle al Cielo alivio,
en los delitos fueron à buscarle.
Sus hijas le vendian à el Herege,
y socorrian con el precio infame
su gran necessidad, que como brutos
buscaban los remedios en los males.
Llegò á saber mi Padre esta desdicha,
que como aguda punta penetrante
le passò el corazon, viendo à la Infancia
sumergida en vn mar de obscenidades.
Via por vna parte à la Heregia
en sus endebles pechos entrañarse,
y que por otra parte la impureza
el pudor natural iba á vsurparles.
Con esta pena su piadoso pecho,
reconociendo, que el astuto Aspid
aun entre las espinas del trabajo
su veneno cruel sabe ocultarle:
Clamò al Cielo, implorando de Maria
el favor, y logrò, que le inspirasse
para remedio de esta desventura
el mas eficaz modo, y el mas facil.
Inspiròle, que hiziesse vn Monasterio,
à donde estas Doncellas se encerrassen,
y que la providencia assistiria,
para que su sustento no faltasse.
Encontrò entre Tolosa, y Carcasona
vn sitio acomodado, en que fundarles
Casa, que el Pruliano le llamaban,
y vn Monasterio en èl fundò al instante.
Encerrò en èl vn numero crecido
de Doncellas, à quien mi Santo Padre
diò reglas de vivir, porque seguras
los cuerpos con las almas caminassen.
Con frequencia passaba à visitarlas,
y con platicas Santas à mostrarles
la senda estrecha, que es por donde deben
caminar las Esposas à imitarle.
El celo de Domingo era incentivo,
que al Obispo obligaba à retirarse,

à dar buelta à ſu Grey; que con ſu auſencia
temia, no llegara à deſmandarſe.
Deſpidiòſe de todos con ternura,
animandolos, à que no dexaſſen
la empreſſa, que el Señor ayudaria,
preparando vn gran premio à ſus afanes.
Partiòſe en fin, dexandolos à todos
con el dolor, de que ſe retiraſſe
vn Heroe tal, que en todas ocaſiones
los alentaba ſolo con mirarles.
Reſulta de la auſencia del Obiſpo
fue, que tambien ſe fueran los Abades;
porque viendo la heretica protervia
deſconfiaban, que ſe remediaſſe.
La muerte acelerada fue ſiguiendo
de Don Diego de Aceves el alcance,
que Dios de ſu virtud enamorado,
no quiſo retardar remunerarle.
El golpe executò cruel la muerte,
que ſolo fue para el Obiſpo afable,
pues la puerta le abriò, para que fueſſe
à la Celeſte Patria à coronarſe.
Toda Eſpaña ſintiò el fallecimiento,
porque es falta muy digna de llorarſe,
la de vn Prelado, que prudente, y docto
obliga à que le teman, y le amen.
O quanta fue la pena, que à Domingo
ocaſionaron nuevas tan fatales,
ſintiendo, que à la Igleſia en tanto aprieto
eſta fuerte columna le faltaſſe.
Quedò eſte Capitan valiente ſolo,
cuydando de los pocos, que agregarſe
à las Vanderas de la Fè quiſieron,
ſin que aquel corazon ſe deſmayaſſe.
Diez años en continuas baterias
trabajò aquel eſpiritu incanſable,
ſufriendo las injurias, y deſprecios,
que inventaban las hueſtes infernales.
Moſtravaſe gozoſo en el deſprecio,
y juzgavaſe indigno de lograrles,
trayendo à la memoria, que vn Dios hombre
à el Mundo deſcendiò ſolo à buſcarles.

Y porque no parassen las disputas,
deseando sus luces ilustrarles,
trazò con vnas nuevas Conclusiones,
que à todos los contrarios le citassen.
Y porque la Funcion fuesse completa,
aviendo en ella quien la autorizasse,
citò al Señor Obispo de Tolosa,
à que con su presencia las honrasse.
Era Fulcon Obispo de Tolosa,
afectissimo à nuestro heroyco Padre,
que viendo su virtud, y su exercicio,
era precisso, que se le inclinasse.
Aceptò al punto, y vinose à Tolosa,
y Domingo saliò à cumplimentarle,
y vn Herege ocultando su malicia,
saliò fingiendo ir por obsequiarle,
Dixoles, que mas presto llegarian,
si querian dexar, que èl los guiasse
por el atajo, y todos le creyeron,
que al veridico es facil engañarle.
A pocos passos dieron en el riesgo,
que la malicia supo prepararles,
hallandose emboscados entre zarzas,
que los hiriessen, y los sofocassen.
O como es natural en los aprietos,
que se aflija, y fatigue el varro fragil,
viendose todos ya como perdidos,
empezò su valor à desmayarse.
Mi Santo Padre entonces, que brioso
se recreaba en las adversidades,
con voces Apostolicas, su aliento
empezò à corregiles, y à exforzarles.
El Herege, que viò con la alegria,
que miraba correr su Illustre Sangre,
y que aun entre las zarzas el incendio
de su pecho lucia sin gastarse:
Reconociò su culpa, arrepentido,
y deponiendo aquella Secta infame,
confessando su yerro con sollozos,
se arrojò à aquellas plantas venerables.
Viendo el Herege aquel valor heroyco,
que despreciando las penalidades,

co-

como flor entre eſpinas ſe obſtentaba
mas puro, mas brioſo, y mas fragrante.
No fue mucho cauſaſſe tal efecto,
que la luz natural era baſtante,
para que conocieſſe, que aquel brio
excedia las cauſas naturales.
Domingo fue quien adquiriò eſte triunfo,
que ſu celo ferviente era tan grande,
que à vn tiempo con ſu exemplo, y con ſus voces
los ſupo convencer, y amoneſtarles.
Llegaron à Toloſa, à donde eſtaba
el Theatro eſperando, y los audaces
Hereges prevenidos de mentiras,
diſpueſtos para entrar en el combate.
Diò principio Domingo, proponiendo
los argumentos con tan eficaces
razones, con tan fuertes fundamentos,
que era impoſible, que los deſquiciaſſen.
Confuſos ſe quedaron, no confeſſos,
que eran en ſus errores tan tenaces,
que aun viendo ſus engaños tan patentes,
no era poſible, que los confeſſaſſen.
Quedaron tan corridos de eſte acto,
que diſpuſieron, que no ſe trataſſe
de mas diſputas, que ſu furia injuſta
ſolo trataba el modo de vengarſe.
Trataron entre sì darle la muerte
à mi gran Padre, y tan ſin recatarſe,
que à èl miſmo le decian ſus intentos.
y aun diſcurrian atemorizarle.
Pero ſolo ſervian ſus aviſos
de que ſus grandes anſias ſe aumentaſſen,
que ſolo pretendian ſus anelos
en aras de la Fè ſacrificarſe.
Y aſsi vn dia, que oſados le dixeron,
que ſi huviera ido por la parte,
que ſolia en el dia antecedente,
aquel dia ſerìa ya cadaver.
Les reſpondiò alentado, que eſſe era
ſu deſeo, mas no que le quitaſſen
la vida de vna vez, ſi que en menudos
trozos le dividieſſen, y acabaſſen.

O

O Santo Padre mio, que fervores
 ſe congelaban en tu pecho amante!
 Quien lograra vn deſtello de eſſe fuego,
 que en mi corazon tibio ſe anidaſſe.
Llegò à ſaber el Papa los exceſſos
 de los Hereges, y que incontraſtables
 las voces Evangelicas huìan,
 tapandoſe el oydo como el Aſpid.
Que ſe fortalecian à la ſombra
 de Principes injuſtos, que ſus graves
 errores abrazaban, ſiendo ellos
 de eſta infame quadrilla los Magnates.
Quiſo eſgrimir las Armas de la Igleſia,
 y enviò ſu Legado, à que intimaſſe
 à todos el error, que cometian,
 y à los reveldes los deſcomulgaſſe.
Quiſo el Legado ver, ſi conſeguia
 reducir las Cabezas principales,
 en eſpecial à el Conde de Toloſa,
 que era de todos ellos el faraute.
Y como fiel Miniſtro de la Igleſia,
 viendo, que no queria ſugetarſe,
 deſpreciando ſus fieras amenazas,
 las Cenſuras paſsò à notificarle.
Bolviòſe à Roma, porque conocia,
 que eſtaba el caſo, quaſi irremediable,
 y ſus obligaciones no podian
 permitirle, que mas ſe retardaſſe.
Y llegando à vn Lugar, que ſe llamaba
 San Gil, eſte dichoſo Caminante,
 dos Criados del Conde de Toloſa
 à el paſſo le ſalieron arrogantes.
Eſte Santo Legado, con ſu gente
 iba à paſſar vn Rio, pero antes
 vno de eſtos Criados, por la eſpalda
 le atraveſò vna lanza penetrante.
Cayò herido de muerte, y esforzado
 dixo, antes que el aliento le faltaſſe:
 Yo te perdono, y repitiendo eſto,
 ſubiò eſte Martyr nuevo à coronarſe.
Recibiò eſta noticia el Padre Santo
 con la pena, que puede imaginarſe,

y à los Christianos Principes à el punto
convocò, à que à la Iglesia la amparassen.
Los Principes Catholicos ansiosos,
no pudiendo sufrir, que Inmunidades
Sacras atropellasse el Alvigense,
se deshacian ya por castigarle.
Principes Eclesiasticos salieron
con sus Tropas tambien à acompañarles,
formando vn Esquadron tan numeroso,
que era temible, como respetable.
Y mientras que las armas prevenian,
de Domingo el espiritu incansable
se exercitaba en Santas correrias,
sin poder sus ardores mitigarse.
Supo, que en vn Lugar junto à Tolosa
avia vnas mugeres principales,
aunque Hereges, tan llenas de sus Dogmas,
que se juzgò imposible las dexassen.
Al punto que le dieron la noticia
se fue à el Lugar, sin que le acobardasse
la furia del Herege, que en su busca
andaba, deseoso de matarle.
Fuesse con vno de sus Compañeros,
y dispuso el Señor que se hospedasse
en la Casa, donde ellas habitaban,
porque mas presto las desengañasse.
Ellas, que como ricas, y Señoras,
eran muy ostentosas, y agradables,
le previnieron cena competente,
como que iba à tal casa à aposentarse.
A los dos les pusieron vnas camas
correspondientes, en que descansassen,
mas, ni cena, ni camas les sirvieron,
por mas que sus instancias lo intentassen.
Dixòles mi Gran Padre, que no era
tiempo oportuno, para que cenassen,
que estaban en Quaresma, y el ayuno
no permite la Iglesia se quebrante.
Y dixòles tambien, que dispusiessen
de las camas, porque à los Caminantes
Catholicos, el suelo les baltaba
el rato, que al descanso se entregassen.

Admiradas quedaron, y confusas,
y mas quando sus vidas inculpables
les mostrò la experencia con vn trato
tan apacible, que los hizo amables.
Empezò a Predicar con la dulzura,
que acostumbraba, y como avia antes
con su trato ganado los afectos,
logrò, que sus Doctrinas arraygassen.
Convirtieronse en fin, y arrepentidas
cantaron obsequiosas las verdades
de la Iglesia, entregandose à su Gremio,
y deponiendo aquella Secta infame.
Nueve mugeres al siguiente dia
se fueron à la Iglesia á preguntarle
à Domingo, si lo que avia dicho
en el Sermon, sin duda eran verdades.
Ya se dexa entender, como seria
la respuesta, que diò mi Santo Padre,
y entonces le dixeron, que venian,
à que èl las dirigiesse, y enseñasse.
Fue grande la alegria de Domingo,
viendo, que ellas querian remediarse,
y para que mas firmes estuviessen,
señas les quiso dar individuales.
Dixòles, que en vn lado de la Iglesia
invocando al Señor se retirassen,
y por cosas, que viessen, no temiessen,
que el mas minimo daño les causasse.
Pusosse à orar Domingo, y todas nueve
se pusieron à orar algo distantes,
quando vieron salir de entre ellas mismas
vn horroroso Gato formidable.
La piel era muy negra, y asquerosa,
la estatura de vn Can robusto, y grande,
las vñas muy torcidas, y crecidas,
y en los ojos mostraba dos bolcanes.
Era la cola chica, y recogida,
descubriendo las mas indignas partes,
todo èl irrisible, y asombroso
mostraba vna figura abominable.
Y dando muchas bueltas por la Iglesia,
para que mas de espacio le mirassen,

 de

de la campana luego asiò la cuerda,
y por ella subiò, y se fue al instante,
Llegò entonces Domingo à donde estaban
las mugeres del susto tan mortales,
que fue precisso, que las alentara,
para que ellas pudieran escucharle.
Dixòles, que mirassen à què Dueño
se avian entregado, y que alabassen
al Señor, que de aquella servidumbre
por su bondad queria se librassen.
Ellas entonces de dolor heridas
à sus pies se arrojaron à rogarle,
que pidiesse por ellas, y les diesse
reglas para servir à Dios, y amarle.
Assi lo hizo Domingo, y muchas de ellas,
que para Religion eran capaces,
embiò al Pruliano, al Monasterio,
que èl fundò, para que se refugiassen.
O què gozo seria, Padre mìo,
el que logrò tu celo imponderable,
viendo, que de los lazos del Demonio
aquellas Almas las desenredaste!
Y què rabioso el Enemigo injusto
estaria de verte tan triunfante,
Lucero hermoso, que con tus reflexos
todo el Mundo encendiste, è ilustraste!
No permitas, ò dulce Padre mìo,
que à mi sola tus luces no me alcanzen,
mira las ansias, con que te venero,
y el deseo, que tengo de imitarte.
Bien sè, que no merezco tus favores,
mas tambien sè tu condicion afable,
y que nadie buscò tu Patrocinio,
que tenga el desconsuelo de no hallarle.
Por Maria te pido, que me atiendas,
que este es el mejor modo de obligarte,
que por ella no ay duda de que quieras
concederme tu auxilio, y remediarme.
Razon es dar noticia en esta Historia,
de que fue Fundador mi Sto. Padre
del Sto. Tribunal, y fue el primero
Inquisidor de vn Tribunal tan grande.

De

De este Tribunal Santo fue el origen
Christo, que le fue dada en el instante,
que Encarnò, potestad en Cielo, y Tierra,
para que en todo su poder mostrasse.
Para que los Sarmientos, que viciosos
de su amable creencia se apartassen,
fuessen cortados de la Vid, y fuessen
arrojados à el fuego pertinaces.
Y assi con esta autoridad suprema
no quiso consentir, que profanassen
el Templo, que vn azote ignominioso
forjò, para arrojar de èl los Tratantes.
De este Supremo Juez, baxò el Empleo
à los Santos Apostoles, que amantes
de la Fè, vida, y honra le rindieron,
estendiendo su gloria en todas partes.
De la Fè las verdades publicaban,
sufriendo injurias, tolerando males,
y con su fè auyentaban los Demonios,
y deshacian las enfermedades.
Tambien penitenciaban los reveldes,
como se viò en Simon, que con sus artes
diabolicas hacia maravillas,
porque no se creyessen las verdades.
Pero San Pedro conjurò à el Demonio,
obligandole à que de èl se apartasse,
y à el punto de las nubes à la tierra
descendiò, convertido ya en cadaver.
Este castigo executò San Pedro
en Simon Mago, porque escarmentassen
en èl, y que ninguno se atreviesse
à oponerse à la Fè con falsedades.
Y tambien el amado Evangelista
en la Isla de Papho à vn ignorante,
que la Divinidad negaba en Christo,
castigò su ceguera con cegarle.
Cuyo castigo le costò la vida,
porque ciego llegò à precipitarse,
y assi de vn precipicio, dando en otro,
à el centro del Abysmo fue a alejarse.
Siempre el Cielo ha cuydado, de que todos
veneren à la Fè, siendo el mas grave
de-

Data est mihi omnis potestas in Cœlo, & in Terra Math. c. 28.
In ignem mittent, & ardent. Ioann. c. 15.

delito, el que contra ella se comete,
y en esto no se admiten parvedades.
De los Apostoles à los Obispos
baxò la comission, que no era dable,
que estuviesse la Fè, sin que Ministros
Superiores sus fueros conservassen.
Por derecho Divino los Obispos
(Cabezas, que en la Iglesia sobresalen)
son siempre Inquisidores Ordinarios,
que es Empleo muy propio à su caracter.
En los principios de la Iglesia Santa
era en cada Provincia indispensable
juntarse los Obispos por dos veces
al año, haciendo juntas Provinciales.
Juntabanse tambien otros Prelados,
porque entre todos ellos se tratassen
las causas de la Fè con las Doctrinas,
que debian entonces Predicarse.
Corriò assi este Apostolico cuydado,
y Catholico uso, sin dexarle
hasta el Concilio Sexto, que quisieron
allà en Constantinopla celebrarle.
Esto fue por los años de seiscientos,
y ochenta y uno, en que los Congregantes
determinaron, que una vez al año
solamente estas Juntas celebrassen.
Confirmòse esto mismo en el Concilio
Niceno, sin que nada se mudasse,
y Adriano Segundo, que era entonces
Pontifice, passò à ratificarle.
Assi corriò, y llegò al Lateranense
Concilio, en que bolviendo à confimarle,
quedaron los Obispos encargados
de cuydar de las Juntas Provinciales.
Este el origen fue de este Sagrado
Tribunal, siendo siempre vigilantes
Centinelas los Principes Supremos
de la Iglesia, guardando sus umbrales.
Hasta que el Sr. quiso, que el cuydado
de esta Viña à Domingo se entregasse,
y que èl Superior fuesse, y el primero,
que Inquisidor Mayor se titulasse.

Año

Año de mil dosclentos y seis vino
vn Legado del Papa, que embiarle
à Tolosa dispuso, porque en ella
estaba la raiz de tantos males.
Este fue Arnaldo, Monge Cisterciense,
en quien se hallaban quantas qualidades
pide vn Empleo tal, porque era docto,
virtuoso, eficaz, y venerable.
Con todo esso se veia muchas veces
lleno de dudas, y dificultades,
sin tener mas recurso, que a Domingo,
en quien hallaba las seguridades,
Hallole fatigado con vn Reo,
que à la Iglesia otra vez quiso agregarse,
y viendo sus delitos, no encontraba
modo, para admitirle, y castigarle.
Confiriò su fatiga con Domingo,
y viendo el caso arduo à consultarle
con Dios en la Oracion, se fue, que siempre
acierta, quien de Dios sabe fiarse,
Inspirole el Señor, que para todo
seria el mejor modo, se formasse
vn Tribunal, en quien misericordia,
y justicia se vniessen, y hermanassen.
Manifestòle à Arnaldo el pensamiento,
y èl con otros passò à comunicarle,
y a todos pareciò cosa del Cielo,
y que era justo que se executasse.
Admitieron al Reo, y à Domingo
el Legado cediò sus facultades,
y por su comission fue la primera
Sentencia, que forjò mi Sto. Padre.
Decia en ella, como arrepentido
aquel Herege de sus yerros graves,
se bolvia à la Iglesia, y que piadosa
ella le reciba como Madre.
La Penitencia fue, que tres Domingos
proximos los Ministros le llevassen
de la Villa à la puerta, y desde ella
caminando á la Iglesia, le azotassen.
Y que en toda su vida no bolviesse
à alimentarse con manjar de carne,

ni

ni tampoco comiesse lacticinios,
solo en las Pasquas se le dispensasse.
Mandòle, que ayunasse tres Quaresmas
al año, pero en ellas no probasse
pescado que con yervas, y semillas
era bastante para alimentarse.
Y mandòle tambien, que en la Semana
sin remissión tres dias ayunasse,
y que en ellos pescado no comiesse,
ni cosa, que el azeyte sazonasse.
Que vino no bebiesse en estos dias,
sino es que alguna vez le dispensasse,
ò en las grandes calores del Estio,
para que la salud no declinasse.
El bestido, que fuesse siempre honesto
en los colores, y las qualidades,
y traxesse dos cruces en el pecho,
de forma, que ambos lados le adornassen.
Que la Missa la oyesse cada dia,
y en los dias festivos no faltasse
à Visperas, à donde reverente
assistiria hasta que se acabassen.
Por las Horas Canonicas dispuso,
que el Pater noster diez veces rezasse,
y por Maytines veinte, y que por toda
su vida castidad siempre guardasse.
Que en todos los principios de los Meses
á su Parroco fiel se presentasse
con la Sentencia, y que con gran cuydado
su cumplimiento el Cura examinasse.
Y que si acaso le reconociesse,
que faltaba à cumplirlo, le tratassen
como à Herege, perjuro, Excomulgado,
y el merito comun no le alcanzasse.
Que en la Comunion Sta. de los Fieles
este infeliz ya no tenia parte,
quedandose obligado à los castigos,
porque apreciar no supo las piedades,
Esta fue la Sentencia, en que descubre
de sus grandes talentos los quilates;
pues vniò la piedad, y la justicia,
sin que su integridad se lastimasse.

Otra

Otra diſpenſacion diò à vn Cavallero,
para que en ſu familia ſe alvergaſſe
vno, que avia ſido Herege, mientras
los Jueces otra coſa le ordenaſſen.
Eſtas Sentencias, que le cometieron,
ſon cauſa, de que muchos ſe engañaſſen,
y de primer Inquiſidor la gloria,
dandola à otros, quieran vſurparle.
La heretica invaſion por eſtos tiempos
eſtaba cada dia mas pujante,
ſin que huvieſſe amenaza, ni caſtigo,
que ſu atrevido vuelo ſugetaſſe.
Llegò el año feliz de mil doſcientos
y diez y ſeis, aunque en aquel parage
de Toloſa, infeliz, por los eſtragos,
que hacian los Hereges contumaces.
Innocencio Tercero, que era entonces
Papa, compadecido de los males,
que el Rebaño de Chriſto toleraba,
pidiò a Dios, que el remedio le inſpiraſſe.
Y à el miſmo inſtante diò con el arbitrio
de hacer Inquiſidor à mi Gran Padre
General, y mayor, cuyo dominio
de la Fè el Tribunal todo abrazaſſe.
En aquel punto deſpachò ſu Bulla
à mi Santo, para que ſe enteraſſe
del nuevo cargo, que de ſus robuſtos
hombros quiſo el Señor, que ſe fiaſſe.
Paramo, Beyerlinch, Caſtillo, y Souſa
aſsi lo afirman, y con otros graves
Autores, y Caſtillo, con vn hecho
de Domingo, ſe paſſa à confirmarle.
Hallandoſe Domingo en el Convento
del Pruliano, yendo à predicarles
en ſu Igleſia à las Monjas, hallò en ella
de varias gentes vn concurſo grande:
Y ſubiendoſe à el Pulpito, hizo à todos
notorias, y con ſus originales
las letras del Pontifice, explicando
el cargo, que la Igleſia quiſo darle.
Apercibiendo à todos, que entendieſſen,
que con todas ſus fuerzas, incanſable

las caufas de la Fè defenderia,
fin que nadie pudiesse contrastarle.
Que como buen Catholico obediente
à fu Cabeza, avia de emplearle
en destruir la Heretica malicia,
hasta que sus raizes arrancasse.
Y si acaso las Armas de la Iglesia
à rendir su protervia no bastassen,
se valdria de Principes Christianos,
para que à la Heregia arruinassen.
Atonitos quedaron los Hereges
del brio, con que supo amenazarles,
y mas quando en Tolosa diò principio
à fundar estos Santos Tribunales.
Allà en el Delphinado fue el segundo
Tribunal, y el tercero fue à fundarle
à Paris, y fue el quarto en Rems, que es vna
de las famosas celebres Ciudades.
En Aviñòn de Francia fundò el quinto,
y assi duraron, sin que se immutassen,
hasta el tiempo de Pio Quinto, que este
las puso donde estàn sin novedades.
Con este oficio tan proporcionado
à su celo, empezò mi Padre amante,
esgrimiendo las Armas de la Iglesia,
à castigar delitos execrables.
Y à el mismo tiempo su apacible genio,
y su gran charidad à lastimarle;
castigando en su cuerpo los delitos,
convertidos sus ojos en raudales.
O Santo Padre mio! como miras
de la piedra mejor las propriedades;
pues encerrando el fuego en tus entrañas,
el agua arrojas, para mitigarle.
O Religion Sagrada! muy bien puedes
entonar con David en ecos suaves
à el Señor alabanzas, repitiendo:
O Señor, que en la piedra me exaltaste.
Cada dia los Ciegos Albigenses
fomentaban blasfemos disparates,
y la pureza, que en Maria siempre
fue intacta, se atrevieron à negarle.

O eſtultos ! los candores de María,
que à las inteligencias celeſtiales
paſman, vueſtra diabolica malicia
obſcurecer ſus luces intentaſſe ?
Aun ſois mas atrevidos, que el Demonio,
que èl huye, por no ver ſus claridades,
y voſotros á viſta de ſus luces
quereis poner borrones, que las tapen.
Eſta blasfemia entre ellos ſe eſplayaba,
corrìendo ſin aver quien la atajaſſe,
que el celo, que queria deshacerla,
era motivo de que ſe aumentaſſe.
Viendo Domingo tanta rebeldia,
con el dolor de que à ſu amada Madre
vltrajaſſen, fue tanto ſu martyrio,
que no pudo ſu pecho ſoportarle.
Fueſſe al Deſierto, porque quiſo à ſolas,
que ſu clamor los Cielos penetraſſe,
pidiendoſe al Señor miſericordia,
para que tantos males remediaſſe.
Hallò vna gruta, y acogiòſe en ella
tres dias ſin tratar de alimentarſe,
porque el fiero dolor, que le affligia,
hacia, que de ſi no ſe acordaſſe.
Alli ſoltò la rienda à los ſollozos,
caſtigando en ſu cuerpo venerable
las culpas de los necios Albigenſes,
ſin ceſſar de affligirſe, y maltratarſe.
Con cadenas de hierro ſe azotaba,
rompiendo aquellas venas inculpables,
de ſuerte, que la cueva en que aſsiſtia,
toda la convirtiò en vn mar de ſangre.
Haſta que deſmayado, y ſin alìento
cayò en tierra con anſias ya mortales
ſintiendo, que la vida ſe acababa,
y eſperando la muerte por inſtantes,
Entonces la querida Madre ſuya
no quiſo, que à la Igleſia le faltaſſe
aquella luz, ni que à los infelices
pecadores tal bien ſe les quitaſſe.
Deſcendiò la gran Reyna acompañada
de aquellas Comitivas Celeſtiales

à la dichosa Cueva, que en vn punto
transformò en Parayso deleytable.
Y llegando à Domingo, que ya estaba
falto de los espiritus vitales,
sus dulces pechos le aplicò à los labios,
que con su nectar le vivificassen.
Acampañaban à la dulce Reyna
tres Virgenes, que con ornatos reales
de cinquenta Doncellas assistidas,
cada vna ostentaba magestades.
Estaba mi glorioso Padre absorto,
regalandose en brazos de su Madre,
y de aquella vision tan misteriosa,
no entendia, lo que significasse.
Quando oyò, que Maria Soberana
le dixo con cariños singulares:
Domingo, hijo, y Esposo, en esta empressa
nunca te desalientes, ni desmayes:
De Jesus inspirado has batallado
contra el Herege con esfuerzo grande,
mas si su rebeldia no se rinde,
no por esso te aflixas, ni te canses.
Mi hijo vino al mundo, quando estaba
mas lleno de injusticias, y maldades,
y aunque les predicò, siendo vn Dios hombre,
huvo muy pocos, que la fè abrazassen.
Vieronle padecer tantos tormentos,
sin que sus corazones se ablandassen,
ni con tantos milagros como hizo,
se quisieron rendir à sus verdades.
Y assi tu no te aflixas, quando veas,
que tu predicacion fruto no hace,
que no es defecto tuyo, ni tampoco
de la doctrina, que les predicaste.
Procura predicarles mi Rosario,
que si logras que lleguen à fixarse
los misterios, que en èl estàn inclusos,
veràs vnos efectos admirables.
Tu cuydado mayor ha de ser este,
que de ti fio, y yo vendrè à ayudarte,
y con esta semilla soberana
cogeràs vnos frutos abundantes.

Ex-

Explicales de eſpacio ſus miſterios,
 què los mediten, mientras lo rezaſſen,
 y toma eſte Roſario, que en èl llevas
 remedio, que deſtruya tantos males.
De aquellas manos de la Madre Virgen,
 tomò el Roſario mi bendito Padre
 con la veneracion, y rendimiento,
 que pedia vn favor tan apreciable.
Engolfado Domingo en tantas dichas,
 ſin ſaber ſus afectos explicarſe,
 ſu corazon ardia en tantas llamas,
 que en ſu roſtro dexaban regiſtrarſe.
Eſcuchò de la boca de Maria,
 la ſignificacion de eſta admirable
 viſion, que llena toda de miſterios,
 era fuerza, que fueſſe impenetrable.
Dixole, eſtas tres Reynas, que conmigo
 vienen, manifeſtando poteſtades.
 ſymbolo ſon de aquella ſiempre excelſa
 Trinidad infinita, è inefable.
La primera, à quien candidos veſtidos
 adornan, repreſenta en ſu ropage
 la potencia del Padre. que hizo al mundo
 patente, quando el hijo tomò carne.
Las cincuenta Doncellas, que le aſsiſten,
 el Jubileo ſignifican grande
 de gracia, y gloria, que con los candores
 de ſus veſtidos quieren demoſtrarle.
Y la ſegunda Reyna, que veſtida
 de purpura ſe oſtenta tan brillante,
 và denotando la ſabiduria
 del hijo, que explicò al Mundo ſu ſangre.
Y las cincuenta Virgines, que lleva
 conſigo, à quien adorna el miſmo trage,
 Jubileo de gracia, y gloria indican,
 que de los meritos de Chriſto nace.
La tercera de luces adornada,
 explica la clemencia, que el amante
 Eſpiritu moſtrò à los hombres, quando
 del Cielo deſcendiò à ſantificarles.
Y las cincuenta Virgines, que lleva
 veſtidas con eſtrellas rutilantes,

el

el tercer Jubileo manifieftan,
que promanò de aquel ardor radiante.
Yo foy la Reyna de la Tierra, y Cielo,
y de eftos Jubileos la impetrante:
la primer quinquagena reprefenta
la Encarnacion, que explica en puridades,
La fegunda con roxos aderezos
la Pafsion reprefenta de mi amablo
Jefus, y con eftrellas la tercera
de fu Refurreccion dà las feñales.
Predica mi Pfalterio con exfuerzo
à toda la Ciudad, y donde hallares
mayor concurfo, alli con mas inftancia
amonefta, porfia, y perfuade.
Informado Domingo de Maria,
y abrafado en afectos filiales,
lleno de glorias, y de ardores lleno
tratò de obedecerla, y fin tardarfe,
Tomò el Rofario, inexpugnable efcudo,
dexò la Cueva, pero con los gages
de vn thefloro, que con fus penitencias,
y del Cielo el favor, logrò dexarle.
Encaminò fus paffos à Tolofa,
que eftaba de fu bien muy ignorante,
y apenas entrò en ella, quifo el Cielo
con voces de metal manifeftarle,
De todas las Iglefias las Campanas
empezaron con fuerza à repicarfe
por sì folas, conque los infipientes
hereges empezaron á turbarfe.
Porque viendo moverfe las campanas,
y no viendo, que manos las tocaffen,
fe quedaron confufos, y fufpenfos,
fin poder difcurrir, que lo caufaffe.
Siguieron à Domingo, que curiofos
quifieron de fus voces informarfe,
no porque darle credito querian,
fi por fi acafo alguna luz topaffen.
Domingo fubiò al Pulpito, y fu celo
fervorofo empezando á predicarles
el Rofario fagrado, golpeaba
en aquellos incultos pedernales.

Pe-

Pero por mas que repetia el golpe,
hiriendo con ſus ecos eficaces,
no pudo conſegir, que vna centella
en ſus rebeldes pechos ſe aſomaſſe.
Como eſtaticos todos le eſcuchaban,
pero no conſeguian immutarles,
ni el rumor del metal, que no ceſſaba,
ni los clamores de mi Santo Padre.
Viendo el Cielo, que nada los movia,
à las nubes mandò, que les hablaſſen,
como allá en Sinay, y con fuertes rayos
deſtruyeſſen ſus necias ceguedades.
A el punto ſe oſtentaron obedientes,
acompañadas de furioſos ayres,
que llenos de relampagos, y truenos,
ſe moſtraban crueles, y eſpantables.
La tierra, con eſtraños movimientos,
abriendo bocas, quiſo demoſtrarles,
que eſtaba prevenida, por ſi el Cielo
diſponia, que à todos los tragaſſe.
Las aguas ſe ſalieron de ſu centro,
corriendo preſuroſas por las calles,
dando indicio, de que para caſtigo
de los Hereges iban à juntarſe.
Los vientos con ſuſurros horroroſos
bramaban contra aquellos desleales,
inſenſatos, que en tales amenazas,
ſe mantenian en ſus necedades.
Era tanto el rumor, que no dexaba
oir las voces de mi Santo Padre,
que viendo ſu dureza, compaſsivo
no ceſsò de clamar, y amoneſtarles.
Y viendo ſu inſenſata rebeldia,
levantando la voz, ſin deſmayarſe
les dixo: O Ciudadanos de Toloſa,
deponed vueſtras necias terquedades:
Eſto, que veis, es voz de la enojada
dieſtra de aquel Señor, que haciendo alarde
de ſu piedad, os llama arrepentidos,
para encontrar motivos de aplacarſe.
Dadle lugar à Dios, que a vueſtras puertas
llama, no querais ſer mas contumaces,

que esta plaga amenaza à las Cabezas,
y no querais con ellas tener parte.
En Jesus esperad la salud todos,
y en Maria, invocando sus piedades,
que ella es el Tribunal, por quien despacha
Dios todos los favores, que nos hace.
Nada le niega Dios de quanto pide,
y por ella las puertas se nos abren
de la misericordia, que à Maria
de este thesoro se le diò la llave.
Rendios ya, abjurad las heregias,
y mirad, que estoy viendo aqui delante
ciento y cincuenta Angeles, que vienen
à castigar vuestras tenacidades.
Enmedio de estas voces se escuchaban
otras roncas, confusas, lamentables,
diciendo: Ay de nosotros, que el Rosario
nos obliga à encerrarnos en la Carcel.
Estas voces Diabolicas, causaban
tan grande confusion, que no era dable
oir las excelencias del Rosario,
que repetia mi amoroso Padre.
A este tiempo vna Imagen de Maria,
que en la Iglesia dexaba venerarse,
à el Cielo levantò el brazo derecho,
como pidiendo à Dios, que la vengasse.
Domingo entonces, exforzando el grito
les dixo, que atendiessen, y aplacassen
à Maria, que de su justo enojo
daba en aquella accion claras señales.
Que se acogiessen à su Patrocinio,
que sus misericordias implorassen,
y verian, que el brazo poderoso,
que ayrada levantò, baxaba afable.
Mirando ya tan proximo el castigo,
y oyendo los ladridos penetrantes
de aquel Can mysterioso, que ni vn punto
cessò de persuadirles, y exortarles:
Se ablandaron aquellos corazones,
y prorrumpiendo en lastimosos ayes,
se arrojaron en tierra detestando
sus culpas, con sollozos, y ademanes.

El

El intenso dolor de sus delitos,
de sus mexillas retirò la sangre,
y aunque sus rostros abofeteaban,
no volvieron por esso à sonrojarse.
Repetian los golpes en los pechos,
y los gritos à el Cielo, y eran tales
los temblores del cuerpo, que no avia
modo de contenerse, y sugetarse.
Echaban polvo sobre sus cabezas,
transformando à Tolosa en vn instante
en Ninive, de cuyas penitencias
aun no se han olvidado las edades.
Viendolos ya Domingo tan movidos,
à los pies de Maria fue à arrojarse,
diciendole : O Maria soberana,
vuelve tus ojos à estos miserables.
Ya los ves à tus pies arrepentidos,
no quieras rigorosa amenazarles,
baxa esse brazo poderoso à el seno
de tu clemencia, para consolarles.
No se negò à la suplica piadosa
de Domingo, porque baxò à el instante
el brazo, colocandole en el pecho,
como anunciando las felicidades.
Cessaron los relampagos, y truenos,
los ayres depusieron sus crueldades,
y la tierra dexando los temblores,
consiguiò, que sus bocas se cerrassen.
Tres mil se convirtieron aquel dia,
y el siguiente passaron à mostrarse
à la Iglesia, con candidos vestidos,
y antorchas, que sus luces explicassen.
O Domingo! Lucero refulgente,
que conseguiste en las obscuridades
de aquella infausta noche de Tolosa,
que tu luz sus horrores disipasse.
Y no solo tu luz luciò en sus sombras,
pero hiziste patente à los mortales
el resplandor de aquella Luna clara,
que pasmò à el Cielo en el primer instante.
Gozate, Padre mio, en este triunfo,
pues fuiste el escogido entre millares

por Cabo principal, y primer movil
del Rosario Sagrado, que anunciaste.
Gozate, pues tus Hijos con tu exemplo,
procurando seguirte, è imitarte,
cada dia las Rosas del Rosario
han hecho, que se ostenten mas fragrantes.
Religion venturosa, este thesoro
en ti quiso Maria vincularle;
porque de vuestro zelo amante fia,
que à los hombres le hareis comunicable.
Alegrate, Apostolica Familia,
que Maria ha querido señalarte,
dandote la cadena del Rosario,
para que el Reo logre refugiarse.
O que bien, que publica esta cadena,
que la Gran Reyna puso en tus vmbrales
la grandeza, que en ti se deposita,
y el principio de que te derivaste.
Gozate, pues, y gozemonos tus hijos,
pues el Cielo nos diò tan Regia Madre,
y en tu Gremio, observando tus Doctrinas
reynarèmos contigo eternidades.
Aviendose juntado de la Iglesia
el Catholico Gremio, fino amante
de la Fè, con ardientes sentimientos
deseaba rendir los desleales.
A las rebeldes tierras de Tolosa
se encaminaron, donde nuestro Padre
con la predicacion del Evangelio
batallaba su zelo infatigable.
Por los años de mil, y de doscientos,
y nueve poner cerco à las Ciudades
de Tolosa intentaron, siendo Belez
la primera, que estaba en su parage.
Acercaronse à ella, y los Legados
del Papa se arrojaron à entrar antes,
porque como Ministros de la Iglesia
quisieron convidarlos con piedades.
Pero fue en vano, que su rebeldia
se ostentaba inflexible, como el Angel,
que por no deponer su altivèz necia,
en sus mismos tormentos se complace.

A

A los Catholicos, que alli habitaban,
les mandaron, que à el punto le apartassen
de ella, porque el castigo, que à los Reos
amenazaba, no les alcanzasse.
Apercebidos todos, esperaron
algun tiempo, creyendo, que abrazassen
los partidos, pero ellos despechados,
à morir se arrojaron pertinaces.
Se assaltò la Ciudad por los cruzados,
que los muros no pueden estorvarle
à el brazo omnipotente, que à su impulso,
ni pueden resistirse, ni escusarse.
En su infeliz protervia fallecieron
mas de siete mil hombres, sin que osassen,
los que quedaron vivos, à hacer rostro
à el Catholico Campo, ni entregarse.
Hollando cuerpos muertos hasta el Templo
se fueron retirando à refugiarse,
adonde fueron presos, y saqueada
la Ciudad, porque de ella escarmentassen.
Despues se la entregaron à las llamas,
para que el fuego la purificasse,
y fuesse el tiempo, quien de su castigo
guardasse la memoria en sus annales.
Rendida la Ciudad, à Carcasona
fue el Exercito, y antes que llegasse,
los moradores de ella temerosos
à partido decretan entregarse.
Y viendo, que llegaban ya à sus Puertas,
salieron todos, para comboyarles,
en trage penitente, tan indigno,
que era mas vergonzoso, que agradable.
Porque todos salieron en camisa,
implorando el perdon, à sugetarse
à el Catholico Gremio, detestando
de su Secta las necias falsedades.
O que bien que castiga la sobervia,
el que sabe ensalzar las humildades,
haziendo, que en su mismo abatimiento
encuentren los motivos de enmendarse.
Quiso en esta ocasion el Arzobispo
de Narbona, escribiendo noticiarle

à el Papa esta victoria, y le suplica,
que à vn General sus Tropas entregasse.
Que a Simon de Monfort, vn Cavallero
Catholico, y valiente, le nombrasse
Capitan General, porque en sus hombros
esta Santa Conquista se afianzasse.
Con este Cavallero desde entonces
tuvo estrecha amistad nuestro Gran Padre,
y en los dos la piedad, y la justicia
se vnieron con vn lazo inseparable.
En la espada del vno la justicia,
y en la lengua del otro las piedades:
conque vnidos los dos en esta empressa,
fue fuerza, que venciessen, y triunfassen.
Padre mio querido, que dichosos
fueron, los que lograron escucharte,
que con tus dulces abrasados ecos,
es precisso, que todos se inflamassen.
Essos labios dichosos, que lograron
el Nectar de los Pechos Virginales
de Maria, què dulces, què melifluas
voces serian, las que pronunciassen!
Quien te oyera, querido amado mio,
entonar en los Coros celestiales
aquel Santus, que estàn continuamente
repitiendo obsequiosos los amantes.
Llevame allà, Luzero refulgente,
no me dexes bien mio, no te apartes,
mira el riesgo en que estoy, que tu no ignoras
el rebelde tesòn de mis maldades.
Mientras que los Catholicos Soldados
del Campo de la Fè, para otros lanzes
se exfuerzan valerosos, esperando
la orden, que los guìe, y que los mande;
Volvamos à mirar aquel Soldado
de Christo, que entregado à los afanes
de continuas tarèas, no cessaba
de batallar su espiritu incansable.
No se pueden contar las muchas luchas,
en que supo Domingo exercitarse:
yà con la pluma destruyendo errores,
yà con las voces desterrando males.

Y aunque siempre quedaba victorioso,
no fue posible, que se confessassen
rendidos los audaces insipientes,
encastillados en sus terquedades.
Vna noche, despues de aver tenido
vna sesion, en que ocupò la tarde,
se fue à la noche con su Compañero
à la Iglesia, adonde iba à reforzarse.
Y encontrando cerradas ya las puertas,
se puso à orar devoto en sus vmbrales,
porque el que vive siempre recogido,
en qualquier sitio sabe prepararse.
Quando viendo el Señor, que aquel Soldado
à su casa venia á aquartelarse,
sin saber como, le introduxo dentro,
para que entre los suyos descansasse.
Asi que amaneciò, acudieron muchos
enfermos, à que el Santo los sanasse,
y en el nombre de Dios se deshicieron
con su precepto las enfermedades.
En esta ocasion muchos posseidos
del Demonio, lograron libertarse,
porque de la presencia de Domingo
huìan las potencias infernales.
Otra vez, que de muchos asistido
Domingo iba à la Iglesia à predicarles,
le cerraron las puertas los Hereges,
escondiendo diabalicos las llaves.
Pidiòlas, pero viendo que tardaban,
infiriò el hecho, y aplicò al instante
sus manos á las puertas, que obedientes
se abrieron, sin que nadie lo estorvasse.
No cessaba el Señor de hacer milagros
por medio de Domingo, para darles
à entender la virtud, que en èl avia,
y que le eran sus hechos agradables.
En Tolosa vivia vn grande Herege,
que supo conquistar las voluntades
de todos, ostentandose muy docto,
y que eran sus virtudes exemplares.
Este hombre se oponia à las Doctrinas,
que predicaba nuestro dulce Padre,

haciendo grande daño en el rebaño
con ſu aſtuta malicia inexplicable.
Reconociò mi Padre la cizaña,
con que intentaba, que ſe ſufocaſſe
la ſagrada ſemilla, y que de eſpinas
toda la ſementera ſe llenaſſe.
Y como deſeaba convertirle
Domingo, y que ſus yerros confeſſaſſe,
porque deſvanecidos ſus errores,
no tuvieſſen lugar de radicarle:
Acogiòſe al ſagrado de Maria,
repreſentando ſus neceſsidades;
oyòle, y el Señor mandò al Demonio,
que quince mil en aquel hombre entraſſen.
Sintiò aquella villana compañia,
y con furia empezò á deſpedazarſe,
dando fuertes aullidos, blasfemando,
haciendo vnas acciones eſpantables.
Los Padres viendole en aquel eſtado,
hicieron, que àDomingo le llevaſſen,
y le pidieſſen, que como à otros muchos
curaba, à eſte infeliz tambien curaſſe.
O ſecretos de la Sabiduria,
que aſsi quiſiſte ſe deſengañaſſen
los necios, que ſeguian ſu doctrina,
mirando à ſu Maeſtro en tal parage!
Aſsi que en la preſencia de Domingo
le puſieron, ſe oyò vn rumor notable
de diferentes voces, que en el pecho
ſonaban, de eſte triſte miſerable.
Oyendo ſus confuſas locuciones
con pavoroſo orror, los circunſtantes
quedaron aſombrados, y Domingo
mirando al Cielo, dixo ſin turbarſe:
Gracias te doy, Señor Omnipotente,
que por medio del miſmo, que apartarles
quiſo de mis doctrinas, has querido,
que lleguen todos à deſengañarſe.
Y volviendo al poſſeſſo con imperio,
les dixo à aquellas tropas infernales:
Eſpiritus inmundos, en el nombre
de aquella Trinidad ſiempre inefable,

Y de Maria Virgen, que escogida
fue, para ser del Verbo digna Madre,
y en honor del Santissimo Rosario,
que aora os predico, os mando, que al instante
Respondais claramente à las preguntas,
que os fuere haziendo, y nada se me calle.
Decid, quantos estais en esse cuerpo
de esse hombre, y la causa porque entrasteis?
Entonces respondieron los Demonios,
muchas las causas son, y todas graves:
Fue la primera, por la irreverencia,
que cometiò contra la Virgen Madre.
La segunda, porque de tus doctrinas
se burlaban sus incredulidades,
menospreciandolas, y haciendo escarnio
de todas las Catholicas verdades.
Contradiciendote publicamente,
para que las Cabezas principales
de la Heregia contra ti irritadas,
te destruyessen, y te maltratassen.
Y porque este Rosario, que predicas,
se atreviò su locura à despreciarle,
hemos entrado quince mil Demonios
por mandado de Dios à atormentarle.
El Santo condolido de este hombre,
volviò segunda vez à preguntarle:
porque eran quince mil? y respondieron,
por los quince misterios, que explicaste.
Volviò otra vez Domingo à conjurarlos,
mandandoles que alli manifestassen,
si lo que del Rosario publicaba,
eran discursos mas que realidades.
Aqui dando vnos gritos clamorosos,
que llenaron de orror los circunstantes,
dixeron: infeliz sea la hora,
en que entramos en este miserable.
Ay de nosotros! por què no le ahogamos,
haciendole menudos trozos, antes
de posseer esta asquerosa estatua,
en quien tantos tormentos se nos hacen?
Obligandonos à que confessemos,
lo que aniquila nuestras potestades;

esta nueva cadena de Maria,
que á los Cautivos sabe libertarles?
Oid vosotros los Christianos: todo
quanto os ha predicado este insaciable
enemigo de nuestra Monarquia,
creedlo, que son solidas verdades.
Preguntò mas Domingo: que quien era
la persona que mas los fatigasse?
Respondieron, tu eres, que el Infierno
despueblas, y nos quitas nuestros gajes.
Pero ten entendido, que irritada
tienes nuestra republica, y vengarse
de ti, y los tuyos quiere, y para esso
ha despachado fuertes Capitanes.
Entonces en el cuello del paciente
puso el Rosario mi bendito Padre,
y preguntòles, que entre los Christianos,
quien eran, los que mas se condenassen?
Aqui fue donde al misero le hicieron
arrojar por la boca espuma, y sangre
denegrida, y veneno como lodo,
y que por los oydos la arrojasse.
Diciendo, de la gente poderosa
la rica, y regalada, siempre es grande
el numero, y muy corto el de los pobres;
aunque en el mundo son mas abundantes:
Porque como entregados al trabajo,
afanan siempre para sustentarse;
no halla entrada la culpa, porque apenas
les queda tiempo, para que descansen.
Pero de Mercaderes, Ciudadanos,
y gente ociosa, son innumerables
las tropas que tenemos, porque à estos
asquerosos deleytes nos los traen.
Quiso hacerles Domingo otra pregunta,
y dixoles, volviendo à conjurarles:
què Santo es el que mas temeis vosotros,
y los hombres mas gloria deben darle?
A esta pregunta fueron los aullidos
que dieron, tan estraños, y espantables,
que de pavor, y espanto los oyentes
cayeron, sin osar à menearse.

En

Entre esta confusion le respondieron:
Domingo, à essa pregunta que nos haces,
entre esta muchedumbre, no es possible
responderte, porque ha de ser à parte.
Viendo el Santo su grande resistencia,
y conociendo su malicia infame,
hizo Oracion, pidiendole à Maria
por su Rosario, que ella los mandasse.
Oyendo esta Oracion, à el pobre hombre
paciente, le hizieron que arrojasse
por la nariz, los ojos, y la boca
fuego, que à todos atemorizasse.
Pero viendo, que aun no le respondian,
volviò otra vez Domingo à suplicarle
à Maria, que como poderosa,
que à todo respondiessen, les mandasse.
Su eficàz Oracion abriò los Cielos,
obligando à la Reyna, à que baxasse
en vn Trono de Angeles, que regio
se viò magestuoso, y rutilante.
Y aunque no todos consiguieron verla,
la vieron muchos de los circunstantes,
con vna vara de oro, que en su mano
explicaba su imperio dominante.
Con ella hiriò à el possesso, que arrojando
humo, le dixo: para què baxaste
del Cielo, ò enemiga, à que el tormento
nuestro, con tu presencia, mas se agrave?
Por ti somos aora compelidos
à publicar el medio, que nos trae
llenos de confussion, porque ninguno
se ha valido de ti, que no se salve.
O Christianos, sabed que esta Maria,
Madre de Dios, tiene vn poder tan grande,
que como Sol, deshace las tinieblas,
y no dexa à los suyos ofuscarse.
Y aora nos obliga à que digamos,
(aunque à nuestro pesar) que el que constante
persevera rezando su Rosario,
no le puede engañar, ni condenarse.
Que vn suspiro, ò clamor solo, que ofrece
a aquella Trinidad, siempre immutable,

excede à quantos ruegos en el Cielo
sus Cortesanos por los hombres hacen.
Y muchos, que á el morir su auxilio imploran,
se libran de las penas eternales,
que à nuestro parecer es contra todo
derecho, porque son sus culpas graves.
Y si no reprimiera nuestra furia,
toda la Christiandad nuestro corage
huviera destruìdo, y pervertido,
si no toda la Iglesia, vna gran parte.
Entonces nuestro Padre, afectuoso
exortò à los presentes, que rezassen
à voces el Rosario, sucediendo
vn prodigio bien raro, y memorable.
Este fue, que conforme iban rezando,
iban saliendo aquellos contumaces
espiritus, en brasas convertidos,
por la boca del pobre miserable.
Algunos de los muchos, que alli estaban,
vieron entonces, que la Virgen Madre
echò su bendicion, y en aquel punto
se viò libre de tantas crueldades.
Muchos en este caso reducidos
à la Fè, confessaron sus verdades,
y Domingo gozoso de este triunfo
publicò de Maria las piedades.
Son tantos los prodigios, con que el Cielo
à este gran Heroe quiso acreditarle,
que para referirlos, era fuerza
otro volumen, que se hiciesse aparte.
Esto no cabe en obra tan concissa,
y assi el Lector avrà de conformarse,
por los ya referidos infiriendo
los muchos, que no pueden numerarse.
Vno, ò otro pondrè en aquesta obra,
mas no todos, porque es impracticable
ceñir al verso todos los portentos,
que obrò, y con circunstancias doctrinales
El curioso registre los Autores,
que su vida escribieron, si informarse
quiere, que yo siguiendo de la Historia
la ley, no me es posible dilatarme.

Rin-

Rindieron el Castillo de Minerva
    los Catholicos, que era inespugnable
    Fortaleza del Conde de Tolosa,
    quemando en èl à muchos pertinaces.
Otro Fuerte tambien llamado Babro
    rindieron, entregando à las voraces
    llamas al pie de quatrocientos hombres,
    que à la muerte quisieron entregarse.
O que horror era ver aquellos campos,
    en que de sangre se formaban mares,
    que de ochenta cabezas degolladas
    salia con impulso formidable!
En esta ocasion fue, quando Domingo
    viendo à vn Mancebo, que ìban à quemarle
    con otros por rebelde, à los Ministros
    lastimado pidiò, que le soltassen.
Aqui mostiò, que el Don de profecia
    tenia, pues previò que en adelante
    en su Grey, le darian grandes frutos
    à la Iglesia sus obras exemplares.
Hallandose Tolosa en el aprieto,
    en que supo ponerla aquel Magnate,
    el Conde Simon Fort, con aquel cerco,
    que no dexaba, ni aun que respirasse.
Por los años de mil doscientos y once,
    sin querer su protervia sugetarse
    à el victorioso Campo de la Iglesia,
    viendo ganada la Ciudad de Alvi:
Cuna, que fue de aquella infame Secta,
    Trono, en que Lucifer llegò à sentarse:
    Tolosa se mantuvo en sus errores,
    sin querer deponer sus necedades.
A este tiempo quarenta Peregrinos
    Ingleses, que llegaron à acercarse
    à la Ciudad, viendo impedido el passo
    con el cerco, y corriendo tanta sangre:
Horrorizados se apartaron de ella,
    determinando echar por otra parte,
    que no quisieron ir por tierra, adonde
    era fuerza ir hollando crueldades.
Y queriendo tomar otro camino,
    que estuviesse del sitio mas distante,

 se

se convinieron en passar vn Rio,
y seguir sin zozobras su viage.
La Barca del passage era pequeña,
y el Rio caudaloso, mas no obstante,
con el deseo de seguir su rumbo
facilitaron las dificultades.
Pero apenas, jugandole los remos,
empezò la Barquilla à menearse,
quando ya zozobrando, de su ruyna
diò evidentes indicios, y señales.
Y corriendo sin orden por las aguas,
en el golfo por fin llegò à bolcarse,
sumergiendo à los tristes peregrinos,
que quedaron sin vida en vn instante.
Los que estaban mirando en la Ribera
la impensada desgracia, à congojarse
empezaron, y en voces lastimosas
explicaban su pena irremediable.
Llegaron sus lamentos à vna Hermita
immediata, en que estaba nuestro Padre
orando, y compasivo saliò fuera
à examinar la causa de sus males.
Informòse, y volviendose à la Hermita,
se arrojò en tierra en Cruz, à suplicarle
à el Señor, que volviesse à dar las vidas
à aquellos infelices caminantes.
Con brevedad saliò, que assegurado
de vn impulso interior, sin que dudasse,
conociò se le avia concedido
la suplica, y se fue al Rio à llamarles.
Preguntò el sitio, por donde se hundieron,
y señalado, pusose à mirarle,
diciendole à los muertos, que en el nombre
de Dios saliessen todos, sin tardarse.
No lo huvo dicho, quando las quarenta
cabezas, apartando los raudales,
dexaron verse, y caminando todos
con brevedad, se vieron en la margen.
Salieron todos, y con rendimiento
dieron à Dios las gracias, por tan grande
beneficio, y à voces publicaban
la Santidad de nuestro heroyco Padre.

Lle-

Llenos de confusion, y de alborozo,
prosiguieron gozosos su viage
à Santiago de Galicia, adonde
iban en romeria à visitarle.
Retiròse Domingo de aquel sitio,
huyendo del aplauso, y refugiarse
determinò en el Campo de la Iglesia,
y en èl nunca celar de exercitarle.
Y esgrimiendo las armas de su celo,
se entraba à predicar por los Lugares
de la Comarca, hiriendo con sus voces
à aquellos corazones de diamante.
Hizo alli innumerables conversiones,
obligandoles, à que confessassen
sus yerros, abjurando la Heregia,
dando de su pesar indicios grandes.
Assi à el Campo Catholico ayudaba,
hiriendo con sus voces eficaces
los corazones, que sin resistirse,
se acercaban, à que los vulnerasse.
De esta suerte cuydaba, que el incendio
de su gran charidad nunca aflojasse,
que buscandole siempre combustible,
siempre hallaba materia en que cebarse.
Estaba vn dia con su Compañero,
que era vn Lego, que quando los Abades
se fueron, se quedò en su compañia,
de Bernardo hijo fino, y observante,
Cuya virtud hacia, que Domingo
con singular cariño lo tratasse,
desahogando con èl su amante pecho,
que ay casos, en que es fuerza desahogarle.
Los dos estaban lamentando vn dia
de la Guerra el estrago, que los males,
que consigo acarrea, aun siendo justas,
son tremendos, y son inevitables.
Dixole el Santo Lego: Padre mio,
si veremos los dos finalizarse
esta guerra, que està tan enconada,
que parece, que nunca ha de acabarse!
Mi Padre respondiò, que acabaria,
pero seria sucediendo antes

de

de vn Rey la muerte, con cuya noticia
se afligiò el Lego, y empezò à turbarse:
Porque sabia ya, que el Rey de Francia
Don Luis caminaba à incorporarse
con el Campo Catholico, y como era
su Rey, sentia, que se malograsse.
Le asseguró Domingo, que no era
el de Francia, porque era de otra parte,
como veria, y con la muerte suya
cessarian las bullas militares.
Saliò el Rey de Aragon de la Batalla
de las Navas, gloriosa, y memorable,
porque fue contra Infieles, cuyo triunfo
llorò el Ismaelitico linage,
Toda la Christiandad cantò sus glorias,
y quiso que este honor se le borrasse,
por dar favor à el Conde de Tolosa,
que defendia los errores de Albi.
Contra la Iglesia, en fin, tomò las armas,
y assi le sucediò tanto delastre,
porque perdiò la vida en esta empressa,
justo castigo de su infiel dictamen.
El año del Señor de mil duscientos
y doce, en Aragon mandò juntarse
sus Tropas todas, que se componian
de Aragoneses, y de Catalanes.
Con el Conde de Fox, y de Cominge
se juntò el Rey Don Pedro, para darle
favor à el de Tolosa, que rebelde
de la Heretica Grey era el Faraute.
Formòse de los vnos, y los otros
vn Exercito casi innumerable,
en quien cien mil Soldados se contaban,
para que el triunfo de la Fè aumentassen.
Tan numeroso como desgraciado
este Exercito infiel, quiso acercarse
con el Rey, y los Condes à el Castillo
de Muriel, discurriendo conquistarle.
Este Castillo estaba en la ribera
de Gerona, logrando avezindarse
con la Ciudad, y el Conde Simon Fort
prudente consiguiò fortificarle.

Gen-

Gente de Guarnicion muy valeroſa
avia pueſto en èl, porque iluſtrarle
quiſo Dios, previniendo eſte fracaſo,
para que no pudieſſen derrotarle.
De Toloſa el Exercito infidente
ſaliò muy confiado dia Martes
diez de Septiembre , el año que contaban
mil doſcientos y trece los Annales.
Quando el Conde Simon con la noticia
del caſo ſe diò priſa, y ſin tardarſe
ſaliò con ochocientos de à Cavallo,
y mil Peones, para ſugetarles.
Saliendo de Franjous, llevò conſigo
otros Soldados de mayor caracter,
que ayudan mas con lo que repreſentan,
que con las Armas los Soldados grandes.
Porque le acompañaban ſiete Obiſpos,
y el Legado del Papa,y tres Abades
del Ciſter, con la dicha de que fueſſe
entre ellos tambien mi Santo Padre.
Todos ſe entraron dentro del Caſtillo,
que muy preſto vinieron à cercarle
el Rey Don Pedro de Aragon, con todos
los rebeldes Caudillos militares.
Los Legados entonces le enviaron
à el Rey Don Pedro, quien le amoneſtaſſe,
que tuvieſſe el reſpeto, que debia
como hijo à la Igleſia, y no la ajaſſe.
Que no favorecieſſe à los rebeldes
Eſcomulgados, ni los ayudaſſe
contra la Igleſia, echandole à ſu fama
tal borron, que ſus luces ofuſcaſſe.
No baſtò tan benigna diligencia,
porque ceder no quiſo, ni apartarſe
de ſu idea, piſando aquella ſoga,
que arraſtraba , para que le acabaſſe.
Viendo el Conde Simon, que tan reſuelto
eſtaba el Rey, no quiſo, que llegaſſe
la eſtrechez à rendirle, que mas quiſo
morir matando, que vivir cobarde.
Pidiò ſu parecer a los Miniſtros
de Dios, que aunque experiencias militares
les

les faltan, à quien busca à Dios en ellos,
su favor no es posible que le falte.
Con quien mas le estrechò fue con Domingo,
quien le dixo: que fuesse, y que fiasse
de Dios, que ayudaria en esta empressa,
porque sintiò la inspiracion mi Padre.
Dispusieron, que todos los Soldados
en el siguiente dia Confessassen,
recibiendo à el Señor Sacramentado,
que à todos defendiesse, y ayudasse.
Salieron dia trece de Septiembre,
vispera de la Cruz, à presentarles
la Batalla, y Domingo vn Crucifixo
tomò, y saliò con ellos à exforzarles.
Empezò la pelea con tan fuerte
impetu, y con furor tan implacable,
què parecian fieras mas que hombres,
y que tiraban à despedazarse.
Pero aviendo corrido los primeros
encuentros, sin que en nada lastimassen
el Catholico Campo, quedò el suelo
lleno de cuerpos muertos, y de sangre.
Huyeron con el Conde de Tolosa
todos los Tolosanos, y con grande
afrenta, huyò el de Fox, y el de Cominge,
quedando el Rey Don Pedro ya cadaver.
O infeliz Rey! que por tu rebeldia
tu mismo tal desgracia te buscaste,
muriendo con la nota de infidente,
con que te envileciste, y afrentaste.
Quedò por los Catholicos el Campo,
que siguieron vizarros el alcanze
del campo infiel, y de los que quedaron
veinte mil hombres perecieron casi.
Sin otros, que las aguas sepultaron,
porque la tierra llegò yà à faltarles,
y del Campo del Conde Simon Fort
siete, ò ocho se viò, que le faltassen.
Algunos vieron como la Gran Reyna
del Cielo descendiò, para ayudarles,
y que arrojò ciento y cinquenta piedras,
con que los destrozò à los desleales.

O

O Maria, los rayos de tu enojo
siempre han sido, y seràn incontrastables,
sin poder resistirlos, porque eres
del Dios de los Exercitos la Madre.
Despida rayos tu benevolencia,
en que mi corazon de amor se abrase,
que para ser objeto de tu enojo,
es leve esta materia miserable.
Què triunfo lograràs en mi vileza,
si te empleas, Señora, en castigarme?
Ninguno, pues con solo vn movimiento
tuyo te sobra para aniquilarme.
Haced, que mi maldad se justifique,
y que mis obras à el Señor agraden;
triunfo serà, que tu poder publique,
haziendo, que los Angeles se pasmen.
Ea Señora, y dulce Madre mia,
obstenta en mi tus grandes facultades,
no por mi, que bien sè, que soy indigna,
si por Domingo mi amoroso Padre.
Concluida la Guerra, quedò el Conde
Simon Fort de Domingo tan amante
aficionado, que le diò la tierra
de Fanjous para si, y sus Familiares.
Y tambien el Obispo de Tolosa
de sus Diezmos le diò la sexta parte,
con parecer del Clero, decretando,
que à Domingo, y los suyos se asignasse.
Este exemplar moviò à dos Cavalleros
hermanos, que en Tolosa le agregassen
à mi Santo, y su Santa Compañia
dos Casas, que tenian principales.
O como sabe el Cielo dar los bienes,
no à el que los solicita con afanes,
sino à el que despreciando lo terreno,
solo en servir à Dios quiere emplearse!
Y ò Domingo, què libre de interesses
por el mar de esta vida caminaste,
haziendo emplèo solo en corazones,
que ofrecerle à el Señor en sus Altares.
Padre mio, pues sabes que à tus plantas
puse mi corazon lleno de males,

tu charidad se emplee en socorrerle,
y tus ardores en purificarle.
Ea Padre benigno, aqui te ofrezco
materia, en que se obstenten tus piedades,
y tu poder, consiga yo esta dicha,
y tu el loor de ser el que triunfaste
Corriò el Conde Simon todas las tierras
de Narbona, siguiendole mi Padre,
y de aquellos rebeldes los estados
todos, sin que las armas las dexasse.
Rindieron muchas Villas, y Castillos,
y Fortalezas, y la Fè triunfante,
vencida ya la Heretica malicia,
tremolò en las Almenas su Estandarte.
Llegaron à San Gil, que de Tolosa
era la principal Ciudad, à darle
à Dios las gracias, porque con su auxilio
vencido avian las dificultades.
Fue cosa prodigiosa, que à Domingo,
quando andaba en la fuerza del combate,
entre muchas saetas, que arrojaron,
ninguna quiso Dios, que le tocasse.
A el Crucifixo, que llevò en su mano,
querian los Infieles vulnerarle,
pero à el pie de la Cruz se hincaron todas,
sin que ninguna desde alli passasse.
Por mas que lo intentaron, no pudieron
tocar à el Señor, ni que agraviassen
à Domingo, que Dios le defendia,
y èl huyendo à el Señor, supo guardarle.
El Cielo lastimado de los gritos,
que estaban dando las necessidades
de las almas, que hambrientas le pedian
el pan de la doctrina saludable:
Porque ocupados todos en las Guerras,
ya no encontraban quien les ministrasse
vna migaja, ni quien se doliesse,
de verlos padecer tan cruel hambre:
Dispuso, que Domingo de las tierras
de Tolosa saliesse, y que tratasse
de fundar Religion, à donde huviesse
los pastos de doctrinas saludables.

Con

Con este ardiente celo se empleaba
los dias, y las noches en clamarle
à el Señor, concediesse à sus anhelos
Compañeros, que à el Mundo remediassen.
Por estos tiempos, con apresurados
passos corrian las calamidades
de la Iglesia, que vivoras sus hijos
rompian las entrañas de su Madre.
Sus rebeldes cabezas assomaban
cada dia con tan abominables
heregias, que solo referirlas
lastima las catholicas piedades.
Innocencio Tercero, que era entonces
Cabeza de la Iglesia, a tantos males
quiso poner remedio, y para esto
ordenò, que vn Concilio se juntasse.
Despachò, en fin, sus Letras Pontificias
Convocatorias, para tan loable
Junta, a todos los Principes Christianos,
y Prelados, para que no faltassen.
Convocòlos à Roma, porque quiso,
que en San Juan de Letràn se celebrasse,
buscando en aquel celebre congresso
consuelos à sus penas paternales.
Fue este Concilio de los mas famosos,
que ha tenido la Iglesia, por hallarse
en èl Sugetos muy condecorados,
y ser en ocasion tan importante.
Juntaronse à principios de Noviembre,
el año, que llegaron à contarse
mil doscientos y quince, concurriendo
en èl virtud, y letras singulares.
Los Patriarcas de Constantinopla,
y de Jerusalen, fueron delante
de setenta Arzobispos, quatrocientos
y doce Obispos, hombres exemplares.
Concurrieron tambien muchos Prelados,
ochocientos, y mas Priores, y Abades,
que vnidos con el Papa todos estos,
mil doscientos y ochenta y cinco hacen.
Vinieron à esta Junta Embaxadores
de los Reyes Christianos, y otros grandes

Cavalleros, que del Paſtor el ſilvo
les obligò à venir á preſentarſe.
Vino tambien el Conde de Toloſa
con ſu hijo, y ſu yerno, è imitarle
quiſo el de Fox para pedir ſus tierras,
ſin que ſus yerros los avergonzaſſe.
Pero el Concilio, à donde ſe miraba
todo con la equidad, que debe darſe,
mandaron,que ſus tierras,y Condado
à Simon de Monfort ſe le aſignaſſe.
Y con todos las tierras, que ſe avian
conquiſtado, para que las gozaſſen
èl, y ſus ſucceſſores, juſto premio
de ſu fè, y ſu valor incontraſtable.
Vno de los Prelados, que vinieron,
fue Fulcòn, de Toloſa Obiſpo, grande
celador de la Fè, cuya aſpereza
de vida era indecible, y admirable.
Conocia Fulcòn la exemplar vida,
y ſanto celo de mi Invicto Padre,
como que avia ya experimentado
ſus virtudes algunos años antes.
Pareciòle, que para Compañero
ſuyo, quando emprendia eſte viage,
no podia encontrar otro, que fueſſe
mas para el caſo, ni le aventajaſſe.
Movialo el Señor, porque queria,
que la luz de Domingo ſe acercaſſe
à donde con lucidos reſplandores
dieſſe en los ojos de quien lo miraſſe.
Salieron de Toloſa, ſiendo entonces
los años, que contaban ſus edades
quarenta y cinco, aviendo ya empleado
diez, batallando con los pertinaces.
Dexò en aquel partido de Toloſa
ſu Compañia, anſioſa de imitarle,
que como Elias, quiſo que en aquellos
Eliſeos ſu eſpiritu quedaſſe.
Iba mi Santo Padre caminando
à Roma, ſin que vn punto le dexaſſe
aquella inſpiracion , que allà en el centro
de ſu alma pulſaba penetrante.

Ta-

Todo era discurrir, què modo, ò forma
se daria, para que se fundasse
aquella Religion, que imaginaba
le seria à la Fè muy importante.
Llegò à Roma, y hallò tan divulgada
la fama suya, que por todas partes
le contaban los hechos de Domingo,
admirando su espiritu incansable.
Fue recibido de aquellos Prelados,
del Pontifice, y de los Cardenales,
con grande estimacion, porque el deseo,
que tenian de verle, era muy grande,
Diòles à todos quenta del estado
feliz de nuestra Religion, con tales
afectos, y con tales sentimientos,
que logrò enternecer los circunstantes.
Abierto ya el Concilio, y empezando
à correr las Sessiones, quiso darles
el Señor à entender la luz, que estaba
encerrada en Domingo, à aquellos Padres.
Porque alli, como dicen los Autores,
confessò los errores execrables
del ciego Abad Joaquin, y los delitos
de Aymerico Doctor abominable.
Descubrieron sus luzes los engaños,
admirado el Concilio de escucharle,
resplandeciendo entre tan claras luces
imperiosos sus rayos rutilantes.
Que es esto, Padre mio, en el Concilio
lucen tus rayos, y su luz esparcen?
Que es esto? Que ha de ser: que quiso el Cielo
mostrar, que eran tus luces celestiales.
Quedaron admirados, y confusos,
reconociendo, que eran poquedades,
las que su fama avia divulgado,
y que era su virtud inexplicable.
Llevòse en fin Domingo los afectos
de todos, porque para que lograsse
sus intentos, dispuso Dios, que fuessen
sus dichos, y sus hechos como imanes.
Pasmò su erudiccion en este acto
todas aquellas canas venerables,

reconociendo, que en virtud, y ciencia
ninguno le podia dar alcance.
Con esta estimacion Domingo andaba
en Roma, passeando aquellas calles,
y su interior iba arbitrando modos
de servir mas à Dios, y de obsequiarle.
Dexemosle en su santo pensamiento,
y volvamos à ver en el parage,
que dexamos las cosas de Tolosa,
y de aquellos rebeldes naturales.
Las Vanderas Francesas, que salieron
del Catholico Campo, encaminarse
quisieron à sus tierras, con el gozo
de volver vencedores, y triunfantes.
Encontrò vn Capitan de los Hereges
esta tropa, y llegòle à cortejarles,
ofreciendo, que los conduciria,
si querian dexar, que los guiasse.
Iba vn Clerigo, y otros Cavalleros
Franceses, que de cinquenta Pages,
y Criados iban acompañados,
mas sin saber porque camino echassen.
Llegò Girando entonces (que este era
el nombre del Herege), y con falaces
promessas afirmò, que èl les diria
el camino mas commodo, y mas facil.
Y juròles ponerlos en camino,
à donde con los suyos se juntassen;
y persuadidos ellos, le siguieron,
juzgando sus mentiras por verdades.
A donde los conduxo, fue à vna Casa,
convidandolos, para que cenassen
vna explendida cena, que dispuso
con estrañas bebidas, y manjares.
El postre de la cena fue ponerlos
con prisiones en vna estrecha Carcel,
afligiendolos tanto, que creian,
que no querian, ni aunque respirassen.
Y teniendolos bien afianzados,
passaron à poner por todas partes
fuego, para que alli los consumiesse,
y envueltos en cenizas acabassen.

Mas no quiso el Señor Omnipotente,
que à los Fieles el fuego devorasse,
y mandòle, como hizo en Babilonia,
que ni avn solo cabello les tocasse.
Y assi, sin maltratarles, ni ofenderles
ardiò el fuego tres dias incessante,
sin que sus lenguas conseguir pudiessen,
que aquel cruel Herege se illustrasse.
Aun luciendo la Fè con tal prodigio,
dandole à los Hereges luz tan grande,
no quisieron aquellos ciegos ojos
abrirse, ni dexar sus ceguedades.
Viendo Girando todos sus intentos
frustrados, tan rabioso, como infame,
escogiò dos de aquellos Cavalleros,
en quien quiso obstentar sus crueldades.
Cortòles las narices, y sacòles
los ojos, y su rabia sin hartarse,
à los dos les cortò los labios altos,
sin hallar su maldad con que saciarse.
El vno de los dos en el martyrio
muriò, passando luego à coronarse;
el otro quedò vivo, porque fuesse
Predicador, que mudamente hablasse.
Cansado de su misma tirania,
aunque no satisfecho, que el corage
de vn cruel nunca queda satisfecho,
aunque fiero execute atrocidades:
Soltò à todos los otros, que admirados
de este caso, siguieron su viage,
sin querer, ni aun mirar à los Hereges,
horrorizados de sus crueldades.
Estos eran los frutos de aquel arbol
de la heregia, que hija de tal Padre
destruir todo el mundo pretendia,
llenandole de errores, y maldades.
O què bien conocia su malicia
Domingo! y con què celo tan constante
queria juntar gente, que en la Viña
del Señor trabajasse vigilante!
Este cuydado era el que le traia
todo ocupado à mi Glorioso Padre,

pretendiendo del Papa la licencia,
para empezar á el punto á plantearse.
Corrian por entonces los errores
de aquel Abad Joaquin, que en muchas partes
introduxo blasfemo vn libro injusto
contra la Trinidad siempre inefable.
Y no menos injustos, de Aymerico
Carnotense corrian los infames
escritos, perniciosos, è infidentes,
contra quien predicò mi SantoPadre.
Los quales fueron todos condenados
por el Santo Concilio, y fue importante
declarar muchas cosas de los Santos
Sacramentos, y que los observassen.
Mandaron, que á lo menos en el año
vna vez, todo fiel se confessasse,
y por Pasqua Florida, sin que en esto
huviesse falta, todos comulgassen.
Mandò à los Medicos, que si en los enfermos
reconociessen enfermedad grave,
antes que recetarles medicinas,
los Sacramentos les aconsejassen.
Ordenaronse entonces muchas cosas,
que no me toca à mi, que las declare,
porque la Iglesia tiene sus Doctores,
de quien podra informarse quien dudare.
Y asi siguiendo el rumbo de mi Historia,
digo, que estaba en Roma mi Gran Padre
abrasado en su santo pensamiento,
y con ansias de que se efectuasse.
Instò à el Papa con grande rendimiento,
suplicandole, que se le otorgasse
licencia de fundar aquella Orden,
que en servir á la Iglesia se empleasse.
Y aunque eran muchos los intercessores,
y el Pontifice estaba de su parte,
en la resolucion se detenia,
examinando las dificultades.
Prudencia fue del Papa detenerse,
y de Dios providencias singulares,
que no quiso que diesse la licencia,
hasta que el Cielo la solicitasse.

Pa-

Padre mio, que en todas ocasiones
muestra Dios, quanto le eres agradable,
no permitas, que siendo yo tu hija,
con mi mal proceder le desagrade.
Mira, ò Padre, que fuiste el primer movil,
para que en tu familia te buscasse:
yo sè, que me llamaste, y tu no ignoras
el favor, con que noble me amparaste.
Mi Padre, mi Señor, dulce atractivo,
que de mi corazon tienes la llave,
no me dexes, bien mio, ni permitas,
que yo haga cosas, que de mi te aparten.
Intercede por mi con la Gran Reyna,
no permitas que yo à mi Dios le falte,
y assistiendome tu con mi Señora,
muera, para vivir eternidades.
No pausaba Domingo en sus deseos,
ni sus ansias podian sossegarse,
hasta ver conseguidos sus intentos,
juntando Obreros muchos que operassen.
Repetia las suplicas à el Papa,
para que la licencia le otorgasse;
pero aunque le eran gratos sus intentos,
èl no acababa de determinarse.
Era el Papa Innocencio muy prudente,
y aunque no hallaba cosa en que pararse,
conocia, que las resoluciones
en tales casos piden mucho examen.
Batallaban los dos en este caso,
pidiendo à el Cielo, que los ayudasse:
el vno, que el acierto pretendia,
y el otro, que imploraba las piedades.
Quando vna noche, al tiempo que pagaba
el Papa aquel tributo indispensable
à el sueño, quiso Dios, que el mismo sueño
fuesse, quien sus secretos revelasse.
De San Juan de Letràn mirò la Iglesia,
que deshaciendose por todas partes,
ruìna amenazaba, y que Domingo
se acercò à ser de tanto Cielo Athlante.
Viò, que arrimando sus robustos ombros,
la mantenia sin arruinarse,

despertò con el susto, conociendo,
que el Señor le inspiraba à que fundasse.
Enviòle à llamar, y muy benigno
la licencia le diò, y à aconsejarle
passò, que viesse en otras Religiones,
que reglas, y estatutos le agradassen.
Y que aquello, que fuesse mas conforme
à su idèa, à los suyos encargasse,
y que despues se le confirmaria,
que muy de espacio se premeditasse.
No quiso resolver cosa Domingo,
hasta que con los suyos consultasse;
y fue muy justo, aviendo de ser ellos,
los que en tan santa empressa le ayudassen
Avida la licencia, se detuvo,
y esperò, à que el Concilio se cerrasse,
que còmo batallaba con las sombras,
ni quiso Dios, que aquella luz faltasse.
Concluìdo el Concilio, dexò à Roma,
y à Tolosa passò à comunicarles
à los suyos todo lo sucedido,
y que la Fundacion se principiasse.
Fue grande el alborozo de los Hijos
con la presencia de su amante Padre,
que con dulzuras los previno el Cielo,
para que con lo amargo se abrazassen.
Juntos ya todos, empezò Domingo
con su grande energia, à ponderarles
los daños, que la Iglesia padecia,
y el tesòn de las furias Infernales.
Que la Fè fluctuaba entre las olas
de hereticas injustas falsedades,
y las almas, en tantos torbellinos
necessitaban de quien las sacasse:
Que el mas grato servicio, que podian
hacerle à Dios, era solicitarle
almas, que reverentes, y obsequiosas
continuos cultos le sacrificassen:
Y à este fin vn congreso pretendia
juntar, que con desvelo se empleasse
en arrancar los pastos venenosos,
cultivando los frutos saludables;

Que

Que el Pontifice ya le avia dado
licencia, para que lo executasse,
y à esso venia, que el que le sintiesse
sin fuerzas, de la Junta se apartasse.
Todos dixeron, que subordinados
estaban, para quanto les mandasse,
y que à su arbitrio dispusiesse de ellos,
y la obediencia en todo los guiasse.
En fin tratò de hacer las elecciones,
y juntos todos, precediendo antes
mucha Oracion, fue dando à cada vno
el empléo en que avia de ocuparse.
La Regla, que escogiò, y encargò à todos,
que con grande cuydado la guardassen,
fue aquella, que ordenò el grande Agustino,
tan Apostolica, como admirable.
Por lo que mira à las Constituciones,
y ceremonias mas particulares,
las de la Orden Premostrel, le fueron
por su aspero rigor mas aceptables.
Empezaron à abrir las hondas zanjas
de este edificio aquellos principiantes
Obreros, tan profundas, como explica
la alteza, en que ha logrado conservarse.
En las Casas de Fray Thomàs Sillano,
y Fray Pedro, que le cedieron, antes
que se agregaran con Domingo, quiso
labrar Convento, à donde se alvergassen,
Quiso Domingo, que en Tolosa fuesse
la primer Fundacion, porque lograssen
los que estaban heridos del contagio,
tener pronto el remedio de sus males.
Junto á la Iglesia, que les diò el Obispo
de San Roman, hicieron se labrasse
el Convento, porque esta Iglesia estaba
de aquellas Casas muy poco distante.
Labròle vn Dormitorio recoleto,
y acomodado, para que estudiassen,
con celdas del bullicio retiradas,
porque el recogimiento no turbasse.
Labraronse tambien las oficinas
precissas, sin que cosa les faltasse,

 ni

ni ſobraſſe, porque de lo ſuperfluo
ninguno, que las vieſſe, las notaſſe.
Bañado todo en gozos, y alegrias
eſtaba el corazon de nueſtro Padre,
porque avia encontrado con ſu centro,
y haſta morir no avia de dexarle.
Y mas quando las letras de Innocencio
recibiò, en que mandò, que predicaſſen
el Evangelio todos, encargando,
que de las coſas de la Fè cuydaſſen.
No era menor el gozo de ſus Hijos,
que con grandes deſeos de imitarle,
ſiempre anhelaban por lo mas perfecto,
y aun lo impoſsible lo juzgaban facil.
Conſultaron el guſto de Domingo,
para dexar los bienes temporales,
y ſeguir la Evangelica pobreza,
ſin que coſa del ſiglo lo eſtorvaſſe.
Conformòle Domingo muy guſtoſo,
y convinieronſe, en que renunciaſſen
ſus bienes en las Monjas del Pruliano,
primeras hijas de mi Santo Padre.
Fundado ya, aunque corto, eſte Rebaño,
à predicar ſalian por las calles
de Toloſa, ſin dar lugar à el ocio,
á que de aquella Grey ſe apoderaſſe.
Admirabanſe todos à el mirarlos
preciſſo efecto de las novedades,
y aunque en la vanidad ſolo es ruido,
es fructuoſo en caſos ſemejantes.
Mi Santo Padre eſtaba deſeoſo,
de que ſu Religion ſe confirmaſſe,
que las aprobaciones de la Igleſia
hazen los eſtatutos inviolables.
Para eſte fin tratò volver à Roma,
pero antes que el viage executaſſe,
quiſo dexar doctrina en ſu Rebaño.
y direccion, para que caminaſſe.
Mas antes que emprendieſſe ſu camino,
ſucediò vn caſo digno de contarſe,
para que nadie ignore, que fue el Cielo,
el que moviò à Domingo, à que fundaſſe.

Avia

Avia por entonces en Tolosa
vn Maestro Theologo, de grande
aceptacion, que les leia à muchos,
que pretendian, que los enseñasse.
Y como duermen poco los que estudian,
deseando saber, y adelantarse,
que siempre la corona de las ciencias
la ciñen los que son mas vigilantes:
Madrugò antes del dia, cuydadoso
de estudiar la leccion, que quiso antes
de leerles, volver à repasarla,
para hallarse mas pronto à el explicarles.
Pero assi que llegò à tomar los Libros,
tal sueño le enviltiò, que sin dexarle
abrirlos, embargando los sentidos,
suspendiò el vso de sus facultades.
Aun mas que natural, fue misterioso
este sueño, en que viò, que à presentarse
siete Estrellas venian, que le hacian
competencias à el Sol sus claridades.
Todo el mundo ilustraban con sus rayos,
destruyendo las sombras dominantes,
sin permitir, que ni el vapor mas leve
à sus puros candores se acercasse.
Abriò los ojos, quando ya tendido
estaba el Sol, y es cosa reparable,
que fuesse el Sol, el que le abriò los ojos,
quando se le acercaba mi Gran Padre.
Levantòse, y llamando à sus Criados
à toda prisa, porque ya era tarde,
caminò à las Escuelas, sin que aquella
vision de su memoria se apartasse.
Apenas en la Cathedra se puso,
quando llegò Domingo à encomendarle
seis Compañeros suyos, que traia,
á que Sagradas Letras estudiassen.
Encargòle, y rogòle, que pusiesse
todo cuydado, porque aprovechassen
en el estudio, que era necessario,
para que su Instituto se observasse.
Diòle cuenta à el Maestro, de que aquellos
con otros, que quisiessen emplearse

en la Predicacion, de orden del Papa
venian con Domingo à exercitarse.
Dixole, como avia principiado
la nueva Orden, y passaba à darle
cuenta à el Pontifice, y mientras volvía,
queria que à el estudio se entregassen.
Y que le suplicaba, que atendiesse
à el empleo, en que avian de ocuparse,
y que el Señor, que los encomendaba,
era el que los llamò à que trabajassen.
Esta noticia fue, la que à el Maestro
le diò la luz, para que descifrasse
el sueño misterioso, conociendo
los Astros, que tenia alli delante.
Saliò mi Padre amado para Roma,
con las ansias de que se confirmasse
su Religion, año de mil doscientos
y diez y seis, sin que lo dilatasse.
Dexò à todos sus Hijos prevenidos,
encargandoles mucho, que velassen
en cuydar de la Iglesia, y que à las almas
les diessen pastos espirituales.
Del favor de Innocencio, y sus promessas
fiaba, que no avia de escusarle
de cumplir su palabra, aunque en el Cielo
su esperanza vivia sin mudarle.
A diez y seis de Julio muriò el Papa
Innocencio, mas no logrò inquietarle
la noticia, que aunque sintiò este golpe,
no pudo hacerle, que desconfiasse.
Sì discurriò, que se dilataria
su pretension, y para assegurarse,
se acogiò à la oracion, q̃ ella es quien siempre
logra, que nuestros ruegos se despachen.
Muerto Innocencio, fue elegido Honorio
Tercero, à que la Cathedra ocupasse
de San Pedro, porque tan solo vn dia
quiso Dios, que tuviesse de vacante.
Llegò Domingo à Roma, y fue precisso,
que en ella sus deseos esperassen
la venida del Papa, que en Perosa,
donde fue electo, estaba en cosas graves.

Y

Y ſabiendo, que en Roma le eſperaban
cosas, que era preciſſo, que evacuaſſe,
le perſuadia, à que ſus pretenſiones
era forzoſo, que le dilataſſen.
Y viendo, que en lo humano no encontraba
modo, con que ſu pena ſe aliviaſſe,
acudiò à la oracion, que ella es el medio,
con que ſe vencen las dificultades.
Quando eſtando engolfado en ſus afectos,
repreſentando las neceſsidades
del mundo, quiſo Dios dar le vn conſuelo,
en que ſu charidad mas ſe aumentaſſe.
En vn Extaſis viò, que en elevado
Trono, manifeſtando en ſu ſemblante
ſu juſto enojò, eſtaba el Juez Supremo
amenazando con ſeveridades.
Tres lanzas en ſu mano poderoſa
tenia, cuyas puntas penetrantes
à el mundo dirigidas caminaban
à deſtruirle todo, y acabarle.
Viò, que no avia mano, que pudieſſe
detener aquel brazo, ni eſtorvar le
el golpe amenazado, y que los hombres
le provocaban con ſus liviandades.
Qual eſtaria el corazon piadoſo
de mi Padre, mirando en eſte lance
à ſu Dios ofendido, y à los hombres
perdidos, de quien era tan amante?
Eſtando ſumergido en ſus afectos,
viò, que à los pies del Juez llegò à poſtrarſe
Maria Soberana, y que abrazada
con ellos, no ceſſaba de clamarle.
Pediale amoroſa, ſuſpendieſſe
ſu rigor, y miraſſe, que ſu Sangre
avia derramado por los hombres,
deſeando, que todos ſe ſalvaſſen:
Que aviendolos criado, y redimido,
y conociendo ſu miſeria fragil,
compadecido dellos dieſſe tiempo,
para que ſus errores enmendaſſen.
Movido ya el Señor con las inſtancias,
que ſupo hacerle ſu querida Madre,

le

le revelò el motivo, que le daban
las Gentes, para que las castigasse.
Mas no cessò en sus suplicas Maria,
que volviendo à pedirle, y à rogarle,
le dixo, que tenia ya en el mundo
prevenidos dos fuertes Capitanes:
Que estos juntando gente, valerosos
le preparaban, para conquistarle
toda la tierra, haciendo con su exemplo,
y su predicacion, que se enmendassen.
Presentòle à Francisco, y à Domingo,
diciendo: estos son Hijo, los que amantes
tuyos, y de los hombres, han querido
por tu honra, y su bien sacrificarse.
Estos dos, como muros invencibles,
se opondràn à el Demonio, y sus maldades,
destruyendo las culpas, que te enojan,
y sembrando virtudes, que te agraden.
Esto dixo Maria, y ablandòse
el Señor, que le fueron aceptables
por su virtud aquellos dos Ministros,
que se ofrecieron à desagraviarle.
Dixoles, que à el instante se partiessen,
y en la nueva Conquista se empleassen,
porque esperaba ya la penitencia,
y no era tiempo, que se dilatasse.
Volviò mi dulce Padre de este rapto
con tanto exfuerzo, que sin que dudasse,
se encaminò à el Palacio Pontificio,
à besar el pie à Honorio, y à informarle.
Caminaba con estos pensamientos,
quando viò à aquel, que avia visto antes
en el Extasis, à el Seraphin Francisco,
aquel, cuya humildad hizo mas grande.
Su espiritu bañado en aquel gozo,
con que la charidad sabe bañarle,
se le acercò, y echandole los brazos,
para siempre supieron enlazarse.
Dixo mi Padre, si à vn Señor servimos,
y nuestros pensamientos son iguales,
razon serà, que vnidos, y conformes
solo aspirêmos à gratificarle?

Sea-

Seamos pues à vna, de tal ſuerte,
que no puedan las furias infernales
con ſu contradicion lograr ſus tiros,
ni apartarnos de vn Dueño tan amable.
O que tiernos coloquios paſſarian
entre los dos, ſin que los pronunciaſſe
la lengua ruda, que como celeſtes
eſpiritus ſupieron informarſe.
Concertaronſe allì en vna perpetua,
y perfecta amiſtad, ſin que baſtaſſe
todo el poder del mundo à deshacerla,
por mas que ſu oſadia lo intentaſſe.
Entraron en Palacio, y fue Domingo
à beſar el pie à el Papa, y noticiarle,
como ſu Anteceſſor, de Dios movido,
le diò licencia, para que fundaſſe.
Dixole, que en Toloſa ya tenia
hecho vn Convento, y que ſus familiares
en la predicacion ſe exercitaban,
para que la Heregia ſe acabaſſe.
Diòle largos informes, y pidiòle,
que para honra de Dios le confirmaſſe
ſu nueva Religion, que diſcurria,
le ſeria à el Señor muy agradable.
Era ya tiempo, en que determinaba
el Señor, que la Igleſia à luz ſacaſſe
eſtas dos Religiones, de Franciſco,
y Domingo, como fecunda Madre.
Y aſsi ſin alegar inconvenientes
las confirmò el Pontifice, aunque antes
la de Domingo, que la de Franciſco,
que quiſo el Cielo, que ſe adelantaſſe.
Fue confirmada à los veinte y dos dias
de Diciembre la de mi Santo Padre,
en el año, que mil, y que doſcientos,
y diez y ſeis llegaron á contarſe,
Por Honorio Tercero, que la Silla
de San Pedro ocupaba: aſsi lo traen
los Autores, y conſta por la Bulla
de Honorio, ſin que pueda diſputarſe.
No fue ſola eſta Bulla, la que Honorio
deſpachò, que deſpues con ſingulares

privilegios, y muchas exempciones
otra le despachò. para enviarles.
Dixole à el Secretario, que pusiesse
el Sobrescrito, y èl quiso notarle:
à Fray Domingo, y à sus Compañeros,
y leido, mandò, que le borrasse.
Puso segunda vez el Sobrescrito,
pero no le agradò, y mandò quitarle,
y la tercera vez mandò ponerle
con circunstancias, que los realzassen.
A el Maestro Domingo, y los hermanos
Predicadores, quiso que explicasse,
y mandando otra vez, que le leyessen,
dixo, bien està assi, no ay que mudarle.
No parò aqui la explicacion del Cielo,
que quiso, que entendiessen los mortales,
que fue esta creacion mas beneficio,
que criar estas luces materiales.
Y volviendo Domingo à ver à el Papa,
para que los despachos le entregasse,
le dixo al darle el Breve, cosas dignas
de dezirse, saberse, y publicarse.
Recibe el nombre nuevo, que te ha dado
el mismo Cielo, para señalarte
à ti, y los tuyos, que Predicadores
quiere, que se titulen, y se llamen.
A ti, y tus Successores entregamos
la honra de la Iglesia militante,
y de esta Santa Silla, y de vosotros
fiamos, que la Fè Santa se enalze.
Vè à los tuyos, y cuenta lo que has visto,
y diles, que procuren conformarse
con el titulo, y que sus hechos sean
à los ojos de todos inculpables.
Que miren, que es muy alto el ministerio,
que se les ha encargado, y no es bastante
vivir bien, que es precisso, que sus vidas
sean para las gentes exemplares.
Besole el pie Domingo, y muy gozoso
se retirò à la Iglesia para darle
à Dios las gracias, y pedir, que nunca
su nueva Religion desamparasse.

De-

De San Pedro en la Iglesia continuaba
su oracion con fervores especiales
por el bien de las almas, suplicando,
que este celo en sus hijos se aumentasse.
Honrò el Cielo estas ansias con vn nuevo
favor, que quiso hacerle, y avivarle
aquel incendio de su ardiente pecho,
para que mas activo le abrasasse.
Viò à San Pedro, y San Pablo, que traian
vn Cayado, y vn Libro, y à mi Padre
se acercaron, mostrandole alagueños
con gran benignidad en sus semblantes.
Diòle San Pablo el Libro, y el Cayado
San Pedro, para que pastoreasse
su Rebaño, y el Libro, porque nunca
de darles enseñanza se escusasse.
Toma le dizen, y camina à el punto,
que este oficio ha querido encomendarte
Dios à ti, y à los tuyos, y no es justo,
que te detengas mas, ni que te tardes.
No solo viò Domingo en este rapto
lo que llevamos dicho, que mostrarle
quiso Dios, que sus hijos correrian
el mundo, sin cesar de predicarle.
Y assi viò, que de dos en dos passaban
con el Santo Evangelio á promulgarle,
no solo los que entonces residian,
sino muchos, que quiso revelarle.
O Santo Padre mio, quanto gozo
recibirias con señales tales,
viendo al Cielo empeñado en darte hijos,
con que tu Religion se propagasse!
Otro gran beneficio en este rapto
recibiò, que no supo escasearle
el Cielo sus favores, que sus ansias
amorosas supieron obligarle.
En la Concertacion predicatoria
se cuenta, que el Espiritu inefable,
como lengua de fuego, en su cabeza
se dexò ver con rayos celestiales.
Còmo estaria aquel entendimiento
lleno de luces, y con què fogaje

en aquel corazon levantaria
llamas, que en todo el mundo se pegassen?
Si Salomon te viera, Padre mio,
con estas lenguas, no de abominable
te notaria; si te admiraria
vaso electo, en quien Dios quiso mostrarle.
Con favores tan grandes no podia
Domingo sosegar, porque no sabe
agradecerlos, el que con su influxo
no aumenta de sus ansias los quilates.
Ansiaba por volver à ver sus hijos,
para darles noticia, y ocuparle
todos en aquel Santo ministerio,
en que quiso el Señor, que se empleassen.
La perdicion del mundo le excitaba,
y de Dios las ofensas, sin dexarle
sossegar los ardores de su pecho,
haciendosele siglos los instantes.
Y assi abreviando con sus dependiencias,
y cortando embarazos, fue à besarle
el pie à el Pontifice, y pedir le diesse
su bendicion, para emprender su viage.
Partiò à Tolosa, año de mil doscientos,
y diez y siete con deseo grande
de ver aquel Rebaño, y que à su vista
sus ardientes deseos renovassen.
Llegò en fin, y acercandose à el Convento,
salieron con ternuras filiales
à recebirle sus amantes hijos,
con las ansias de verle, y comerciarle.
Assi como la tierra, que està falta
del agua, padeciendo sequedades,
se regocija con la dulce lluvia,
entrañando en su centro sus raudales.
Este corto Rebaño de Domingo,
deseoso de verle, y de escucharle,
saliò lleno de gozo à recibirle,
abriendo el corazon, para alvergarle.
En sus brazos les diò dulce acogida
Domingo, y con amor passò à contarles
quanto en Roma le avia sucedido,
y lo que dixo el Papa à el despacharle.

Dixo-

Dixòles el despacho que traìa,
y que estaba resuelto á practicarle
con el hecho, que no seria justo,
que con solo la voz se contentasse.
Que pues el Cielo, de Predicadores
el titulo les daba, y confirmarle
quiso el Papa, era bien, que en este empleo
todo el mundo corriessen, y enseñassen.
Haciendoles vn gran razonamiento,
los exortò valiente, à que abrazassen
este nuevo Apostolico Instituto,
y como fieles hijos le imitassen.
Espantaronse todos de su arresto,
pero arreglados siempre à su dictamen,
ninguno contradixo sus intentos,
ni tuvieron valor, para escusarse.
Hallabanse en Tolosa con su Obispo
el Arzobispo de Narbona , el grande
Conde Simon Monfort, con otros muchos
todos personas de primera classe.
Su devocion los traxo à que el Convento
nuevo con pio afecto visitassen,
y sabiendo el intento de Domingo,
sentian, que tan presto se ausentasse.
Procuraron con fuertes, y prudentes
razones disuadirlo, y estorvarle,
que la prudencia humana no penetra
los secretos de Dios inexcrutables.
Pareciales, que era muy temprano,
para que aquella Grey desamparasse,
que aun no era tiempo de que sin auxilio
las tiernas ovejuelas caminassen.
Que miraisse las Aves, que en sus nidos
residian, sin que de alli faltassen,
hasta que sus polluelos crian alas,
con que puedan seguirlas, y elevarse.
Que tenia muy pocos Religiosos,
pues eran diez y seis, y no era dable,
que quedandose en Casa los precissos.
tuviessen quien saliesse, y quien quedasse.
Que el Señor, que excitaba sus deseos,
le traeria individuos, que esperasse,

à que el Cielo los animos moviesse,
y que bastante gente se juntasse.
Escuchólos Domingo con modestia,
y el respeto debido à su caracter,
y tan humilde como fervoroso
respondiò : soy mandado, no ay cansarse,
El Señor ha de ser obedecido,
y esta es su voluntad, y assi estorvarme
ninguno intente, porque el gusto suyo,
es lo que debe siempre executarse.
Viendo resolucion tan valerosa,
no se atreviò ninguno à replicarle,
y mas reconociendo quantos frutos
avian ya cogido sus parciales.
Llegò el dia feliz, en que la Iglesia
celebra de Maria la Triunfante
elevacion, quando en el Sacro Solio
se sentò, como Reyna dominante.
Este dia tan celebre dispuso
Domingo, que sus hijos se juntassen
à discurrir, que medios tomarian,
para que la observancia no faltasse.
Llevòlos à la Iglesia de Pruliano,
porque sus Religiosas ayudassen
con su oracion, pidiendo à Dios les diesse
su luz, para que en todo se acertasse.
Juntos ya todos, los moviò Domingo
à elegir vn Prelado, y que nombrassen
à Fray Matheo de Nacion Francesa,
Religioso de prendas singulares.
Este el primer Prior, que huvo en la Orden
fue, pero no en el nombre, que llamarle
Abad determinaron, mas no huvo
otro despues, que assi se titulasse.
Todos sus successores se han llamado
Priores, explicando en esta frase,
que los primeros son, y deben serlo,
en ser mas Religiosos, y observantes.
Hecho el Prelado ya de aquella nueva
Religion, intentò mi Santo Padre
dexarle todo el cargo, para irse
buscando Infieles, para predicarles.

Tenia ya la barba bien crecida,
que de intento dexò, que se poblasse,
deseando con ansias fervorosas
por la Gloria de Dios sacrificarse.
Mas no quiso el Señor, que estos anhelos
tan Apostolicos se le lograssen,
que contentandose con sus deseos,
queria, que viviesse, y que operasse.
Mas como avìa de querer el Cielo,
que esta vid se extinguiesse, y ser cortasse,
quando esperaba, que con sus sarmientos
la Iglesia se vistiesse, y se adornasse?
Llegò el festivo dia de Agustino,
y en èl mi amante Padre quiso darle
el Avito à Fray Juan de pie del Puerto,
que logrò de sus manos venerables.
Aviale traido desde Roma
para este fin consigo, que alistarse
pretendiò en esta Santa Compañia,
movido de sus santos exemplares.
Este fue, como cuentan, el primero,
que brecha abriò, para que professassen
este Santo Instituto, que en el Cielo
se dispuso, y fiò à mi Santo Padre.
Tratò despues Domingo con gran prisa,
que aquella Santa Casa se ordenasse,
de tal suerte, que como la primera
fuesse muestra, por donde se guiassen.
Mandò, que fuesse pobre el edificio,
y las Celdas estrechas, donde entrasse
vn zarzo, que de cañas, ò de mimbres
formasse vn lecho donde se reclinassen.
Y vna mesilla tosca, en que pudiessen
escribir, ò leer, y no intentassen
ponerles puertas, porque à todas horas
el Prelado pudiesse visitarles.
Prohibiò los adornos de las Celdas,
mandandoles, que no las ocupassen
con alhajas inutiles, que solo
sirven, de que la mente se derrame.
Que en ellas como mysticas Abejas
con afàn oficioso laborassen,

cogiendo de las Sacras Escripturas
el jugo de sus flores substanciales.
Que en aquella estrechura lograrian
derramar por el mundo suavidades,
sin que el Osso infernal las impidiesse,
con el susto de que se las robasse.
O Santo Padre mio, que discreto
prevenilte los riesgos, sin dexarles,
ni aun vn leve resquicio, que prudente
todo lo prevenifte, y reparaste!
Por sus manos les diò à todos sus hijos
el Avito, que fue el de los Reglares
Canonigos, que aun no avia tenido
tiempo, para idear otro que darles.
Despues hizo vna platica Domingo,
para imponerlos, y para explicarles,
que de aquel Apostolico exercicio
era el honor, y obligacion iguales.
Que eran de los Apostoles sagrados
institutos, y avian de imitarles,
trabajando en la viña de la Iglesia,
sin que vida, ni honra reservassen.
Y como de su espiritu abrasado,
salian estas voces eficaces,
como rayos herian en sus hijos,
convirtiendo sus pechos en volcanes.
Era tal el incendio fervoroso,
que se dexaba ver en sus semblantes,
que Domingo mirando sus ardores,
por el mundo tratò de despacharles.
A España despachò quatro, à Fray Gomez,
à Fray Miguel de Vfero, y que llevassen
à Fray Pedro Madino, y Fray Domingo,
y la Santa semilla alli sembrassen.
Era su Patria España, y assi quiso,
que en ella las primicias se gozassen
de su Evangelica labor, y fuesse
la primera Region, en que lucrasse.
A Paris enviò à el ya referido
Abad, y con èl fue aquel venerable
Fray Manès, que era hermano de Domingo,
con otros dos, que los acompañassen:

Fray

Fray Beltràn de Garriga era vno de ellos,
y Fray Miguel de Fabra el otro, tales
como necessitaba aquel emplèo,
y señalados de su Santo Padre.
Otros dos señalò, para que fuessen
con ellos, con el fin de que estudiassen
en aquellas Escuelas las Sagradas
Letras, para lograr proporcionarse.
Fue Fray Juan de Navarra, y Fray Lorenzo
Inglès, los que inviò, à que se entregassen
à el Estudio, y vn Religioso Lego
de Normandia, para que los cuydasse.
Para que assi los vnos, y los otros
aquella labor mistica empezassen:
los vnos, predicando desde luego,
y los otros, haziendose capaces.
Partieronse sus hijos obedientes,
aunque muy quebrantados de apartarse
de su dulce comercio, en quien lograba
su espiritu nutrirse, y exforzarse.
Aunque mi amado Padre no podia
de sus queridos hijos separarse,
que siempre los tenia tan presentes,
que no los olvidaba vn leve instante.
Bien lo explica vna Carta, que Jansenio,
y Bizobio refieren, y la traen
à la letra, de cuyos caracteres
se infieren sus cuydados paternales.
Con quanta discrecion les amonesta:
con que prudencia passa à aconsejarles:
con que celo procura enardecerlos;
y con que amor de Dios sabe inflamarles!
El que quisiere ver su contenido,
busquela, que la trae el Venerable
Possadas en el Libro de la Vida,
que devoto escriviò de nuestro Padre.
En el folio ciento y sesenta y ocho
se encontrarà esta Carta, que està antes
del capitulo veinte y tres, con esto
se escusan de ojear, y de cansarse.
Que dirè, dulce Padre, quando miro
tu paternal desvelo, y tu insaciable

celo, con que tu espiritu en tus hijos
solicitabas, que se eternizasse?
Pero que dirè, à el ver que mi tibieza
no se alienta con tantos exemplares
y que logro el honor de ser tu hija,
sin que acierte mi espiritu à imitarte?
Padre mio, tu sabes mis deseos,
y mi contradicion tambien la sabes,
librame de mi misma, pues yo misma
me impido à mi, y no cesso de estorvarme.
O lucero hermosissimo, en tus luces
busca mi ceguedad las claridades,
porque de mi ignorancia las tinieblas
no acaben de perderme, y de ofuscarme.
Por Santo, y Cavallero, no es possible,
que viendo mi afliccion, me desampares,
porque esta es charidad, que obliga à el Santo,
y es ley, que en el Illustre debe darse.
Aun antes que saliessen de Tolosa
los ya nombrados, quiso Dios templarle
à Domingo las ansias de partirse
à los Moros, para cathequizarles.
Atajole los passos con contrarios
impulsos, disponiendo, que tratasse
volver à Roma, para cuyo efecto
estaba disponiendo su viage.
Pero antes que saliesse, quiso el Cielo
en vn mistico sueño revelarle
del Conde de Monfort la pronta muerte,
que fue para Domingo pesar grande.
En sueños viò vn gran arbol, que pomposo,
y adornado de ojas, con bastantes
frutos, rico de ramas, y bien alto,
à donde se anidaban muchas Aves.
Viò, que subitamente le cortaron,
y los Pajaros todos por el ayre
se esparcieron, hallandose sin nidos,
y echando cada vno por su parte.
Con el sueño le diò la inteligencia
el Señor, y entendiò, que era anunciarle
la muerte de su amigo Simon Fort,
escudo de la Iglesia Militante.

Mu-

Mucho sintiò este golpe, conociendo,
que avia de volver á suscitarse
la Heregia en las tierras de Tolosa,
con muertes, y delitos execrables.
Mas su resignacion en estos casos
templaba su fatiga, que el que sabe
vnir su voluntad con la Divina,
siente, pero no llega à perturbarse.
Con quanta charidad recurriria
à el Tribunal Divino à suplicarle
à el Señor, que mirasse por su Iglesia;
y à los Catholicos los fortificasse!
Patriarca Santissimo, que es esto?
Assi quiere el Señor mortificarte,
y siendo Omnipotente, no te escusa
golpes, que tanta pena han de causarte?
Mas como ha de escusartelos? si à el verte
tan resignado, y fuerte, le complace,
y en cada golpe logras nuevos triunfos,
porque sabes valiente sugetarte.
O lucero, este espiritu vizarro
no escuse tu piedad comunicarle,
á los que con el nombre de hijos tuyos
anhelan por servirte, è imitarte.
De mi te acuerda, Padre, y no permitas,
que mi tibieza infiel tanto me arrastre,
y vea el mundo, que la sombra tuya
basta, para vencer dificultades.
Sucediò, en fin, la revelada muerte
del Conde Simon Fort, assi lo trae
el Maestro Castillo, porque en esta
revelacion no escusa dilatarse.
Refiere, que volviò con nueva furia
el Alvigense Gremio á levantarse
contra la Iglesia, padeciendo todos
los Fieles inauditas crueldades.
Don Ramon, Conde de Tolosa entonces,
tomò las Armas, para declararse
à favor del Herege, à quien seguia,
y siguiò, como injusto, è ignorante.
Todos los Religiosos padecieron
graves injurias, desnudeces, hambres,

mandando Don Ramon à ſus Vaſſallos,
que ni los ſocorrieſſen, ni trataſſen.
Por publico pregon les mandò à todos,
que nadie ſe atrevieſſe à adminiſtrarles,
por mas que lo pagaſſen, coſa alguna,
que les ſirvieſſe, para alimentarſe.
O fiera ! que mas bruto, que los brutos
aſsi le niegas à tu ſemejante
el preciſſo alimento, quando aun ellos
vnos con otros vſan de piedades.
Hizo ponerle guardas à el Convento,
para que alli encerrados, acabaſſen
ſus venerables vidas, ſepultados
aun antes de morir con tanto vltraje.
Y viendo, que ſu injuſta tirania
no pudo conſeguir, que declinaſſe
ſu fè, ni que ſu celo valeroſo
con tal perſecucion titubeaſſe:
Les mandò, que ſalieſſen de Toloſa:
obedecieron, ſin acobardarſe,
y en proceſsion ſalieron todos juntos
por el Lugar, cantando Credo, y Salve.
Pero nunca el Tirano ſe contenta,
ni encuentra coſa, que ſu furia aplaque;
y aſsi de vna maldad paſſando à otra,
anda buſcando ſiempre en que cebarſe.
Y paſſando à Narbona, aquel Convento,
que alli tenian, hizo derrivarle,
pegando fuego à los Sagrados Libros,
mirando como agravios ſus verdades.
Sacrilegos, mirad, que vueſtro encono
no conſigue extinguirlos con quemarles,
que en los pechos catholicos impreſſas
ſus verdades no pueden ocultarſe.
Y quando procurais, que ſe ſepulten
en el olvido, os fatigais en valde,
que con lo que intentais obſcurecerlas,
haceis, que luzgan mas ſus claridades.
Dizen Leandro, Vmberto, y Antonino,
que vn dia, en que la Igleſia la triunfante
Aſcenſion del Señor repreſentaba
à los Fieles, para que la obſequiaſſen:

Año de mil doſcientos y quarenta
y dos, à diez y ocho del fragrante
mes de Mayo, en la Villa de Avioneto
el cruel Conde con rigor notable,
Dentro de ſu Palacio, y en ſu miſmo
apoſento ordenò, que les quitaſſen
las vidas à once, ò doce Sacerdotes,
ſin que ni aun ſu Palacio reſpetaſſe:
Fray Guillermo Ardanaldo, que à el preſente
era el Inquiſidor de aquellas partes,
y con èl Fr. Bernardo Piñafuerte,
y Fr. Garcia de Aura ſus parciales.
Muriò otro Inquiſidor, que ſe llamaba
Fr. Eſtevan, logrando acompañarle
el feliz Fr Raymundo Carbonerio,
hijos del Gran Franciſco nueſtro Padre.
Tambien el Arcediano de Tolola
eſte dia logrò ſacrificarſe,
y otro Arcediano Inquiſidor, muriendo
con èl ſu Secretario Pedro Arnalte.
Muriò vn ſu Capellan, que ſe llamaba
Bernardo, con dos Clerigos conſtantes
eſtrangeros, ſin que ſu hidropeſia
ſe pudiera ſaciar con tanta ſangre.
Tambien muriò el Prior de Avioneto
Monacho Cluſa, y ſin que ſe apiadaſſe
Don Ramon, á ſeis hijos de Domingo
mandò, que las cabezas les quitaſſen.
Refierenlo aſsi Autores de eſta Hiſtoria,
y diceſe tambien, como eſtos Padres
en ſus manos tomaron ſus cabezas,
caminando con ellas, ſin pararſe.
Llegaron de eſta ſuerte à ſu Convento,
á donde ſepultados todos yacen,
acreditando Dios con eſtos caſos,
lo que à Domingo quiſo revelarle.
Con el grave dolor, y juſta pena
de los trabajos, y calamidades,
que los Fieles de Chriſto padecian,
para Roma ſaliò mi Santo Padre.
El Viatico, que para el camino
llevò, fue la memoria de la ſangre

der-

derramada en obsequio de la Iglesia,
que oy venera en tanto inclito Martyr.
O con que Santa invidia los miraba
muertos, para vivir eternidades!
Aunque con vna natural ternura
sintiò, que tanta flor se marchitasse.
Cercado de congojas, caminaba,
compadecido de las ceguedades
del Herege cruel, que no advertia,
que à si mismo intentaba arruinarse.
Luego que llegò à Roma, quiso el Cielo,
que en aquella Ciudad se publicasse
su virtud, porque siendo los testigos
de mayor excepcion, la acreditassen.
Empezò à predicar, moviendo à todos
à admiracion, porque sus eficaces
palabras iban llenas de aquel fuego,
que se siente, mas no puede explicarse.
Acompañaban sus fervientes voces
muchos milagros, y prodigios grandes,
novedad, que obligaba à toda Roma,
à que las atendiessen, y escuchassen.
Infinidad de gentes acudian
por el consuelo en sus necessidades,
otras buscando alivio en sus fatigas,
otras consejo en sus dificultades.
Viendo el Papa el concurso de la gente,
que à Domingo seguia, sin dexarle
sosegar, y que lleno de trabajos,
no tenia vn rincon en que alvergarse:
Le señalò la Iglesia de San Sixto,
para que èl, y los suyos le habitassen,
labrando vn Monasterio acomodado,
para que su Estatuto se observasse.
Ayudabale el Papa con limosnas,
quantiosas, porque en breve se labrasse,
y tanto se aumentò, que en pocos dias
juntò cien hijos, que le acompañassen.
Porque muchos oyendo sus Sermones,
desengañados de las vanidades
del siglo, se acogieron à sagrado,
que es el medio mejor para indultarse.

Em-

Empezòse la fabrica, y Domingo
siempre alsistente con los oficiales,
edificaba mas con su presencia,
que ellos con el manejo de su arte.
Y para que el concepto, que tenián
hecho de su virtud, mas se aumentasse,
permitiò el Cielo, que vna maravilla
sucediesse, que todos la tocassen:
Y fue, que estando vn Oficial abriendo
los cimtentos, cayò sin repararse,
vna pared sobre èl, à cuyo golpe
le quedò sin espiritus vitales.
Acudieron al punto à socorrerle
los Religiosos, sin poder sacarle,
que estaba de la tierra tan cubierto,
que ni aun daba lugar à que passassen.
Afligieronse, pero mas que todos
lo estaba el corazon de nuestro Padre,
viendo, que se empezaba el edificio,
y costaba vna vida el principiarle.
Porque no ay circunstancia, que los flacos
no la juzguen misterio, que no saben
discernir, ni conocen la distancia,
que ay de misterios à casualidades.
Temiò mi Santo Padre, que este caso
los animos devotos desmayasse,
y que fuesse ocasion, para que muchos
de su santa doctrina se apartassen.
Y asi ocurriò al Señor Omnipotente,
pidiendo, que la vida le otorgasse
de aquel defunto, para gloria suya,
y para que en la Fè se radicassen.
Y el Señor de la vida, que à Domingo
en ninguna ocasion supo negarse,
le concediò la suplica, volviendo
à la vista de todos à alentarse.
Por este mismo tiempo otro milagro
à este acompañò, si no mas grande,
mas publico, porque huvo mas testigos,
que en toda la Ciudad le divulgassen.
Predicando en la Iglesia de San Marcos
Domingo, adonde gente innumerable

avia

avia, estaba vna muger piadosa,
que nunca se cansaba de escucharle:
Esta tenia vn hijo pequeñuelo,
que estaba enfermo de accidente grave,
pero no pudo el maternal cariño
obligarla, à que en casa se quedasse.
Fuesse à oir el Sermon, y embelesada
con aquellas doctrinas celestiales,
no se acordò de su doliente hijo,
mientras que no llegò à finalizarse.
Assi que se acabò, volviò à su casa,
y hallole ya defunto, y al mirarle,
los afectos, que estaban divertidos,
con impetu empezaron à excitarse.
Tomò à su muerto hijo, y dolorida,
confiada en Domingo, fue à buscarle,
como quien ya sabia, que sus ruegos
siempre eran fructuosos, y eficaces.
Entrò por el Convento de San Sixto
intrepida, corriendo, sin pararse,
hasta que del Capitulo en la puerta
logrò encontrar à nuestro Santo Padre,
Entonces descubriendole à el defunto,
poblando de suspiros todo el ayre,
le dixo: Padre mio, dadme mi hijo
sano, y bueno; doleos de mis males.
Por venir à el Sermon, le dexè enfermo,
muriòse, sin que tal imaginasse,
mirad, que soy viuda, y que no tengo
mas hijo, que este, con quien consolarme.
Compadeciòse el corazon piadoso
de Domingo, à el oir las lamentables
voces de la Viuda, y retirado
à vn rincon, à el Señor se fue à clamarle.
Poco le estuvo en la Oracion Domingo,
que su fè no dexaba, que dudasse,
y formando la Cruz sobre el defunto,
le asiò la mano, para levantarle.
Levantòle con vida, y entregòle
con alegria à su querida Madre,
que llena de placer, con su familia
no podian cesar de publicarle.

Ya

Ya no se hablaba en Roma de otra cosa
los Eclesiasticos, y los Seculares,
que de este gran prodigio, siendo causa,
de que todos à Dios magnificassen.
Llegò à saberlo el Papa, que gozoso,
de que en sus dias tal Varon pissasse
su Corte, mandò al punto, que este caso
en los Pulpitos todos le expressassen.
Supo mi inclito Padre este Decreto,
y fue à los pies de Honorio à suplicarle
recogiesse el Decreto, porque estaba
resuelto, si corria, de ausentarse.
Viendole tan humilde el Santo Papa,
condescendiò, por no mortificarle,
con su ruego, expidiendo nueva orden,
para que en este caso no tocassen.
Creciò la devocion en toda Roma
tanto, que sin dexar, que descansasse,
seguian à Domingo grandes Tropas
en los Templos, las Plazas, y las Calles.
Los Nobles, los Plebeyos, los Señores,
los Eclesiasticos, y los Seculares
ocurrian à èl, y en èl hallaban
luces, esfuerzos, y seguridades.
Era tanto el concurso de las gentes,
que hidropicos de oirle, y comerciarle,
le cercaban, que sus amantes hijos
no trabajaban poco en desviarles.
Pero el piadoso Padre no queria,
que su devoto celo defraudassen,
y assi à sus Religiosos les decia
reprehendiendoles, que los dexassen.
Cortabanle pedazos del vestido,
tantos, que sin aver quien lo evitasse,
le dexaron el Avito de forma,
que ni aun à las rodillas le llegasse.
Toleraba este robo su prudencia,
sin que à la vanidad le diesse parte,
que es polilla, que como la sacudan
con tiempo, se desvia, sin pegarse.
Què es esto, Padre mio? Que parece
que de Adan las pensiones no heredaste;

 pues

pues vives tan exempto de sobervia,
que no encuentra resquicio, à donde entrarse.
O Padre, comunicale à tus hijos
esse espiritu heroyco, que constante
entre tantos aplausos nunca supo
la vanidad astuta derrivarle.
Conoscan todos, que tu Patrocinio
es vna fortaleza inexpugnable,
que aunque mas la combate el Enemigo,
nunca encuentra portillo, para entrarle.
Y conoscamos todos, que esta dicha
la logran, los que aspiran à imitarte,
que el remedio no opera, si el enfermo
dexa la dieta, y no quiere arreglarse.
Quiso Dios, que otra empressa bien dificil
à Domingo el Pontifice encargasse,
que viendo su cientifica prudencia,
le encomendaban las dificultades.
Año de mil doscientos diez y ocho
dispuso Dios, que el Papa reparasse,
en que las Religiosas por el Pueblo
andaban, sin que nadie lo estorvasse.
Pareciòle, que no era esto conforme
con su estado, y debia remediarse
obligandolas à que à vn Monasterio
se reduxessen, y se retirassen.
Permanecia en este pensamiento,
y consultòlo con los Cardenales,
pareciendole à todos, que era justo,
aunque dudaban, que se sugetassen.
Discurrian, à quien encargarian
tan arduo empeño; y todos al instante
dixeron, que Domingo solamente
las venceria, sin que repugnassen.
Llamaronle, y el Papa le diò quenta
de todo, y le pidiò, que se encargasse
de esta obra, que se la cometia,
para que con sus voces operasse.
Admitiò el cargo, que su rendimiento
en ninguna ocasion supo escusarse;
pero le suplicò, que à otros sugetos
nombrasse, para que le acompañassen:

Que

Que era dificultosa aquella empressa,
y acabarla vno solo no era facil,
porque se ofrecerian cosas arduas,
que con juicioso acuerdo se evacuassen.
Parecioles razon, lo que pedia,
y assi el Papa nombrò sin dilatarse,
para que le ayudassen à Domingo,
dandoles facultad, tres Cardenales.
El vno fue Hugolino, Obispo de Hostia,
que despues fue Pontifice, y llamarse
quiso Gregorio Nono, y Fosanova
el Cardenal, que quiso señalarle.
Y à Nicolao el Cardenal, Obispo
Tusculano, y cediò sus facultades
en ellos, para que en qualquiera cosa,
lo que fuesse razon, deliberassen.
Estos Reverendissimos Prelados
passar quisieron con mi Sto. Padre
à pulsar la materia, y encontraron
alteraciones, y dificultades.
Y tantas, que à no estar alli Domingo,
nunca huvieran podido remediarse;
pero con su virtud, y su cordura
hacia, que imposibles se allanassen.
Y aun con todo huvo muchas pesadumbres,
que no faltaba, quien las fomentasse,
y decian, que no era bien, quisiessen
introducir en Roma novedades.
Que era contra el decoro de las Monjas,
quererlas encerrar, sin que se hallasse
motivo para tanto encerramiento,
y era dar causa, de que sospechassen.
Entre las Religiosas resistentes,
las que mas reusaban encerrarse,
eran las Monjas de Santa Maria
Transtiberim, que estaban muy tenaces.
Esta es Imagen, que pintò San Lucas
milagrosissima, y al colocarse
à donde està, con musicas sonoras
se oyeron canticos Angelicales.
Este fue el Monasterio, que Domingo
primero visitò, que tantearle

 qui-

quiſo, y con ſus palabras alagueñas
atraerlas, à que ſe ſugetaſſen.
Hablòle à la Abadeſa, y à las Monjas,
proponiendoles, como iba de parte
del Pontifice, que con ſanto celo
queria, que en virtud ſe adelantaſſen:
Que el Eſpiritu Santo era el que al Papa
influia, y que no puede dudarſe,
ſin laſtimar la Fè, que aſsi lo enſeña,
y admitir dudas es delito grave:
Que las Virgenes, que ſe conſagraban
à Dios, era razon, ſe retiraſſen
del comercio del ſiglo, que el retiro
daba motivo, à que las reſpetaſſen:
Que ellas eran las piedras del Santuario,
y que no era razon, que ſe encontraſſen
en las Plazas, que bien lo lamentaba
Jeremias en caſo ſemejante.
En ſuma aquel Eſpiritu abraſado,
lleno de caridad, ſupo explicarles
lo bien que les eſtaba la clauſura,
y el mal, que ſe temia de eſcuſarſe.
Que la Abadeſa, y todas, menos vna,
ſe rindieron; pero antes de entregarſe,
ſacaron por partido, que con ellas
ſiempre avia de eſtar aquella Imagen:
Y que ſi acaſo, como muchas veces
avia ſucedido, ſe paſſaſſe
à ſu antigua morada, todas ellas
la avian de ſeguir al miſmo inſtante.
Pero Domingo, como tan diſcreto,
les concediò el partido, que en tal lance
no era razon negar, lo que pedian,
que era exponerſe, à que ſe alborotaſſen.
Y bien reconocia, que Maria
no las permitiria, que violaſſen
la clauſura, que con ſu patrocinio
las haria prudentes, y obſervantes.
Con eſto todas dieron la obediencia
à Domingo, y mandòles, que guardaſſen
clauſura, y que ninguno à viſitarlas
permitieſſen, que en el Convẽto entraſſe.
Con-

Concluìdo este caso, retiròse
Domingo, y fue à buscar los Cardenales
nombrados, â informarles de lo hecho,
para que en breve se finalizasse.
Pero el Demonio, como conocia,
que no le estaba bien se executasse
esta disposicion, trazò inquietarlas
moviendo à muchos, à que le ayudassen.
Y assi valiendose de sus Parientes,
y de sus conocidos, fueron tales
las sugestiones, que los hizo à todos,
que se opusiessen, y se alborotassen.
Que era contra la honra de las Monjas,
que de su libertad las despojassen,
decian, sin aver dado motivo,
para que tal encierro se intentasse.
Añadian à esto, que era contra
su autoridad, que fuesse vn pobre Frayle
de vna Religion nueva el señalado,
para vna obra tan exorvitante.
Con estos dichos fue la inquietud tanta,
que movieron en aquel sexo fragil,
que arrepentidas todas de lo hecho,
determinaron nunca sugetarse.
A este tiempo Domingo andaba dando
cuenta â los Cardenales, ignorante
de lo que entre las Monjas sucedia,
para que lo propuesto se evacuasse.
Revelòle el Señor lo que passaba,
y sin mas dilacion fue à predicarles
à su Convento, y à decirles Missa,
que alli arrojaba rayos eficaces.
Acabado el Sermon, las llamò á todas,
y con su mansedumbre imponderable
les dixo: Ya sè hijas los ruìdos,
que ha avido entre vosotras, que son grandes.
Ya sè, que arrepentidas de aver dado
por mi obediencia al Papa, os retratasteis,
y aveis propuesto no vivir sugetas,
sino libres seguir vuestro dictamen.
Sabed, que Dios no quiere sacrificios
forzados, aunque busca voluntades,

y aſsi ſi alguna voluntariamente
quiere ofrecerſe, venga aqui à entregarſe.
Y la que no quiſiere, que no venga,
que yo no quiero hacer violencia à nadie,
con guſto ſuyo ſe ha de hacer la ofrenda
de la que quiere à Dios ſacrificarſe.
A eſta voz levantòſe la Abadeſa,
y todas la ſiguieron, ſin quedarſe
vna, y le fueron dando la obediencia,
ſin que con rebeldias ſe eſcuſaſſen.
Que es mucho ſe extinguieſſe aquel incendio
que levantò el traydor, y ſe apagaſſe,
de forma, que no huvieſſe algun reſcoldo,
que entre aquellas ruìnas humeaſſe.
Puſo Domingo allì vnos Religioſos
Legos, que allì eſtuvieſſen, y guardaſſen
el Monaſterio, y que las proveyeſſen
de todo lo que allì neceſsitaſſen.
Y la adminiſtracion de aquella Caſa,
tomò mi Padre en sì, y en adelante
mandò, no permitieſſen, que las Monjas,
ni con Pariente, ni con otro hablaſſen.
Y que ſi alguna vez fueſſe preciſſo,
nombraſſen Monjas, que las eſcuchaſſen,
que ſin eſcuchas corren las palabras,
y es muy juſto poner quien las atage.
Gozoſo el Papa de lo que Domingo
avia hecho, quiſo ſe aſignaſſe
aquel nuevo Convento de San Sixto
para las Monjas, y que en èl moraſſen.
Y para eſto les diò à los Religioſos
el de Santa Sabina, y agregarles
las Caſas, que tenian allì, pues era
vn Palacio Apoſtolico bien grande.
Acabada la obra de San Sixto,
mandò el Papa, que deſembarazaſſen
los Religioſos el Convento, y luego
al de Santa Sabina ſe mudaſſen.
Y el Domingo primero de Quareſma,
quando la Igleſia la memoria hace
del Triunfo, que logrò Chriſto venciendo
del Demonio las necias terquedades.

En

En el año de mil y de doscientos,
y diez y nueve con gozo notable
del Papa à veinte y quatro de Febrero
viò logradas sus ansias paternales.
Porque à las Monjas de Santa Maria
Transtibetim sacò mi Padre amante,
para llevarlas à San Sixto, siendo
funcion festiva en Roma, y memorable.
Fue la Abadesa con sus Religiosas,
y todas las que avian de encerrarse
en la Clausura, que quarenta y quatro
fueron, las que llegaron à contarse.
Con gran solemnidad acompañadas,
y con grande mocion de los Seglares
llegaron al Convento, à donde estaba
à recebirlas mi bendito Padre.
Antes de entrar le diò à Soror Cecilia
el Avito Domingo, porque entrasse
à las nupcias vestida ya de boda,
que no era bien, que se diferenciasse.
Era de edad de diez y siete años,
y fue tan Religiosa, y observante,
que por orden del Papa fue à Bolonia,
à que aquellos Conventos reformasse.
Llegòse la Abadesa con sus Monjas,
y todas en las manos venerables
de Domingo vna à vna professaron,
mostrando su alegria en los semblantes.
Todas se entraron luego en su Convento
dando dichoso fin à los afanes
de mi Padre, venciendo inconvenientes
à los ojos del Siglo insuperables.
A la siguiente noche, porque el Pueblo
con esta novedad no se alterasse,
los Cardenales con Domingo fueron
à conducirles à su Santa Imagen.
Sacaronla de donde avia estado,
llevando muchos, que la acompañassen,
con variedad de luces, y de fuegos,
que aquella translacion solemnizassen.
Era mi dulce Padre el trono Regio,
donde dexò Maria venerarse,

luciendo de Domingo los ardores
mucho mas, que las llamas materiales.
O que tierno espectaculo sería
ver en esta ocasion aquel Gigante
de virtud, y de ciencia, que descalzo
se obstentaba dechado de humildades!
El vestido grosero, aunque aseado,
los ojos tan modestos, como afables,
los pasos respetosos, y serenos,
moviendo à devocion su aspecto, y trage.
Las Religiosas todas del Convento,
prudentes eligieron descalzarse,
para salir à recibir la Aurora,
que à sus puertas llegaba ya à asomarse.
O con què aplausos, y con que ternuras
llegaron à sus plantas à postrarse,
suplicandola, que las asistiesse
su proteccion, y nunca las dexasse!
Colocaronla luego en el Convento,
donde hasta oy se mantiene, sin mudarse,
quedando todos llenos de alegría,
de ver, que tanto empeño se lograsse.
Mas gozoso que todos quedò el Papa,
y mandò, que à Domingo le votassen
la obediencia, porque le señalaba
por Prelado, Pastor, Maestro, y Padre.
Pero como en el mundo es cosa cierta,
que à los gustos le siguen los pesares,
aquel contento general en todos
quiso Dios, que con penas se mezclasse.
Esto fue, que en el Miercoles siguiente
à la funcion de colocar la Imagen,
mi Santo Padre, con los Comissarios
del Papa, juntos con los Cardenales
Entraron en el nuevo Monasterio,
y juntaron las Monjas, para instarles,
que de las possessiones que tenían,
en mano de Domingo renunciassen.
Y quando mas atentos se ocupaban
en imponerlas, y en amonestarles,
descompasados gritos, y lamentos
se oyeron, que sonaban en la calle.

Del Cardenal Eſtefano vn ſobrino
mancebito de prendas muy amables,
corriendo alli vn Cavallo, cayò en tierra,
quedando hecho pedazos al inſtante.
A ſu Tio, que en la junta de las Monjas
eſtaba, no pudieron eſcuſarle
la noticia, rindiendole à vn deſmayo,
la fuerza del dolor de tal deſaſtre.
Cayò en los brazos de Domingo, y pronto
tomando agua bendita, fue à rociarle
el roſtro, que con eſta medicina
logrò, que en breve ſe recuperaſſe.
Salieron todos juntos del Convento,
y caminaron à la miſma parte
a donde eſtaba el deſtrozado cuerpo,
excitando ſu viſta las piedades.
Viendo el malogramiento del Sobrino,
y del Tio el dolor, no avia nadie,
que con tiernos acentos, y ſuſpiros
aquel funebre caſo no lloraſſe.
Pero el que mas afectos expreſſaba
fue vn Compañero de mi Santo Padre,
llamado Fray Tancredo, que clamaba
à Domingo, que à Dios por èl rogaſſe.
Ordenòle, que para decir Miſſa
en la Igleſia recado prepataſſe,
y que el cuerpo defunto en la primera
caſa mas inmediata al punto entraſſen.
Los Cardenales todos con Domingo
fueron à oir ſu Miſſa, y à clamarle
à Dios, dieſſe la gloria à aquel defunto,
y que à ſu pobre Tio conſolaſſe.
Empezò en fin mi Padre el ſacrificio
con tan fervientes lagrimas, y tales
ſentimientos, que en todos los preſentes
ſu devocion llegò à comunicarſe.
Al elevar la Hoſtia, juntamente
ſe fue elevando el cuerpo por el ayre
levantandoſe vn codo de la tierra,
dexando abſortos à los circunſtantes.
Pero à mi no me admira, que aquel Etna
con el fuego Sagrado ſe avivaſſe,

y quisiesse subir, buscando el centro,
para vnirse con èl, y eternizarle.
Acabado aquel Santo Sacrificio
buscò al muerto, y llegandose àl cadaver,
los destrozados miembros con sus manos
los fue vniendo, y poniendo en sus lugares.
Todos los Cardenales. y el concurso,
que le siguiò, suspensos al mirarle,
en profundo silencio sumergidos
estaban, sin que osassen menearle.
Abriò despues los brazos, y en Cruz puesto
se puso à orar con vna fè tan grande,
como la requeria aquella obra,
que esperaba de Dios se le otorgasse.
Todo suspenso, y elevado todo
estuvo vn rato, y al recuperarse,
se fue hacia la cabeza del defunto,
brotando incendios todo su semblante.
La señal de la Cruz sobre aquel cuerpo
formò, al Cielo mirò, y bolviò à elevarse,
levantando las manos, y dexando
la tierra mas de vn codo, sin tocarle.
Dixo entonces con elevadas voces,
que percibieron bien los circunstantes:
Napoleon, en el nombre de Christo
mando, que luego al punto te levantes.
A esta voz imperiosa nueva vida
le diò Dios, y moviendole à que hablasse
à Domingo pidiò, que se le diesse
de comer, que sentia tener hambre.
Diòsele prontamente, y el mancebo
comiò, y bebiò con muy claras señales
de robustèz, quedando vivo, y sano,
sin que accidente alguno le aquejasse.
Este portento tan maravilloso
dexò admirados à los Cardenales,
y Religiosos, y quantos se hallaron
en el concurso, que era innumerable.
Parece, que el Señor hacia empeño,
de que à Domingo todos respetassen,
y assi mostraba su virtud, haciendo
por èl prodigios en publicidades.

El

El segundo Domingo de Quaresma
se fue à las Monjas, para platicarles,
porque nunca su Espiritu celoso
les diò lugar, de que se resfriassen.
Vna muger, que estaba en aquel Templo
le miraba con moines, y visages,
hasta que prorrumpiò en voces, diciendo:
ò malvado, que tu me las quitaste.
De quatro me has echado, mas no pienses,
que de esta que posseo, has de sacarme,
los que entramos en esta somos siete,
y hemos de estar aqui por mas que rabies.
Alborotòse todo el Auditorio,
procurando, que la muger callasse;
pero no fue posible, aunque Domingo
le mandò por dos veces, que no hablasse.
No callarèmos, respondian ellos,
y era tanto el ruido, que escucharse
dexaba, qual si gentes infinitas
todas juntas, quisieran explicarse.
Causaba vn alboroto escandaloso,
que en los Templos, y en sus festividades
levanta el Enemigo estos ruidos,
porque las atenciones se derramen.
Viendo mi Santo Padre su osadia,
formò la Cruz diciendo, pertinaces
Espiritus, yo os mando, que en el nombre
de Christo salgais todos al instante.
A esta voz la muger con muchas ansias
empezò à vomitar, echando sangre
en cantidad, rebuelta con carbones,
quedando libre del cruel achaque.
Mandò Domingo, la sacassen fuera,
sin que su corazon se separasse
de la pobre afligida, que sus penas
estaban provocando sus piedades.
Acabada la platica, fue à verla,
y mientras, que viviò, sin descuydarse,
la iba à visitar todos los dias,
doliendose de sus penalidades.
Tenia tan presente aquel trabajo,
que la viò padecer, que fue bastante,

para que ſus entrañas compaſivas,
y fraternal amor no la olvidaſſen.
Eſta muger deſpues fue Religioſa,
obrando vnas virtudes exemplares,
y el Santo la llamò Soror Amada,
que aſsi quiſo ſu amor manifeſtarle.
Con tantas portentoſas maravillas
le diòDios nombre iluſtre à nueſtro Padre
en la Plaza mayor del Mundo, quando
ſu Religion eſtaba aun en pañales.
Gozate, Padre mio, pues el Cielo
quiſo, que tu virtud te acreditaſſe,
y tus hijos tambien ſe gozen todos,
procurando ſeguirte, y enſalzarte.
Mi Religion Sagrada en eſte tiempo,
aun obſervaba el primitivo trage,
que ſe viſtiò Domingo, y à ſus hijos
puſo de los Canonigos Reglares.
Pero Maria, viendola crecida,
quiſo veſtirla, y que ſe ſeñalaſſen
en los amenos Prados de la Igleſia
ſus flores, porque no ſe equivocaſſen.
Que eſte cuydado providente ſiempre
ha ſido, y es empleo de las Madres,
que quando ſalen de las parvulezes
los hijos, los adornan como grandes.
Aſsi la Reyna, viendo eſta familia
tan ſuya, colocada en tanto auge,
les hizo nuevas galas, porque el Mundo
los diſtinguieſſe, y los reverenciaſſe.
Dicen Flaminio con Garzon, y Apoldia,
que fue à Roma à negocios eſpeciales
año de mil doſcientos diez y ocho
el Obiſpo de Orliens, para evacuarles.
Iba en ſu compañia Reginaldo
de ſu Igleſia Dean, de ſingulares
prendas, era Doctor muy afamado
de gran virtud, y principal linage.
Era el Santo Dean muy temeroſo
de Dios, y deſeaba retirarſe
del Siglo, porque en èl reconocia
ſer todo vanidad de vanidades.

Cuy-

Cuydadoſo vivia de hallar medio
ſeguro, que à ſu fin le encaminaſſe,
y dexandolo todo, darle todo
al todo, ſin que ſe lo embarazaſſen.
Y como nunca Dios ſe niega à aquellos,
que le buſcan con fè perſeverante,
le moviò à que con vn amigo ſuyo
Cardenal ſus deſeos conſultaſſe.
Oyòle, y reſpondiòle prontamente,
que no tenia ya, que fatigarſe,
porque lo que buſcaban ſus deſeos,
diſpuſo Dios, que en Roma le encontraſſe.
Diòle entonces noticia de Domingo,
de ſu mucha virtud, de ſus amables
prendas, de los milagros que alli hacia,
haciendoſe con todos reſpectable.
Informòle de ſu Religion nueva,
que avia ſido à todos aceptable,
y que aun eſtaba alli juntando gente,
para que todo el Mundo conquiſtaſſen.
Y que debaxo de aquella Vandera,
ſin el menor reparo ſe aliſtaſſe,
porque ſe enarbolaba contra el Mundo,
contra el fiero Dragòn, y la vil carne.
Fue grande el gozo, con que Reginaldo
oyò eſtas nuevas, como el caminante,
quando encuentra con el camino cierto,
que al termino, que buſca, ha de guiarle.
Concluyò ſu viſita, y ſin alguna
dilacion fue à buſcar à mi gran Padre,
à quien le revelò todo ſu pecho,
ſin que el menor deſeo le ocultaſſe.
Que el que acertar deſea, ingenuamente
informa al que conſejo puede darle,
que el doliente revela quanto ſiente
al Medico, ſi quiere remediarſe.
Mucho ſe alegrò el Santo con oirle,
viendo, que vn mozo de tan relevantes
prendas, las honras porque el Mundo aſpira,
aſsi las depuſieſſe, y las piſſaſſe.
Conſideraba, que eſte le daria
mucho fruto à la Igleſia, por hallarſe

tan lleno de virtud, ciencia, y nobleza;
circunſtancias, que al mas omiſſo atraen.
Eſtuvieron hablando mucho rato
de las coſas de Dios, ſin acordarſe
de la tierra, que à los que de Dios guſtan,
es preciſſo, que el Mundo les enfade.
Tambien eſtaba abſorto Reginaldo,
pareciendole, que era muy diſtante
lo que hallaba, de lo que avia oydo,
y era como ofenderle, celebrarle.
Quedò el Dean de acuerdo con Domingo
de entrar en ſu familia, pero antes
iba à Jeruſalen con el Obiſpo,
porque avían votado viſitarle.
Eſtaba deſeando Reginaldo
ir à cumplir ſu voto, y que llegaſſe
la hora, en que ſu Avito le dieſſe
Domingo, y con los ſuyos le agregaſſe.
Pero el Sr. que cuyda de los ſuyos,
y governarlos providente ſabe,
le detuvo los paſſos, que diſpuſo
con vna enfermedad purificarle.
Peligroſa, y cruel fue la dolencia,
y à juicio de los Medicos tan grave,
que ya le deſauciaban, y decian
à todos, que aquel mal era incurable.
Supo mi Santo Padre el accidente,
y tomò muy à pechos el inſtarle
à Dios por ſu ſalud, y el miſmo enfermo,
ſiendo en los dos los ruegos inceſſantes.
Clamabanle à Maria, que no ay coſa,
que el Señor por ſu mano no deſpache,
vno, y otro clamaban, que los ruegos
repetidos, no ay coſa que no alcanzen.
Quando el enfermo vìò por ſu apoſento
entrar vnos reflexos rutilantes,
que llenandolo todo de alegria,
huir hicieron las obſcuridades.
Eſtas luces ſalian de la Aurora
Sagrada, que venia à viſitarle
con dos Virgenes, que le acompañaban,
y llevaban de purpura el ropage.

Eran las dos Cecilia, y Cathalina,
y llegandose al lecho, con suave
voz le dixo Maria, aqui me tienes,
pide, que quanto pidas, he de darte.
Confundiòse el paciente, y no sabia,
que responder; pero llegò à sacarle
vna de aquellas Santas del cuydado,
y le dixo, no pidas, que no sabes.
Dexate, que te dè, lo que quisiere,
que ella sabe muy bien, lo que ha de darte,
para que à Dios agrades, y es muy justo,
que vea, que tu sabes resignarte.
Tomò el consejo Reginaldo, y dixo:
Señora, lo que quiero, es agradarte,
mas voluntad no tengo, que la tuya,
haz de mi todo aquello, que gustares.
Entonces tomò vn vaso, que con Oleo
traìan, y llegò con èl à vnciarle,
como quando à vno olean, y con esto
volviò à cobrar las fuerzas corporales.
Quedò tan fuerte, y tan restablecido,
como si nunca padeciesse males,
y lo que es mas, quedò desde este dia
sin sentir movimientos sensuales.
No se ocultò este caso de Domingo,
que fue à ver el enfermo, y à esforzarle,
y estando juntos, repitiò la Reyna
el precepto, y volviò à notificarles.
Acertò à estar presente vn Religioso
del Hospital, que quiso, que se hallasse
alli como testigo, porque nunca
de esta revelacion nadie dudasse.
Viendose el buen Dean favorecido
de Maria, logrando mejorarse
en el cuerpo, y el alma, con instancia
pidiò el Avito, y que le professassen.
No se negò mi Padre à sus instancias,
que luego se lo diò, sin que faltasse
circunstancia, de quanto la gran Reyna
dispuso, que era justo se observasse.
Mandò à todos sus hijos, que las Lobas,
y las Subrepellizes se quitassen,

y Eſcapularios, y Avitos viſtieſſen
blancos, que la pureza denotaſſen.
Que ſe puſieſſen vnos Mantos negros,
que mortificacion ſignificaſſen,
que entre purezas, mortificaciones
hacen ſiempre viſtoſo maridage.
Eſte el origen fue del Veſtuario
de nueſtra Religion, eſte fue el trage
con que honorarla quiſo la gran Reyna,
porque ſe diſtinguieſſe, y ſeñalaſſe.
Antes que eſte capitulo concluya,
para que vean quanto venerarle
deben eſtos veſtidos Religioſos,
vn caſo eſcribirè, para explicarme.
En la Vniverſidad de Salamanca
avia vn Cathedratico de Artes
celebre por ſu gran literatura,
cuya fama corria en todas partes.
Eſte en la Igleſia de Santo Domingo
de Salamanca con ſus Eſtudiantes
ſe fue vn dia à aſsiſtir à los Oficios,
ſiguiendole otros, por acompañarle.
Quando poblado el Cielo de nublados,
y de orrores llenandoſe los ayres,
ſe forxò vna tormenta tan tremenda,
que à todos obligò, à que ſe aſuſtaſſen.
Sobrevino deſpues vn golpe de agua,
que no dexaba, que ſalieſſe nadie,
porque era tan copioſo, y continuado,
que el que ſalieſſe, avia de mojarſe.
El Maeſtro Nicolàs, que eſte era el nombre
del Doctor, ſiendo fuerza retirarſe,
no ſe hallaba con ropa ſuficiente
para volver, ſin que le maltrataſſe.
Y viendo el Superior de aquel Convento
eſta neceſsidad, fue à combidarle
con vna capa ſuya, que al principio
eran todas de gergas, ò ſayales.
Tomòla muy guſtoſo, porque era
mas conducente, para reſguardarle
del agua, que la ſuya, que vn Manteo
delgado no reſiſte temporales.

Pu-

Pusoſela en los ombros con gran riſa,
acompañandole los Eſtudiantes,
porque à el verle ſalir con ella pueſta,
fomentaban dos mil jocoſidades.
Viendo el Prelado à todos tan riſueños,
quiſo, aunque con modeſtia, acompañarles,
y aſsi les dixo, ſeanme teſtigos,
de que el Maeſtro Nicolás ya es Frayle.
Salieron muy feſtivos del Convento,
y el Maeſtro empleò toda la tarde
en viſitar las caſas conocidas,
pueſta la capa, porque le burlaſſen.
Pero el Señor, que viò, que ſe trataba
aquella Santa Capa con vltrage,
la miſma noche le inviò vna fiebre
cruel, que deſcanſar no le dexaſſe.
Cada inſtante tomaba mas aumento,
y el Medico, que vino à viſitarle
con otros, deſconfiaron de ſu vida,
juzgando era impoſible, que ſanaſſe.
Trocòle en llanto toda aquella riſa;
fin ordinario de las liviandades,
que ſe dexan llevar de lo feſtivo,
ſin ſaber de ſus fines acordarſe.
No padecia ſolamente el cuerpo
las congojas que el mal conſigo trae,
que en el alma ſentia otras mayores,
que no le permitian, que aquietaſſe.
Acordabale de la injuſta riſa,
con que quiſo oſtentar gracioſidades,
burlandoſe de la groſera capa,
ſin que ſus circunſtancias penetraſſe.
Juzgaba miſterioſa aquella pena,
porque eſtaba acuſandole inceſante
la ſinderesis, que con fuertes golpes
le daba à conocer ſus necedades.
Eſtaba dando vueltas en la cama
lleno de ſuſtos, y penalidades,
clamandole à el Señor le concedieſſe,
que por vn breve rato deſcanſaſſe.
Quando oyò, que vna voz ſevera, y clara
le dixo, mi favor ha de emplearſe

en mis Predicadores, y no gusto,
que sus Avitos nadie los vltrage.
Quiero, que todo el mundo los respete,
y tu con vanidad los afrentaste,
llora tu culpa, y tèn por cosa cierta,
que sin castigo no puedes quedarte.
Con tal enojo se le dixo esto,
que fue mas que advertirle, amenazarle,
y el enfermo el remedio de su alma
ansiaba mas, que el cuerpo se aliviasse.
Assi que amaneciò, mandò à el Convento,
à que dosReligiosos le llamassen,
no para que aliviassen su dolencia,
sì para que su espiritu curassen.
Con lagrimas, sollozos, y suspiros
prorrumpiò, viendolos alli delante,
pidiendoles perdon de su ossadia,
y su interior passò à comunicarles.
Dixoles, que si Dios le daba vida,
y le admitian, èl queria entrarse
con ellos en su Orden, y vestirle
su AvitoSagrado, para honrarse.
Viendo los Religiosos tan trocado
aquel afecto, y que las calidades
del sugeto eran tales, que no avia
razon alguna, para rehusarle:
Le pusieron el Avito, y à el punto
quedò mas sano, que lo estaba antes;
porque al contacto de la basta jerga
huyeron todas las enfermedades.
Muchos años despues viviò, sirviendo
su Religion, y diò fruto abundante
en ella, que por medios tan estraños
suele Dios atraer las voluntades.
De este modo honra Dios las Religiones,
ensalzando el vestido despreciable,
para que los mundanos no discurran
hallar honras, buscando vanidades.
Esta sabiduria, Padre mio,
que en los tuyos pusiste, y enseñaste,
no se la niegues, à los que desean
practicar tus doctrinas, y agradarte.

Mi-

Mira à los que militan en tu gremio,
y no permitas, que de ti se aparten,
que serà dolorosa tirania,
que degeneren de hijos de tal Padre.
Guarda à las que debajo de tu auxilio
à su Dueño quisieron entregarse,
y como buen Pastor, cuyda el rebaño,
que en tu ameno redil quiso encerrarse.
Padre, tus hijas somos, no nos niegues,
Santo, è ilustre eres, y escusarte
no es posible, de quien tu auxilio implora;
que es bastante motivo de empeñarte.
No ay abeja (ò Lector) tan oficiosa,
ni zentinela ay tan vigilante,
ni tan interesado Pretendiente,
como el zeloso amor de nuestro Padre.
Andaba por el campo de la Iglesia
buscando flores, adonde aplicarse,
y como zentinela cuydadosa
no dexaba rincon, sin registrarle.
Deseaba lograr sus pretensiones,
y assi era fuerza, que se desvelasse,
que el que dexa passar las ocasiones,
si consigue, consigue mal, y tarde.
Assi mi Patriarca cuydadoso
andaba, sin que cosa le estorvasse,
por las calles, las plazas, y los Templos,
sin perdonar rincones, ni zaguanes.
Entrò en el Apostolico Palacio,
y viò en sus patios muchos cortejantes,
vnos llamados de sus pretensiones,
otros solicitando novedades.
Muchos, que deseando introducirse,
lisongeros querian congraciarse,
todos estaban, como camaleones,
ociosos, sustentandose del ayre.
Viendo mi Santo Padre aquel concurso,
se le representò como vn mar grande,
tan poblado de pezes, que ninguno
era posible, que los numerasse.
Pareciòle ocasion muy oportuna
para tender las redes, y emplearse

en aquel apostolico exercicio,
que era todo el afan de sus afanes.
Darle determinò noticia à el Papa,
y en nombre suyo, que la red se echasse,
como en nombre de Christo, assi creìa
este Discipulo lograr el lance.
Fuesse à los pies de Honorio, y diòle cuenta,
diziendo, era razon, que se evitassen
tantas murmuraciones, y mentiras,
como la ociosidad consigo trae.
Que en los concursos de la gente ociosa
era precisso, que se resvalasse,
ya en las porfias, ya en los juramentos,
y à veces, que las honras peligrassen.
El remedio, que avia discurrido,
para que tantos daños se escusassen,
era alguna leccion de la Escriptura,
que en estas horas se les explicasse.
Tomò el consejo el Papa, y aprobòlo,
mas quiso que Domingo principiasse
esta obra, y pues Dios se la inspiraba,
la gloria, y primacia se llevasse.
Avida la licencia, con las ansias
de que la pesqueria se lograsse,
tomò de San Matheo el Evangelio,
y en èl se fue à leerles, y enseñarles.
Llevò tambien las Cartas de San Pablo,
tan sentenciosas, como singulares,
y esgrimiendo estas armas poderosas,
hizo, que todo se le avasallasse.
Fue grandissimo el fruto, que aquel dia
se logrò, y fue ocasion, de que criasse
el Pontifice vn nuevo Magisterio,
que del Sacro Palacio se nombrasse.
Nombrò el Papa à Domingo por Maestro,
y que despues sus hijos le heredassen,
quedandose este honor en su Familia,
que era justo, que alli se vinculasse.
Y aunque este oficio por sì solo era
para ocuparle el tiempo muy bastante,
no por esso omitia las frequentes
platicas à sus Monjas, y à sus Frayles.

Y tambien empleaba muchas horas
con gentes, que venian à buscarle,
buscando vnos consejos en sus dudas,
otros remedio en sus necessidades.
Porque el que sabe aprovechar el tiempo,
nunca le falta, para dedicarse,
donde la charidad fraterna llama,
que le previene, para no faltarle.
Que seria (ò Lector!) ver à Domingo
en tanto empleò, sin embarazarse,
metido entre Lacayos, pretendientes,
ociosos, noveleros, y paseantes?
Dime, querido Padre, que te obliga
à pisar este portico, y dexarte
tratar de tanto vulgo impertinente,
que ni sabe atenderte, ni apreciarte?
Mas què podia ser, sino el incendio
del amor, que en tu pecho heroyco arde,
que te obliga à correr tras el Amado,
solicitando fino almas que darle?
Empleense essas llamas en mi yelo,
que à conseguir si llegas, que me abrasen,
causarà admiracion à todo el Cielo,
y serà de tus triunfos el mas grande.
Avia ya entablado en todo el Pueblo
Domingo con sus voces eficaces
la devocion Sagrada del Rosario,
que le mandò Maria, que plantasse.
Estaban los Romanos corazones
tan posseìdos de este imàn suave,
que Obispos, Cardenales, y Señores
se avian alistado por Cofrades.
Cada dia se oian maravillas,
que assi quiso Maria acreditarle,
y en esta devocion hallaban todos
la medicina en sus enfermedades.
Avia en Roma vna muger perdida,
adornada de gracias naturales,
tales, que era el hechizo de los ojos,
y el incentivo de las mocedades.
Esta infeliz franqueaba su persona,
viviendo à cuenta de sus liviandades,

con-

concediendole à quantos pretendian
su persona, como se lo pagassen.
Era tanta la gente, que alistaba
en sus vanderas esta miserable,
que llegò à ser la ruina de aquel Pueblo,
haciendo, que el Infierno le poblasse.
Entre tanto desorden no dexaba
de asistir, que gustaba de escucharle
à los Sermones, que Domingo hacia,
que quiso Dios, que se le aficionasse.
Tuvo en vna ocasion de estas la dicha
de que le diesse mi bendito Padre
vn Rosario, de los que repartia,
interesandose, en que le rezassen.
Tomòlo con afecto, y le tenia
por preciosa reliquia, sin dexarle
de rezar cada dia, aunque seguia
de su vida el desorden, como antes.
Miròla Dios, y vsò de su clemencia,
poniendosele, adonde le encontrasse,
tan hermoso, y galan, que era precisso,
que todos sus afectos arrastrasse.
En forma de vn Mancebo muy vizarro
le saliò à el passo, y ella à el ver su talle,
enamorada de su gallardia,
se acercò cuydadosa, para hablarle.
Preguntò Cathalina, que si era
forastero, y èl serio, y agradable
le respondiò, que desde lexas tierras
venia en busca suya, como amante.
Que à esso solo venia, y que traia
indecibles riquezas, que feriarle,
que no le fuesse ingrata, que era justo,
que su amor con amor remunerasse.
Mas prendada quedò de averle oydo,
y vinieron los dos à concertarse,
en que fuesse à su casa aquella noche,
que con ella queria, que cenasse.
Volviò à su casa alegre Cathalina,
y previno, que à nadie, que llegasse,
le dexassen entrar, porque tenia
vn huesped, y queria cortejarle.

Pre-

Previno vna gran cena, y vna mesa
con aparato regio, y à esperarle
se sentò muy vizarra, deseando
la noche, y que el galan no se tardasse.
Llegò la noche, y vino el galan pronto,
y saliò à recibirle con notable
encogimiento, tanto, que ella misma
el sentir estrañò estas novedades.
Sentaronse à la mesa, y de quien era
en ella empezò à dar claras señales,
porque quanto tocaba con sus manos,
le dexaba teñido con su sangre.
Turbòse Cathalina, discurriendo,
que estaba herido, y quiso remediarle,
creyendo, que el cuchillo avia hecho
la herida, que el amor llegò à causarle.
Y viendola el Señor tan congojada,
le dixo, no me herido, pero sabe,
que con la sangre de su Dios es justo,
que el Christiano sazone sus manjares.
Oyendo estas palabras Cathalina,
los ojos levantò para mirarle,
que hasta entonces los tuvo su respeto
baxos, sin permitir, que los alzasse.
Entonces creciò tanto la hermosura
de su rostro, que mas que el Sol brillante
la deslumbrò, obligandola sus luces,
à que con mas respeto los baxasse.
Dixola la muger, no sè que diga,
Señor, que oyendo, y viendo cosas tales,
me pareces, aun mas de lo que puedo
pensar, y te suplico te declares.
A estas palabras respondiò el Mancebo,
presto lo sabràs todo, quando nadie
nos escuche, porque es estilo mio,
à los mios à solas informarles.
Alzaronse las mesas, y el Divino
Galan se fuè con ella à retirarse
à su aposento, adonde la esperaban
todos los bienes, y felicidades.
Transmutòse el Mancebo en vn hermoso
Niño, tan bello, que ni imaginarse

es posſible, por que de Dios las obras
no ay imaginacion, que las alcance.
Tenia en ſu Cabeza vna Corona
con agudas eſpinas penetrantes,
y vna Cruz en ſus ombros tan peſada,
que haſta el ſuelo le hacia ſe inclinaſſo.
En las manos, y pies, y en el coſtado
vnas llagas abiertas, que mirarſe
dexaban, doloroſas, y recientes,
ſin poderlas mirar, ſin laſtimarſe.
Todo el reſto del cuerpo rociado
de ſangre, que corriò ſin eſtancarſe
por el ſuelo, buſcando en Cathalina
el corazon para que ſe ablandaſſe.
Conſidera, Lector, qual eſtaria
eſta muger, mirando alli delante
de sì aquel eſpectaculo tan tierno,
que fue mucho, que à el verle no eſpiraſſe?
Confortòla el Señor, porque no quiſo,
que ſe murieſſe, sì que ſe enmendaſſe,
que el pecador, que ſe arrepienta, y viva
quiere, porque viviendo ſe repare.
Viendola abſorta, dixo el dulce Niño,
baſta ya, hermana, tu locura baſte,
mira lo que me cueſtas, y no vuelvas
con tus delitos à crucificarme.
Suſpenſa la muger, y el Niño mudo
quedaron, y el Señor paſsò à moſtrarle
de la forma que eſtuvo en el Calvario
muerto, porque el dolor mas ſe intenſaſſe.
No ſe quiſo quedar en eſte aſpecto
tan amargò, y volviò à repreſentarſe,
lleno de glorias, y de reſplandores,
y ſus llagas hermoſas luminantes.
Acabenſe, ò muger, tus devaneos,
dixo, y tu perdicion tambien ſe acabe,
vuelve en ti, no ſe olvide lo que has viſto,
que eſta memoria te ſerà importante,
Deſapareciò Chriſto, y la dichoſa
Cathalina volviò à recuperarſe
en ſus ſentidos, pero tan diſtinta,
que aborrecia ſus ſenſualidades.

No encontraba caſtigo ſuficiente,
para que ſus delitos caſtigaſſe,
que quantas penas ay, le parecian
ligeras, porque viò ſus culpas graves.
A el Sacramento de la Penitencia
quiſo acogerſe, para remediarſe,
porque en èl ſolo logra el penitente,
que ſus duras priſiones ſe deſaten.
Buſcò à Domingo, porque en toda Roma
todos le veneraban, como à vn Angel,
y ella determinò dexarſe toda
à ſu arbitrio, y que en todo la guiaſſe.
Llegò à ſus pies, y dandole noticia
de todo, confeſsò con entrañable
dolor, y mi Gran Padre muy gozoſo
le diò la penitencia ſaludable.
Encargòle deſpues, que del Roſario
la devocion con fè la frequentaſſe;
porque por èl logrò tantos favores,
y que no era razon, que le olvidaſſe.
Que todos ſus miſterios muy de eſpacio
y con grande atencion los meditaſſe,
y experimentaria los efectos,
que eſta gran devocion en todos hace.
A todo obedeciò la convertida
Cathalina, y logrò tan eſpeciales
favores, que el que fue campo eſpinoſo,
trocò Dios en vergel de amenidades.
Llegò à tal perfeccion, que le cauſaba
admiracion à mi Bendito Padre
ver aquella pureza de conciencia,
donde tanta inmundicia eſtuvo antes.
Las riquezas, que ſu deſemboltura
adquiriò de oros, perlas, y diamantes,
hizo ſe repartieſſen en los pobres,
transformando las galas en ſayales.
Encerròſe en vn pobre apoſentillo,
formando dèl vna perpetua carcel,
de quien era ella miſma carcelera,
ſin que aquellas priſiones quebrantaſſe.
Alli ſe exercitaba Cathalina
en continua oracion, y obras penales,

recibiendo de Dios grandes consuelos,
que asi sabe alentár el barro fragil.
Llegò su fin dichoso, y tan dichoso,
que logrò, que Maria en aquel trance
le asistiesse, y en sus benditas manos
su espiritu à los Cielos trasladasse.
Tambien honrò su cuerpo, disponiendo,
que en San Juan de Letràn se sepultasse,
donde descansa, y donde espera el dia
vltimo, en que otra vez vuelva à animarse.
Asi asiste Maria à sus devotos,
y asi premia à los que perseverantes
en su obsequio, procuran oficiosos
en esta devocion adelantarse.
Otro sucesso le passò à Domingo
en honor del Rosario, que contarle
determino; para que se conozca
quanto esta devocion es apreciable.
Estando en Roma tan introducido
el Rosario, y tocando por instantes
los prodigios, que Dios por èl obraba,
no faltò gente, que le rechazasse.
Avia vna muger bien inclinada,
pero seguia tanto su dictamen,
que por mas que mi Santo la exortaba,
no consiguiò, que en el Rosario entrasse.
Ella alegaba para la repulsa,
que estaba habituada à exercitarse
en otras obras de mayor tamaño,
y que no era razon, que las dexasse.
Vsaba de cilicios, disciplinas,
sin dexar nunca de mortificarse,
el vestido de lana muy modesto,
sin que lino, ni seda le tocasse.
Frequentaba los Templos, ayunaba,
sin aver dia, que se le passasse,
sin que las Estaciones, que ay en Roma,
con gran solicitud no visitasse.
Con estos exercicios quotidianos
de sus hechos llegò tanto à pagarse,
que el Rosario decia, que era bueno
para niños, y para principiantes.

Sin-

Sintiò mucho Domingo este desprecio,
y à los pies de su Reyna fue à quejarse,
diciendo, ya Señora, en poco tienen
vuestro Rosario, y quieren disputarle.
La culpa es mia, porque mi tibieza
no sabe persuadirles, ni intimarles
su gran valor, y no serà possible
cumplir, Señora, lo que me mandaste.
O como se conoce, Padre mio,
tu avatimiento! Como sobresale
tu humildad! Pues la culpa, que no tienes
te dà ocasion, para profundizarte.
Oyò Maria las humildes quejas
de su querido, y para consolarle,
moviò à aquella muger, à que à Domingo
en su mismo Convento le buscasse.
Llegò à Santa Sabina, y llegò à tiempo,
que estaba predicando las loables
excelencias, que en sì tiene el Rosario,
y los bienes, que Dios por èl nos hace.
Oyò todo el Sermon con mucho gusto,
pero no consiguiò poder hablarle,
porque saliò à el instante à decir Missa,
y ella se puso à oyrla, y à esperarle.
En ella quiso Dios, que conociesse
su error, porque ordenò, que la llevassen
à juicio, à donde fue reprehendida,
mandando à los Demonios la azotassen.
Viendose la afligida en el suplicio
à Maria llamò, que la amparasse,
y la benigna Reyna acudiò à el grito
de aquella su hija, como tierna Madre.
Dixole la Gran Reyna, lo que importa
esta gran devocion, y que mostrarle
queria, porque no se resistiesse,
la Gloria, que gozaban sus Cofrades.
Pusola en vn gran monte, à donde estaba
vna Ciudad murada de christales,
cuyos bellos reflexos afrentaban
del Sol las luminosas claridades.
Entre ellos los Cofrades, y Devotos
del Rosario, con canticos suaves,

en forma de esquadron, llenos de gozo.
à Mària alababan incesantes.
Dixo la dulce Madre, estos son hija,
los que juntandose, para alabarme,
la Humanidad celebran de mi Hijo,
y á aquella Trinidad siempre inmutable.
Sì quieres Oracion, en èl la tienes,
si mortificacion, te la harà facil,
si perfeccion, repasa sus mysterios,
que ninguno mejor sabrà enseñarte.
Con esto volviò en si aquella Matrona,
y fue à comunicar con nuestro Padre
la vision, y ella, y toda su familia
pidieron, que Cofrades las sentassen.
Desde entonces quedò Predicadora
del Rosario, y mandò, le señalassen
horas determinadas, para que este
exercicio ningun dia faltasse.
Todas las buenas obras son los frutos,
que à el Criador debemos tributarle,
y es politico modo de ofrecerlos
echarles flores, para que los tapen.
Pues què mejores flores, que el Rosario?
Y si el Christiano sabe cultivarle,
à vn tiempo ofrecerà flores, y frutos,
que à todo el Cielo sean agradables.
Eran tan continuados los favores,
con que à Domingo quiso Dios honrarle,
que no ay pluma, que pueda referirlos,
y en el guarismo creo que no caben.
Pastoreaba en Roma su Rebaño,
que era crecido, y para sustentarse,
solo tenian à la Providencia,
que es la finca mas pronta, y mas estable.
A Fray Juan Calabrès, y Fray Alberto
Romano enviò vn dia, à que juntassen
la limosna de pan, que no tenian
aquel dia con que desayunarse.
Con modesto cuydado, y diligencia
pedian la limosna, pero nadie
los socorriò, porque queria el Cielo,
que su fè, y su paciencia se probasse.

Eran

Eran las nueve ya, y determinaron
volverse à su Convento, por ser tarde
y encontraron vna muger piadosa,
que se acercò curiosa à preguntarles.
Supo, que se volvian sin limosna,
y ofreciòles vn pan, porque llevassen
algo, siendo esta sola la limosna,
que permitiò el Señor, que se encontrasse.
Caminaron con ella à su Convento
bien fatigados, y antes que llegassen,
llegò vn pobre à pedirles socorriessen
su gran necessidad, que era muy grave.
Los Santos Religiosos se escusaron,
y èl volviò con instancia à importunarles
tanto, que aquel pan solo, que llevaban,
se lo dieron, para que los dexasse.
Llegaron à el Convento, y noticiaron
todo lo sucedido, y nuestro Padre
les dixo, gran contento me aveis dado
en ser con esse pobre liberales.
Sabed, que esse, à quien disteis la limosna,
aunque pobre se muestra, no es sino Angel,
y es señal, que el Señor en este dia
nos previene del Cielo los manjares.
Y assi vamos á hacer Oracion todos,
que ya es hora, y despues mandò tocassen
à comer, aunque todos le decian,
que advirtiesse, era ocioso, que llamassen.
Dios lo ha de proveer, dixo Domingo,
y mandò, que se hiciessen las señales,
que se acostumbran en el Refectorio,
para que à el punto todos se juntassen.
Sentaronse à la mesa, que bendixo
mi Santo Patriarca; y que empezasse
à leer la leccion, á Fr. Enrique
ordenò, por ser èl á quien tocasse.
Domingo colocado ya en su assiento,
à todos predicaba, sin hablarles,
puestas las manos, y los ojos puestos
en el Cielo, esperaba se explicasse.
Quando subitamente dos Mancebos
entraron, bien cargados de vnos panes
blan-

blancos, y regalados, y empezaron
por la m. sa inferior à ministrarle.
Pusieronle su pan à cada vno,
y llegando à Domingo, à el retirarse,
le hicieron reverencia, porque viessen,
como á el Prelado deben respetarle.
Con este acatamiento distinguieron
à el Superior, mas no con los manjares,
que à el Prelado se debe mayor honra,
mas las raciones deben ser iguales.
Mandò Domingo, fuessen por el vino,
que Dios les inviò, para templarles
la sed, y hallaronle en vna basija
muy rico, y oloroso, y muy suave.
Comieron, y bebieron aquel dia,
y fue la refeccion tan abundante,
que tuvieron tambien para otro dia,
y quedò con que à el pobre remediassen.
Asi cuyda el Señor los Religiosos,
que à su Padre procuran imitarle;
mas los que de su exemplo le desvian,
sienten las vejaciones de la hambre,
No fue sola vna vez, la que del Cielo
recibieron favores semejantes,
que fueron tantas, quantas no encontraron
quien sus necessidades remediasse.
Y assi omito otras muchas, que por esta
se pueden inferir, que dilatarme
no es razon, que la historia no permite
vsar repeticiones, que la alarguen.
Gandeon, de Alexandro vnico hijo,
Cavallero Romano, quiso entrarse
en nuestra Religion, y muy gozoso
el Avito le diò nuestro Gran Padre.
Despues se fue à las Monjas de S. Sixto,
y ellas le preguntaron, por ser tarde,
que de donde venia, y respondiòles
metaphorico, vsando de esta frase:
Yo vengo de pescar, y he recogido
vn pez, que no muy poco me complace,
y con este motivo passò à hacerles
vna platica, que las alentasse.

Aca-

Acabada la platica, mandòle
à Fray Roger, que para que cuydasse
à las Monjas, estaba en su Convento,
y à quien acompañaban treinta Frayles.
Estos estaban en aquella Casa,
donde determinaron, que morassen,
porque en Santa Sabina no cabian,
hasta hallar modo, de que se juntassen.
Mandòle à Fr. Roger, como se ha dicho,
que allí vn vaso de vino le sacasse,
porque necessitaba de beberlo,
para que su gran sed se le templasse.
Bebiò el Santo, y mandòles que bebiessen,
pero nunca el licor llegò à gastarse,
que mientras mas bebian, mas crecia,
logrando, que en sus manos se aumentasse.
Viendo Domingo, lo que Dios obraba,
mandòle à Soror Nuvia, que llevasse
por el Torno, y les diesse á sus hermanas,
porque de este favor tambien gozassen.
Fueron los que bebieron ciento y quatro,
sin que el vaso llegasse à aminorarse,
quedandose tan lleno, como estaba,
sin que vna sola gota le faltasse.
Vn dia, que en la Huerta de las Monjas
quiso mi Santo Padre platicarles,
la idèa fue advertirles las astucias
del Demonio, y el modo de guardarse.
No gustaba el traydor de estos avisos,
y con su maña pretendiò estorvarle,
saliendo en forma de vn feroz Lagarto,
para que con su vista se turbassen.
De vn aqueducto, que estaba allí inmediato,
donde estaban las Monjas, formidable
saliò con dos cabezas, que la vna
fixò en el suelo, y diò la otra à el ayre.
Mirabale Domingo, y reparando,
que à las Monjas queria encaminarse,
le dixo: O Enemigo, ò Enemigo,
nada consigues con tus ademanes.
A las Monjas impuso, en que ninguna
de aquel villano se atemorizasse,

por-

porque nada podia, y con imperio
le mandò, que se fuesse, y las dexasse.
Obedeciò rabioso, pero pronto,
y en el agua otra vez volviò à arrojarse,
y se desapareciò, dexando à todas
absortas del poder de nuestro Padre.
Otra vez, que queriendo perturbarlas,
se entrò en la Iglesia, porque no escuchassen
el Sermon, que Domingo les hacia,
en figura de vn pajaro muy grande.
Viòle mi Santo, y dixole à vna Monja,
que le cogiesse, y que se lo llevasse
à donde estaba, y viendole en sus manos,
todas las plumas empezò à arrancarle.
O Enemigo, Enemigo, le decia,
y èl como pajaro empezò à quejarse,
y gritaba, como que le dolia,
que sabia Domingo atormentarle.
Despues le arrojò à el suelo, y le decia,
vuela aora, si puedes, necio, infame,
bien sè, que harás ruido, mas no tienes
permisso, para que à ninguna agravies.
Fuesse al Altar, que estaba en el testero,
de la Virgen, subiendo hasta arrimarse
à la lampara, que de abaxo arriba
volviò, sin que vna gota derramasse.
Colgado quedò alli de las cadenas
de la lampara, donde sin menearse,
como si fuera piedra, estuvo immoble,
hasta desaparecerle, y ausentarse.
No me admira, ò Lector, que de Domingo
las manos imperiosas le arrojassen
al suelo; pero sì me causa assombro,
que primero los vuelos le quitasse.
Mas no por esso el atrevido mostruo
dexò de maquinar como vengarse,
porque nunca se rinde su soverbia,
por mas que el Cielo su altivez abate.
Quando mi Santo Padre vino à Espaňa,
(que le moviò el Señor, à que fundasse
en ella) porque siendo madre suya
sus adquiridos bienes heredasse.

Lle-

Llegando cerca de Guadalajara,
 ſe le puſo delante vn formidable
 Dragòn, que amenazaba aquel rebaño
 con furioſos horribles ademanes.
Bien conociò Domingo, que indicaba
 eſta fiera viſion algun combate
 cruel, que prevenia el Enemigo
 contra aquella familia venerable.
Manifeſtòles, lo que avia viſto,
 para que prevenidos rechazaſſen
 los tiros, que en ſabiendo rebatirlos,
 ſe ceban en el miſmo, que los hace.
Pero los tiernos hijos de Domingo,
 que eſtaban empezando à exercitarſe
 en la miſtica Guerra, eran viſoños,
 y aſsi logrò ſu aſtucia derrivarles.
Embiòles tan fuertes ſugeſtiones,
 para que del rebaño ſe apartaſſen,
 que Apoſtatas huyeron, y quedaron
 ſolo tres al abrigo de ſu Padre.
O Santo Patriarca, què tormento
 ſeria para ti, ver que faltaſſen
 las Ovejas queridas de tu apriſco,
 y que el Lobo cruel ſe las llevaſſe!
Ocurriò à la Oracion, que eſta fue ſiempre
 ſu aſilo, y ſus gemidos eficaces
 fueron ſilvos, que dulces, y atractivos
 las conduxo à ſus paſtos ſaludables.
Volvieron quaſi todos à el rebaño,
 y Domingo en ſus brazos à alvergarles
 convidando á las Sacras Gerarquias,
 para que ſu venida celebraſſen.
Pero el fiero Enemigo ſiempre aſtuto,
 porfiaba furioſo, è incanſable,
 ſin perder ocaſion, en que ſu rabia
 contra Domingo no manifeſtaſſe.
Y aſsi vna noche, que en Santa Sabina
 ſe recogiò en la Igleſia mi gran Padre,
 à orar, vn gran Peñaſco con violencia
 le arrojò pretendiendo maltratarle.
Pero no lògrò el tiro, porque el Cielo
 hizo, que ſe torcieſſe hacia otra parte,

haciendoſe pedazos en el ſuelo,
y cauſando vn eſtruendo exorvitante.
No le moviò Domingo, que ſereno
proſiguiò en la Oracion, ſin perturbarſe;
ſiendo para el Demonio eſte deſprecio
el caſtigo mayor, que pudo darle.
Los ardides, y trazas, fueron muchos,
con que intentò el Demonio el inquietarle,
pero ſiempre venciò Domingo, haciendo,
que ſus armas ſu arrojo caſtigaſſen.
No me detengo en referir ſus hechos,
porque de vn invidioſo infatigable,
ya ſe dexa inferir, con quanto encono
deſeaba ocaſiones de vengarſe.
Siempre contra Domingo, y ſu familia
tenia preparados los combates;
pero quando le daban el permiſſo,
era, para que mas ſe arruinaſſe.
Vn dia, que Domingo à media noche
ſaliò de ſu Oracion, quiſo emplearſe
en eſcribir, por no tener del dia
vn rato libre, en que lo executaſſe:
A la puerta ſe fue del Dormitorio
con vna vela, y antes que llegaſſe,
le ſaliò à el paſſo vna disforme mona,
haciendo burlerias, y viſages.
Hizole ſeña el Santo, que ſe fueſſe,
y porque porfiaba en no apartarſe,
hizo, en caſtigo de ſu rebeldia,
que tomaſſe la luz, y le alumbraſſe.
No pudo reſiſtir à eſte precepto,
y eſtuvole alumbrando, haſta gaſtarſe
la cera, haciendo tales monerias,
que la riſa hizo à el Santo, que ſoltaſſe.
Porfiaba el traydor en perſeguirle,
aunque ſu aſtucia ſe canſaba en valde,
ſirviendo de inſtrumento ſu malicia,
para que la corona le labraſſe.
Ya dixe, como providente el Cielo
moviò á Domingo, para que paſſaſſe
à Eſpaña, que era juſto, que en ſu centro
lucieſſen ſus talentos, y lucraſſen.

Saliò de Roma año de mil doscientos,
y diez y nueve, para encaminarse
à Castilla, con ansias de que en ella
su nueva Religion se dilatasse.
Llevò consigo muchos Religiosos
para este fin, y quiso acompañarles
vn hijo del gran Padre S. Francisco,
que emprendia tambien este viage.
Ivan todos siguiendo su camino,
quando saliò de entre vnos matorrales,
vn mastin, que envistiendo al Franciscano
furioso pretendiò despedazarle.
Le arrancò de la tunica vn pedazo,
dexandole indecente, y nuestro Padre
mandò à todos, que alli se detuviessen,
para ver, si podia remediarle.
En sus benditas manos el pedazo
tomò, y en la rotura fue à pegarle
con lodo, y quando viò, que estaba seco
le sacudiò, y quedò mejor que antes.
Llegaron à vna Venta, y la Ventera
viendo aquella quadrilla, cuyo trage
publicaba pobreza, mostrò enfado,
sintiendo, que la casa le ocupassen.
Maldecia su suerte, y no cesaba
de gritar, sin dexar que sossegassen,
vsando de vnos terminos indignos,
que aun siendo Venta, fueron reparables.
Corrigiòla Domingo con blandura,
pero no consiguio, que se quietasse,
que con mas ira levantaba el grito,
sin permitirles, que entre sì tratassen.
Viendo mi Santo Padre su ossadia,
le dixo, pues no quieres reportarte,
ni dexarnos por Dios, à èl le suplico,
que te detenga, y que callar te mande.
Al instante quedò la muger muda,
sin que palabra mas articulasse,
hasta volver de España nuestro Sto.
que fue à la misma Venta à aposentarse:
Y viendole la muda, escarmentada
del castigo, à sus pies llegò à postrarse,

pidiendole con ſeñas muy humilde,
que el perdon, y el remedio le otorgaſſe.
Hizolo aſsi Domingo, que piadoſo
pidiò à Dios, que la lengua deſataſſe
de la muda, imponiendola, en que ſolo
en alabar à Dios la exercitaſſe.
Que rezaſſe el Roſario de Maria,
y en eſta devocion nunca faltaſſe,
que aſsi ſe libraria del Infierno,
y de que ſus paſsiones la arraſtraſſen.
O poder portentoſo de Domingo,
que en todas ocaſiones dominante,
parece, que à tu arbitrio poner quiſo
de ſus teſoros el Señor la llave!
Quedò la muger ſana, y corregida,
y ſiguiendo mi Santo ſu viage,
llegò à Segovia, adonde le eſperaban
nuevas victorias, que le laureaſſen.
Iva mi dulce Padre, como nube
prevenida de liquidos raudales,
para beneficiar la tierra inculta,
obligandola, à que fructificaſſe.
Empezò à predicar, haciendo en todos
ſus oyentes efectos admirables,
que de ſu ardiente, y fervoroſo eſpiritu
la llama, era preciſſo les tocaſſe.
Conſervaſe haſta oy en aquel ſitio,
adonde predicaba nueſtro Padre
junto à el Rio, vn famoſo humilladero,
para que la memoria nunca falte.
Eran todas las anſias de Domingo,
que ſu familia el mundo remediaſſe
con ſu exemplo, y doctrina, y para eſto
fundar Conventos, en que ſe alvergaſſen,
Hallò vn ſitio en vn Monte de Segovia
muy aſpero, y muy alto, y al mirarle,
como huyendo del ſuelo afectuoſo
para Convento lo eligiò al inſtante.
Avia en eſte ſitio entre vnas peñas
vna Cueva, que en ſus concavidades
labrò curioſa la nataraleza,
como eſcondida del primor del arte.

Eſ-

Esta escogiò Domingo para centro
suyo, que en esta gruta este Diamante
siguiendo los ardores de su afecto
le entregò à que el amor le acrisolasse.
Alli las continuadas disciplinas
las peñas rubricaban con su sangre,
exalandose el alma entre suspiros,
que la region celeste penetrassen.
Aqui sus Apostolicos afectos
lograban encenderse, y desahogarse,
que el desahogo de vn amor tan fino
consiste en repetirse, y aumentarse.
Esta dichosa Cueva fue el Calvario,
donde mi dulce Padre bebiò el Caliz
de la Passion de Christo,que no quiso
el Señor, que esta gloria le faltasse.
Todas sus penas, sus tormentos todos
quiso el dulce Jesus comunicarle,
poniendole en la Cruz con duros clavos
por manos de Ministros infernales.
O que seria verte Padre mio,
victima del amor sacrificarte
de la Cruz en las aras à tu Dueño,
gozandote en las penas, que passaste!
Por mas que los incredulos se empeñen,
Padre mio en negar estàs verdades,
servirán sus sofisticas razones
solo de acreditarlos de ignorantes.
Pues no debe dudar ningun Christiano,
que, siendo la passion comunicable,
hallando proporcion en el sugeto,
esta dicha el Sr. no ha de negarle.
Claro està, que el Senor Omnipotente
padeciò sus tormentos como nadie,
sin permitirle à su naturaleza
cosa, que en tantas penas le aliviasse.
Y à los imitadores, que lo siguen,
los repara con fuerzas singulares,
haciendoles tan dulces los tormentos.
que los busquen, los pidan, y los amen.
Registrense las vidas de los Santos,
y hallaràn vnas copias exemplares

de

de este amoroso Dios crucificado
sin que en ellos dispoŋga, que le estanquen.
Quien como tu, Sagrado Patriarca,
tuvo mas proporcion, para fiarle
el Señor el tesoro de sus penas,
para que en todo fuesses admirable.
Refiere Picinelo, que Theresa
de Jesus, quando andaba en los afanes
de fundaciones, visitò esta gruta,
y en ella viò à Jesus, y à nuestro Padre.
Vno, y otro la hicieron mil favores,
y Domingo passò à manifestarle,
lo mucho que alli avia padecido,
siendo de Christo verdadera Imagen.
En este sitio lleno de misterios
determinò Domingo, se labrasse
su pobre Casa, para que sus hijos
entre aquellos peñascos habitassen.
Como palomas misticas dispuso,
que entre los pedernales anidassen,
para que recogidas en su nido,
del Cazador astuto se librassen.
Despues este Convento con el tiempo
consiguiò engrandecerse, y aumentarse,
que no à todos los tiempos arruynan,
que edificar, y mejorarlos saben,
Estaba ya el verano bien entrado,
quando llegò à Segovia mi gran Padre,
y hallò à sus Moradores affligidos,
con el azote de las sequedades.
Pusose à predicarles, è intimarles,
que se alentassen, y se consolassen,
porque no volverian à sus Casas,
sin que vna grande lluvia los mojasse.
Estaba el Cielo raso, y muy sereno;
pero de nuves empezò à poblarse,
desatandose en lluvia tan copiosa,
que à todos alcanzaron sus raudales,
O Domingo! Tus voces poderosas
penetraron los Cielos, al tocarles,
y en lenguas de agua respondiò benigno,
para que tu virtud se publicasse.

El-

Estando otra vez junto todo el Pueblo,
y Domingo dispuesto à predicarles,
vna orden del Rey llegò à Segovia,
mandando al Regimiento la observasse.
Alli mismo pusieronse à leerla,
y dixoles Domingo; pues leales
las ordenes del Rey terreno visteis,
las del Rey Celestial oid, escuchadme.
Vno que se preciaba de realista,
dixo, alterado con denuedo grande,
este charlatàn quiere detenernos,
y que la hora de comer se passe.
Fuesse de alli, y Domingo lastimado,
dixole entonces à los circunstantes,
èl se và, pero no passarà vn año,
sin que el castigo del Señor le alcance.
Assi fue, que con otro Cavallero
riñò, y yendo à su Casa à refugiarse,
le quitaron la vida à èl, y á su hijo,
como profetizò mi Santo Padre.
Quando en Segovia entrò Domingo, iba
sin los cilicios de que vsaba antes,
porque se los quitò, quizà inspirado
de Dios para obtener otros mas grandes.
Mandò hacer vna tunica muy basta,
llena de aristas, que le atormentassen.
y pegada à su cuerpo, se la puso,
para que sin cessar, le lastimasse.
Quitosela despues, vsando solo
del Avito, para que le injuriassen
los rigores del tiempo, y la pobreza
en todas ocasiones ostentasse.
A vna muger, que le feriò vn cilicio,
siendo su huesped dixo, que tomasse
la tunica, si de algo le servia,
y ella devota la guardò al instante.
Conociò la muger, que era vn tesoro,
el que le daba mi bendito Padre,
en quien reconocia, que tenia
el remedio de sus necessidades.
Encerròla en vn arca, y esta puso
dentro de vn aposento con la llave,

te-

temerosa de que algunos devotos
supiessen donde estaba y se la hurtassen.
Vn dia se pegò fuego en la Casa,
y corrieron sus llamas tan voraces,
que reduciendolo à pavesas todo,
no pudo detener su impulso nadie.
Corriò su furia por el aposento
donde estaba el tesoro, y sin pararse,
todo lo arruinò con gran quebranto
de la muger, que veìa aquel desastre.
Passò otro dia à registrar el sitio
con el dolor de perdida tan grande,
y encontrò el arca ilesa, y tan entera,
que en ella no le vieron, ni aun señales,
Abriòla, y todo quanto estaba en ella,
se hallò, sin que el incendio le tocasse,
porque la vecindad de aquella jerga
fue bastante, para que le librasse,
Querido Padre mio, si à tu ropa
tanta virtud el Cielo quiso darle,
qual serà la que en ti se deposita,
que pasma las Esferas Celestiales?
Quien lograra si quiera vna centella
de esse amoroso fuego, que en ti arde,
haciendo, que mi yelo se extinguiera,
para que mi tibieza se acavasse:
Còmo puedo preciarme de hija tuya,
si estoy tan lexos de tus propiedades!
Ni como has de negarme el patrimonio,
si yo como hija tuya sè portarme?
Ay Padre, que el no ser como debia,
es influxo de mis tenacidades:
que tu siempre benigno no te niegas,
à quien de veras invocarte sabe.
Lucero claro, venzan tus influxos
el necio impulso de mis terquedades;
que para tu poder no ay imposibles,
que sabes dominar las voluntades.
No por hija te ruego, que me atiendas,
por esclava te pido, que me ampares,
y serà grande honor, que tu me admitas,
y sugetarme, à quanto me ordenares.

Ea

Ea Lucero hermoso, Padre amado,
no se cansen tus luces de iluſtrarme,
no ceſſen tus ardores de influirme,
ni permitas, que yo dexe de amarte.
Saliò mi Santo Padre de Segovia,
dirigiendo ſus paſſos venerables
à la Corte de Eſpaña, donde à toda
con ſu luz ſuperior iluminaſſe.
Llegò à Madrid, adonde hallò à los hijos,
que inviò deſde Francia, à que fundaſſen,
que tenian Convento, y que en el Pueblo
avian hecho frutos memorables.
Alegròſe Domingo, que los buenos
hijos ſiempre ſon gloria de los Padres,
y mas viendo, que en toda aquella tierra
era ſu Religion tan aceptable.
Con la venida de mi Padre amado,
y el modo que tenian de portarſe,
creciò la devocion de tal manera,
que no encontraban modo de obſequiarles.
Aumentaronſe tanto los ſocorros,
que no tenian coſa los ſeglares,
que no la franqueaſſen à elConvento,
à que en los Religioſos ſe empleaſſe,
Franqueabanles todos ſus haciendas,
haciendo donaciones ſingulares,
como conſta por muchas Eſcrituras,
que ſe conſervan oy en los Annales.
Siempre fue la virtud dulce atractivo,
que ſe apodera de las voluntades,
dominandolas todas ſin violencia,
porque ellas miſmas quieren ſugetarſe.
Predicò alli Domingo algunos dias,
y logrò hacer vna mocion notable,
que ſe viò en la mudanza de coſtumbres,
y en otras coſas bien particulares.
Y conociendo, que muchas mugeres
deſeaban anſioſas apartarſe
de los rieſgos del ſiglo, y retiradas
en ſervir à el Señor ſolo emplearſe:
Y que era en Caſtilla coſa rara,
y que ſe practicaba en pocas partes,

aver Congregaciones de mugeres,
à fundarla en Madrid quiso aplicarse.
Para lo qual mandò à los Religiosos,
que su Convento desembarazassen,
para formar en èl vna clausura,
adonde las mugeres se encerrassen.
Tambien dispuso, que las possessiones,
que tenian, las Monjas las gozassen,
para que sin cuydado à Dios sirviessen,
teniendo cierto con que alimentarse.
A aquesta Fundacion , hecha de vn hombre
tan prodigioso en todo, y tan amable,
acudieron muchissimas mugeres,
pidiendo el Avito à mi Santo Padre.
Que como avia muchas deseosas,
y vieron la ocasion, sin dilatarse
corrian à lograrla, que la dicha
consiste en no dexarla, que se passe.
Era el Convento de los Religiosos
vna pobre casilla, mas no obstante
quiso mi amado Padre, que esta obra
en sitio tan sagrado principiasse.
Como vno de los infimos Obreros
trabajaba Domingo, y à el mirarle
sus hijos entre mezclas, y terrones,
embidiosos quisieron imitarle.
Hecho el Convento, y encerradas muchas,
les ordenò Domingo, que guardassen
la Regla de Agustino, como en toda
su Orden ha dispuesto, que se guarde.
Diòles tambien otras Constituciones,
encargandoles, que las observassen,
y señalò Maestros, que celosos
las dirigiessen, y las enseñassen.
Pareciòle razon dar cuenta à el Papa
de lo hecho, para que se enterasse
del fruto, que los nuevos Operarios
le daban á la Iglesia Militante.
Fuele muy grata à el Papa esta noticia,
tanto, que le obligò à que despachasse
sus Letras à Madrid, agradeciendo,
que à sus Predicadores auxiliassen.

Ins-

Inſtavale à Domingo la partida
para Italia, y diſpuſo que quedaſſe
vn Religioſo de ſu confianza,
para que aquella viña cultivaſſe.
Tambien les ſeñalò otros Operarios,
que dirigiendolas las confeſſaſſen,
predicando à las Monjas, y à la Villa,
para que la labor no ſe paraſſe.
Deſpidioſe del Pueblo, y de las Monjas,
quedando todos llenos de peſares,
que es amarga la auſencia, y no es poſsible,
que dexe de ſentirſe, y de llorarſe.
Iba mi Santo Padre muy gozoſo
de lo que avia hecho, que eſtos gages
dà el Eſpiritu Santo, à los que operan
ſin mas fin, que el ſervirle, y agradarle.
Creciò ſu gozo mas con el aviſo,
que tuvo de los frutos abundantes,
que daba à Dios aquel Rebaño corto,
empleado en ſervirle, y obſequiarle.
No pudo contenerſe ſu alegria,
ni dexar ſu cariño de explicarſe
en vna Carta, que eſcriviò à ſus Monjas,
llena de documentos celeſtiales.
Eſta Carta ſe guarda en el Archivo
de aquel Convento, con aprecio grande,
cuyas clauſulas todas ſon doctrinas,
muy dignas de atenderſe, y de obſervarſe.
Caminando iba, en fin, y en el camino
no dexaba ocaſion, que no lograſſe,
porque aſsi que llegaba à qualquier Pueblo
en el Templo ſe entraba a predicarles.
Predicando vna vez en Zaragoza,
le ſucediò alli vn caſo bien notable
con vn gran pecador, de quien Flaminio
dice, que era pariente mi gran Padre.
Eſte era vn Cavallero muy perdido,
y eſtaba muy ageno de enmendarſe,
que la coſtumbre en èl avia hecho,
como naturaleza las maldades.
Que permita vn Chriſtiano, que los vicios
lleguen con tanta fuerza à dominarle,

que à fuerza de milagros solamente,
pueda salir de tan infame carcel!
Asi le sucedia à este perverso,
y asi dispuso Dios, para librarle,
que Domingo llegasse á aquella tierra,
y que con su virtud le delatasse.
Domingo en su Sermon ponderò aquellas
palabras de S. Juan, que dize: el que hace
el pecado, siervo es de su pecado:
Y á su voz tanta fuerza supo darle,
Que el Paciente, que en el Sermon estaba,
empezò à commoverse, y asustarse,
discurriendo entre si, que no tenia
remedio, y empezò à desesperarse.
Levantòse en su pecho vna rabiosa
ansia de deshacerse, y acabarse,
y la vida, de todos tan amada,
la aborrecia ya este miserable.
Miròle el Santo, y viò, que le cercaba
vna Legion de monstruos infernales,
por donde conociò su mal estado,
y con gran compasion quiso curarle.
Encaminò el Sermon, y la doctrina
con el fin de moverle, y remediarle,
y aunque no se reduxo por entonces,
logrò, que vn temor santo le ocupasse.
Determinò volver á el otro dia
á el Sermon, donde viendole, fue grande
la compasion, que le causò à Domingo,
pidiendole à el Señor, que le sanasse.
Pidiòle á Dios, que lo que el Santo veia,
à los presentes lo manifestasse,
porque la confusion lo reduxesse,
y á todos el horror escarmentasse.
Concediòle el Señor, lo que pedia,
y llenos de pavor los circunstantes,
huyendo de vision tan horrorosa,
corriendo, se pusieron en la calle.
Viendo que huian todos, muy confuso
à sus Criados preguntò arrogante:
de què huyen? Y todos assombrados
le respondieron prontos, de mirarte:

Que

Que no eres hombre ya, como solias,
eres de Lucifer muy propia imagen,
y como à tal sus infernales tropas
han venido à assistirte, y à cercarte.
Huyeron, y dexaronle alli solo,
y èl acudiò à su casa à refugiarse;
mas su muger, è hijos, que le vieron,
corrieron a buscar donde ampararse.
Viendole el triste hombre en este estado,
empezò à compungirse, y à humillarse,
diciendo: soy perdido, cosa es cierta,
pues ni aun los propios quieren ayudarme.
Empezò à derramar lagrimas tiernas,
arrepentido de sus liviandades,
que con la confusion logrò las luces,
que no admitian sus temeridades.
Viendole ya en aquel abatimiento
Domingo, condolido de sus males,
le inviò à Fr. Bernardo, vn Compañero
suyo, con vn recado de su parte.
Enviole las Cuentas del Rosario
de Maria, diciendole, que vsasse
de aquel remedio, antes que quisiesse
el Señor, que la tierra le tragasse.
Con el temor de lo que en èl passaba,
y la amonestacion de nuestro Padre,
tomò el Rosario, y pusole afligido
à rezarle delante de vna Imagen.
Alli con vivas ansias le pedia,
que le oyesse piadosa, y le ayudasse,
para enmendar su vida, y de su hijo
el perdòn de sus culpas le alcanzasse.
Levantòse de alli, y buscò à Domingo,
para pedirle, que le confessasse,
y mi Padre gozoso, y compasivo,
con todo afecto se aplicò à curarle.
Confessò sus delitos, muy contrito,
y à cada vno sentia desatarse
de vna fuerte cadena, que oprimia
su interior, sin dexar, que respirasse.
Dudò Domingo de la penitencia.
que le debia dar, que le ajustasse

à ſus miſeras fuerzas, y que fueſſe
para tantos delitos la baſtante.
Conſultò con Maria, como ſiempre
ſu duda, y reſpondiò, que le mandaſſe,
en penitencia, que todos los dias
ſu Roſario devoto le rezaſſe:
Y que ſobre eſta vaſa diſpuſieſſe,
que en obras de virtud ſe exercitaſſe,
mortificando ſiempre los ſentidos,
para que nunca ſe deſordenaſſen.
Hizolo aſsi mi Santo Patriarca,
y mandò ſe aliſtaſſe por Cofrade
del Roſario, porque de los theſoros,
que tiene eſta Hermandad, participaſſe.
Aſsi lo executò el arrepentido
Cavallero, y ſus obras fueron tales,
que el que eſcandalo fue del Pueblo todo,
fue exemplar de virtudes ſingulares.
Quiſo el Señor, que el credito perdido
por la culpa, la gracia recobraſſe,
y diſpuſo, que de Angeles cercado,
le vieſſen de virtudes coronarle.
Revelòle ſu muerte, y concediòle,
que la Reyna baxaſſe à viſitarle,
y defenderle, haſta que en manos ſuyas
ſubiò à el Trono celeſte à colocarle.
Eſto conſiguen, los que penitentes
ſaben de ſus delitos apartarſe,
y abrazando animoſos las virtudes,
deſean à ſu Dios gratificarle.
Otro caſo no menos prodigioſo
ſucediò en Aragon à nueſtro Padre,
como Alano de Rupe, y Fr. Alverto
Caſtellano, con otros muchos traen.
No dicen la Ciudad, pero refieren,
que oyendo ſus doctrinas ſaludables,
tanto aprecio hizo dellas cierta Dama,
que iba todos los dias à eſcucharle.
Era Alexandra (que eſte fue ſu nombre)
muy hermoſa, y logrò que acompañaſſe
ſu belleza vn gallardo entendimiento,
haciendola de todos muy amable.

Co-

Como siempre Domingo en susSermones
à todos exortaba, que rezassen
el Rosario Sagrado de Maria,
Alexandra tambien quiso rezarle.
Y para proseguir en sus intentos,
pidiò, que la sentassen por Cofrade;
pero dexabase llevar incauta
de los adornos, y superfluydades.
Perdia el tiempo en vanas composturas,
entreteniendose en aderezarse,
llamando la atencion de quien la veìa,
expuesta à que en sus lazos se enredasse.
Avia en aquel Pueblo dos mancebos,
de estos, que solo piensan en holgarse,
que enamorados de ella con extremo,
querian, que su afecto les pagasse.
Como eran dos, y la hermosura vna,
era precisso, que se disgustassen,
mirando cada vno en el contrario
vn enemigo, que le embarazasse.
Era tan fuerte el aborrecimiento,
que los celos llegaron à causarles,
que sin saber como vengar su rabia,
se reduxeron à desafiarse.
A el campo se salieron prevenidos
de armas, que sus furores manejassen;
y vno à otro con tal rigor se hirieron,
que quedaron embueltos en su sangre.
No avia nadie, que los socorriesse,
que de intento quisieron ocultarse,
donde no huviesse gente, que pudiesse
estorvar su rigor, ni remediarles.
Muertos, en fin, para escarmiento de otros
los hallaron, causandole à sus Padres
tal pena, que trocaron en rigores
todos los sentimientos paternales.
Y noticiosos de que era Alexandra
causa de estos efectos tan fatales,
convirtieron su enojo contra ella,
sentenciandola à muerte à el mismo instante.
Entraron en su casa à hora oportuna,
estando sola aquesta miserable,

y ſacando vn puñal, con fiero impulſo
la herian, ſin aver quien lo eſtorvaſſe.
No le valieron las exclamaciones,
que la ira no encuentra las piedades,
ni las lagrimas tiernas, que vertia,
pudieron conſeguir, que ſe ablandaſſen.
Vn Confeſſor pidiò, que le traxeſſen,
y que la permitieran confeſſarſe,
pero el cruel rigor no diò partido,
engolfado en ſus miſmas crueldades.
Vno de ellos canſado de ſus ruegos,
para que el homicidio ſe acabaſſe,
le cortò la cabeza de los hombros,
y à vn pozo la arrojò, que la guardaſſe.
No les moviò eſcuchar con los clamores,
que pedia à la Virgen, la libraſſe
de aquella muerte, mas la Madre Virgen
la oyò compadecida de ſus males.
Alcanzò de ſu Hijo, que aquella alma
en la cabeza la depoſitaſſe,
haſta volver Domingo á aquella tierra,
que la oyeſſe, abſolvieſſe, y conſolaſſe.
Paſſados vnos dias, revelòle
eſte caſo el Señor à mi gran Padre,
y volviendo otra vez à aquella tierra,
fue à el ſitio à donde eſtaba, ſin pararſe.
Llevaba el Santo mucha comitiva,
ſin muchos, que quiſieron agregarſe,
porque por donde quiera, que paſſaba,
le ſeguian las gentes à millares.
Llegò à el pozo, y con voces imperioſas
à Alexandra mandò, que ſe moſtraſſe,
y dexando el profundo de aquel pozo,
ſalieſſe à donde todos la miraſſen.
A eſta voz empezò à moverſe el agua,
y ſubiò haſta el brocal, donde algun Angel
puſo aquella cabeza, à donde eſtaba
el alma, para que ſe confeſſaſſe.
La herida eſtaba freſca, y tan reciente,
que parecia deſtilaba ſangre:
abriò los labios, y á Domingo dixo,
confieſſame, pues mis ſuceſſos ſabes.

Con-

Confessòle còn grande sentimiento
de sus culpas, y con ternura grande
recibiò luego el Pan Sacramentado,
causando asombros en los circunstantes.
Dabale muchas gracias à Domingo,
porque la avia escrito por Cofrade
del Rosario Santissimo, y madando,
que ni vn dia dexasse de rezarle.
Alababa à Maria, publicando,
que por ella lograba libertarse
del Infierno, y por ella aquel prodigio
en ella quiso Dios se executasse.
Y como es cierto en semejantes casos
el deseo de todos de informarse
por extenso de toda aquel sucesso,
y estos casos nos sirven de exemplares:
Domingo le mandò, que refiriesse
quanto avia passado, y al instante
lo refiriò, para que todos diessen
la gloria à Dios, y à su Bendita Madre.
Y assi dixo, que avia conseguido,
antes que aquel cruel la degollasse,
por la dulce influencia de Maria,
y por los meritos de sus Cofrades,
Perfecta contricion de sus pecados,
que sin ella era cierto condenarse:
Y assi que le cortaron la cabeza,
le cercaron Ministros infernales
Con horribles espantos, y tormentos,
que no es posible puedan explicarse;
pero acudiò Maria à socorrerla,
haciendo, que sus furias aplacassen.
Y le alcanzò de su querido Hijo,
que el alma en su cabeza conservasse,
hasta que Dios traxesse alli à Domingo,
con quien queria, que le confessasse.
Pero porque fue causa de las muertes
de aquellos mozos, y en aderezarse
gastaba el tiempo, siendo sus adornos
causa de ofensas del Sr. muy graves:
Doscientos años en el Purgatorio
decretaba el Señor, que lo penasse:

aunque tenia algunas eſperanzas
por la bondad de Dios de ſalir antes.
Que por los meritos de Jeſu Chriſto,
y los continuos ruegos de ſu Madre,
y de ſu Confeſſor las oraciones
eſperaba ſalir de aquella Carcel.
Pidiò, que los Cofrades del Roſario
con caridad por ella à Dios clamaſſen,
y que viendoſe ella en ſu preſencia,
tendria muy preſente ſus piedades.
Eſtuvo la cabeza alli dos dias,
haſta que quiſo Dios, que ſe apartaſſe
el alma, y al inſtante la llevaron,
para que con ſu cuerpo la enterraſſen.
Quedò Domingo en oracion continua,
clamando à Dios por ella ſin canſarſe.
quando à los quince dias refulgente
como el Sol ſe le paſo alli delante.
Agradeciòle lo que avia hecho,
y dixole tambien, como de parte
de las Almas venia, à que pidieſſe,
que Roſarios por ellas aplicaſſen.
Que le hacia ſaber, que era el Roſario
vno de los ſufragios principales,
y que todas las Almas prometian
rogar à Dios por quien ſe los rezaſſe.
Deſapareciò luego, y fueſſe à el Cielo,
à donde vive por eternidades,
logrando por Domingo tanta dicha,
que la exortò, que en el Roſario entraſſe.
Mientras mi Santo Patriarca andaba
la peregrinacion de ſus viages,
no ceſſaba en la myſtica tarea
de predicar en todos los lugares.
Tambien ſe exercitaba en Confeſsiones,
y del dia gaſtaba mucha parte,
que como los llamaba, era preciſſo,
que los oyeſſe, quando le buſcaſſen.
No dexaba por eſſo el dulce empleo
de la Oracion, que en èl era inceſante,
ocupandoſe ſiempre en la preſencia
del Señor, ſin que coſa le eſtorvaſſe.

Que los juſtos no ſaben deſaſirſe
de ſu Dios, ni conſiguen apartarles,
ni la piedra, ni el golpe, ni el cuchillo,
ni las perſecuciones, ni las hambres.
Por eſto era de Dios favorecido
con beneficios muy particulares,
y ſus viſitas continuadas eran
cauſa de que ſu alma ſe embriagaſſe.
Llenavaſele el roſtro de alegria,
ſaliendo à las mexillas à moſtrarſe
en incendios, que como claros rayos
le hacian prodigioſo, y reſpetable.
Con eſtos dones tan para admirados,
con los Sermones, y los eſpeciales
milagros, que adornaban ſus doctrinas,
le ſeguian las gentes à millares.
Los pocos meſes, que logrò la Eſpaña,
que en ella eſte prodigio ſe alvergaſſe,
todo el afecto de los Eſpañoles
arraſtrò, y ſe llevò las voluntades.
Dulce atractivo de los corazones,
que con tu afable trato los robaſte,
para reſtituirlos à ſu Dueño,
à que ſolo en ſu obſequio ſe empleaſſen.
Ruega, piadoſo Padre, por tus hijos,
para que acierten todos à imitarte,
ofreciendole à Dios colmados frutos,
pues à eſte fin tu Religion fundaſte.
Y no te olvides, Padre, de tus hijas,
que con tantos eſmeros las cuydaſte,
aſsiſtiendolas ſiempre con fineza,
compadecido de ſu ſexo fragil.
Con el conocimiento, que tenia
Domingo, comprehendiò la falta grande,
que ya en la Italia hacia ſu perſona,
y aſsi tratò de deſembarazarſe.
En fin, ſaliò de Eſpaña para Italia,
y como el Labrador, que quando ſale
à ver ſus tierras, las primeras plantas,
que puſo, ſon las que regiſtra antes;
Encaminò ſus paſſos à Toloſa,
à viſitar con anſias paternales

à ſus primeros hijos, que en ſu auſencia
temiò, que en ſus fervores declinaſſen.
Alegròſe ſu Eſpiritu con ellos,
viendolos cuydadoſos, y obſervantes;
mas no obſtante encontrò algunos defectos,
que fue preciſſo, que ſe remediaſſen.
Viſitado el Convento, y conſolados
ſus hijos, tratò luego de auſentarſe,
llevandoſe de aquella caſa ocho,
para que le aſiſtieſſen, y ayudaſſen.
Caminò hacia Paris, ſin mas repueſto,
que aquel que uſaba en todos ſus viages,
que era la providencia, en quien fiaba
ſu fè, que nunca avia de faltarle.
Sucedieronle en eſtas romerias
caſos, que aunque en sì ſon eſpeciales,
por muchos, y por ſer muy parecidos,
dexan en eſta Hiſtoria de contarſe.
O quantas veces los defendiò el Cielo
de que las grandes lluvias los mojaſſen;
y quantas, con milagros prodigioſos
la Providencia ſocorriò ſu hambre.
Eran, en quantas partes ſe alvergaban,
el ſocorro de las neceſsidades,
no avia enemiſtad, que no vencieſſen,
ni enfermedad, que ellos no ſanaſſen.
Las converſiones de los pecadores
eran tan muchas, y tan ſingulares,
que en entrando Domingo en vna tierra,
temblaban los Demonios de eſcucharle.
A veces ſe encontrò con Extrangeros,
y deſeando el Santo predicarles,
clamò à el Sr. y diòle el don de lenguas,
para que ſe entendieſſen, y ſe hablaſſen.
Llegò à Florencia, adonde eſtuvo tiempo,
ſin dexar ſu piedad de exercitarſe,
predicando, y oyendo confeſsiones,
ſin que ſus penitencias mitigaſſe.
Avia en eſte Pueblo vna Señora
rica, y hermoſa, à quien ſus necios Padres
arruinaban à fuerza de regalos
de diverſiones, y de libertades.

O Padres ! Que no ſois ſino enemigos,
agentes del Infierno, que ignorantes
trocais en odio el natural afecto,
ſin diſtinguir los bienes de los males.
Còmo ſiendo Chriſtianos, tan agenos
vivis de las Catholicas verdades?
Encaminando á vueſtros pobres hijos,
à donde penen por eternidades.
No ſabeis, que la vida del Chriſtiano
es vna guerra viva, y coronarſe
no puede, el que no vence, y que es preciſſo
rendirſe à la razon, y ſugetarſe?
No os vocea la ley, que las paſsiones
no ſe pueden rendir, ſin quebrantarſe,
y el alvedrio debe eſtàr ſugeto
à la ley, ſin dexar que ſe deſate?
No veis la brevedad de nueſtra vida,
y que la eternidad no ha de acabarſe,
y que alli eſtán los premios, y caſtigos
en vn sèr, ſin que puedan minorarſe?
Pues què barbaridad es la que os mueve
à perder vueſtros hijos por amarles?
Eſſe amor, no es amor, ſino locura,
que trueca en brutos à los racionales.
Eſte fue el mayor mal de Benedicta,
que ſus Padres llegaron à cegarſe
tanto con ſu belleza, y con ſu gracia,
que quiſieran, que todos la adoraſſen.
No avia diverſion, donde no fueſſe,
ni funcion, adonde ella no ſe hallaſſe,
ni galas, que baſtaſſen á ſu adorno,
ni pudieſſen ſaciar ſus vanidades.
Siempre andaba en ſaraos, y banquetes,
guſtando mucho, de que la obſequiaſſen,
ſin que el atrevimiento la ofendieſſe,
ni la necia llaneza la inmutaſſe.
De dia entretenida en ſus paſeos,
de noche en los bullicios de ſu calle,
donde todo era muſicas, canciones,
Pendencias, deſafios, y deſaſtres.
De eſta forma vivia Benedicta,
entregandoſe toda à liviandades,

ſin

sin tener Padres, que la corrigiessen,
ni aver persona, que la aconsejasse.
Predicaba en Florencia en aquel tiempo
con grande aplauso mi querido Padre,
siguiendole concursos numerosos,
que nunca se cansaban de escucharle.
Supolo Benedicta, y como nunca
huvo concurso, en donde ella faltasse,
determinò tambien hallarse en estos,
quizàs llevada de sus vanidades.
Oyò el Sermon, y con tan buena suerte,
que se sintiò tan otra à el acabarle,
que à el baxarse del Pulpito Domingo,
se fue á sus pies, sus ojos hechos mares.
Dixole, con mas ansias, que palabras,
que el camino del Cielo le enseñasse
por medio de vna Confession bien hecha,
que de toda su vida le informasse.
No es decible el consuelo, que Domingo
recibiò, viendo como iba à buscarle
aquella obeja, tan descarriada,
para que à su Pastor la ençaminasse.
Confessòla, y aviendo conocido,
que la principal causa de sus males
era el amor mundano, con dulzura
la persuadia, à que á Jesus amasse.
Dixola el bien, que de este amor se sigue,
y que queria, que se desposasse
con èl, porque Jesus solo esperaba,
à que la voluntad nuestra aceptasse.
Encargòla, que fuesse de Maria
muy devota, y que en esto se esmerasse,
rezandole el Rosario cada dia,
para que le assistiesse, y la amparasse.
Que ella era Madre de los pecadores,
Abogada perpetua, y que delante
del Trono del Señor estaba siempre,
clamando porque todos se salvassen.
Volviò la arrepentida Benedicta
à su casa, tan otra, que à el instante
trocò en lagrimas todos sus festejos,
y sus comercios en las soledades.

Pe-

Pero el que ſabe hacer con los caſtigos
el arrepentimiento mas conſtante,
mandò a vn Demonio, que la poſſeyeſſe,
para que ſu rigor la eſcarmentaſſe.
Vn año entero eſtuvo padeciendo
de eſte fiero Dragon las crueidades,
y cumplido, Domingo orò por ella,
y mandò, que ſe fueſſe, y la dexaſſe.
Obedeciò el traydor, aunque rabioſo,
y Domingo otra vez volviò à intimarle
a Benedicta, que el Roſario entero
de Maria ningun dia dexaſſe.
Que tuvieſſe por cierto, que el Demonio
avia de intentar, que le ofuſcaſſe,
y eſtrecharla con muchas ſugeſtiones,
y tentaciones, que la perturbaſſen.
Que el remedio de todo era el Roſario,
que à Maria Santiſsima invocaſſe,
meditando devota los miſterios
del Roſario, que es muro inexpugnable.
Durò en la devocion algunos dias;
pero deſpues aquel barro inconſtante
dexandoſe arraſtrar del apetito,
volviò otra vez à el bomito à cevarſe.
O que gran dia fue para el Infierno,
quando vieron volver à deſdoblarſe
aquellas redes, que cogiò Domingo,
donde tantos le dieron vaſſallage.
Supo mi amante Padre eſta tragedia,
y à el inſtante corriò, ſin dilatarſe,
à ver à Benedicta, en cuya caſa
hallò, que eſtaban muchos cortejantes.
Auyentòlos à todos con imperio,
y á ella la llevò à la Igleſia à darle
vna reprehenſion muy amoroſa,
que todo el corazon le traſpaſſaſſe.
Ponderòla ſu grande ſentimiento,
y que le avia dado vn peſar grande
con aquella inſipiente recayda,
y pidiò, que volvieſſe à confeſſarſe.
Deſpues volviò à exortarla, à que volvieſſe
à ſus Roſarios, que eran eficaces,

para expeler las culpas, y librarla,
de que en ſus perdiciones le enredaſſe.
Luego volviò el Demonio à atormentarla,
ſin quererla dexar, que reſpiraſſe,
ſino es mientras rezaba, porque huìa
del nombre de Jeſus, y de ſu Madre.
Aſsi eſtuvo, paſſando algunos dias,
haſta que quiſo Dios, que ſe acabaſſe
el rieſgo en que vivia Benedicta,
habituada à tantas liviandades.
Repreſentòle ſu tremendo juicio,
y en èl viò muchas almas abraſarſe
por ſu cauſa en las llamas del Infierno,
á donde las llevò ſu amor infame,
Sin otras, que vivian muy perdidas,
arraſtradas de ſus profanidades:
à cuya viſta, con dolor intenſo
exclamò Benedicta: ay de mis Padres!
Que el natural afecto convirtieron
en veneno cruel, que me acabaſſe,
mas brutos, que los brutos, porque ellos
à ſus hijos enſeñan à guardarſe.
Ay de mi, que las ſendas alagueñas
del engaño corri, ſin recatarme!
Y ay de todos aquellos liſongeros,
que aplaudian mis necias libertades!
Lazo he ſido enredoſo de las almas,
para que no pudieran eſcaparſe
de caer en la trampa del deleyte,
paſſando à los abiſmos á encerrarſe.
Creciò tanto el dolor, y la congoja,
viendoſe cauſa de tan fieros males,
que para no eſpirar con eſta viſta,
fue fuerza, que el Señor la confortaſſe.
Apareciòſele Domingo entonces,
y le dixo, que humilde ſe poſtraſſe
à los pies de la Reyna de los Cielos,
pidiendo, que ſus ruegos la libraſſen:
Que era Abogada de los pecadores,
poderoſa, piadoſa, y agradable,
y que no ſe negaba à los que humildes
pedian, que por ellos abogaſſe.

Hi-

Hizolo así, y los ruegos de Maria,
y el intenso dolor de sus maldades
le alcanzaron de Dios, le concediesse
tiempo, para que en todo se enmendasse.
A el otro dia, oyendo de Domingo
la Missa, viò patentes, y delante
de sì todas las culpas, que en el fuerte
juicio de Dios avía visto antes.
Alli tuvo vn deseo vehemente
de que aquellos delitos le borrassen,
y la Divina Reyna vino á el punto
à darle modo, de que los quitasse.
Cinco Rosas le diò, cuya hermosura
hizo, que su dolor le mitigasse,
y le dixo, borrasse con sus hojas
aquellos caracteres formidables.
En la primera Rosa se estampaban
con letras de oro avisos importantes.
diciendo, acuerdate hija de tus culpas,
y la bondad de Dios en perdonarte.
En la segunda, ten en la memoria
la muerte de Jesus tu Esposo amante,
y en ella, y en las vidas de los Santos
veràs, quanto aborrece las maldades.
Mostròle la tercera, que decia,
el pecado de Adan es bien repares,
y las culpas, que dèl han procedido
y en todo el mundo, sus castigos grandes.
En la quarta decía, ten presente,
á aquel Señor, que quiso destinarte,
para nacer en tierra de Christianos,
dexando à tantos en sus ceguedades.
En la quinta, rebuelve en tu memoria
con cuydado las penas temporales,
con que se han castigado los pecados
de tantos delinquentes miserables.
Y siendo tus delitos tan atroces,
no ha querido el Señor penitenciarte
con tal rigor, aviendo en el Infierno
otros muchos con culpas menos graves.
O quanto dieran estos, si les diessen
vn corto tiempo, en que desquitassen

algo de lo perdido, y què tormentos
huviera; què con ansia no abrazassen?
Còmo aprovecharian este tiempo,
que à ti se te concede tan de valde,
sin mas razon, que la misericordia
de Dios, que en ti ha querido señalarse?
Corresponde à el Señor, que en ti ha querido
obstentar el poder de sus piedades,
aviendo tantos, en quien su justicia
quiso que sus rigores obstentasse.
Quedò con esta vista Benedicta
tan trocada, que fue de alli adelante
vn singular exemplo de virtudes,
que sus escandalos recompensassen.
Concediòle el Señor à Benedicta
otra vision, no menos admirable,
porque oyendo la Missa de Domingo,
le mostrò cosas bien particulares.
Viò, que la Virgen Madre le assistia,
y que tenia nuestro dulce Padre
llagas en pies, y manos, y costado,
y corona de espinas penetrantes.
Despues que consagrò, viò que defunto,
y tendido en la Cruz dexò mirarle
Jesus en el Altar, y que amoroso
rociaba à Domingo con su sangre.
Y viò, que concluido el Sacrificio,
Maria le ayudaba à desnudarse
aquellas mysteriosas vestiduras,
galas preciosas, y Sacerdotales.
Otro dia Jesus le mostrò el libro,
adonde viò escritas sus maldades,
en blanco ya, y le dixo, assi le han puesto
tu dolor con las Rosas de mi Madre.
Ya le puedes hacer libro de vida,
poniendo en èl virtudes exemplares,
pero nunca te olvides del Rosario,
porque por èl tanto favor lograste.
Hizolo la dichosa Benedicta,
viviendo cuydadosa, y vigilante,
y llena de favores, y virtudes,
su espiritu fue à el Cielo à colocarse.

Este

Este fruto logrò su penitencia,
y este triunfo alcanzò la voz suave
de Domingo, que como rayo fuerte
destruìa las sombras mas tenaces.
Siga à esta conversion tan prodigiosa
otra, que Alano cuenta, y que la trae
el Padre Fray Alverto Castellano,
y otros Autores de primera classe.
Predicando Domingo alli en la Italia,
tuvo tambien la dicha de escucharle
vn Cavallero, que à su voz movido,
le pidiò luego, que le confessasse.
Con gran gusto le oyò mi Patriarca,
y como luz le penetrò à el instante
el interior, y dixole benigno,
oìdme, y os dirè lo que ocultasteis.
Aveis manifestado lo mas leve,
pero aveis ocultado lo mas grave,
dexando hacer asiento en vuestra alma
essas heces, que tanto daño os hacen.
Mucho conviene, considereis esto,
quien sois, y quantas veces os dexasteis
arrastrar de la ley de vuestro gusto,
y la de Dios por èl atropellasteis.
Y os aveis de acusar de los siguientes
pecados, de que à vuestros familiares
no aveis dado doctrina, ni enseñanza,
contentandoos con solo alimentarles.
Que sus pecados nunca corregisteis,
como en vuestro servicio no faltassen,
sin perdonar la mas ligera falta,
que contra vuestro gusto executassen.
Acusaos tambien de la malicia,
que en vuestro corazon reconcentrasteis,
la pompa vana, y publica sobervia,
con que à las gentes escandalizasteis.
De la desorden con que aveis amado
vuestro cuerpo, de las superfluidades,
de la pereza, del descuydo, y tiempo
perdido, que os harà falta bastante.
Acusaos del poco sufrimiento,
que teneis con los pobres miserables,

del poco, ò ningun bien, que les hizisteis,
gastando vuestra hacienda en vanidades.
Reparad bien, que aveis gastado mucho
en combites, en galas, en manjares,
en la caza, en los perros, en caballos,
y à los pobres dexais morir de hambre.
A esta exploracion tan prodigiosa
respondiò el Cavallero, nunca Padre,
me han advertido tales circunstancias,
ni yo en ellas jamàs supe pararme.
Quien pudiera enseñarme, y advertirme,
si vuestra caridad no me enseñasse!
No me dexeis en tanto laberinto,
que vos solo, Señor, sabreis sacarme.
Domingo respondiò, que èl le daria
vn Maestro, que en todo le ilustrasse,
vn despertador tal, que á todas horas
fiel sus obligaciones le acordasse.
Que este era el Santissimo Rosario,
que encierra en sì vn tesoro imponderable,
es el Psalterio de la Ley de Gracia,
que la Virgen baxò del Cielo à darle.
Cinco piedras, ò cuentas algo gruesas
en èl estàn, y entre ellas menos grandes,
de diez en diez vereis otras cinquenta,
formando vna cadena incontrastable.
La primer piedra gruesa, de diversas
colores, servirà para acordarte
de la diversidad de tus pecados,
que contra Dios, y el proximo forjaste.
Las diez pequeñas, que vuestros delitos,
quantos hiziste, y quantos pensaste,
y pusistes en obra, son diez veces
mayores de lo que puede alcanzarse.
La segunda serà amarilla, y esta
sea ocasion, de que el temor no os falte,
y las diez mas pequeñas de la muerte
os representen el tremendo trance.
De color roxo sea la tercera,
que à el Juez ayrado ha de representarte,
contra los pecadores irritado,
cuya vista serà muy espantable.

Las otras diez pequeñas os acuerden,
que el peligro menor, que alli os cercare,
ſerà mayor, que quantos en el mundo
à el mas infeliz Reo amenazaren.
Eſtas Cuentas llenaron de temores
à el Cavallero, y dixole mi Padre,
que le importaba, que con gran cuydado
muchas veces à el dia las paſſaſſe.
La quarta ſerà negra, que os acuerde
las penas del Infierno formidables:
las diez pequeñas, que el menor tormento
no ay en el mundo con que compararle.
Será la quinta de color de oro,
que os repreſente las felicidades
del Cielo, y las pequeñas, que ſus gozos
no es poſsible poder imaginarſe.
Eſte Roſario, que mi Patriarca
le diò à eſte Cavallero, fue baſtante
para adquirir muchiſsimas virtudes,
y aborrecer los guſtos deleſnables.
Creciò en la devocion de la Gran Reyna
tanto, que mereciò muy ſingulares
favores de ſu mano, que es muy pronta
para favorecer à ſus amantes.
Vna vez viò, que ſiempre que paſſaba
la Ave Maria, la paſſaba vn Angel
à las manos Sagradas de Maria,
y en ellas ſe volvian piedras grandes.
Viò poner eſtas piedras en vn monte
donde eſtaba Maria, y viò labrarle
vn Palacio, y que aviendo ya rezado
ſu Roſario, acabò de edificarſe.
Con eſto perſuadia à ſus amigos,
y à quantos conocia, que rezaſſen
el Sagrado Roſario, y que en tan dulce
devocion, con fervor ſe exercitaſſen.
Hallòle en fin la muerte en exercicios
tan Santos, y dexò grandes ſeñales
de predeſtinacion; pues de eſta ſuerte
premia Maria, à quien ſervirla ſabe.
Supo mi Santo Padre, que en Italia
andaba vn Vandolero, ſin hartarſe

de-

de robar, y matar por los caminos,
y que todos huian de encontrarle.
Sintiò la perdicion de aquella alma
Domingo, y deseando remediarle,
oraba à Dios por èl, y no cessaba
su cuydadoso celo de buscarle.
Encontròle por fin, y con dulzura
procurò reducirle, y enmendarle;
pero no fue possible, porque estaba
convertido su pecho en pedernales.
Viendo Domingo su cruel dureza,
le aconsejò piadoso, que rezasse
de Maria el Rosario, que algun dia
avria menester, que le amparasse.
Dixòle, que era cosa muy ligera,
y consiguiò con èl, que lo aceptasse,
y le diesse palabra, de que todos
los dias rezaria las tres partes.
El se quedò en sus robos, y homicidios,
que no avia quien de ellos le apartasse;
pero cumpliòle la palabra à el Santo,
sin que dia ninguno le faltasse.
Y aunque esta devocion era obra muerta,
porque èl perseveraba en sus maldades,
el Señor, por los ruegos de Domingo,
quiso piadoso, que le aprovechasse.
Oìanse alabanzas de Maria
en aquel monte, y resonaban ayes
de los miseros pobres, que dexaban
en sus manos las vidas, y caudales.
Cogiòle en fin la muerte, porque siempre
à los mas descuydados llega antes:
diòle vna enfermedad, que en breves dias
hizo, que sus rigores le acabassen.
Viendo los Compañeros aquel cuerpo
defunto, dispusieron sepultarle,
y llevaronle à el monte, y le pusieron
en vn hoyo capáz, que le ocultasse.
Dos años, y algo mas estuvo el cuerpo
muerto à los ojos de sus familiares;
pero no à los de Dios, que conservaba
aquella alma encerrada en su cadaver.

Has-

Hasta que quiso el Cielo , que Domingo
se encaminàra por aquel parage,
acompañado de sus Religiosos,
y de vna grande tropa de seglares.
Llegando cerca, oyeron vnas voces,
que repetian lamentosas, Padre
Fray Domingo, siervo de Dios, oydme,
compadeceos de mi, y remediadme.
Estas voces oyeron muchas veces,
sin ver persona, que las pronunciasse,
volvian las cabezas cuydadosos,
mas sin saber determinar la parte.
Del monte discurrieron, que salian,
y siguiendo los ecos lamentables,
se encontraron con vna sepultura,
y dixeron, sin duda de aqui salen.
Abrieronla, y quitando alguna tierra,
vieron todos vn hombre levantarse,
cubierto de aquel polvo, en que seremos
convertidos los pobres miserables.
Palida amarillez cubria el rostro,
mostrandose la muerte en su semblante:
què confusion no causaria en todos,
llenando de pavor los circunstantes?
Arrojòse à los pies de nuestro Santo,
para que en penitencia le escuchasse,
y todos suplicaron à Domingo,
que todo su sucesso preguntasse.
Respondiòles, que el era el Vandolero
famoso de la Italia, que emplearse
no supo mas, que en robos , y homicidios,
sin que jamàs la muerte le asustasse.
Que Fray Domingo, como tan piadoso,
compadecido dèl, se fue à buscarle,
sin poder conseguir sus eficacias,
que aquella infeliz vida abandonasse:
Y que viendo su injusta rebeldia,
y que no era posible contrastarle,
le dixo, que vna cosa muy ligera
pedia, que por èl executasse.
Que rezasse el Rosario cada dia,
que era cosa muy vtil, y muy facil;

por-

porque avia de verse en grandes riesgos,
y avia menester quien le amparasse.
Que la palabra diò, de que lo haria,
como el Santo le fuesse, y lo dexasse,
que lo avia cumplido puntualmente;
pero sin deponer sus crueldades.
Que en vna enfermedad grave, que tuvo,
vn letargo le diò, mas fue tan grande,
que todos le tuvieron por defunto,
y al monte le llevaron à enterrarle.
Que estaba condenado por sus culpas,
y la Reyna del Cielo en aquel lance
le apareciò, pidiendole à su hijo,
que sus graves delitos perdonasse.
Que le avia rezado su Rosario,
y aunque iba embuelto con atrocidades,
queria, que el valor de aquellas rosas
en aquel miserable le lograsse.
Que aun estaba en el cuerpo aquella alma,
que alli la detuviesse, y esperasse,
à que se confessasse de sus culpas,
y mientras con tormentos las purgasse.
Que avia estado alli mas de dos años
entre penas, que son inexplicables;
pero por Fray Domingo lograria
salir de sus tormentos, y salvarse.
Todo esto le debo à Fray Domingo,
dixo, y à los consejos saludables,
que me diò del Rosario, que sin esso
ya yo estuviera en la perpetua Carcel.
Estaban los oyentes admirados,
y Domingo acercole à confessarle,
con cuya absolucion volò aquella alma
à habitar las moradas Celestiales.
Que mas podrà decirse, Padre mio,
de tu poder, y de tus facultades;
viendo, que à vn Condenado del Infierno
con tu virtud, y meritos sacaste!
Lucero refulgente, què dichosos
son tus hijos, si saben estimarte,
y agradeciendo à Dios el beneficio,
saben vivir, como hijos de tal Padre!

Co-

Como eran tan frequentes los milagros,
y los prodigios tan particulares,
que por Domingo obraba Dios en todos,
todos le veneraban como á vn Angel.
Hallabase la Iglesia combatida
por este tiempo, que con crueldades
Federico Segundo se empleaba
en hacer, que sus rentas se vsurpassen.
Aviase este injusto apoderado
de muchas tierras, bienes, y heredades
de la Iglesia, sin que sus tiranias
huviesse fuerzas, que las atajassen.
Domingo, como Perro misterioso,
ladraba, sin cesar, para avisarles
á todos, los estragos de la Iglesia,
para que con valor los evitassen.
Y viendo, que las voces solamente
no eran bastantes para remediarse,
apercibiò los dientes, que mordiendo
creyò, que aquellas presas le soltassen.
Juntò algunos Seglares, que aunque legos,
reconociò vna fè sobrepujante
en ellos, y vn temor de Dios, que siempre
hace, que los del mundo se avassallen.
Que para estas conquistas es precissa
la fè, que alienta, influye, y persuade,
y el temor, que refrena las passiones,
y hace, que se aborrezcan las maldades.
Con ellos consultò su pensamiento,
diciendo, que juzgaba, era importante
formar vna milicia, que à la Iglesia
la defendiesse en sus necessidades.
Que para esto queria juntar gente,
que en tan santa milicia se alistasse,
para impedir las grandes vejaciones
del Herege, y que se las rechazassen.
Como era su eficacia tan Divina,
los moviò de tal suerte, que à el instante
se le ofrecieron todos, y pidieron,
que à el punto esta Vandera levantasse.
Mas que todos instaba el Papa Honorio,
y fue el primero, que quiso alistarse

en esta compañia, y diò licencia,
para que sin tardanza se fundasse.
Determinò Domingo hacerle ciertas
constituciones, que la conservassen,
que las Leyes son basas, que mantienen
el edificio, sin arruinarle.
Era lo principal, que à todos quantos
en esta Santa Compañia entrassen,
les hiciessen hacer vn juramento
tal, que nunca pudiessen quebrantarle.
Que con todas sus fuerzas se opondrian
contra los que à la Iglesia lastimassen,
sacrificando haciendas, y personas,
porque todos sus bienes recobrasse.
Que estaban prontos à tomar las armas,
siempre que su Prelado lo mandasse,
(que por entonces lo era el gran Domingo)
y despues los Maestros Generales.
Y para que en ningun tiempo tuviessen
impedimento alguno, que alegassen,
hizo, que à sus mugeres juntamente
juramento tambien se les tomasse.
De que no impedirian sus salidas,
ni serian osadas à estorvarles;
y à todos ofreciò la vida eterna,
como con lealtad perseverassen.
Y para que los de esta Compañia
de todo el siglo se diferenciassen,
mandò, que sus vestidos los hiciessen
blancos, y negros, que los señalassen.
No los quiso obligar à la materia,
ni à la forma, dexandolos, que vsassen
de aquellos, que les fuessen convenientes,
como con la modestia se ajustassen.
Mandò, que cada dia recogidos
à los Cielos la mente levantassen,
señalandoles ciertos Padre Nuestros,
y Ave Marias, para que rezassen.
En esto commutò el Divino Oficio,
ordenando, que à esto no faltassen;
y que se hiciessen pruebas à la entrada
de sus costumbres, y de su linage.

Que ninguno, ſin preceder licencia
de ſu muger, en la milicia entraſſe,
que pagaſſen las deudas, y con todos
los Enemigos ſe reconciliaſſen.
Que hicieſſen teſtamento, y que ſi alguna
de las mugeres de eſtos enviudaſſe,
no intentaſſe lograr ſegundas nupcias,
ſino que en caſtidad ſe conſervaſſe.
Fue tan bien recebida eſta milicia,
que el Papa quiſo, que ſe autorizaſſe
con Breves Apoſtolicos, y muchos
Privilegios, que diò á los Militares.
Lo miſmo executò Gregorio Nono,
que quiſo, que à ſu ſombra ſe amparaſſen;
porque debaxo de ſu Patrocinio
ninguno ſe atrevieſſe á moleſtarles.
Con eſto creciò tanto la milicia,
que ſe hizo prodigioſa, y reſpetable,
y durò tantos años en la Igleſia,
quantos duraron ſus calamidades.
Deſpues dexando el nombre de milicia
de Chriſto, convinieron en llamarſe
hermanos hijos de la penitencia
de Domingo, admitiendole por Padre:
Quedando por la mano de Domingo
tres Ordenes fundadas, la de Frayles,
la de Monjas, ſiguiendo la tercera
de penitencia, que las imitaſſe.
Quien, ſino tu, ha logrado Padre mio,
cercar la Viña de tan admirable
tierra, que te aya dado tantos frutos,
que ſe compitan con los principales?
Diganlo tantas Santas, como tiene,
y venera la Igleſia en ſus Altares:
ſin otras muchas, que beatificadas,
logran en ella cultos, y lugares.
Siendo el numero corto para tantas
como guarda el Archivo en ſus annales,
dando à la Religion voces ſus hechos,
para que al culto publico las ſaque.
Vuelvo à decir, ò Padre, que tu ſolo
eſtas prerrogativas alcanzaſte,

que convertiste en flores las espinas,
sacando fruto de los pedernales.
Ocupado Domingo en tanto assunto,
no avia cosa, que le embarazasse
las platicas, que hacia con frequencia
à sus queridas Monjas, y à sus Frayles.
Vivia en el camino de San Sixto
vna muger enferma de vna grande
llaga, que todo el pecho le cogia,
cubierta de gusanos, y de cancer.
Amabala Domingo, porque era
muy virtuosa, entraba à platicarle,
admirandole tanto sufrimiento,
y el gozo que mostraba en su semblante.
Pidiòle vn dia, que le descubriesse
la llaga, pero aquel pudor, que nace
con las mugeres, no le permitia,
que el pecho à vn hombre le manifestasse.
O como este recato reprehende
la inmodestia, que vemos practicarse
en los tiempos presentes! Sin que tengan
verguenza de vnos vsos tan infames.
Instò tanto Domingo, que obediente
se reduxo, no sin mortificarse;
mas quiso, que triunfasse la obediencia
de aquellas resistencias naturales.
Descubriò el pecho lleno de gusanos,
causando horrores en los circunstantes;
pero en Domingo no, que los miraba
mas preciosos, que joyas de diamantes.
Dixòle à Bona, que assi se llamaba,
esta muger, que quiso el Cielo darle
nombre, que su bondad, y sus virtudes
con las silabas suyas explicasse:
Que vn gusano de aquellos, que en su pecho
alvergaba, à su mano le feriasse,
y ella respondiò, que si lo haria,
como volverselo le asseguraſſe.
Diòle palabra el Santo, y ella entonces
sacò vno bien grande, y al tocarle
Domingo, transformado en vna perla
quedò lleno de visos orientales.

To-

Todos decian, que no le volviesse,
que ya no era gusano, mas no obstante
se le volviò, cumpliendo su palabra,
y volviò à ser lo mismo, que era antes.
Tomòle Bona, y pusole en su pecho
gustosa, sin dexar de acariciarle,
que estaba tan hallada con sus penas,
que no queria, que se aminorassen.
Domingo orò por ella antes de irle,
y al despedirse de ella volviò à echarle
su bendicion, haciendo sobre el pecho
la señal de la Cruz, que la alentasse.
Fuesse, y baxando ella vna escalera,
le cayeron los pechos, sin dexarle
vna señal de aquella pestilencia,
y en breve dias recobraron carne.
Recobrò la salud perfectamente,
predicando las glorias de mi Padre,
y prosiguiendo en su ajustada vida
muriò, para vivir eternidades.
Avia en Roma otra muger llamada
Lucia, padeciendo vna incurable
llaga en el brazo, descubierto el hueso,
causandole vn dolor inexplicable.
Y sabiendo Domingo su trabajo,
la visitaba, y con sus eficaces
consejos alentaba su paciencia,
persuadiendola à que se resignasse.
Vn dia que la estaba visitando,
le pidiò, que la llaga le mostrasse,
que quiso verla, para que su vista
su caridad ardiente fomentasse.
Y la muger, que con devoto afecto
le veneraba, no quiso escusarle,
creyendo de esta vista, que era fuerza,
que todo su remedio resultasse.
Assi fue, porque viendola Domingo,
considerando sus penalidades,
la señal de la Cruz hizo sobre ellà,
invocando al Señor, que la sanasse.
Quedò tan sana, como sino huviera
padecido en su vida enfermedades,

y tan agradecida al beneficio,
que no cessò jamàs de publicarle,
Confirmaba el Señor con estos hechos
sus doctrinas, porque las aceptassen,
siendo el Santo el oraculo de Roma
y el refugio de las adversidades.
Esta veneracion no solo era
comun; porque los principales
Proceres de la Corte le atendian
con gran respecto, y con aprecio grande,
El Papa le estimaba con extremo,
y à su exemplar todos los Cardenales,
y en especial era Hugolino de Hostia,
que nunca se cansaba de tratarle.
Vn dia en su Palacio estando juntos
el gran Francisco, y mi bendito Padre
con Hugolino en dulces locuciones,
tratando cosas espirituales,
El Cardenal les dixo, que vna especie
se le avia ofrecido en punto grave,
que queria con ellos consultarla.
y que con todo acuerdo se mirasse.
Que tenia presente, que en la Iglesia
primitiva no vsaban vanidades
los Obispos, que todos eran pobres,
y hazian gala de las humildades.
Que con amor cuydaban sus Obejas,
despreciando los bienes temporales,
porque ni los tenian, ni querian,
y eran tan respetados como amables.
Que dandole vnas Mitras à sus hijos,
volveria otra vez à suscitarse
la primitiva Iglesia, porque en ellos
se vian todas estas qualidades.
Oyeron la propuesta los dos Santos,
y vno, y otro esperaban à que hablasse
primero el otro, hasta que Domingo
respondiò por los dos, sin escusarse:
Diciendo, no permita Dios, que vea
à mis hijos en cargos semejantes,
que el hombre, que se vè lleno de honores
tiene gran riesgo de precipitarle.

Mien-

Mientras yo viva, no he de permitirlo,
que harto honor tienen con intitularse
Predicadores, puesto que este nombre
es bastante motivo para honrarse.
Francisco respondiò quasi lo mismo,
diciendo, no convengo, en que mis Frayles
que se llaman, y son menores, suban
à mayores, y lleguen à elevarse.
El nombre de menores les acuerda
su vocacion, y deben arreglarse
à ella, que humillandose con Christo,
conseguirian, que Christo los ensalze.
Y si quereis, que sean de gran fruto
para la Iglesia, no intenteis sacarles
de su estado, y si viereis algun dia,
que à otro mayor aspiran, esturvadle.
Esta fue la respuesta, que le dieron
al Cardenal estos benditos Padres,
de que quedò no solo convencido,
pero fue medio, para edificarle.
Despues la Iglesia por alivio suyo
los ha ocupado en estas Dignidades;
porque necessitando de su auxilio,
los obligò, mandando como Madre.
Registrense las vidas de los Santos,
y veràn, que admitian repugnantes
à fuerza de preceptos Pontificios,
à quien era precisso sugetarse.
Imitando en huirlas, y admitirlas
el espiritu heroyco de mi Padre,
que humilde despreció todas las honras,
y à la obediencia no supo negarse.
Aunque avia Domingo convocado
à sus hijos, para que celebrassen
vn General Capitulo en Bolonia,
determinò llegar à Milàn antes.
Donde con los trabajos del camino,
con los rigores, y penalidades,
cayó enfermo de recias calenturas,
en que quiso el Señor exercitarle.
Passòlas, sin ceder en sus rigores,
sin querer mudar cama, ni manjares,

ni ropa, ni huvo dia, en que pudiessen
consegui, que el ayuno quebrantasse,
En lo mas fuerte de la calentura
tenia tan sereno, y agradable
el rostro, como en la oracion estaba,
sin que la fiebre se la embarazasse.
Que nunca aquel espiritu abrassado
hallaba modo de refrigerarse,
sino era en la oracion, donde el rocio
del Cielo descendia à recrearle.
Quando la calentura declinaba,
mandaba, que en leerle le empleassen
de Pablo las Epistolas, que en ellas
encontraba su espiritu excitantes.
Otras veces pedia el Evangelio
de San Matheo, y otras, que passassen
aquellas colaciones de Casiano,
que le daban motivo de inflamarse:
Porque considerando las virtudes,
que practicaban los antiguos Padres,
era grande el consuelo, que sentia,
tocando aquellas flores tan fragrantes.
Otras veces leìa por si solo,
y despues los juntaba, para hablarles
sobre los mismos puntos, que leìa,
sacando vnas doctrinas admirables.
Asi passò Domingo su dolencia,
y assi curaba sus enfermedades,
vna en Vitervo, y otra en el camino,
sin que en ninguna cosa se inmutasse.
Convalecido ya mi Padre amado,
de Milàn fue à Cremona, y fue à encontrarse
con su querido hermano San Francisco,
que con èl quiso Dios, que se aliviasse.
Fue grande el gozo, que los dos tuvieron
de verse juntos, y poder tratarse;
porque aquellos espiritus ardientes
siempre anhelaban por comunicarse.
Labraba alli mi Padre San Francisco
vna pequeña Casa, que su grande
humildad no podia permitirle,
que con mas extensiones la labrasse.

Quan-

Quando llegò Domingo à visitarlos,
 los hallò algo afligidos, por hallarse,
 sin agua, que aunque avian trabajado
 mucho, fue cieno el que llegò à encontrarse.
Y viendo à los dos Santos alli juntos,
 empezaron los Frayles à clamarles,
 le pidiessen à Dios les proveyesse
 de agua, que aquella falta remediasse.
Francisco le esculaba, como humilde,
 Domingo no queria adelantarse;
 porque el abatimiento de Francisco
 le obligaba à encogerse, y à escusarse.
Viendo mi Santo Padre la contienda,
 quiso, que la obediencia la acabasse,
 y obediente rindiendose à el humilde,
 logrò, que ambas virtudes campeassen.
O Padre mio! que discretamente
 practicas las virtudes, porque sabes,
 que es el modo mejor de executarlas
 hacerlas, sin que nadie las repare.
Venciste, Padre, la humildad heroyca
 de Francisco, porque èl de su dictamen
 no se apartò; mas tu mas obediente
 à su advitrio supiste sugetarte.
Pidiò vn vaso de agua, y en èl hizo
 la señal de la Cruz, y fue à bolcarle
 en el Pozo, pidiendole à Francisco,
 que para echarle dentro, le ayudasse.
Assi dispuso, que este gran milagro
 fuesse comun de dos, para que nadie
 le atribuyesse à èl el beneficio,
 haciendo competir las humildades.
Grande fue, porque assi que tocò el centro
 aquella agua, muchos manantiales
 à brotar empezaron vnas aguas
 muy dulces, cristalinas, y abundantes.
No daba passo alguno mi Gran Santo,
 que vn beneficio no experimentasse,
 que como siempre à Dios miraba en todos,
 era fuerza, que à todos Dios mirasse.
Cuentase en el Diario de la Orden,
 en la vida que trae de nuestro Padre,

vn caſo ſucedido allà en Faenza,
conque quiſo el Señor acreditarle.
De Ferrara ſaliò para Faenza,
y no aviendo Convento en que hoſpedarſe.
fue fuerza, que el Obiſpo en ſu Palacio
le recibieſſe, y que le cortejaſſe.
Hoſpedòle el Obiſpo muy contento,
y diòles quarto, en que ſe retiraſſe
mi Patriarca con ſu Compañero,
porquè ſus exercicios practicaſſen.
Y como las perſonas virtuoſas
ſon atendidas ſiempre en todas partes,
todos los movimientos de Domingo
le obſervaban aquellos Familiares.
Repararon, en que á la media noche
ſalìan, ſin que nadie lo eſtorvaſſe,
los Hueſpedes, y que iban dos Mancebos
con ellos, con dos hachas á alumbrarles.
Y advirtiendo en que ya eſtaban cerradas
las puertas, ſin que aqueſto le eſtorvaſſe,
ſe volvian deſpues del miſmo modo
à ſu retiro, còmo eſtaban antes.
Eſto ſe repitiò por tantas veces,
que juzgaron preciſſo noticiarle
à el Obiſpo el ſuceſſo, y èl ſe puſo
donde ſus miſmos ojos le informaſſen.
Azechòlos, y viò como ſalian,
y à el volver, fue ſiguiendo à mi Gran Padre,
entrandoſe en ſu quarto, y admirado,
le dixo, ya es preciſſo preguntarte:
Padre, de donde vienes à eſtas horas,
y quien ſon eſſos dos acompañantes,
que te aſsiſten? Que tales maravillas
es preciſſo, que à mi ſe me declaren.
Reſpondiòle Domingo reverente:
Mi ida fue à la Igleſia, à encomendarme
(deſpues de aver rezado los Maytines)
à Dios, que es eſta en mi ley inviolable.
Angeles ſon, Señor, los dos Mancebos,
que los enviò Dios, para explicarte,
que quiere, que eſta Igleſia ſea Caſa,
donde mi Religion à Dios alabe.

Por

Por esso ha permitido, que lo veas,
para que te intereſſes en hablarle
à la Ciudad, y tu con ella ayuden,
à que eſta Fundacion preſto ſe acabe.
Abriò entonces los brazos el Obiſpo,
y á el cuello de Domingo fue à enlazarſe
con èl, dando palabra, de que haria
quanto pudieſſe, porque ſe lograſſe.
Aſsi ſe hizo, dandole la Igleſia,
y todo el territorio, que baſtaſſe,
para labrar ſu Religioſa Caſa,
ſin que coſa ninguna le faltaſſe.
Llegada ya la Paſqua, en que celebra
la Igleſia, la venida del amante
Eſpiritu, que convertido en lenguas,
ſus ardores baxò à comunicarle.
Por los años de mil, y de docientos,
y veinte, juntos los Capitulares
en San Nicolàs, Caſa de la Orden
ſe hallaron, convocados por mi Padre.
Los principales, que para el Congreſo
llamò, fueron aquellos Provinciales
de Eſpaña, Francia, Roma, y Lombardia,
ſin que los de Toloſa ſe olvidaſſen.
Eran entonces eſtas las Provincias,
que la Orden tenia, y no era dable,
que la primera vez, que celebraba
vn General Capitulo, faltaſſen.
Viendolos ya Domingo congregados,
eſperando, à que les notificaſſe
ſu voluntad, y el fin con que diſpuſo,
que en eſta Santa Caſa ſe juntaſſen.
Empezò à declarar ſu penſamiento,
diciendo: ya hijos mios, con baſtante
cauſa avreis conocido, que mis hombros
no pueden ſoportar carga tan grande.
Ya aveis viſto mi mucha inſuficiencia,
y que pide vnos hombros de Gigante
el fuerte cargo de la Prelacia,
y mas en vna Grey tan abundante.
Ella ſe và aumentando cada dia,
razon es darle paſtos ſaludables,

elegid vn Paſtor, que las dirija,
y encaminandolas adelante.
Qualquiera de voſotros es ſin duda
mas á propoſito, para encargarle
vn miniſterio, que es de tal tamaño,
y à mi flaqueza quiſo Dios fiarle.
Quizàs para moſtrar, que es obra ſuya,
quiſo valerſe de lo miſerable;
porque viendo ſus creces, y mi nada,
nadie dude, que es Dios el que lo hace.
No me deſconſoleis, hijos queridos,
dexandome en peligro tan notable,
que ſi haſta aqui con èl no he dado de ojos,
ha ſido, porque Dios quiſo librarme.
Ya ſabeis el eſtado de las coſas
de la Religion, no ay que dilatarſe:
elegid vn Paſtor, como conviene,
prudente, cuydadoſo, y vigilante.
Y mirad, que eſta es la primer junta,
que hacemos, y ha de ſer en adelante
norma, que han de ſeguir en las que huviere,
y es razon mirar bien lo que ſe hace.
Callò Domingo, y todo aquel Congreſo
enmudeciò, no avia quien oſaſſe
à romper el ſilencio, ſumergidos
en vn mar de congojas, y peſares.
Pero el dolor, aunque era tan intenſo,
fue fuerza, que el ſilencio quebrantaſſe,
y prorrumpiendo en voces laſtimoſas,
aſsi empezaron todos á quejarſe.
Es poſsible, decian, Padre amado,
que con tanto rigor nos deſampares?
Aſsi dexas tus hijos pequeñuelos,
que no ſaben andar, ſin reſvalarſe?
Tu, Padre, nos llamaſte à tu rebaño:
tu del ſiglo engañoſo nos ſacaſte:
tu con tu diſcrecion nos perſuadiſte;
y tu con ſanto celo nos juntaſte.
Pues ſiendo tu, quien eſte ſer nos diſte,
como quieres aora retirarte,
y dexarnos en tantas contingencias,
huerfanos ſin la ſombra de tal Padre?

El corazon piadoso de Domingo,
oyendo los validos lamentables
de su Grey alligido, compassivo
nuevamente volviò à sacrificarse.
Y viendole, que estaba reelegido
de vn Congreso tan santo, y venerable,
creyò, que era el Señor quien los movia,
y era su voluntad, que continuasse.
Y assi passò à tratar de otras materias,
que juzgò, que serian importantes,
y como era Cabeza, impulso leyes,
mandando, que ninguna derogassen.
Mandò, que siempre que se dispusiesse,
que à vn general Capitulo llamassen,
numero cierto de Difinidores
nombrassen, antes que se celebrasse:
Que estos tuviessen facultad entera,
para que castigassen, y enmendassen,
y à veces, ò en algunas ocasiones,
à el mismo General puedan quitarle:
Dexandolos sugetos, porque nunca
la Superioridad los elevasse,
y supiessen, que avia quien pudiesse
quitarlos de la Silla, y castigarles.
Esta ley confirmò Innocencio Quarto,
que siempre fue Domingo en su dictamen
tan recto, que jamás huvo Prelado,
que no los aplaudiesse, y confirmasse.
Tratòse alli del voto de pobreza,
que à el verla practicada en nuestro Padre,
no huvo razon, que la contradixesse,
ni pensamiento, que la repugnasse.
Y assi muy prontos sus amantes hijos,
quisieron complacerle, è imitarle,
resolviendose à no tener haciendas,
bienes comunes, ni particulares.
Todos hicieron publica renuncia,
y dexacion en forma, y sin pararse,
se traxeron alli las escrituras,
y donaciones, à que se rasgassen.
Con quanto gusto las rompio Domingo,
haciendo, que à sus dueños entregassen

las cantidades, que muchos Devotos
dieron, à que el Convento las gozasse.
Esta ley para todos los Conventos
se estableciò, volviendo en todas partes
rentas, y arrendamientos, aunque algunas
quisieron, que à sus Monjas les quedassen.
Otras les dieron à los Cistercienses,
y quedaron sin bienes temporales,
guardando vna Apostolica pobreza,
puestos à las expensas celestiales.
Promulgàda esta ley, era precisso,
para obsservalla, que se executasse,
y mi bendito Padre fue el primero,
que quiso mendigar, para enseñarles.
Y assi se arrojò à andar de puerta en puerta,
pidiendo vna limosna que llevarles
à sus hijos, y hermanos à el Convento,
para que su sustento no faltasse.
Era tal la humildad con que pedia,
que vna vez, que le dieron en la calle
vn pan, ambas rodillas hincò en tierra,
y con gran reverencia fue à tomarle.
Y despues arrimandole à los ojos,
le baxò con afectos singulares
à los labios, donde con reverencia
no cessò en mucho rato de besarle.
Miravale, como que le enviaba
la providencia, y esto era bastante,
para que con piedad lo recibiesse,
y con gran devocion le venerasse.
Era tanto el amor de la pobreza,
que nunca permitiò, que en sus Altares
huviesse plata, ni oro, solamente
à el Caliz permitia estos metales.
Tanto celaba esta virtud, que dicen
San Antonino, con Autores graves,
que echò su maldicion, à los que fuessen
transgressores de ley tan importante.
Y porque algunos no se escandalicen,
(que son escrupulosos los Seglares,
y si en lo Religioso hallan defecto,
lo miran como culpas execrables:)

Sa-

Sabiendo, que Domingo los maldixo,
à los que esta pobreza quebrantassen,
y viendo nuestras Casas oy con rentas,
tienen bastante, para perturbarse.
Y asi para evitar inconvenientes,
me ha parecido justo noticiarles,
que el tiempo fue mostrando los estorvos,
que la mendicacion consigo trae.
Reparose, que no era conveniente,
que los Frayles en esto se ocupassen,
embarazando el tiempo del estudio
tan precisso, para que predicassen.
Que à el Oficio Divino no era justo,
que por este motivo se faltasse,
porque el fin principal de estos Congresos
fue, para que à el Señor siempre alabassen.
Que à los principios de las Religiones
todos se mueven con las novedades,
pero la devocion, con que socorren,
con el tiempo llegaba á resfriarse.
Y vistas todas estas circunstancias,
à el Pontifice fueron á informarle,
(que lo era Sixto Quarto en aquel tiempo)
para que de esta ley los libertasse.
Por los años de mil, y quatrocientos,
y de setenta y cinco, à dispensarles
passò el Papa el precepto de Domingo,
mandando, que ninguno repugnasse.
Que pudiessen tener rentas, y bienes
rayces en comun, y que gastassen
el tiempo en el estudio, y en el Coro,
porque à las almas las aprovechassen.
Con que el curioso, que leido huviesse
la maldicion, que echò nuestro gran Padre,
verá, como la Iglesia la deshizo,
y con esto bien puede sosegarse.
Y crea, que si nuestro Patriarca
à el mundo de los Cielos oy baxasse,
guardaria el Decreto Pontificio,
mandando, que sus hijos le observassen.
Y asi no tienen en que detenerse,
quando en nuestros Conventos oy reparen,

que ay rentas suficientes, con que puedan
todos sus individuos sustentarse,
Concluido el Capitulo primero,
que celebrò la Orden, à intimarles
sus Decretos, para que se cumpliessen
partieron todos los Capitulares.
Haciendo en su Provincia cada vno,
que con grande cuydado se observassen,
y renunciando todos sus haberes,
à nuestras Monjas dieron mucha parte.
Volvieronle à sus dueños las haciendas,
quedandose con hecho tan notable
acreedores de la providencia,
y dueños de los bienes temporales.
Qne este dominio logran los que fieles,
fiandose de Dios, por agradarle,
desprecian las caducas conveniencias,
pisando el apetito interessable.
Y aunque despues, mediando la obediencia,
admitieron las rentas, fue à arreglarse
à el consejo prudente de los doctos,
y al precepto del Papa indispensable.
Quedando desta suerte mas desnudos,
pues desnudandose de su dictamen,
hasta su mismo parecer pisaron,
que ni en esso conservan propiedades.
O Religion Sagrada ! en todo eres
de nuestro Redemptor perfecta imagen,
amando la pobreza, que professas,
y obedeciendo fiel sin escusarte.
Mi Santo Padre se quedò en Bolonia,
que fue de aquella Casa muy amante,
haciendo alli sus santas correrias,
saliendo à predicar por los Lugares.
En su Casa eran grandes los concursos
de gentes, que venian à buscarle,
manifestando en todas ocasiones
el poder, de que Dios quiso dotarle.
Muchas veces hallandose el Convento
sin tener cosa, con que alimentarse,
orando el Santo, hasta que del Cielo
sustento para todos enviassen.

Ya

Ya eſtos caſos aquì no ſe refieren,
por aver muchos, que eſtàn pueſtos antes,
y como ſon lo miſmo vnos que otros,
no es razon, que la hiſtoria ſe dilate.
Solo dirè, que entre la mucha gente,
que acudia à el Convento à confeſſarſe,
entrò vna vez vn hombre bien portado
y pidiò vn Confeſſor, que le llamaſſen.
El Portero à el inſtante llamò à vno,
y poniendoſe à oirle, fueron tales,
y tan ſucias las culpas que decia,
llenas de horrores, y de obſenidades:
Que el Religioſo ſin poder ſufrirlo,
tomò el medio mejor, que fue dexarle,
y irſe à ſu Celda, à procurar prudente,
que ſu imaginacion no le turbaſſe.
Volviò el hombre à el Portero muy quejoſo,
de que ſe fueſſe aſsi, ſin confeſſarle;
llamòle otro el Portero, y ſucediòle
lo miſmo, que ſe fue por no eſcucharle.
Con mayor queja recurriò à el Portero
el hombre, para que otro le buſcaſſe,
y buſcòle haſta cinco, pero todos
huyeron, ſin aver quien le aguantaſſe.
El Portero enfadado de eſte hecho,
ſe fue à buſcar à mi bendito Padre,
diciendo, Padre nueſtro, es coſa fuerte,
que llamemos, y no ſe atienda à nadie.
Noſotros predicamos penitencia,
perſuadiendo à las gentes à enmendarſe,
ſerà razon llamarlos, y que luego
nos vengan à buſcar, y no nos hallen?
Cinco he llamado para vn pobre hombre,
que quiere confeſſar, ſin que eſcucharle
ayan querido: bien acreditados
quedarèmos, ſi tales coſas hazen.
Oyole mi gran Padre, y ſoſpechando
lo que podia ſer, quiſo acercarle
à el Penitente, y luego que le vido,
le conociò, y mandò, que ſe apartaſſe.
Diò vn eſtallido, y fueſſe, y dexò en todo
el Convento vn hedor intolerable

de piedra azufre, que les fue precisso
buscar olores para perfumarles.
Moraba en esta Casa de Bolonia
con gran consuelo , y con vn gozo grande
Domingo, porque avia Religiosos
en ella de virtudes exemplares.
Sobre este gozo, le inviò Dios otro,
que para èl no fue menos apreciable,
y fue, que Honorio le inviò sus letras,
que en los Pueblos Christianos divulgasse.
Estas se reducian, à que todos,
assi Eclesiasticos, como Seglares,
los Principes Christianos à Domingo,
y sus hijos en todo le auxiliassen.
Que tuviessen presente, que à la Iglesia
le importaba, que de ella no faltassen
estos Predicadores, que eran muro
fuerte, que sin lesion la conservassen.
Todos estos favores merecia
Domingo, que su celo incontrastable,
aun no contento del trabajo suyo,
dexò obreros,que siempre trabajassen.
Diganlo en essas Cathedras continuas,
donde la jubentud corre à informarse,
trabajando en leerles, educarlos,
y despues imponerles, y explicarles.
Diganlo en essos Pulpitos sus voces,
clarines de la Fè tan eficaces,
que sus ecos destruyen el Infierno,
dandole eterna vida à los mortales.
O Religion Sagrada, quien tuviera
voces para aplaudirte, y elogiarte!
Pero què ha de tener mi insuficiencia,
si en la eloquencia no pueden hallarse?
Alabente tus hechos, que ellos solos
capaces pueden ser para alabarte,
y alabemos á Dios,porque en ti quiso
à los Christianos tal thesoro darles.
Año de mil doscientos veinte y vno
quiso Domingo, que se celebrasse
Capitulo, y mandò Convocatoria.
para que allì en Bolonia se juntassen.

Para

Para la Pascua de Espiritu Santo
los convocò, porque los ilustrasse
este Sagrado Fuego, que en la Iglesia
todos los años sus efectos hace.
Pero antes que el Capitulo empezemos,
contarè vn caso, que à los Congregantes
sucediò en el camino, y es muy digno
de decirle, saberle, y admirarse.
Cuenta Apoldia, y cuentalo Flaminio,
que llegaron los Padres á encontrarse
con vn hombre, que le tuvieron todos
por correo de à pie, segun su trage.
Vieron que caminaba con gran prisa,
y parandole, para saludarse,
les preguntò el correo, adonde iban,
y ellos le respondieron à el instante:
Que à Bolonia, donde se celebraba
Capitulo, y en èl iban á hallarse:
Volviò èl á preguntar, sabeis què cosas
tienen determinado, que se traten?
Respondieron, la Junta se ha ordenado
para muchas, pero las principales
son, enviar Ministros por el mundo,
que prediquen la Fè por todas partes.
Y sabeis, les pregunta, si à la Vngria
han de inviar algunos? No es dudable
respondieron, que iràn, que ha muchos dias,
que lo determinò nuestro Gran Padre.
Entonces el Demonio verdadero,
y fingido correo, sobre el ayre
saltò, dando vnas voces horrorosas,
haciendo estremecer aquel parage.
Ay de mi, dixo entonces, que esta Orden
me destruye, y se emplea en afrentarme;
mas yo me vengarè, y harè que todo
el Infierno se emplee en destrozarles.
Horrorizados, y admirados fueron
à Bolonia, y contaron este lance,
y fue causa, de que los Religiosos
con nuevo exfuerzo se fervorizassen.
Conçurrieron de todas las Provincias
(que ya eran ocho con sus Provinciales)

muchos ſugetos de virtud, y letras,
formando vn cuerpo hermoſo, y venerable.
A quien daba explendores ſu cabeza,
baxando de ella con olor ſuave
vn golpe de aromaticas virtudes,
que à todo el cuerpo ſe comunicaſſen.
Tratòſe, lo primero, en eſta Junta
de que volvieſſen à revalidarſe
las renuncias, que ya tenian hechas,
para que nuevamente ſe obſervaſſen.
Abrazaronla todos muy guſtoſos,
ſin que ninguno de ellos repugnaſſe,
porque de la apoſtolica pobreza
erán, como ſu Padre, muy amantes.
Deſpues trataron del repartimiento,
que ſe avia de hacer, porque lograſſen
ellos ſu vocacion, y todo el mundo
la luz de ſus doctrinas desfrutaſſe.
Saliò de eſte Capitulo la liſta
de aquel repartimiento, y que inviaſſen
à Inglaterra á el Santo Fr. Gilberto
con Religioſos, para que fundaſſen.
Fue ſeñalado, como dice Apoldia,
Provincial de Lombardia el Venerable
Fr. Jordan, que aunque no eſtaba preſente,
no podia ſu merito ocultarſe.
Hizo Domingo eſta eleccion, que ſiempre
de ſu virtud los ojos perſpicaces
penetraron el fondo à las virtudes,
ſin poder eſconderſe, ni eſcaparſe.
Tuvo la dicha eſta Sagrada Junta,
de que en ella le diera nueſtro Padre
el Avito á Fr. Pedro de Verona,
que oy tiene el nombre de S. Pedro martyr.
Eſte es aquel, que con ſu fè invencible
le diò á la Religion tantos eſmaltes,
y la Igleſia le puſo en el Catalogo,
luciendo ſu amor puro entre corales.
Porque en eſtos Capitulos juntaban
gente, que en las batallas trabajaſſe,
ſin otros muchos, que dexando el ſiglo,
á entrar en las conquiſtas ſe atrojaſſen.

En-

Entre los ſeñalados para Vngria,
  (de eſto llegò el Demonio à lamentarſe
  tanto, como hemos dicho, porque della
  avia ya llegado à apoderarſe):
Vno fue vn Cathedratico famoſo
  de Bolonia, que entre los Eſtudiantes
  tuvo el mayor aplauſo, que advertido
  en nueſtra Religion quiſo aliſtarſe.
Fr. Pablo ſe llamaba, que dexando
  la vana honra del Siglo, aſſegurarſe
  quiſo en el Clauſtro, de aquel ayre necio,
  que huye el diſcreto, y buſca el ignorante.
A eſte en eſta jornada ſucedieron
  coſas maravilloſas, y eſpeciales,
  que predicando en vn Lugar de Italia,
  deſde luego ſe viò vn concurſo grande.
Tuvoſe eſto por coſa milagroſa,
  porque no aviendo, quien los convocaſſe,
  ni preceder noticia, ni aun campana
  avia en el Lugar, que los llamaſſe.
Deſde el primer Sermon, era la gente
  tanta, que ni aun podian menearſe,
  y conocieron ſer mocion del Cielo,
  que obligaba à que fueſſen á eſcucharle.
Aqui fue donde fueron tres mancebos,
  movidos de ſus voces doctrinales,
  á pedirle, que el Avito les dieſſe,
  lo que Fr. Pablo concediò à el inſtante.
Y porque alli no avia Monaſterio,
  ſe los llevò conſigo, à que moraſſen
  con otros quatro, que á la propartida
  le diò Domingo, que le acompañaſſen.
Vno fue Fr. Sadoc, que con Fr. Pablo
  tomò el Avito, y por no dilatarſe
  en ſeguir la obediencia, para Vngria
  determinaron luego encaminarſe.
Caminaba eſta Santa Compañia,
  ſin que à ſu Regla en nada le faltaſſen,
  con tanto exemplo, y obſervancia tanta,
  como ſi en ſus Conventos habitaſſen.
Llegaron à la Vngria, y eſſa noche
  miſma, viò Fr. Sadoc, que con viſages,

y horrorosas figuras, los Demonios
vinieron à inquietarlo, y assombrarle.
Pero como no pueden sin permisso
sus amenazas nunca executarse,
y Fr. Sadoc los despreciò, corridos
con gemidos passaron à explicarle.
Para que aveis venido, les decian,
à quitarnos la honra, y que se acabe
nuestro Reyno; como tan arrojados
se atreven à nosotros los rapaces?
Por vnos Fraylecillos tan indignos
hemos de vernos en afrentas tales?
O como se conoce aqui la guerra,
que à el Infierno le hacian estos Padres!
La Mission empezaron, sin que huviesse
respeto, que pudiesse contrastarles,
y oponiendose al vicio, se entregaban
à padecer trabajos formidables.
Hallandose Fray Pablo, que tenia
Religiosos en numero bastante,
para poder hacer repartimiento,
y que à predicar fuessen à otras partes:
Enviòlos à vna Ciudad de aquellos
confines, donde avia vnos audaces
Cismaticos Hereges, que los ojos
cerraban à la luz de las verdades.
Y como estaban tan empedernidos,
no encontraban portillo para entrarles,
pero en fin, mirò Dios aquel rebaño,
y en poco tiempo hizo vn lucro grande.
Convirtieronse muchos, y le dieron
la obediencia à la Iglesia nuestra Madre,
con gran gozo de aquellos Religiosos,
viendo el fruto, que dieron sus afanes.
Como el Santo Fr. Pablo en su memoria
conservaba las ansias, que mi Padre
tenia de passar à los Cumanos,
quiso en esta ocasion, que se lograssen:
Y asi escogiò en su Santa Compañia
aquellos Religiosos de mas grande
espiritu, y fervor, que se expusiessen
à dar las vidas, si los estrechassen.

Eran estos Cumanos muy vecinos
de los Vngaros, y estas vecindades
hicieron, que con tanta cercanìa
les imprimiessen las ferocidades.
Era esta gente barbara, cruel,
indomita, grosera, è intratable;
sin que la luz del Evangelio nunca
huviesse ni aun tocado à sus vmbrales.
Y aunque los Religiosos conocieron
lleno este monte de dificultades,
y de fieras, su espiritu valiente,
ni le asustò, ni quiso retirarse.
Hizo su celo todos los exfuerzos,
que pudo con su luz, para ilustrarles;
pero no consintieron sus tinieblas,
que ni vn rayo tan solo les tocasse.
Por esto padecieron tanta afrenta,
è injurias, que no pueden numerarse,
con que dieron la vuelta para Vngria,
sin poder reducirlos, ni enseñarles.
Mas no obstante, lograron la ganancia,
de que murieran dos en estos lances,
logrando la corona del martyrio,
y haciendo, que los otros la envidiassen.
Con el deseo de que se rindiessen,
segunda vez volvieron à el combate,
enviando Soldados de refresco,
à que en esta conquista se empleassen.
Quiso el Señor ya darse por servido,
y darles gracia, para que escuchasse
aquella gente indomita sus voces,
y que de sus doctrinas se pagasse.
Brucho, vn Principe de ellos, fue el primero,
que abrazando la fè, fue à bautizarse
con algunos de los de su familia,
que por èl quiso Dios que se empezasse.
Poco sobreviviò, llegò la muerte,
y entre los Religiosos, muy constante,
recibidos los Santos Sacramentos,
descansò en paz con señas favorables.
Enterraron su cuerpo en vna Hermita,
que èl por devocion hizo la labrassen,

en honor de la Virgen, de quien erã
muy devoto, y alli quiso quedarse.
No fue este solo el fruto, que cogieron
de los Cumanos, que otro de los grandes
Principes, abrazando el Evangelio,
fue con toda su casa à confessarle.
Llamabale Bribrech, y mil personas,
sin los de su familia, à bautizarse
fueron con èl, y Andrès el Rey de Vngria
fue el Padrino, y fue vn acto venerable.
Poco despues muriò, y en esta hora
diò de su fè, y su luz claras señales;
porque empezò à dar gritos, y decia:
echen del aposento à los Cumanes.
Que los veo cercados de Demonios,
conmigo solo han de quedar los Frayles,
y los ya bautizados; sabed dixo,
que à los Martyres tengo aqui delante:
Aquellos, que nosotros dimos muerte,
y me esperan aqui para llevarme
à la Gloria, que tanto predicaban,
y yo espero gozar, y acompañarles.
Diciendo esto espirò, y fue sepultado
en la Hermita: què gracias deben darse
à Domingo, que con trabajos tantos
fundò esta Religion tan apreciable!
O Lucero Sagrado, que en tus hijos
tus milagrosas luces vinculaste,
para que fuessen lustre de la Iglesia,
y deshiziessen las obscuridades.
No me niegues, querido Padre mio,
estas luces sagradas, y operantes,
pues mi necessidad, y mis deseos
vès, y las fuertes ansias de imitarte.
Prosiguiò la Mision en los Cumanos,
y aquellas, que eran fieras indomables,
como ovejas, à el gremio de la Iglesia
ellos mismos quisieron sugetarse.
El numero creciò de Religiosos,
y no cessaban de multiplicarse;
porque atraìdos de su buen exemplo,
huvo muchos, que el Avito tomassen.

Asi

Afsi ibã caminando aquella Santa
Compañia, cogiendo en los parages,
por donde andaban, ſazonados frutos,
dignos de que à el Señor los preſentaſſen.
Haſta que año de mil, y de doſcientos,
y veinte y dos, entraron à eſtorvarles
la labor, de los Turcos la fiereza,
movidos de las furias infernales.
Entraron tierra á dentro, y deſde luego
empezaron à vſar de crueldades,
padeciendo martyrios inauditos
en ſu poder, mas de noventa Frayles.
Vnos murieron empalados, otros
aſaeteados, otros en voraces
llamas, llenos de gozo, que la cauſa
de ſu muerte la hacia deleytable.
Eſtos fueron los frutos, que ſalieron
deſte Capitulo, eſtos los amantes
hijos, que coronados de trofeos,
dieron nuevas invidias à ſu Padre.
Viendo Domingo caminar ſus hijos,
pareciòle, que no era bien quedarſe
parado, como ſi poſsible fueſſe,
que el Sol en ſu carrera ſe paraſſe.
En fin, dexò el Convento, concluìdo
el Capitulo, para encaminarſe
à Venecia, ſin que por el camino
ſu celo activo vn punto deſcanſaſſe.
En Ferrara, y en Mantua, y en Faenza
predicò, conſiguiendo en todas partes
aquella general mocion, que ſiempre
hacian ſus doctrinas ſaludables.
Eran tan numeroſos los concurſos,
que le hicieron vn Pulpito portatil,
porque no predicaſſe, donde todos,
aquel que predicaba como nadie.
En eſte Pueſto tuvo la gran dicha
de predicar deſpues S. Pedro Martyr,
y el Sol de Aquino, que ſolo eſtas luces
podian ſuceder à ſus bolcanes.
Deſpues ſe guarda como gran reliquia
el Pulpito, ſin que aya quien llegarſe

à èl se atreva, porque reverentes
solo se acercan, para venerarle.
Aunque en Faenza se les diò la Iglesia
de S. Andrès, para que alli fundassen,
como se ha dicho, fuera de los muros
estaba, y del poblado muy distante.
No quiso Dios, que alli permaneciessen,
y asi dispuso, que se mejorassen,
y vna Iglesia de S. Daniel les diessen
dentro del Pueblo, para que labrassen.
Y para que se vea, que fue el Cielo,
el que dispuso, que se avecindassen
dentro de poblacion, dirè vn sucesso,
que trae Castillo, digno de contarse.
Refiere vna vision, que tuvo el Duque
Jacobo Teupulo, en el parage
de San Daniel, que estaba todo el suelo
sembrado de vnas flores especiales:
Todas cercadas de olorosas yervas,
formaban vn jardin muy deleytable,
y que baxaban Angeles del Cielo
con incensarios, para perfumarle:
Viò vnas Palomas, que con Cruces de oro
en las cabezas, para passearle
baxaron, y volando entre las flores,
mostraban complacerse, y recrearse.
Y quando mas gustoso estaba el Duque
con la vision, dixo vna voz suave:
Dios manda, que esta Casa se le asigne
à sus Predicadores, donde labren.
A esta voz despertò el Duque, y juntando
la Señoria, passò à revelarles
la vision, y el Senado mandò à el punto,
que la Iglesia, y plazuela se entregassen.
Dieronsela, y despues se hizo vn Convento
en ella, que quisieron se invocasse
de S. Juan, y S. Pablo, adonde el Duque,
quando muriò, dispuso le enterrassen.
Y mandòles, que sobre su sepulcro
todo lo referido se pintasse
para eterna memoria, que no quiso
fiarlo de potencia, que es tan fragil.

Asi honraba el Señor, y asi honra aora
nuestra gran Religion,porque su Padre,
y Fundador gastò toda la vida
en servir al Señor,y en ensalzarle.
Dexamos à Domingo en su carrera,
siguiendo de las almas el alcance,
en Venecia, Ferrara, y en Faenza,
sin dexar Pueblo, en que no trabajasse.
Los frutos, que lograron sus Sermones,
no se refieren por innumerables,
porque fue tan crecida la cosecha,
que ni en palabras , ni en guarismos cabe.
Asi corria este radiante Astro,
siempre intensando sus actividades,
porque estaba ya cerca de ponerse,
y su ardor no podia sugetarse.
Sus crecidas virtudes daban voces
à la justicia, para que premiasse
aquel conjunto de merecimientos,
que hacian, que los Cielos se admirassen.
Los Angeles clamaban, y pedian
à el Señor, que á su esfera le llevasse,
ansiosos de lograr su compañia,
y que sus canticos acompañasse.
Pero como los juicios de Dios siempre
estan de los del hombre tan distantes,
Domingo á batallar se disponia,
quando el Cielo queria coronarle.
Discurria, dexando ya evaquadas
las cosas del Capitulo, passarse
à los Barbaros, para que en sus tierras
la sagrada semilla se sembrasse.
Aviendo despachado tantos hijos
por la Europa, para que cultivassen
la tierra, y como rayos de sus luces
todas las sombras las desvaratassen.
Pero su celo nunca satisfecho
de trabajar, queria ir à emplearse
en propagar la Iglesia, porque todos
à su yugo suave se entregassen.
En este afecto, y en este pensamiento
se ocupaba mi dulce Padre amante,

quando el Amor Divino agradecido
le eſtaba diſponiendo otro viage.
Con vna inſpiracion muy regalada,
è interna, la noticia quiſo darle,
de que ſe le llegaba ya la hora
de ſubir à los gozos perdurables.
Lleno de gozo, y lleno de conſuelo
quedò aquel corazon, viendo acercarſe
la hora, en que en los brazos de ſu amado
ſubiria ſu eſpiritu à eſtrecharſe.
Què dulces lagrimas ſe aſomarian
à ſus ojos; què incendios tan ſuaves
levantarian llamas amoroſas,
que ſu diſpueſto pecho le abraſaſſen!
Què deſeos no avria en aquel Alma,
de que acabara ya de deſatarſe
el nudo eſtrecho, con que eſtaba vnida
à el cuerpo, para verſe con ſu Amante!
No puede humano juicio comprehenderlo,
que la miſeria de eſte barro fragil,
por mas que ſolicite penetrarlos,
no alcanza efectos eſpirituales.
Quando eſtando engolfado en ſus afectos,
viò, que venia Chriſto à viſitarle
en forma de vn belliſsimo mancebo,
todo lleno de luces celeſtiales:
Y llenandolo todo de alegria,
le dixo: Amigo, ven, no tardes,
à poſſeer los verdaderos gozos,
y dexa ya eſte mundo miſerable.
Ven, y acelera el paſſo, que ſe acercan
las bodas del Cordero, y has de hallarte
en ellas, donde logres venturoſo
la remuneracion de tus afanes.
Ven, que ya es tiempo de que las fatigas
ſean repoſos, que quiero premiarte
tantas, como paſaſte por mi Igleſia,
haciendo, que ſu gremio ſe aumentaſſe.
Ven, mi querido, ven, amado mio,
que eſte ha de ſer el vltimo viage,
donde te premiaràn todos los paſſos,
que diſte, porque todos me alabaſſen.

Con estos silvos del Pastor Divino,
    qual quedaria esta ovejuela amante!
    Què validos daria aquella alma,
    por llegar en su aprisco á colocarse!
Piensalo tu, Lector, si acaso puedes,
    porque leyendo cosas semejantes,
    mi corazon, aunque es pedernal duro,
    entre lagrimas tiernas se deshace.
O Padre mio! dexa que te mire,
    y que te vea, y pues vas de viage,
    dame querido, por la propartida
    algo tuyo, que pueda consolarme.
Dame vn destello de tu ardiente fuego,
    dame de tu humildad alguna parte,
    y si vès, que no estoy proporcionada,
    procure tu piedad proporcionarme.
No le faltò à mi Santo Patriarca
    el consuelo de ver su amada Madre
    à este tiempo, pues como Luna clara
    à el ponerse este Sol, quiso mostrarse.
A Santa Brigida en sus revelaciones
    quiso la misma Reyna declararse
    este caso, que trae à el diez y nueve
    capitulo, y verà quien le buscare.
Dixole: instando el tiempo de partirse
    Domingo de esta vida, à avecindarse
    en la eterna, mi hijo cariñoso
    baxò à darle la nueva, y visitarle.
Assi que le dexò, empezò Domingo
    con afectos muy tiernos á invocarme,
    diciendo, ò dulce Reyna, y Madre mia,
    ò Maria escogida entre millares.
Para ser Madre del Divino Verbo,
    de quien quiso tomar la humana carne:
    tu eres aquella singular Doncella,
    que logrò el timbre de ser Virgen, y Madre:
Tu eres la poderosa, pues tu sola
    à el Divino poder aposentaste,
    Casa Real de la Sabiduria,
    que en tu dichoso gremio la encerraste.
Eres Esposa del Amor Divino,
    haciendole por ti comunicable:

Sa-

Sagrario del Señor, en quien habita,
sin que aya criatura, que te iguale.
Tu piedad indecible me convida,
y assi vengo á tus pies a suplicarte,
que cuydes tu de estos hermanos mios,
que mi rudeza procurò educarles.
No permitais, Señora, que esta viña,
que mandò vuestro Hijo, que plantasse,
admita la zizaña en su recinto,
ni que sus frutos lleguen à viciarse.
Cubrelos tu, Señora, con tu Manto
à estos hijos, no me los desampares,
que en ti puso mi amor la confianza,
y no puedo creer, que tu me faltes.
Dixo Maria à Brigida: Yo entonces
à sus tiernas palabras eficaces
correspondi amorosa, que era justo,
que tan finos afectos le pagasse.
O Domingo le dixe, hijo querido,
amado mio, porque tu me amaste
mas que à ti, Yo cuydarè à tus hijos,
como ellos de tu Regla no se aparten.
Y los tendrè debaxo de mi manto,
y los defenderè piadosa, y sabe,
que es este manto mi misericordia,
que si la piden, no se niega à nadie.
Este fue aquel dialogo amoroso,
que con Maria tuvo mi gran Padre,
antes que de esta vida se partiesse,
en que toda su Grey quiso encargarle.
No dicen los Autores, donde estaba
Domingo, quando Dios quiso avisarle,
que se llegaba ya el dichoso dia
de salir de las penas de este Valle.
Pero discurrese, que fue en Venecia,
donde tuvo el aviso, por hallarse
año de mil doscientos veinte y vno
en ella, sin cesar de exercitarse.
A los fines de Julio de este año
hizo para Bolonia su viage;
porque dispuso Dios, que fuesse el centro,
à donde este thesoro se guardasse.

Lle-

Llegò á Bolonia, donde de sus hijos
fue recibido con vn gozo grande;
pero duròles poco, porque vieron,
que en los pies no podia sustentarse.
Al punto que llegò, dixo á sus hijos,
que al Prior à el instante le llamassen,
(que lo era Fr. Ventura de Verona)
y que el Procurador le acompañasse.
No porque la dolencia, que sentia,
trataba entonces de manifestarles,
si para que las cosas de la Orden,
sin perder tiempo alguno, se tratassen.
Hasta la media noche estuvo hablando
con ellos de las cosas importantes
à el servicio de Dios, y de la Orden,
sin que de sus fatigas se quejasse.
Los Religiosos le pidieron todos,
le fuesse à recoger, y repararse,
que estaba maltratado del camino,
y era razon, que se recuperasse.
Mas no lo consiguieron, que con ellos
se fue à Maytines, para recrearse,
oyendo las divinas alabanzas,
y por vltima vez acompañarles;
Acabados Maytines, en la Iglesia
se quedò, visitando los Altares,
que es el amor mas fuerte, que la muerte,
y su rigor no puede sugetarle.
Amaneciò otro dia, en que Domingo
manifestò à sus hijos, era grave
el dolor de cabeza, que sentia,
y la fiebre tambien llegò à mostrarse.
De concluir aquella heroyca vida,
aquel dolor cruel daba señales,
y mas quando con varios movimientos
el vientre se explicò, arrojando sangre.
Estaba el Santo lleno de alegria,
sin que el mal à la cara se asomasse,
que los Santos abrazan las fatigas,
pero en ellas no mudan de semblante.
Gozabase su espiritu ferviente,
viendo, que se acercaba por instantes

la hora, en que foltandofe del cuerpo,
volaria à fu centro à colocarfe.
Mandò, que le llamaffen los Novicios,
(que en aquella ocafion eran baftantes)
y defde el penitente, y pobre lecho
empezò cariñofo à predicarles.
Hizoles vna platica amorofa,
exortandoles à que à Dios amaffen,
y que à fu Religion con gran refpeto,
y fuma eftimacion la veneraffen.
Encargò mucho la perfeverancia,
que con ella affeguran coronarfe,
los que batallan contra fus pafsiones,
à la razon rindiendo vaffallage.
Era tal el fervor, con que exortaba,
y era tan dulce el modo de explicarfe,
que en lagrimas envueltos los afectos,
moftraban fu dolor con tiernos ayes.
A Florencia llegò la trifte nueva
à Fr. Juan de Salerno, que al inftante
en camino fe pufo, defeofo
de que fu bendicion vivo le echaffe.
O como à el verlo, fe le poftraria,
befando aquellas manos venerables,
y de fu ardiente roftro lograria
incendios, que fu efpiritu inflamaffen.
A efte tiempo llegaron los ancianos
del Convento, que quifo los llamaffen,
y defpedirfe de ellos, encargando,
que en la fanta obfervancia fe efmeraffen.
O como aquellas venerables canas
harian, que fu llanto las regaffe!
Què dolor no tendrian, los que avian
feguidole con anfias filiales!
Difcurralo el Lector, que tales cafos
la confideracion es, la que fabe
informar de eftos tiernos fentimientos,
que à la pluma no pueden trasladarfe.
Viendo, que eftaban todos afligidos,
fe volviò à ellos con femblante afable
Domingo, y con eftraña manfedumbre,
quifo con fus palabras alentarles.

No

No lloreis, hijos mios, les decia,
que el corazon de veros se me parte,
para morir hemos nacido todos,
y es deuda, que es precisso,que se pague.
Siempre en el corazon os he tenido,
y os llevo en èl,no os duela que me aparte
de vosotros, si aveis dexado el mundo,
conoced el favor, que Dios os hace.
Que al dexarle se sigue, que à la hora
de partir, no os aflija, ni os maltrate
el sentimiento de dexar las cosas,
que porDios las quisisteis dexar antes.
Y asi podreis partir, como yo aora
lo hago, sin que cosa os embaraze,
creed, que lo mejor, que ay en la tierra,
es aquello, que menos se os pegare.
Y si todos vivis con la esperanza
de lograr vna vida perdurable;
por què se ha de sentir, quando esta hora
tan para deseada se llegasse ?
Pues para conseguir aquella vida
es fuerza, que esta temporal se acabe,
veisme aqui hijos, que finalizando
la vida,ya estoy puesto en este trance.
Y porque sè, que aveis de consolaros,
y edificaros, quiero en este lanze
descubriros à todos vn secreto,
que sè, que à muchos les harà alentarse:
Y es, que por la piedad de Dios inmensa
he logrado hasta aora conservarme
con la virginidad pura, è intacta,
con que naci, sin el menor vltrage.
Si la mano de Dios no ha sido escala
para conmigo, y esta limitarse
no puede, harà lo mismo con vosotros,
si vosotros poneis de vuestra parte.
Que os ha de costar mucho, es evidente,
y es menester valor, y retirarse
del trato femenino, huyendo siempre
de ocasiones, y familiaridades.
No fieis esta joya de ocasiones,
que para perecer qualquiera es grande:

y ſobre todo hùid la confianza
en vueſtras fuerzas, que es delirio grave.
Muchas mugeres ay, y muchos hombres,
que la conſervan en ſus puridades;
pero mucho les cueſta, que el mas leve
deſcuydo la laſtima, y la deshace.
Son las mugeres, ſin querer, muy fuertes,
para llevarſe nueſtras voluntades,
y los hombres rendidos à ſus armas,
ſino es huyendo, no pueden librarſe.
En eſta ocaſion fue, como refiere
Caſtillo, quando dixo, convocaſſen
doce Padres, que quiſo, que eſtuvieſſen
alli preſentes, mientras confeſſaſſe.
Hizo ſu confeſsion con Fray Ventura,
que era el Prior, ſin que ſe recataſſe
de todos, los que alli eſtaban preſentes,
ni quiſieſſe, que alguno ſe apartaſſe.
Fue de gran confuſion para los hijos
la confeſsion, oyendo, que inculpable,
ſin que la gracia baptiſmal perdieſſe,
ſalia de eſte mundo nueſtro Padre.
Hecha la confeſsion, volviò Domingo
(aunque desfallecido) à amoneſtarles
que ſirvieſſen à Dios, ſin permitirle
al eſpiritu, que ſe resfriaſſe.
Que nunca ſe olvidaſſen de la Orden,
y ſu adelantamiento procuraſſen,
perſeverando en ella con limpieza,
y ſantidad, y en nada le faltaſſen.
Que la obſervancia regular importa
mucho celarla ſiempre, y arreglarſe
à ſus leyes, porque de eſtos deſcuydos
nace vna perdicion irremediable.
A eſte tiempo los Medicos vinieron,
y juzgaron ſerìa bien ſacarle
de Bolonia, y ponerle en vna Hermita,
que vna milla de alli eſtaba diſtante.
Era eſta Hermita de nueſtra Señora
del Campo, y diſcurrieron mejoraſſe;
porque eſtaba en vn buen temperamento,
y ſer alli mas puro, y freſco el ayre.

Llevaronle sus hijos à aquel sitio
con el deseo de que recobrasse
algun aliento, con que aquella vida,
que era tan para todos, se esforzasse.
Y aunque sabia el Santo Patriarca,
que avia de morir, sin escusarse,
dexò, que le llevassen, porque en todo
fue su obediencia siempre incontrastable.
Llegò à la Hermita, y conociòse luego,
que sirviò la mudanza de agravarle,
aumentandose tanto el accidente,
que los obligò à todos à turbarse.
Viendose assi mi Padre, pidiò à todos,
que à su Prior con brevedad llamassen,
vino con otros veinte Religiosos,
que recibiò apacible, y agradable.
Hizoles vn Sermon muy sentencioso
lleno de textos, y de autoridades,
con su espiritu heroyco acompañado,
causando pasmos en los circunstantes:
Y tanto, que decian, que en su vida,
aunque le oyeron predicar bastantes
llenos de ciencia, y de fervores llenos,
nunca le oyeron cosas semejantes.
Perdieron la esperanza de su vida,
viendole por momentos agravarse;
y à tratar empezaron, que sepulcro
señalarian à su amado Padre.
Oyòlo el Hermitaño, y respondiòles,
que de la sepultura no tratassen,
porque si le moria alli en su Hermita,
no avia de dexar, que lo sacassen.
O Señor! como honras à los tuyos,
dandole estimaciones á vn cadaver;
como honraràs las almas, si à los cuerpos
tantas prerrogativas sabes darles:
Armaron vn rumor tan ruydoso,
que del Enfermo no pudo ocultarse;
y volviendo à mirar sus hijos, dixo,
que de alli luego, luego le sacassen.
Llevadme les decia, que debaxo
de vuestros pies es donde he deenterrarme,

y llevadme, aunque ſea à aquella viña,
y en re voſotros eſta vida acabe.
Muera yo con el guſto, de que muero
entre voſotros, y deſpues llevadme
à vueſtra Igleſia, para que ſin pleyto,
ni contenciones podais ſepultarme.
Hallaronſe los hijos afligidos,
porque el moverle ya era acelerarle
la muerte, porque eſtaba tan poſtrado
que al llevarle, temieron, que eſpiraſſe.
Mas como era precepto de Domingo,
determinaron, que ſe executaſſe,
logrando la obediencia, y no exponerſe,
à que tanto theſoro les robaſſen.
Llevaronle al Convento, y como nunca
tenia cama, fue preciſſo darle
vno de los jergones de la caſa,
donde pudiera el Santo reclinarſe,
El Santo Fray Moneta le diò el ſuyo,
mirad, què lecho quiſo prepararle
el Señor à aquel cuerpo quebrantado,
para que en ſus fatigas deſcanſaſſe.
Eſtos ſon los regalos, que dá el Cielo
à los juſtos, que ſon claras ſeñales
de la ſuperior gloria, qne previene
en ſu Corte, para remunerarles.
Viendoſe el Santo ya tan agravado,
pidiò los Sacramentos le llevaſſen,
y al llegar el Viatico, entre embozos
lleno de afectos ſe arrojò à abrazarle.
Vniendoſe con èl intimamente,
empezò à derretirſe, y á abraſarſe,
y viendo, que iba ya tan por la poſta,
la Extrema Vncion tambien quiſieron darle.
Recibiòla con tiernos ſentimientos,
como que anſiaba ya por apartarſe
del cuerpo, è ir á Chriſto, en cuyo pecho
ſe queria acoger, y eternizarſe.
Reſpondiales a las Oraciones,
rezando fervoroſo con ſus Frayles
todo aquel Santo Rezo, que la Igleſia
tiene diſpueſto para aquellos lances.

Con.

Con esta devocion, y estos efectos
los Sacramentos recibiò mi Padre,
que assi dispone Dios, que los reciban,
los que en vida supieron apreciarles.
Con esta refaccion quedò aquella alma
mas recogida en vna vnion suave,
quando vn escrupulo intentò atrevido
aquel mistico sueño perturbarle.
Y enviando à llamar à Fr. Ventura,
se acusò, que passò à manifestarles
à todos el favor que Dios le hacia,
de que en virginidad se conservasse.
Viendo el Prior, que ya se le asomaba
la muerte al rostro con muchas señales,
para recomendarle el alma, quiso,
y mandò, que alli todos se juntassen.
Y poniendose todos de rodillas,
cercados de la cama, nuestro Padre
mirandolos afable, y cariñoso,
dixo, que no era tiempo, que esperassen.
En esta suspension la muda pena
à los ojos corriò, para asomarse,
sin poder detener su movimiento,
haciendo, que las lagrimas hablassen.
El Prior Fr. Ventura en este caso,
del Enfermo à la cama fue à acercarse,
diciendo, con mas lagrimas que voces,
mira como nos dexas, dulce Padre.
Atiende à el desconsuelo, en que quedamos,
sin que aya alivio para nuestros males,
acordaos de vuestros tristes hijos,
para rogar á Dios, que nos ampare.
Quando allà en el Divino acatamiento
os veais, no olvideis nuestros pesares,
mirad por estos huerfanos, expuestos
à las miserias de este triste valle.
Oyendo aquella suplica tan tierna,
à el Cielo alzò los ojos nuestro amable
Patriarca, y juntando las dos manos,
orò á Dios obediente, como amante.
Bien sabeis, Señor mio, con las veras
que procurè serviros, quanto cabe

en

en la miseria de mis flacas fuerzas,
y con què anelos procurè agregarte
Este corto rebaño de mis hijos,
que con desvelo procurè enseñarles,
para que repartidos por el mundo,
tu honor procuren, y tu Iglesia exalten.
A vos os los entrego, y os suplico,
que los cuydeis como amoroso Padre,
librandolos de todos los peligros,
para que en vuestro amor nunca desmayen.
Y volviendose luego hazia los hijos,
les dixo: no os canseis en acordarme
lo que es mi obligacion, y estad muy ciertos,
que de vosotros nunca he de olvidarme.
No os lastime mi muerte, no os aflija
mi corporal ausencia, que es constante,
que muerto os he de ser de mas provecho,
que vivo, en todas las necessidades.
Yo no puedo olvidaros, porque os llevo
dentro del alma à todos, y no es facil,
que os falte, quien tan dentro de sì os tiene,
ni que en lance ninguno os desampare.
No tengo hacienda alguna, que dexaros,
como à mis hijos, siendo vuestro Padre,
dexoos la bendicion de Dios, y en ella
la mia, deseando, que os alcance.
Y aora en lugar de manda, y Testamento
os ruego, que os ameis con amor grande,
que vn espiritu solo aya en vosotros,
como hermanos de Christo, y semejantes:
Y procurad, que nunca os desvanezcan
los beneficios espirituales,
ni temporales, si el Señor Supremo
por su bondad quisiere franquearles.
Pero mirad la obligacion, que os dexan
los mismos beneficios, que los sabe
conservar la humildad, y la sobervia,
è ingratitud, los pierde, y los deshace.
Mirad, que la pobreza os encomiendo,
que à la predicacion le dà vn realce,
y vn lucimiento grande, cuyo lustre,
ni puede obscurecerse, ni empañarse.

Imi-

Imitad à el Maestro Soberano,
y à sus Apostoles, que con tan grandes
esmeros practicaron la pobreza,
para que su exemplar nos alentasse.
Esta es la herencia hijos, que yo os dexo,
conque sereis muy ricos, si guardareis
sus fueros, porque en ella se contienen
los bienes mas graciosos, y estimables.
A este tiempo llegò la muerte, y fuerte
con recios golpes empezò à llamarle,
y cubriendose de vn sudor elado,
con sus congojas se acercò à estrecharle.
Fray Rodulfo corriò à la cabezera,
y con vn lienzo se llegò à limpiarle
el sudor, sugetando la cabeza
con la mano, que ya empezò à inclinarse.
Estaba el Santo Padre en esta lucha,
sin que ni la razon se perturbasse,
ni el sossiego del animo perdiesse,
ni en la cosa menor titubeasse.
Tanto, que se volviò à los Religiosos,
diciendo, que era tiempo que empezassen
la recomendacion del alma, y todos
de rodillas lo hicieron al instante.
Alli todos del llanto posseidos,
sin poder contenerse, ni escusarse,
regaron aquel suelo con sus ojos,
llenos de sentimientos, y pesares.
Llegaron à la Antiphona, que dice:
Venid Angeles todos, y llevadle
à la presencia del Señor, y entonces
espirò, para que le presentassen.
Apenas espirò, los Religiosos
rodearon aquel Santo Cadaver,
y asidos todos del defunto Cuerpo,
no avia, quien de alli los apartasse.
Vnos besaban sus benditas manos,
contemplando sus hechos singulares;
otros los pies, mirando quantos passos
les costò, que los hombres se enmendassen.
Otros, porque acercarse no podian,
del Avito tiraban con afanes,

contentos ſolo, con que las hilachas
ſiquiera con ſus labios les tocaſſen.
Todos juntos poſtrados por el ſuelo,
gemian con vn llanto lamentable,
cauſando tal rumor, que no es poſsible
llegarlo à imaginar ſin quebrantarle.
Soſegados vn poco, Fray Rodulfo
ſe acercò à el Santo Cuerpo, por quitarle
la cadena, que ſiempre traxo pueſta,
ſin que en toda ſu vida la dexaſſe.
Eſtaba tan vnida con ſu cuerpo,
que ni aun muerto queria le faltaſſe
aquella inſignia de ſu penitencia,
porque en ella ſus hijos la eſtudiaſſen.
A el Santo Fr. Jordan le diò eſta prenda
precioſa, que con vn reſpeto grande
beſando ſus benditos eslabones,
hizo deſpues, que todos la beſaſſen.
Muriò mi Santo Padre à ſeis de Agoſto,
Viernes, quando llegò el dia à mediarſe,
que en la fuerza del Sol llegò à ponerſe
eſte Luzero, donde mas rayaſſe.
Año de mil doſcientos y veinte y vno
muriò, quando llegaron à contarſe
de ſu precioſa edad cincuenta y vno,
que no pudo ſufrir mas eſta Carcel.
Era mi Padre de mediano cuerpo,
ſin tener coſa en èl, que le afeaſſe,
era el roſtro algo largo, y aguileño,
hermoſo, y apacible ſu ſemblante.
El color era blanco, y ſonroſado,
rubio el pelo, y la barba, y quando grande
tenia en la cabeza algunas canas,
que aunque pocas, le hacian reſpetable.
Tenia la cabeza bien poblada
de cabello, ſin que le amenazaſſe
lo calvo nunca, que la providencia
quiſo, que ni vn cabello le faltaſſe.
La voz era muy alta, y muy ſonora,
de mucho cuerpo, pero tan ſuave,
que penetrando todo el Audiiorio,
à ninguno faſtidio le cauſaſſe.

Fue

Fue de complexion flaco, porque siempre
tal oposicion tuvo con la carne,
que no permitiò Dios, que le afligiesse,
ni que su pesadèz le molestasse.
Y como siempre fue tan penitente,
nunca le diò lugar, para aumentarse,
que viviò siempre como de milagro,
alimentandose con parvidades.
Algunas veces de sus bellos ojos,
y frente despedia tan brillantes
rayos, que iluminaban todo el rostro
tanto, que ni dexaban aun mirarle.
Y aun defunto, quedò su Santo cuerpo
con estos visos, que manifestassen
la gloria, que en el Cielo posseia,
para que assi ninguno la dudasse.
No faltaron tambien revelaciones,
que á sus amantes hijos consolassen,
sabiendo, que ya estaba, à donde todos
sus trabajos se le remunerassen.
A Fray Gualla, que era Prior de Brusa,
y despues fue su Obispo, quiso darle
el Señor la noticia de su muerte,
y la honra con que fue à coronarse.
Estaba en oracion al mismo tiempo,
que falleciò nuestro querido Padre,
y en ella se quedò en vn dulce sueño
sumergido en vn gozo bien notable.
En èl viò, como abriendose los Cielos,
dèl arrojaban dos escalas grandes,
que la vna tenia el mismo Christo,
y Maria la otra en sus remates.
Los Angeles baxaban, y subian
por ellas con gran gozo, hasta llegarse
al principio, en que estaba vna persona,
que mostraba en el Avito ser Frayle.
Difunto estaba ya, y tapado el rostro,
pero sentado, y Christo con su Madre
levantaban al muerto poco à poco,
tirando de la escala, sin dexarle:
Y los Angeles iban juntamente
cantando con dulzuras inefables,

despertò, conociendo, que sin duda
le llevaron al Cielo à colocarle.
Partiò à Bolonia, y viendole defunto,
creyò, que todo el sueño eran verdades,
y que subiò en carroza, dando señas,
de que triunfando al Cielo fue á sentarse.
No fue esta vision sola, la que huvo,
que saliendo de Roma los dos Padres
Fr.Tancredo, y Raon, à vna Aldeguela
llegaron, donde fue fuerza hospedarse.
A Fr.Raon, queriendo decir Missa,
le dixo Fr.Tancredo, que rogasse
por la salud del Santo Patriarca,
que tenian noticia de sus males.
Estando en el memento de los vivos,
fue arrebatado, y viò dos personages,
que iban á los dos lados de Domingo,
de aspecto respetoso, y venerable.
Iba Domingo enmedio coronado
de vna corona de oro muy brillante,
y todos tres salian de Bolonia
con regia magestad, y passo grave.
Conociò, que se avia ya partido,
à donde las coronas se reparten,
aunque no conociò las dos personas,
que se empleaban en acompañarle.
El Señor quiso, que estas dos visiones
la gloria de Domingo declarassen,
porque con ellas sus amantes hijos
templando su dolor, se consolassen.
No me admira, que baxen las escalas,
ni que en ellas à el Cielo le llevassen,
lo que me admira es ver, que Madre, è Hijo
por sì mismos quisiessen elevarle.
Pero como Domingo en esta vida
trabajò, porque todos se empleassen
en obsequiar à Christo, y à Maria,
en la otra los dos quieren honrarle.
O Lector, que dichosa servidumbre!
O si acertassemos tu, y yo à imitarle!
Que cierto es, que asistidos de Domingo
tu, y yo conseguiriamos los gajes.

Alen-

Alentemonos, pues, que con exemplo
nos alienta, y nos llama à remedarse,
mostremos, que le somos obedientes,
que este es el mejor modo de obligarle.
Estaba el Santo Cuerpo alli esperando,
à que sus hijos le depositassen
en la tierra, donde tuvo su principio,
que siempre nos recibe como Madre.
Quando los Religiosos dieron orden,
que con su Avito le amortajassen,
y el Procurador, que era Fr. Rodulfo
lo executò, mas no sin quebrantarse.
Llevaronlo à la Iglesia, para hacerle
el Oficio, que à todos se les hace
de sepultura, con tales gemidos,
que hizieron, que los ayres se poblassen.
Llegò el Prior de Santa Cathalina,
que era de nuestro Padre muy amante,
llamado Fr. Alberto, y para el Feretro
se fue, y las manos empezò à besarle.
Hincado de rodillas, fervoroso
pies, y manos besaba, sin hartarse,
dexandole su amargo sentimiento
suspenso, en vn silencio inexplicable.
Quando estando assi, oyò que claramente
le dixo vna voz dulce, y agradable:
en este año nos veremos juntos,
porque vendras conmigo à acompañarme.
Levantòse de alli con mucho gozo,
y buscando à el Prior, con vn semblante
muy alegre, le dixo, buenas nuevas
Padre Prior, no pueden mejorarse:
Que me abrazò el Maestro Fr. Domingo,
y me ha dicho, que he de ir à acompañarle
este año. Y assi sucediò todo,
preparandose Alberto muy bien antes.
Dispuesto el Cuerpo ya para el Entierro,
no permitiò el Señor se executasse
con el silencio, que se pretendia,
y tenian dispuesto ya sus Frayles:
Porque no solo premia allà en el Cielo
à los Justos con glorias, porque hace,

que los honre la tierra, quando todos
sus honores no pueden lastimarles.
Y assi mueve à los hombres, à que honren
la tierra que pisaron, los parages
que habitaron, el lecho en que durmieron
con el vestido pobre, y despreciable.
Dispuso la Divina Providencia,
quando muriò Domingo, que llegasse
à Bolonia Hugolino, aquel Legado
del Papa, y de mi Padre muy amante.
Con èl fue el Patriarca de Aquileya,
y otros muchos Prelados principales,
como fueron Obispos, Arzobispos,
y con ellos tambien muchos Abades.
Assi que supo el Cardenal su muerte,
el amor, con que siempre supo amarle,
le acordaba las grandes maravillas,
que en su presencia executò mi Padre.
Envió à prevenir los Religiosos,
que por caso ninguno le enterrassen,
hasta que èl concurriera à sus exequias,
porque en esta funcion queria hallarse.
El mismo Cardenal cantò la Missa,
en que se hallaron quantas Dignidades
avia en la Republica, y con llantos
acompañaban estos funerales.
Sentian carecer de su presencia,
y que ya sus sermones les faltassen,
y con lagrimas tiernas, y suspiros
manifestaban todos sus pesares.
Llegò el caso de entrarle en el Sepulcro;
pero no quiso Dios, que le llevassen
sus hijos, porque con sus propias manos
Hugolino le entrò sin esperarse.
Avian hechole vna sepultura
à manera de bobeda, con grandes
piedras fortificada, temerosos
de que tan rica prenda les quitassen.
Con vna fuerte losa la cerraron,
adonde estuvo, hasta que en mejor parte
dispuso el Cielo en todo providente,
que con mayor honor le trasladassen.

No permitiò el Señor, que ſus virtudes
heroycas à el olvido ſe entregaſſen,
y aſsi con nuevas maravillas quiſo
darſelas à entender à los mortales.
A vn hombre endemoniado, à el otro dia
traxeron à el Sepulcro, y à el entrarle
à la Igleſia, empezò à dar grandes voces
con que à todos hazia horrorizarſe.
Diciendo, Fr. Domingo, que me quieres?
Dexame: ſin querer que le arrimaſſen
à el Sepulcro, y à fuerza le arrimaron,
y ſaliò, por no verſe alli delante.
Dexando libre à el poſſeido, eſtaba,
y con admiracion los circunſtantes
viendo la autoridad con que à los Santos
honra Dios, para que ſepan honrarles.
A cierto Clerigo de la Ciudad, que era
grande amigo del Santo, y obſervante
de ſus doctrinas, ſucediò otro caſo,
en que ſu afecto quiſo Dios premiarle.
Por cauſa de vna ocupacion forzoſa
no pudo hallarſe à el tiempo de enterrarle
en la Igleſia, y fue tal ſu ſentimiento,
que no podia hallar con què aliviarle.
Con eſta pena ſe quedò dormido,
quando en el ſueño viò à el amado Padre
en la Igleſia, ſentado en rica ſilla,
con corona de oro rutilante.
No ſois vos, el Maeſtro Fr. Domingo,
le dixo, que enterraron oy los Padres?
Pues como os veo vivo en eſte trono
con inſignias, que mueſtran ſer reales?
Reſpondiòle à eſtas dudas, no eſtoy muerto,
vivo eſtoy hijo, no ay que fatigarſe,
que tengo vn buen Señor, y con èl moro,
y en ſu Reyno no ſe le muere nadie.
Aſsi que amaneciò, ſe fue à el Convento,
y entrò en la Igleſia, para viſitarle
en el Sepulcro, y viò, que alli fue adonde
ſe le moſtrò con tanto honor el Padre.
Luego que en el Sepulcro de Domingo
ſe empezaron à ver prodigios tales,

era grande el concurso de las gentes,
que acudian à èl à venerarle.
Llegò el Ivierno, y empezò à sentirse
vn olor en la Iglesia muy fragrante,
y tan extraordinario, que no avia
cosa en el mundo, con que compararle.
Bien discurrian todos, que el Sepulcro
exalaba fragrancias tan suaves,
porque guardaba vn cuerpo, que en su centro
conservò flores de virtudes grandes.
Assi acudian mancos, ciegos, cojos,
y perlaticos, à que los sanasse,
y muchos alcanzaron con sus ruegos,
que el Santo los oyesse, y los curasse.
Traian muchos paños de oro, y seda,
que el Sepulcro cubriessen, y adornassen,
y figuras de cera, para que ellas
el favor recibido publicassen.
Era tanto el concurso, que prudentes
sus hijos procuraron estorvarles,
mas no pudieron, que eran movimientos
del Cielo, que queria declararle.
Aunque es verdad, que no aviendole dado
culto la Iglesia, nadie puede darle,
la piedad, sin qne falten à los fueros
de la Ley, suele en esto propasarse:
Porque assi quiere el Cielo permitirlo,
para que quando lleguen à informarse,
queriendo en el Cathalogo ponerlos,
hallen de su virtud pruebas bastantes.
Y assi siempre en la muerte de los Santos
se encuentran maravillas semejantes,
que parece, que el Cielo està empeñado,
en que se esfuerzen à canonizarles.
No cessaba el Señor de hazer prodigios,
en que su gloria se manifestasse,
deseando, que el mundo conociera,
como premia à los que servirle saben.
Refiere Apoldia vn caso de vn amigo
finissimo de nuestro Padre amable,
que en su corazon siempre le traìa,
sin que de èl, ni vn momento le apartasse.

No dice el nombre, pero dice, que era
Siervo de Dios, y de pureza grande,
muy dado a la Oracion, en que se logran
los aumentos, y las seguridades.
Vn dia en su retiro estaba orando
por la Orden, y quiso Dios mostrarle
à Domingo, lleno de tanta gloria,
que no es possible, ni aun imaginarse.
Dixole, este es aquel, que quando oraba
por la Orden, con lagrimas suaves
la regaba, que con tan dulce riego
logrò, que tanto le fructificasse.
Este, el que con afectos encendidos
clamaba por la Iglesia, y sus amantes
ansias eran perfumes olorosos,
que à mi trono llegaban muy fragrantes.
Este es Domingo, tu querido amigo,
que ya reyna entre Coros celestiales,
à donde si le sigues, y le imitas,
conseguiràs tambien acompañarle.
Esta fue la vision, donde no solo
viò la gran gloria de mi Santo Padre,
sino es muchas de aquellas sus virtudes,
con que alcanzò aquel premio relevante.
Y dixo vuelto en sì, à los Religiosos,
demos gracias à Dios, que quiso darle
tanta gloria à Domingo, y à nosotros
tal Capitan, para que nos guiasse.
Huvo en cierto Convento, como consta
del antiguo Breviario, algunos Frayles,
que con la libertad de no estar puesto
en el Cathalogo, todo era burlarse.
Y fue tanta su tema, que imprudentes
se passaron tambien à blasfemarle,
murmurando de todos los devotos,
que iban con tanto afecto à venerarle.
No les hacian fuerza los prodigios,
que frequentes veian, pues tenaces
decian ser acasos, no milagros,
y que creerlos eran necedades.
Avia entre estos cierto Religioso,
que sentia, que assi le maltratasse

á vn hombre de virtud tan conocida,
que en su vida no hizo mal à nadie.
Que à la virtud nunca permite el Cielo,
que falten defensores, que la exalten,
ni perversos, que siempre la calumnien,
porque assi se descubran sus quilates.
A este se apareciò mi Patriarca,
y le dixo: que à todos avisasse,
sacassen, quanto avia en el Convento,
porque el Señor queria arruinarle,
En castigo de sus murmuraciones,
porque todos en èl escarmentassen,
y sugetassen sus blasfemas lenguas,
y á los justos injustos no tocassen.
El diò quenta, pero como el castigo
nunca se cree, hasta experimentarle,
burlandose indiscretos del aviso,
su malicia volviò à ratificarse.
Cayò fuego del Cielo, que furioso
corria, sin aver quien le atajasse,
hasta que destruyò todo el Convento,
sin poder detenerlo, ni apagarle.
No se quisieron dar por entendidos,
y assi bolvieron à reedificarle,
creyendo ser acaso, no castigo,
con que no discurrieron enmendarse.
Volviò segunda vez muy enojado
el Santo, y se passò à notificarles,
que les destruiria la morada,
si proseguian en sus terquedades.
Entre todos la locucion andaba
canonizandola por disparates;
pero el fuego volviò con mayor fuerza
à destruirlos mas que estaban antes.
No escarmentados, sino endurecidos,
à reincidir volvieron pertinaces,
haciendo nueva obra en el Convento,
creyendo, que seria mas durable.
Volviò tercera vez mi Patriarca
à buscar su devoto, y con semblante
ayrado dixo: fuerza es, que el castigo
de tanta injuria passe ya adelante.

El

El Religioso le pidiò à Domingo
con toda instancia, que los perdonasse,
y respondiòle ; no esta la Justicia
satisfecha, y es fuerza castigarles.
Volviò tercera vez el voraz fuego
con nueva fuerza , y con rigor mas grave
quemò hasta los cimientos de la Casa,
porque ni aun esperanza les quedasse.
Este es el caso, con que el Cielo quiso
explicar las virtudes admirables
de Domingo, y que quiere , que los hombres
reverencien sus hechos exemplares.
Eran tantos, y tales los prodigios,
que obraba Dios por mi querido Padre,
que ni ay plumas, que puedan escrivirlos,
ni voces, con que puedan explicarse.
No avia pena, que no socorriesse,
ni avia enfermedad, que no curasse,
todos en èl hallaban su remedio,
sin que a ninguno su favor negasse.
Las dolencias, que en el sentir humano
se califican por irremediables,
como invocassen à Domingo, todos
conseguian por èl las sanidades.
Ancianos, mozos, hombres, y mugeres,
niños, adultos, sabios, è ignorantes
hallaban en Domingo su remedio,
solo con que afectivos le invocassen.
O Sagrada Piscina, donde todos
hallaban el remedio de sus males,
sin que Angeles baxaran à moverte,
ni huviessen menester , quien los llevasse.
Nadie puede decir, no tengo hombre,
que este gran Patriarca, sin tardarse,
acude à socorrer, à quien le invoca,
porque siempre estàn prontas sus piedades.
Avia estado como doce años
el Santo Cuerpo, à donde sus amantes
hijos le sepultaron, pero el Pueblo
clamoroso pedia, le sacassen.
Querian le pusiessen donde todos
le viessen, y sus huessos venerassen,

pero los Religiosos se temian,
de que algun insipiente lo notasse.
Que como eran frequentes las ofrendas,
que al Sepulcro del Santo por instantes,
agradecidos à sus beneficios,
iban devotos á sacrificarle:
No querian, que algunos discurriessen,
que ellos querian, por ytilizarse,
condescender con el clamor del Pueblo,
porque en sus donaciones continuassen.
O Religion Sagrada, que discreta
tu prudencia ha sabido libertarte,
de que juzguen, que humanos interesses
pueden nunca moverte, ni immutarte!
O como son ilustres tus acciones,
manifestando en todo quanto haces,
el espiritu heroyco, que te alienta,
sin que interesses puedan obligarte.
Quando, como refieren los Autores,
empezò con impulso à levantarse
la tierra del Sepulcro con el Cuerpo,
para que ya en sacarle no dudassen.
Esto se repitiò por muchas veces,
que ya queria Dios se colocasse
aquella luz, que estaba alli escondida,
en sitio, à donde à todos ilustrasse.
Ocupaba la Silla Pontificia
el onceno Gregorio, de mi Padre
amigo verdadero, que en Bolonia
se hallò, y assistiò al tiempo de enterrarle.
Llegando à sus oydos las noticias
de las ansias del Pueblo, y de la grande
omission de sus hijos, pareciòle
ingratitud, que tanto se escusassen.
Bien quisiera su afecto reverente
en esta translacion poder hallarse,
como estuvo en su Entierro, y no pudiendo,
diò orden, para que se executasse.
Enviò al Arzobispo de Rabena
sus letras, y mandò, que convocasse
los sufraganeos suyos, y que en esta
solemnidad ninguno le faltasse.

Que

Que examinasse bien los Religiosos,
y si acababan de determinarse
à tan Santa, como debida obra,
que estaba executando con señales.
Concurrieron á ella los sugetos
condecorados, que era justo darle
aquel honor à vn hombre tan insigne,
que con sus hechos supo eternizarse.
Hallabase en Bolonia en este tiempo
vn hijo de Domingo, que à su Padre
imitaba en sus hechos milagrosos,
haciendole de todos estimable.
Este Varon, emporio de virtudes,
fue Fr. Juan Vicentino, aquel Gigante
de virtud, que à los muertos cada dia
les franqueaba espiritus vitales.
No sin admiracion de todo el Pueblo,
que assombrado passaba à venerarle,
voceando, que en èl se conservaba
de Domingo el espiritu inculpable.
Este con grandes ansias deseaba,
que la dulce memoria conservassen
de su Padre, y Maestro, y que sus huessos
no estuviessen adonde los hollassen.
Este à solas pensaba muchas veces,
si el Señor vsaria de señales,
que à los hombres les diessen en los ojos,
en que su voluntad les intimasse.
Con este afecto en oracion se puso,
y en ella oyò vna voz clara, y afable:
Este recibirà las bendiciones
de Dios, dixo, logrando sus piedades.
Quedò consoladissimo con esto,
porque esta locucion era de parte,
que alivia con su acento, y diò certeza,
de que su afecto avia de lograrse.
Llegò del Santo Espiritu la Pasqua,
el año, que llegaron à contarse
mil doscientos y treinta y tres, y en ella
determinò la Religion juntarse.
Juntaronse en Bolonia en su Convento
de San Nicolàs, donde à celebrarse

vn General Capitulo citaron,
hallandose trecientos y mas Frayles.
El Santo Fr. Jordan, que avia once
años, que governaba como Padre,
y Maestro de aquel Santo Rebaño,
fue el primero, que vino à presentarse.
Como Procurador de esta Provincia
fue Fr. Esteban Español à hallarse
en la Junta, y en ella Fr. Ventura
su Prior se esmeraba en cortejarles.
Este conjunto, á el parecer acaso,
dispuso Dios, que alli se congregasse,
para que impuestos todos en el caso,
la execucion alli determinassen.
Convidaron à todos los Prelados,
que el Pontifice quiso que llamassen,
y con el Arzobispo de Rabena
concurrieron à que se trasladasse.
De Modena el Obispo, el de Bolonia,
el de Tornaco, y los Capitulares
de la Ciudad, Justicia, y Cavalleros,
que à su Governador acompañassen.
Todos juntos, y con el alborozo,
que se dexa entender de tan amantes
corazones, que con tan fuerte instancia
clamaban, porque el cuerpo les mostrassen.
Fr. Estevan llegò con Fray Rodulfo,
è hicieron, que con barras levantassen
la losa, que cubria aquel Sepulcro,
y con picos romper los pedernales.
Que como ya se ha dicho, avian puesto,
temerosos de que se lo robassen,
quando à el Santo pusieron en la tierra,
haciendo que con ellos le cercassen.
Y aun antes que llegassen à la caja,
que ocultaba aquel Cuerpo venerable,
se quiso el Cielo dar por entendido,
respondiendo à los golpes, sin hablarles.
Que vn olor celestial, y misterioso
empezò suavissimo à exalarse,
llenando de fragrancias todo el Templo,
tales, que nunca pueden compararse.

Era

Era tan aromatico su ambiente,
que à discurrir llegaron los mortales,
que ajustaban la vida en el aliento,
porque con èl sentian animarse.
Entrabase tan por los corazones,
que recreandose en las suavidades,
se movian los animos ansiosos,
queriendo en sus dulzuras penetrarse.
Fue tanta la mocion de todo el Pueblo,
que antes que descubriessen el Cadaver,
se hincaron de rodillas, alabando
à el Señor en sus Santos admirable.
Como iban aumentando diligencias,
el olor no cesaba de aumentarse,
subiendo cada vez mas atractivo,
para que todos se fervorizassen.
Llegaron à quitar aquellos clavos,
y à descubrir con reverencia grande
el ataud dichoso, que encerraba
vn tesoro tan rico, y apreciable.
Abrieronlo por fin, y exalò entonces
vn olor muy intenso, y agradable,
como quien dice, veis aqui la causa,
de donde estos perfumes ricos nacen.
El Santo Fr. Jordan se acercò entonces,
y el Provincial à el Cuerpo Venerable,
y con gran devocion fueron sacando
las Reliquias, sin que se maltratassen.
Y fueronlas poniendo en vna Caja,
que avian prevenido se labrasse
con gran primor, y sucediò otra cosa
no menos prodigiosa, y admirable.
Y fue, que aquel olor quedò en la Caja,
en la ropa, en las bocas, que à besarle
llegaron, y quedò por muchos dias,
porque la devocion no se entiviasse.
Que los favores no los hace el Cielo,
para que los olviden, que los hace,
para que en la memoria se conserven,
y alienten nuestras necias frialdades.
Estuvieron los huesos ocho dias
à la vista del Pueblo, que lograsse,

lo que con tantas ansias pretendieron,
antes que en su Sepulcro le encerrassen.
Apareciò vn Cometa sobre el Templo,
porque con èl la fè mas se avivasse,
perseverando aquella luz del Cielo
en aquellos segundos funerales.
Asi consta de las Constituciones,
que imprimiò en Roma el Rdo.Padre
Fr. Antonino Cloche, que en el año
de mil seiscientos y noventa trae.
En que se vè, como obsequiso el Cielo
quiso enseñar á que aquel Cuerpo honrassen,
cuyo espiritu el Cielo posseia,
y la Iglesia pondria en los Altares.
Entonces sucediò vna maravilla,
que hizo que aquel concurso se admirasse,
que cuenta Cantimprato, con Maluenda,
y es digna de que todos la reparen.
Y fue el caso, que hallandose presente
en esta translacion el Venerable
Vicentino, y con èl Guillermo Obispo,
que despues fue vno de los Cardenales.
El Beato Fr. Juan estaba puesto
à la cabeza de mi Santo Padre,
y el Obispo à los pies, y pareciòle,
que el lugar superior debia darle.
Y fue justo reparo, porque siempre
se deben atender las Dignidades,
y si el mundo las suyas privilegia,
las de la Iglesia deben realzarse.
Con este afecto Vicentino quiso
passarse hacia los pies, para dexarle
libre la cabecera à el Santo Obispo,
y à este efecto trocaron los lugares.
Pero apenas se puso, quando el Cuerpo
diò vna vuelta, y se puso como antes,
à los pies de su hijo la cabeza,
y à el Obispo los suyos venerables.
Segunda vez volviò el humilde hijo
à dexar el lugar, y retirarse,
y el Santo repitiò la vez segunda
lo mismo, sin aver quien lo estorvasse.

Cum-

Cumplido el tiempo, que le concedieron
à el Pueblo, para mitigar ſu hambre,
hicieron vna Proceſsion ſolemne
con quanta mageſtad, y pompa cabe.
Y tomando en ſus manos la cabeza
el Santo Fr. Jordan, la expuſo antes
de llevarle à el Sepulcro, à que los Fieles
devotos con amor la veneraſſen.
Llegaban con tàn grande reverencia
à beſar la reliquia, que à el tocarle,
ſe diſcurrian todos por indignos,
de que ſus labios tal favor tocaſſen.
O permiſion del Cielo! que aſsi ordenas
que ſe excedan los hombres, porque ſabes
la fuerza, que hace, para darles culto,
que aſsi la devocion los adelante.
Luego llegaron con vn tierno llanto
à hacer lo miſmo los Capitulares
del referido numero, vno à vno
beſandola con tiernos ademanes.
Año de mil doſcientos, y de treinta
y tres, ſe conſiguiò le trasladaſſen
à los nueve de Junio, aviendo eſtado
cerca de doce en la primera parte.
Quedaron todos con vn gran conſuelo
de que la devocion mas ſe excitaſſe,
y puſieronle en ſitio mas decente,
donde pudieſſen ir à viſitarle.
Fr. Jordan eſcriviò à toda la Orden
vna Carta muy docta, y elegante,
narrando en ella quantas circunſtancias
avian concurrido à el trasladarle.
Ya, Santo Padre mio, he obedecido
à aquel precepto, para mi inviolable,
que me impuſo tu hijo, y Padre mio,
con anſia de ſervirte, y obſequiarte.
No ſerà mucho, que cometa yerros
vna muger tan pobre, è ignorante,
acoſada de males, y dolores
tan fuertes, como tu querido, ſabes.
Què puede hacer mi nada en tanta empreſſa,
ni como ha de poder mi barro fragil

parecer entre tantos Eſcritores,
que han dado à luz tu vida en tantas partes!
O Padre, la obediencia me diſculpe,
que eſto ſin duda tu lo fomentaſte,
y como tan amante de tus hijas,
quiſiſte, que vna en eſto ſe empleaſſe.
Parece, que no eſtabas ſatisfecho,
con que ſolo tus hijos ſe ocupaſſen
en eſcribir tu milagroſa vida,
explayando tus hechos exemplares.
Que como tan amante de tus hijas,
toda tu vida las privilegiaſte,
aun muerto no te olvidas de atenderlas,
y quieres que en tu obſequio ſe ſeñalen.
Mucho amaſte tus hijos, pero mucho
mas con las hijas tuyas te explicaſte,
que ſiempre te robaron los cariños,
y fueron lo primero que fundaſte.
Siempre las aſsiſtiſte cuydadoſo,
ſiempre las atendiſte, y reſpetaſte;
que tratar con reſpecto à las mugeres
es diſtintivo de la iluſtre ſangre.
En todo te obſtentaſte Cavallero,
quanto Chriſtiano, y Santo te obſtentaſte,
que la politica es virtud diſcreta,
que à todas las virtudes hace amables.
Huiſte del peligro en las mugeres;
pero nunca groſero las ajaſte,
el trato familiar huiſte en todas,
y con Dios las hiciſte familiares.
Con tu agrado ſupiſtes atraerlas,
con tu Santa pureza predicarles,
con tu recato hacerlas recatadas,
y con tu educacion perſeverantes.
O Maeſtro Sagrado, què diſcreto
la inclinacion feminea penetraſte,
y excitando prudente lo piadoſo,
en el Santo temor las radicaſte!
Lucero claro, como ſe conoce,
que de la luz de luz te derivaſte,
por eſſo eran tan fuertes tus influxos,
por eſſo eran tus rayos penetrantes.

Y pues eres tan Padre de tus hijas,
no olvides las que habitan este valle,
expuestas à los miseros baybenes
de vna naturaleza tan instable.
Ni à tus hijos olvides, Padre amado,
que como hombres tambien son miserables,
tu espiritu introduceles à todos,
porque tu Religion nunca desmaye.
Ya andaban los deseos bulliciosos,
porque Dios no queria se tardasse
el culto del que estaba ya en su Corte
coronado de triunfos tan gigantes.
Como se hacian las informaciones,
se hallaban casos tan particulares,
que oyrlos solamente, les movia,
à que ansiaran, por verle en los Altares.
Llegò la Causa à Roma, y con aquella
solemnidad, que se hace alli el examen,
se repassò el Processo, que inviaron,
autenticado ya, los Informantes.
El Papa con el parecer, y acuerdo
de Prelados, Obispos, Cardenales,
quantos se hallaron en aquella Corte,
determinò por fin Canonizarle.
Y del Divino Espiritu inspirado,
que assiste siempre en casos semejantes,
le puso en el Cathalogo entre aquellos
Confessores, y Santos venerables,
Que la Christiana Iglesia solemniza,
mandando, que toda ella celebrasse
à los cinco de Agosto fiesta suya,
y que perpetuamente se observasse.
El Decreto formò de esta manera:
A honra, y gloria de aquella inefable
Trinidad, Padre, Hijo, y Santo Espiritu,
y à honor de aquella Virgen, que fue Madre
De Dios, de los Apostoles San Pedro,
y San Pablo, y para que mas se exalte
la Santa Iglesia, hemos determinado
con parecer de nuestros Cardenales,
Y de Prelados doctos, y prudentes
poner en el Cathalogo, y contarle

entre los Confessores, y otros Santos
à el Beatissimo, à el insigne Padre
Domingo, que à el que el Cielo glorifica,
es justo, que la tierra sepa honrarle:
y assi queremos, que la fiesta suya
se celebre, y su culto nunca falte.
Entonces entonaron el *Te Deum*,
y el Pueblo, que deseaba, que llegasse
este dia festivo, y reverente,
diò de su devocion claras señales.
Y en el dia, que celebrò la Iglesia
la Canonizacion, con agradables
musicas quiso el Cielo, que à los hombres
los Angeles tambien acompañassen.
Dice San Antonino, que en su Fiesta
quando los hijos iban à cantarle
de Confessor el Evangelio, oyeron
musicas, que obligaron à pararse.
Y à el tiempo de decir, *sint lumbi vestri
pracincti*, con Angelicos compases
entonaron, *Vos estis sal terra*,
& Vos estis lux mundi, puntuales.
Que los Angeles quiso Dios, que fuessen
Maestros, que à los hombres enseñassen
el modo, la atencion, las circunstancias,
con que à Domingo avian de tratarle.
Que no solo manifestò su gloria
à los hombres, que quiso revelarles
el grado de Doctor, con que en el Cielo
le quiso distinguir, y graduarle.
Hizose el acto con sumo alborozo
de la Corte Romana, y con notable
consuelo del Pontifice, que siempre
se explicò de Domingo fino amante.
Porque como le avia conocido,
antes que á el Sacro Solio se elevasse,
y halladose presente á los milagros,
que hizo Domingo tan particulares:
Como avia tratadole, y sabia,
que su vida era en todo inimitable,
hizo en su ilustre pecho tanto eco,
que le cobrò vn afecto imponderable.

Por-

Porque dispuso el Cielo, que en su Causa
tuviesse el Santo para mas realce
testigo de tan alta herarquia
como fue el Papa, que lo asseguraſſe.
El Pontifice despachò las Bullas
sobre el hecho, porque se divulgasse
en el año de mil, y de docientos,
y treinta y quatro, para todas partes.
Dia trece de Julio, como dicen
los Autores, aunque sin concordarse,
que padecen engaño sobre el dia,
que llegaron en esto à equivocarse.
Mas para la verdad de nuestra Historia,
poco importa, que el dia disputassen,
que conviniendo todos en el hecho,
vn dia mas, ò menos nada hace.
Vsa el Santo Pontifice en sus Letras,
que despachò, de muchas, y muy graves
palabras, en elogio de la Orden,
y de su Patriarca memorable.
Y aunque no todas pueden referirse,
la devocion no zufre, que se callen
todas, porque el elogio no estè mudo,
ni nuestra narracion mas se dilate.
Dice el Papa (dexando muchas cosas,
que se omiten, por no ser importantes
à nuestro intento) el qual Sto. Domingo,
que desde niño supo ser muy grande.
Teniendo vna prudencia de hombre anciano,
y eligiendo vivir sin apartarse
del Autor de la vida, dedicado,
y entregado à su Dios à exercitarse.
Passò debaxo de la Regla insigne
de Agustino, eligiendolo por Padre,
imitando el cuydado diligente
de Samuel, en las cosas que tocassen
A lo Sagrado, y el piadoso afecto
de Daniel en sugetar la carne,
para seguir las sendas de justicia,
buscando en ellas las seguridades.
Sin que del Tabernaculo Supremo
de Dios vn solo instante se apartasse,

siguiendo el Magisterio, y ministerio
Sagrado de la Iglesia Militante.
Y la sensualidad, siempre atrevida,
hizo que à la razon se sugetasse,
y vniendose con Dios estrechamente,
llegò con èl à espiritualizarse.
En vn extasis, y arrevatamiento,
y sin que sus afectos retirasse
del proximo, que con su celo activo
saetas arrojaba penetrantes
A los regalos de la carne, y rayos
à las almas, para que despertassen,
haciendo, que temblasse la Heregia,
y que la Iglesia su placer mostrasse.
Como creciò en la edad, creciò en la gracia,
y deseando, que se mejorassen
las almas, arrojando las tinieblas,
que hizo la culpa, que los embriagasse.
Engendrò à muchos por el Evangelio
en tanta multitud, como se sabe,
que la Evangelica verdad pregona,
mereciendo en la tierra levantarse
Con los hechos de los antepassados
nuestros, hecho Pastor muy vigilante,
y Capitan ilustre, que en el Pueblo
de Dios instituyò tan admirable
Orden insigne de Predicadores,
que con sus meritos, y sus exemplares
hechos puso en concierto, y no ha dexado
de confirmarla con milagros grandes:
Que entre sus obras de Santidad suma,
de su heroyca virtud fueron señales,
resplandeciendo en su excelente vida
el habla, que diò à mudos, con q̃ hablassen:
La vista, que diò à ciegos; los oydos
à sordos; á los cojos facultades
para andar, y á perlaticos, y à quantos
le invocaban, librò de muchos males.
Con que el espiritu, que se encerraba
en su cuerpo, dexaba registrarse,
y muerto, no han cesado sus prodigios,
porque Dios ha querido publicarles:

Y como por aquel dulce comercio,
que tuvimos, y merecimos, antes
que la Catholica, y Romana Iglesia
à tanta Dignidad nos levantasse:
Y de su gran virtud, y heroycas obras,
que executò en su vida, nos constasse,
y que despues se nos huviesse hecho
entera fè, y probanza, que afirmasse
La verdad de los sobredichos casos,
que autorizan testigos principales;
por lo que Nos, y toda la Grey Santa
del Señor, que tenemos, y nos hace
El cargo, confiando, que seremos
ayudados de este Bendito Padre
con sus ruegos, y con sus Oraciones,
los que hemos merecido comerciarle
En la tierra, logremos en el Cielo
su defensa, y amparo, que nos guarde:
con el acuerdo, y parecer de todos
nuestros Hermanos, y Prelados graves,
Que se hallan aqui, determinamos
ponerle en el Cathalogo, que à tales
hombres, no es bien que se les niegue el culto,
con que la Iglesia distinguirlos sabe.
Mandando, y firmemente estableciendo
à todos, que celebren, y señalen
en las nonas de Agosto fiesta suya,
que en suma biene à ser vn dia antes;
Que dexando la carga de este barro,
rotas las ataduras de la carne,
lleno de meritos, rico de trofeos,
en el Sancta Sanctorum fue à sentarse
Del Cielo, colocado entre los Santos,
compitiendoles en las dignidades,
para que con sus ruegos nos assista
el Señor, à quien èl sirviò constante
En su vida, y vsando con nosotros
de piedad, nos assista, y nos ampare,
y dandonos su gracia en este siglo,
su gloria en el futuro nos alcance.
Estos son los elogios, que en la Bulla
puso el Pontifice, aunque aqui se traen

con-

concisos, y arreglados à el verso,
que à la cadencia no puede faltarse.
En ella dice el Papa, que el Sepulcro
del Santo cada dia con millares
de prodigiosos casos resplandece,
para que su memoria nunca falte.
No huvo empezado el manifiesto culto,
quando empezò el Señor à confirmarle
con nuevas maravillas, que parece
que le empeñaba, en que todos le honrassen.
No puedo detenerme en referirlos,
ni es razon, que esta historia mas se alargue;
si algun curioso deseare verlos,
busquelos en Posadas, que los trae,
En la vida, que su discreto celo,
con su ciencia, escribiò de nuestro Padre,
y à el fin de ella hallaràn la Bulla toda,
que saliò à el tiempo de Canonizarle.
Y yo suplico à todos quantos Fieles
leyeren esta Obra, que se apiaden
de mi, considerando mi ignorancia,
y que quien lo mandò pudo obligarme.
Mi deseo es, que todos reconozcan
de este Lucero las actividades,
y que se valgan de su patrocinio,
y experimenten lo que puede, y vale.
En lo espiritual es prodigioso,
sin que en lo temporal olvide à nadie,
que no ay Santo en la Iglesia, que mas cuyde
de remediar las cosas temporales.
No quiero que me crean, solo pido,
que passen todos à experimentarle,
y veràn, como es nada lo que digo,
en la comparacion de lo que hace.
Quien fuere temeroso de la muerte,
rueguele que le assista en aquel lance,
que es vn gran protector para esta hora,
y se han visto vnos casos singulares.
Estando vn Religioso de otra Orden
de la vida en el vltimo remate,
tenia por su dicha alli en la Celda
vn lienzo de Domingo con su Imagen.

Vie-

Vieron los que presentes alli estaban,
como el lienzo empezaba à despintarse,
y poco à poco quedò todo en blanco,
sin que vna leve sombra le quedasse.
Muriòse el Religioso, y admirados
de caso tal todos los circunstantes,
no encontraba salidas el discurso,
que aquella novedad les descifrasse.
Quando puesto en el feretro el difunto,
a grandes voces empezò à llamarles;
traiganme vn Confessor presto, decia,
presto, presto, que quiero confessarme:
Sabed, que yo me he visto en gran conflicto
en aquel Tribunal, donde no cabe
engaño, ni injusticia, y por mis culpas
ya el Juez determinaba condenarme.
Apareciòse alli Santo Domingo,
de quien toda mi vida he sido amante,
y tiernamente afecto, y con instancia
le suplicaba à el Juez me perdonasse.
Mas como la equidad de su justicia
estaba viendo mis iniquidades,
estaba resistente, y detenido,
porque à Domingo no acierta à negarse.
Entonces este gran Protector mio
á Maria pidiò, que le rogasse
por mi, porque à sus ruegos nada niega
el Señor, que la atiende como à Madre:
Y asi le concediò, que yo volviesse
à la vida, para que confessasse,
que de otra suerte no fuera possible
que el perdon de mis culpas alcanzasse.
Hermanos, sedle todos muy devotos
à este gran Patriarca, que es muy grande
su poder: Confessò, y espirò luego,
quedando absortos todos de escucharle:
Y mas quando advirtieron, que en el lienzo
estaba ya la Efigie, como antes.
Este es Domingo, y estos los favores,
que à todos sus devotos hacer sabe.
Gozate, Religion Sagrada mia,
de que tal Patriarca te fundasse,

tras-

trasladando su espiritu en tu centro,
para que seas de la Iglesia Atlante.
Gozate, que los Campos de la Iglesia
con tus flores, y fruto hermoseaste,
y cada dia brotan las raices,
que en tu centro han sabido radicarse.
Alegrate, que en tu primero estado
ha sabido tu celo conservarte,
sin que recolecciones te renueven,
ni aya necessidad de reformarte.
Y perdona los yerros de mi pluma,
que si atrevida pretendiò elogiarte,
el amor, que mi afecto te professa,
sea motivo, para perdonarme.
Ruegole à tu politica Christiana,
que interceda por mi con nuestro Padre,
para que por sus ruegos, y los tuyos,
logre en la eterna Patria acompañarte. Amen.

FIN.

BAXO LA CORRECCION de la Sta. Romana Iglesia.

